



SUE-ELLEN WELFONDER

HASTA QUE LLEGUE EL
CABALLERO

Manderley

Al No do

SVE-ELLEN WELFOPIDER

HASTA QUE LLEGUE EL
CABALLERO

Manderley



**Sue Ellen
Welfonder**

**HASTA QUE
LLEGUE EL
CABALLERO**
Highlands, 4

Para Roberta M. Brown.

*Mis bendiciones para ti,
amiga por siempre,
estaría perdida sin ti.*

ÍNDICE

[SINOPSIS 5](#)

[AGRADECIMIENTOS 6](#)

[El legado de la Piedra del Bastardo 7](#)

[Capítulo 1 9](#)

[Capítulo 2 19](#)

[Capítulo 3 26](#)

[Capítulo 4 37](#)

[Capítulo 5 48](#)

[Capítulo 6 57](#)

[Capítulo 7 67](#)

[Capítulo 8 78](#)

[Capítulo 9 90](#)

[Capítulo 10 103](#)

[Capítulo 11 116](#)

[Capítulo 12 130](#)

[Capítulo 13 146](#)

[Capítulo 14 154](#)

Capítulo 15 164

Capítulo 16 178

Capítulo 17 191

Epílogo 202



Sinopsis

Lady MacNichol *Mariota*
está
huyendo en una lucha
desesperada; por
salvar su vida.

Acusada de haber
asesinado al indigno
hombre al que creía
amar, se esconde en el
deshabitado castillo de
Cuidrach, convencida
de que a sus enemigos
no se les ocurrirá
buscarla en ese lugar.

Pero entonces, el nuevo lord de Cuidrach llega inesperadamente...

Sir Kenneth MacKenzie es un feroz caballero bastante experimentado en lo que a placeres salvajes y mujeres dispuestas se refiere —aunque su última conquista le dejó el corazón destrozado y el orgullo herido—. Aun siendo lo suficientemente galante como para

abrir las puertas de su castillo a una dama en apuros, no termina de fiarse y no dejará que la barrera con la que ha jurado proteger sus sentimientos se debilite lo más mínimo.

Pero, muy a su pesar, Mariota es una mujer apasionada, sin temor a las reservas que él pueda interponer. Ahora, tiene que comer con ella a diario, calentarse en el mismo

fuego...

*¿Cuánto tiempo
transcurrirá antes de
que ambos compartan
la cama? Y, lo más
importante, ¿dejarán
los fantasmas del
pasado para que
puedan volver a creer
en el amor?*



Agradecimientos

Escocia es mi inspiración y mi pasión, el lugar adonde voy a fortalecer mi alma. Escocia es mucho más que montañas, neblina, brezos, whisky y hombres con falda, y sus matices llegan profundamente a los corazones de muchas personas.

Mi corazón le pertenece irrevocablemente y, cuando estoy en esas tierras, los lugares agrestes son los que me llaman con mayor insistencia. El sitio que más me

atrae es la parte más remota del norte, pero tengo un cariño especial por Nairn, una pequeña población de las tierras altas escocesas en el fiordo de Moray.

Muchos de mis recuerdos más preciados pertenecen a las resplandecientes aguas de un pequeño lago que queda cerca de Nairn y a las ruinas de un castillo que se yergue con orgullo sobre la pequeña isla que flota en la mitad del lago.

El espíritu de la verdadera Mariota habita allí, no me cabe

duda, pues ese castillo fue alguna vez su hogar. Yo he sentido allí su presencia y también la de ese gran hombre que la amó con tanta pasión y fiereza que se atrevió a desafiar a su mundo y a su época para retenerla.

Ella fue quien inspiró este libro; aun cuando Alexander Stewart nunca la traicionó. Por el contrario, su amor no tuvo límites y todavía sigue rondando en esa pequeñísima isla en medio del lago. La Mariota de carne y hueso poseía un espíritu arrojado, gran fortaleza y un

corazón generoso y afectuoso. Desde hace mucho tiempo abrigaba el deseo de rendirle homenaje con un libro. Esta historia es de ella, y de los Wolf.

Quisiera agradecerle, como siempre, a mi editora, Karen Kolstolnyik, su precisión y amable guía. Ella entiende mi corazón y siempre sabe cómo perfeccionar mis historias. Gracias también a Michele Bidelspach, una verdadera joya, por estar siempre ahí.

Mil gracias, también, como siempre, a mi apuesto marido,

Manfred, mi caballero de la vida real, por protegerme de los dragones y los vientos oscuros. Él hace posibles mis sueños. Y, claro, al diminuto Em, el guardián de mi felicidad. Su canina devoción es mi fortaleza.



El legado de la Piedra del Bastardo

Hace mucho tiempo, en uno de los periodos más oscuros de la historia de Escocia, pero no tan distante que el tiempo haya borrado su recuerdo, uno de los grandes jefes del clan MacKenzie se enorgullecía de ser el dueño de un carácter recio y una estricta rectitud. Conocido como Ranald el

Formidable, el nombre de este indomable guerrero infundía respeto mucho más allá de las fortalezas de las tierras altas de su escarpado Kintail.

A pesar de ser un hombre muy hábil, capaz de mantener la paz en ese vasto país de montañas oscuras y cañadas tenebrosas, Ranald el Formidable tenía dos perturbadoras debilidades: un filón de codicia, que en algunas ocasiones rivalizaba con la bondad de su corazón, y una clara tendencia a la arrogancia.

Estas imperfecciones resultaron fatales cuando un humilde hijo ilegítimo de su clan se enamoró perdidamente de la hija del líder de un clan vecino. La pericia y la destreza física de este simple pastor, de nombre Cormac, rivalizaban incluso con las del mejor hijo de Ranald el Formidable, cosa que disgustaba sobremanera al poderoso terrateniente.

Cormac decía que la joven, una doncella muy codiciada por su belleza y buen carácter, lo amaba con el mismo fervor, pero esta

afirmación sólo logró asegurar que el destino le jugara una mala pasada.

En efecto, cuando el muchacho abordó al jefe de su clan para que lo ayudara a reunir las riquezas suficientes para poder casarse con ella, sólo obtuvo falsas esperanzas y promesas vanas que pronto cayeron en el olvido. Un día lluvioso y con fuertes vientos, Cormac debía emprender una travesía hasta los confines más remotos de Kintail, las oscuras costas del lago Hourn, para escalar hasta el punto más alto

de los acantilados, donde había una particular formación de rocas que se asemejaba a una puerta gigante. Si al llegar a ese arco natural era capaz de balancearse sobre un solo pie, sería considerado digno de casarse con la hija de cualquier líder. Y para celebrar su arrojo y agilidad, sería recompensado con el doble de la dote de la doncella que deseara desposar.

Desafortunadamente, tal como lo relatan los lugareños con emoción, en el momento mismo en que Cormac culminó su increíble

hazaña y empezó a descender, se le enredó el pie en la punta de una de las piedras y se precipitó al vacío a encontrarse con la muerte. Murió sin saber si su señor habría mantenido su palabra.

El único que lo sabía era Ranald el Formidable y con el tiempo la culpa sobrepasó su codicia y su orgullo, y la naturaleza bondadosa de su corazón por fin triunfó, borrando para siempre su lado oscuro.

La formación rocosa fue bautizada como La Piedra del

Bastardo en honor del joven Cormac, y a su sombra se construyó una formidable fortaleza: el castillo Cuidrach, hogar de los fuertes y valerosos.

Desde esos tiempos remotos, Cuidrach se convirtió en la orgullosa herencia que reservaba el clan MacKenzie para los guerreros que se destacaban por su valor entre los hijos ilegítimos del clan. En cada generación, uno de esos fuertes muchachos era elevado de su modesto origen y recibía la distinción de ser el Guardián de

Cuidrach.

Esta tradición se mantuvo a lo largo de los siglos, pero llegó un día en que uno de los bastardos favorecidos se volvió tan malvado que la perfidia de sus actos obligó al clan a revocar el privilegio y, como consecuencia, Cuidrach quedó abandonado durante muchas décadas.

Sin embargo, hoy Cuidrach tiene un nuevo guardián: un musculoso joven del clan, con el mismo carácter fuerte y la rectitud a toda prueba de su remoto

antepasado Ranald el Formidable.

Y si a lo largo de las agrestes tierras costeras de Kintail, las colinas azotadas por el viento pudieran moverse, seguramente lo harían sin descanso, mientras el viento que corre entre las rocas murmura sobre la existencia de una antigua falta y suplica que finalmente se corrija.



Capítulo 1

Castillo Drumodyn extremo

norte de Escocia

OTOÑO DE 1344

Hugh el Bastardo. Esas tres palabras fueron como una bofetada para Mariota Macnicol. Cada una de ellas se alojó en su garganta como lacerantes pedazos de carbón ardiente, mientras observaba desde el umbral de la alcoba de la torre al hombre que amaba más que a la vida misma.

Ciertamente más que a su

propia vida, pues Mariota había aceptado gustosamente el escándalo y la ruina para convertirse en la mujer de ese hombre y le había dado la espalda a una cómoda existencia para allanarle el camino hacia sus sueños.

Hacia sus grandes ambiciones.

Y ahora Hugh Alesone, Bastardo de Drumodyn, estaba muerto.

O pronto lo estaría, pues esos chispeantes ojos azules que siempre la habían enamorado estaban ahora vidriosos y

abultados, y la expresión de horror que revelaba su atractiva cara al verla era un indicio inequívoco de que su muerte era inminente.

Sí, el gigante dorado de Mariota, su amante de las tierras altas, estaba a punto de morir desnudo en su cama.

Desnudo y en los brazos de una ramera.

Temblando, Mariota miraba fijamente, sin poder dar crédito a lo que veía. De repente, la conmoción y la incredulidad cayeron sobre ella, robándole el aliento, hasta que su

angustia se convirtió en una marejada de furia y el dolor que manaba de todos los rincones de su ser explotó.

—¡Nooo! —gritó, mientras la agonía destrozaba su corazón—. ¡Por Dios! Hugh...

—Es..., es mi... mi corazón —dijo él con la respiración entrecortada y los ojos aún más dilatados.

Mientras el corazón le palpitaba aceleradamente, Mariota se mordió el labio al ver que él se separaba de la mujerzuela sudorosa que estaba

sentada a horcajadas sobre él y se agarraba el pecho con ambas manos, ese musculoso pecho cubierto de vellos dorados que resplandecía y parecía tan mojado y fatigado como los voluptuosos y carnosos senos de la prostituta.

Su pene también resplandecía, realzado de manera casi obscena por la luz de la vela. Aunque ahora estaba flácido y parecía exageradamente pequeño para semejante espécimen de hombre, era evidente que estaba mojado como consecuencia del vigoroso

jugueteo amoroso. Verdad acentuada por el desorden de las sábanas, la jarra de vino y dos copas semivacías que descansaban en una mesa al lado del fuego, y por el reguero de ropa tirada por el suelo.

Por eso y por el olor de la pasión saciada que todavía saturaba el aire frío de la habitación.

—¡Que todos los santos se apiaden! —exclamó Mariota, mientras se agarraba el rostro con las manos, el único movimiento que logró hacer, pues sentía las piernas

como si fueran de plomo y parecía que sus pies hubieran echado raíces.

Entretanto, la otra mujer, que no sufría de pérdida de agilidad alguna, saltó de la cama rápidamente; sus torpes esfuerzos por retirarse de la escena habrían sido cómicos de no ser porque su sola presencia era como una puñalada en el corazón para Mariota.

Mientras escupía y maldecía, la mujerzuela arrojó lejos el trozo de sábana que todavía le cubría el

cuerpo desnudo, con tal torpeza que tiró al suelo la jarra de vino y el líquido color rojo sangre se esparció por los juncos del suelo.

Al ver que escapaba, Mariota apretó los puños. Y cuando su mirada se encontró con el vino derramado, sintió que la nuca se le erizaba y la piel le ardía, al tomar conciencia, con esa pequeña parte de ella que todavía era capaz de alguna lucidez, de la imagen de la miserable muerte de Hugh, que se reflejaba en la mancha de vino que se extendía rápidamente por el

suelo.

Una ironía que el Bastardo de Drumodyn se perdería, pues estaba inconsciente, y yacía en la cama, mirándola fijamente con los ojos en blanco.

Al ver esos ojos, Mariota sintió que un frío amargo y punzante le recorría todo el cuerpo.

—¡Santas almas del purgatorio! —exclamó, con la respiración entrecortada y más para sí misma que para la mujer que seguía desnuda al lado de la cama—. ¡Se está muriendo!

Pero la verdad era que Hugh Alesone ya se había muerto y había ido a reunirse con sus ancestros, en un final poco glorioso y sin pronunciar ni una sola palabra.

Y con su partida irrumpió en el cuarto una violenta ráfaga de viento helado que apagó las velas y arrasó la mesa de trabajo cubierta de pergaminos, esparciendo por todos los rincones los apreciados escritos del Bastardo de Drumodyn.

La mayoría eran sonetos de amor compuestos en honor de Mariota, pero también había un

meticuloso registro del antiguo linaje del cual Hugh se decía descendiente, aunque su condición de bastardo lo había obligado a subsistir con dificultad, alimentándose sólo con sus bellas palabras... y con caldo y leche.

Todo ello fue suficiente hasta que la generosidad de Mariota le permitió al futuro bardo la posibilidad de satisfacer sus gustos más sofisticados y vivir como merecía vivir alguien que creía que llevaba en sus venas la sangre de los reyes.

Mariota se tambaleó sin poder creer que Hugh estaba muerto, y a punto estuvo de lanzarse a abrazar a la otra mujer, pero retrocedió enseguida al ver en esos labios rojos y húmedos y en esos ojos rasgados algo que le produjo un estremecimiento.

—¡Usted! —gritó, mientras caía en la cuenta de quién era la otra mujer—. Usted es...

—Elizabeth Paterson —terminó de decir la prostituta, mientras la miraba con unos ojos grises, fríos y brillantes, como un amanecer

invernal.

Aturdida, Mariota la reconoció al fin. Aunque no estaba segura de su nombre, sí conocía bien su reputación, pues la mujer no era otra que la famosa dueña de la posada de Assynt.

Viuda y un poco mayor que Hugh, Elizabeth Paterson manejaba el Bosque Ardiente, un establecimiento de mala reputación, en el cual se rumoreaba que la fogosa viuda les ofrecía a los viajeros mucho más que viandas y alojamiento.

La atmósfera que rodeaba a Mariota se enfrió aún más.

—Usted es la dueña de la posada —dijo, y esa confirmación sonó lejana, como si su voz fuera la de una extraña.

—¿Y eso le sorprende? —Sin sentir ningún tipo de inhibición, la meretriz no hizo ningún esfuerzo por ocultar sus vulgares encantos —. ¿Acaso no sabía que Hugh tenía gustos concupiscentes y oscuros? ¿Necesidades que sólo podía satisfacer una persona como yo?

Mariota apretó los dientes y su

mundo se quebró en dos para convertirse en un enorme vacío cuyo único contenido era el cuerpo inerte y desnudo de Hugh y la sonrisa sarcástica y triunfal que se dibujaba en los voluptuosos labios de la prostituta, hinchados por los juegos amorosos.

—¡Lárguese! —le gritó Mariota y señaló con un gesto de la mano la ropa que estaba tirada en el suelo —. ¡Vístase y desaparezca de mi vista!

La prostituta ignoró la orden y levantó la barbilla.

—Es una lástima que usted haya regresado antes de tiempo, lady Mariota —le dijo con su voz gutural y burlona—. Si hubiera llegado más tarde, habría podido conservar sus ilusiones.

Mariota se puso rígida, algo dentro de ella se rompió y la convirtió en piedra.

—Me volví cuando todavía estaba lejos de Dunach —admitió, mientras sentía que el nombre de su hogar le dejaba un sabor amargo en la boca—. Gracias a Dios no le pedí ayuda a mi padre

nuevamente...

La tabernera suspiró.

—Le advertí a Hugh que ya no recibiría más dinero de Archibald Macnicol. Todo el mundo conoce el rencor que le profesa su padre.

La prostituta deslizó una mano por encima del vientre y dejó los dedos casi encima del oscuro triángulo de su vello púbico.

—¿Sabe? Mariota de Dunach, Hugh sabía que usted podía regresar antes, pero no quiso privarse de nuestros *divertimentos*.

A Mariota le comenzaron a

arder los ojos y sintió como si la bilis le subiera a la garganta. Sin embargo, parecía incapaz de quitar los ojos del abdomen de la otra mujer.

Del abdomen claramente hinchado de Elizabeth Paterson.

Mientras sentía un remolino de emociones que se agitaban en su interior, Mariota hundió las manos entre la falda.

—Según parece, se divertía usted con mi marido con bastante frecuencia.

La otra encogió los hombros.

—Es posible, pero este hijo no es de Hugh. Sin embargo, a él no le importaba. A decir verdad, se deleitaba con el relato de mis *encuentros* en el Bosque Ardiente.

Mariota se quedó mirándola, sin decir palabra.

La mujer hizo una mueca perversa.

—Si ha de saber toda la verdad —dijo y acercó sus manos al vientre de Mariota para rozarla con los dedos—, adoraba mi vientre abultado e incluso lo comparaba con la dulzura de una ciruela

madura. Ya fuera de él o de otro.

Al tiempo que retrocedía para evitar que la mujer la tocara, y para escapar a sus palabras, Mariota notó que de los dedos de la tabernera salía de repente un rayo de luz brillante y multicolor. No le resultó difícil adivinar la verdadera intención de la ramera al tocarle el abdomen.

—¡Mi daga! —Mariota sintió que el corazón le saltaba en el pecho al ver en la mano de la otra su hermosa daga, incrustada con piedras preciosas.

Enseguida rebuscó entre sus faldas y cuando sus fríos dedos encontraron la funda vacía, sintió un estremecimiento que le bajaba por la espalda.

—¡Me ha robado la daga!

—¿Qué dice? —preguntó la tabernera con fingida sorpresa—. Ay, no, milady, esto no es un robo, sólo un préstamo.

—¿Un préstamo?

La mujer asintió y sonrió con satisfacción mientras regresaba a la cama y quitaba con la punta de la daga varios de los pergaminos que

habían volado desde la mesa.

Luego engarzó uno que quedó colgado del borde del colchón y lo agitó delante de Mariota.

—Verá, señora, cuando estaba con usted decía que era su amada, pero a sus espaldas decía que era una tonta —dijo la mujer con tono desdeñoso—. Yo no era ni una cosa ni otra. Lo nuestro era cuestión de mutua satisfacción y yo lo usaba con el mismo descaro con que él me usaba a mí.

Mientras arrancaba el pergamino de la daga y lo tiraba

sobre el cuerpo de Hugh, los ojos le relampaguearon; torció la boca en otra sonrisa amarga al ver que el pergamino aterrizaba sobre su inerte humanidad.

Pero inmediatamente la mujer volvió su atención hacia los postigos entreabiertos de la ventana que estaba al otro lado de la estancia; algo en el brillo de sus ojos hizo que Mariota sintiera que la sangre se le congelaba.

—¿Sabía que su precioso Hugh labró unos peldaños en el muro exterior de esta torre? —dijo la

mujer suavemente, mientras sus dedos jugueteaban sobre las gemas incrustadas en la empuñadura de la daga—. Los hizo para que las visitas como yo pudiéramos entrar y salir discretamente de esta habitación.

—¿De verdad? —dijo Mariota, al tiempo que levantaba una ceja—. Yo no veo ni una pizca de discreción en su persona.

La extraña mirada de los ojos de Elizabeth Paterson se intensificó y su expresión se hizo más dura.

—Ya no hay necesidad de ser

discreta, ¿no le parece?

Mariota le sostuvo la mirada a su rival, mientras deseaba que sus facciones permanecieran impávidas. Respiró profundamente y trató de hacer caso omiso de las duras punzadas del miedo que sentía y el latido desbocado de su corazón.

—Así es, milady, lo único que necesito ahora es vengarme —dijo la mujer y deslizó su mirada desdeñosa sobre Mariota—. ¡Sí!, la venganza será mía y será usted quien me la proporcionará —

concluyó con una especie de silbido, mientras le lanzaba una bofetada a Mariota.

Mariota dejó escapar un grito ahogado y se tambaleó por el golpe. Alzó un brazo para evitar otra bofetada, pero sus rodillas la traicionaron y se cayó al suelo.

—Ya no se siente tan orgullosa ¿verdad? —dijo la prostituta, mientras el rostro se le oscurecía con malicia.

Mariota pestañeó, tratando de no atragantarse con la sangre que le llenaba la boca, mientras la

amenaza de Elizabeth Paterson y su propio dolor la cubrían como un manto helado.

—¿Qué pasa? Parece algo aturdida... —dijo la mujer, mientras se agachaba a su lado, destilando rencor—. Pero será mejor que se recupere, pues cuando me escape por esa ventana su vida valdrá menos que estos juncos —pronosticó, al tiempo que recogía del suelo un puñado de juncos y los lanzaba a la cabeza de Mariota—. ¡Una venganza merecida, Mariota de Dunach, porque, al regresar de

esta manera tan inoportuna, usted ha arruinado mi vida!

Mariota se quedó observándola, mientras el descaro de la mujer le devolvía al menos el habla.

—Usted es la que...

—Yo soy la que pudo haber convertido a Hugh en un gran maestro de la poesía —presumió la mujer, mientras agitaba la daga para darle énfasis a sus palabras—. Usted proviene de una larga tradición de guerreros, señores feudales que viven de la guerra —prosiguió, con los ojos encendidos

— Yo, en cambio, tengo sangre de poetas y suficiente influencia en los círculos de la poesía celta como para haberlo ayudado a triunfar tan pronto como reuniera el dinero suficiente para marcharnos de esta tierra desolada, llena de pantanos y montañas oscuras.

— ¡Por Dios, está usted loca! — dijo Mariota, mientras la mejilla le seguía ardiendo como si se la hubieran marcado con fuego—. Hugh nunca habría...

— Hugh habría hecho lo que le hubiera apetecido hacer; nunca

tuvo intenciones de casarse con usted —respondió la otra enseguida, mientras acercaba peligrosamente el filo de la daga al rostro de Mariota—. Pero, para que se sienta mejor, sepa que lo único que yo quería de él era que cumpliera su promesa de instalarme una nueva taberna, un establecimiento elegante en el que pudiera recibir gente de más alcurnia que la que frecuenta el Bosque Ardiente.

Mariota hizo un esfuerzo para arrodillarse, mientras maldecía el

mareo que no la dejaba sostenerse en pie, y miró con furia a la mujer.

—Y ahora, al igual que yo, se ha quedado sin nada.

—No tanto —dijo Elizabeth Paterson, mientras se volvía hacia la cama y el reflejo plateado del acero revelaba sus intenciones.

—¡Nooo! —gritó Mariota, con los ojos desorbitados, al ver que la prostituta enterraba la daga en el pecho de Hugh el Bastardo—. ¡En nombre de la piedad!

—Nada de piedad, ¡venganza! —dijo la mujer con un tono que

helaba la sangre, al tiempo que recogía con calma su vestido, que estaba tirado en el suelo tapizado de pergaminos, y atravesaba el cuarto hacia la ventana, luego de cumplir con su terrorífica tarea.

Sin preocuparse por su desnudez, y con la melena ondeando alrededor del cuerpo, la mujer tiró el vestido hacia la oscura noche y se encaramó en el amplio antepecho de piedra de la ventana.

—Se lo advierto. Los hombres de Hugh deben de haber oído el alboroto —dijo, mientras la miraba

con satisfacción—. Cuando lleguen encontrarán su daga clavada en el corazón del Bastardo y pensarán que usted lo asesinó. Y ahí la venganza será toda mía.

Luego desapareció, al tiempo que sus palabras resonaban en la habitación casi vacía y la amenaza latente le proporcionaba a Mariota la fuerza suficiente para ponerse de pie.

Mariota avanzó tambaleándose, con el propósito de recuperar su daga a pesar del horror que sentía, pero en el momento en que sus

dedos agarraron la empuñadura engastada con piedras preciosas, un clamor de pisadas detuvo su mano. Ásperas voces masculinas vociferaban con indignación e incredulidad.

Los hombres de Hugh.

Unos diez hombres irrumpieron en el cuarto, con la rabia impresa en sus rostros barbados, mientras sus cuerpos musculosos, envueltos en tartanes, vibraban de la furia.

Cuando se enfrentó a ellos, Mariota sintió que su cuerpo se helaba.

—Dios es testigo de que yo no lo he matado. Ha sido...

—¡Putas! ¡Mirad de quién es la daga que tiene clavada en el corazón! —gritó el hombre que estaba más cerca, mientras señalaba la daga incrustada en el pecho de Hugh. Las piedras preciosas de la daga resplandecieron y cada gema parecía gritar la culpabilidad de Mariota—. ¿Acaso cree que no tenemos ojos?

—¡Y mirad! Ved la marca que tiene en la mejilla —gritó otro y la

agarró del brazo—. ¡Pelearon y ella lo mató mientras dormía!

Un tercer hombre escupió en el suelo.

—¡Escuchadme, estáis equivo...!
—protestó Mariota, pero no pudo continuar pues tenía la lengua muy pesada y el dolor en la cabeza y el brazo le impedían moverse.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, se soltó y miró hacia la ventana. Pero fuera sólo se veía una lluvia ligera.

Quizá, después de todo, Elizabeth Paterson sólo había sido

un reflejo de la luna, una invención de su imaginación...

Pero la daga que estaba clavada en el corazón de Hugh el Bastardo era real.

Y era suya. Todos los habitantes de Drumodyn lo sabían.

Ella sabía que era inocente. Y también sabía que Hugh el Bastardo era un bastardo en muchos sentidos.

¡Maldito fuera Hugh y toda su perfidia!

Después de calmarse de esa manera, le tendió el brazo al

guardia que hacía un momento había tratado de sujetarla y dejó que la condujera fuera de la estancia.

Mariota de Dunach, la orgullosa aunque confundida hija del famoso Archibald Macnicol, prefería morir antes que demostrar cobardía o temblar frente a un hombre.

Y que la más terrible de las maldiciones se abatiera sobre ella si alguna vez volvía a caer en las garras del amor.

—Antes de que yo me case, los cerdos cantarán desde los árboles.

Una vez expresada su opinión, Kenneth MacKenzie miró alrededor de la mesa del salón principal del castillo Eilean Creag, en busca de aprobación. Esperaba un gesto de asentimiento o, al menos, un gruñido amigable que respaldara la sabiduría de sus palabras.

Pero no recibió ni una cosa ni la otra.

Peor aún, estaba casi seguro de haber visto una o dos miradas de lástima.

Al no recibir lo que esperaba, fijó su mirada en el techo alto y abovedado durante el tiempo suficiente para tragarse el resoplido que le subió por la garganta. Independientemente del aprecio que les tuviera, era un hecho que los hombres del clan MacKenzie no sabían usar el cerebro cuando se trataba de mujeres.

Él sí conocía los peligros.

No era que nunca hubiese apreciado la placentera dulzura de mujeres suaves, bien formadas y complacientes, ni sus tibios

encantos y otras embriagadoras delicias de las que eran portadoras.

De hecho, se deleitaba con todo eso.

Pero sólo con mucha cautela y cuando estaba seguro de satisfacer las necesidades de ambos, sin comprometer el corazón ni las emociones.

Casarse era una cosa completamente distinta y estaba totalmente fuera de discusión.

—¿Cerdos cantores? ¿Y posados en los árboles? —dijo Elspeth, el ama de llaves del castillo, mientras

sacudía la cabeza canosa y ponía frente a él una bandeja con tortas de avena—. No, muchacho, ésa no es manera de hablar.

Era la única mujer en el salón a esa hora de la mañana, y siempre decía lo que pensaba. Elspeth se limpió las manos en las faldas y lo miró; el brillo de sus ojos revelaba su incredulidad ante semejante declaración.

Estaba totalmente segura de que Kenneth se retractaría de sus palabras.

Pero él no dijo nada.

Tampoco se arrepentía de lo que sentía.

De hecho, de no haber sido por el respeto que le inspiraba la venerable presencia de la anciana, se habría expresado de manera más osada y les habría dicho a todos esos tontos de ojos desorbitados y locos por las mujeres que creían que el castillo rodeado de lagos era su casa exactamente lo que pensaba de su cháchara. Pero prefirió apretar los labios y agarrar una torta de avena.

No obstante, ni toda la

severidad de su actitud ni el hecho de llenarse la boca con los pastelillos más exquisitos del castillo pudieron librarlo de la mirada inquisitiva del ama de llaves.

Ni de su opinión.

—Cosas más extrañas que cerdos cantando se han visto en estas montañas —dijo Elspeth con determinación. Luego se agachó sobre él y le tapó el vaso de cerveza con una mano—. Un hombre sabio es prudente con lo que dice.

—Y una mujer sabia sabe

cuándo morderse la lengua — declaró Duncan MacKenzie, el Potro Negro de Kintail, jefe del clan MacKenzie y tío de Kenneth, desde su trono de propietario en la cabecera de la mesa—. Y también sabe cuándo los hombres desean estar solos —concluyó, al tiempo que le lanzaba a la mujer una fría mirada de desaprobación.

Elsbeth entendió la insinuación, bajó la cabeza y se retiró. Pero no antes de lanzarle al jefe del clan una mirada de satisfacción.

—Cosas raras, sin duda —

farfulló, mientras se apresuraba a salir.

—No le hagáis caso —aconsejó el hombre que estaba a la izquierda de Kenneth, mientras observaba cómo Elspeth desaparecía—. A ella le encantaría que todavía creyéramos que en nuestras costas acechan criaturas de leyenda.

—¿Acaso no es así? —replicó otro hombre, al tiempo que daba un manotazo sobre la mesa—. Una vez vi a un sátiro moviéndose con sigilo por la orilla del lago, a no más de diez pasos de donde yo

estaba. Era mitad humano y mitad cabra, y tenía una inmensa cabellera que se mecía con el viento, dientes largos y unas garras que centelleaban a la luz de la luna.

Kenneth frunció el ceño.

—Me tiene sin cuidado lo que merodee por los bosques de Kintail —dijo y apretó su jarra de cerveza—. Siempre y cuando me dejen en paz.

Una paz muy merecida, se dijo para sus adentros, mientras pensaba que no quería reñir con sus parientes, sólo pocos meses

después de que ellos lo hubieran acogido en su seno y lo hubieran nombrado el nuevo Guardián de Cuidrach.

Con el corazón henchido de honor, Kenneth levantó la mano para alisar los suaves pliegues de la capa verde y azul que le colgaba plácidamente del hombro.

La capa MacKenzie... cuya tela tenía el mismo diseño y tejido de la que llevaban casi todos los hombres presentes en el enorme salón de Eilean Creag.

Pero para Kenneth esa capa

también era un constante recordatorio del bastardo que lo había concebido. Un canalla mujeriego que permitió que su madre, Dios la tuviera en su gloria, le diera el apellido, pero nunca se molestó en aliviar su vergüenza casándose con ella.

Al recordar eso, Kenneth apretó la barbilla y endureció su resistencia a permitir que le impusieran una esposa, a pesar de lo buenas que fueran las intenciones de los hombres del clan.

Ellos no habían compartido con él todos esos difíciles años en el mar. Años que pasó persiguiendo los sueños de hombres más ricos y arriesgando la vida para satisfacer la codicia de otros. Él era el único que había tenido que dormir en las heladas cubiertas de barcos azotados por las olas, sin otro consuelo que la lana de su capa y el calor humano de los otros marinos que dormían a su lado.

Eso y el recuerdo de su casa era lo único que lo había mantenido.

Sus ansias de regresar.

Kenneth levantó su vaso y le dio un gran sorbo a la bebida espumosa.

—Creedme —comenzó a decir, mientras trataba de mirar a los ojos de todos los parientes que seguían observándolo fijamente—. Ansío la soledad de Cuidrach y me regodearé en su silencio.

—Como quieras —respondió Duncan MacKenzie—. Pero lo que nos preocupa es precisamente ese silencio. Las largas y oscuras noches de invierno que pronto caerán sobre esta tierra.

Luego, el jefe del clan MacKenzie se inclinó hacia delante y logró arrinconar a Kenneth precisamente en el lugar que había tratado de evitar a toda costa.

—Mira —insistió, al tiempo que clavaba en Kenneth su penetrante mirada—, el problema no es la triste leyenda de la Piedra del Bastardo ni las tonterías de una vieja sobre bestias legendarias. Lo que queremos es que llenes el vacío mismo de Cuidrach.

Kenneth no dijo nada.

No era necesario. Todos los

presentes sabían qué quería decir el jefe del clan MacKenzie con «llenar el vacío».

Él quería que Kenneth se casara.

Al igual que los demás, a juzgar por el entusiasta gesto de asentimiento que recorrió todo el salón.

—Cuidrach es un lugar solitario —dijo otra voz que rompió el silencio—. El castillo estaría mucho mejor si lo alegráramos con la buena compañía de mujeres y la alegría y calor que su presencia proporciona.

Kenneth levantó una ceja y se quedó mirando al hombre que acababa de hablar, sir Lachlan Macrae, el capitán de guarnición que él mismo había escogido. Viudo y mucho mayor que él, Kenneth pensó que sir Lachlan era un buen candidato para ser el jefe de guardia de Cuidrach, pues pensaba que iba a disfrutar la soledad del lugar.

La ausencia de mujeres.

Pero, al igual que los demás, sir Lachlan lo observaba como si le hubieran salido los cuernos del

mismísimo diablo.

—Lo que yo deseo es tener paz —insistió Kenneth y se puso en pie—. Ansío la preciosa soledad, libre de los aullidos y el cotorreo femeninos. Ya sean de una esposa o de otra mujer.

Pero, mientras se alejaba, el hilo de un eco llegó hasta él. Vago, distante y tentador, ese eco lo envolvió entre sus tentáculos, mientras lo atormentaba con imágenes fragmentadas de antiguos deseos extinguidos y perturbadores residuos de sueños

enterrados hace mucho tiempo.

Pero Kenneth no iba a permitir que esas tonterías lo afectaran. No tenía intención de considerar semejante despropósito.

Y había una cosa de la que estaba seguro: saldría para Cuidrach antes de lo planeado. En los últimos días no se había cruzado con ningún cerdo, pero no quería tentar su buena fortuna.

Después de todo, él era un hombre prudente.



Capítulo 2

En lo más profundo de las mazmorras de Drumodyn, Mariota daba vueltas sobre su incómodo camastro. A pesar del golpe en la cabeza, no podía evitar preguntarse una y otra vez por qué había sido tan estúpida de pensar que los hombres de Hugh iban a creer su historia. Esa falsa esperanza se burlaba de ella ahora y atizaba su rabia, mientras le impedía regresar a ese estado de misericordiosa

inconsciencia en que había permanecido mucho tiempo, ni siquiera sabía cuánto.

Al despertar, Mariota se sumergió en una tristeza que sólo había sentido el día en que su padre la repudió y la desterró de su hogar en el castillo Dunach porque se había ido a vivir con Hugh el Bastardo. Un hombre que, según Archibald Macnicol, no era más que un presumido arribista, un perro vulgar e insolente que no merecía ni barrer el suelo que pisaba su única hija.

Luego de hacer una mueca para tratar de controlar un dolor intenso que no tenía nada que ver con las palpitaciones que sentía en las sienes, Mariota giró la cabeza hacia un lado y abrió los ojos.

Pero no era mucho lo que se podía observar en medio de la penumbra que la rodeaba. Entre paredes húmedas y sombras, la pequeña celda de piedra estaba casi totalmente a oscuras, excepto por el pequeño resplandor de un brasero de carbón. Ése fue el único trocito de consuelo que la joven pudo

distinguir antes de que una bruma negra y ondulante la envolviera de nuevo.

En medio de la bruma, alcanzó a oír, para su sorpresa, las lejanas notas de la música más hermosa que hubiese escuchado en la vida. Una música que provenía de un laúd o de un arpa, si es que podía confiar en su embotada percepción. Y ese canto era tan dulce... Casi angelical.

Enseguida, Mariota sintió un escalofrío helado que la recorrió de arriba abajo. Así fueran los

sagrados anfitriones del cielo, ella no quería tener nada que ver con ningún ángel. Podía estar débil, temblorosa y hambrienta, pero de ninguna manera estaba lista para abandonar este mundo.

A pesar de la belleza de su canto, el ángel podía irse por el mismo camino por el que había llegado hasta allí. O podía ir a buscar a alguien más dispuesto a recibir su visita.

Una vez decidido eso, se incorporó apoyándose en un codo e inclinó la cabeza hacia la música

que sonaba a lo lejos.

O lo que creyó que era música.

Porque ahora, aun cuando trataba de hacer un esfuerzo, sólo escuchaba el rumor de su propia sangre.

Ningún otro sonido llegaba hasta ella, excepto los ronquidos del guardia y el suave golpeteo de la lluvia, que podía escuchar a través de la pequeña rendija ubicada en la parte alta del muro, que hacía las veces de ventana.

Sonidos de la noche que no eran, de ningún modo, tan

encantadores como el canto de los ángeles, pero que le resultaban infinitamente más dulces precisamente por ser ruidos corrientes. Mariota sintió enseguida un calor punzante en los ojos y la tristeza de todo lo que la rodeaba la golpeó como una patada en las costillas.

Para acabar de completar su angustia, la miserable celda comenzó a dar vueltas otra vez y la joven sintió que la invadía un tremendo cansancio, un invencible agotamiento que la invitaba a

entregarse a los brazos de la oscuridad.

De la oscuridad y.. otros ruidos furtivos.

Volvió a despertarse de manera abrupta y primero oyó una riña y un golpe y luego sintió que alguien manipulaba con nerviosismo la tranca de hierro de la puerta. Cuando ésta se abrió con un chirrido muy fuerte, una silueta apareció en el umbral iluminado por las antorchas. Se trataba de una mujer voluminosa, que vestía con sencillez y no iba acompañada de

ningún resplandor celestial ni tenía alas transparentes. Pero le parecía conocida.

—¡Nessa! —dijo Mariota; abrió mucho los ojos, incrédula, al ver allí a su amiga. Le costó trabajo reconocerla, pues había engordado mucho y estaba bastante cambiada.

A pesar del gran corazón y el encanto que poseía, la verdad era que Nessa Mackay despedía cierto olor. No era un olor del todo desagradable... pero sí era un olor peculiar. Nessa olía a humo de carbón y arenques salados, una

mezcla de las riquezas de la tierra y el mar.

Viuda desde hacía algunos años, Nessa manejaba el negocio de pescado de su difunto marido, ahumando cuanto pescado y anguila caía en sus manos, y atendía su pequeña granja lo mejor que podía.

Como solía decir la misma Nessa, eso era suficiente para ella, pues sus necesidades eran pocas.

—Nessa... —repitió Mariota, casi sin poder respirar por la sorpresa—. ¿De verdad eres tú?

—¡En persona! —respondió

Nessa, mientras se ponía las manos en las caderas y le echaba un vistazo a la celda—. Esto es peor de lo que me imaginé. ¡Ojalá les caiga un rayo a los rufianes que la encerraron en esta pocilga!

—Pero ¿cómo has podido llegar hasta aquí? —preguntó Mariota y sacudió la cabeza sin poder comprender nada—. Hugh está muerto. Sus hombres creen que yo...

—Sí, ya sé lo que esos idiotas están diciendo. ¿Por qué otra razón

estaría aquí, vestida así? — respondió Nessa y se dio unas palmaditas en las exuberantes caderas—. ¡Alguien tiene que ayudarla a salir de este embrollo!

Luego se acercó y se abrió la capa, dejando al descubierto los bultos de forraje que le colgaban de la cintura.

—En estas montañas todo se sabe con rapidez. He venido preparada. Hasta tengo dos caballos esperándonos en los abedules que están detrás de los establos.

El corazón de Mariota comenzó a latir apresuradamente.

—Que los santos te bendigan, pero hay algo más...

—Ah, sin duda, milady. Incluso mucho más de lo que usted sabe —respondió Nessa y agitó un dedo—. Sí, hay muchas cosas malas. Tenemos que huir de aquí esta misma noche.

Pero Mariota seguía sin moverse, con el ceño fruncido.

—No me puedo ir sin limpiar antes mi nombre —dijo con convencimiento, aunque le costaba

trabajo hablar—. Es cierto que mi reputación ya está manchada, pero no voy a permitir que todos creen que soy una asesina...

—Usted quizá no sea una asesina, pero a mí sí me pueden acusar ahora de serlo —dijo Nessa y miró de reojo al guardia.

Ya no estaba roncando, ni se movía en absoluto. El hombre estaba tirado en el suelo de piedra, a la entrada de la celda.

El rostro de Nessa se endureció.

—A ése le importaban más las carnes que suponía que tenía en

mis caderas que el respeto que por lo general se les debe a los visitantes de un castillo —dijo, al tiempo que se arreglaba la capa—. Se lanzó sobre mí cuando le solicité que me dejara hablar con usted, en mi calidad de poeta itinerante. Traté de alejarlo, pero como estaba borracho, se tropezó y se golpeó la cabeza con el travesaño de la puerta. Yo no quería que pasara algo así, pero me temo que está muerto...

—¡Por Dios! —gritó Mariota y se quedó mirando fijamente al

hombre, mientras que una mancha roja se extendía por el suelo.

Una oleada de calor, rápida y palpitante, le subió por la garganta y le inundó la cara.

—Sí, tenemos que irnos —dijo y se puso de pie.

Luego miró de reojo al hombre y, rogando que las palabras que iba a decir no fueran malinterpretadas, agregó:

—Aunque no me guste reconocerlo, estoy en esta horrible celda porque provengo de una familia de linaje, si no ya estaría

muerta. Los hombres de Hugh me soltarán cuando se den cuenta de que están cometiendo un error. — Hizo una pausa y se mojó los labios —. Pero a ti te tratarán con mayor severidad, caerás sin miramientos bajo la afilada hoja de la espada. Y eso no lo puedo permitir...

—¡Basta! —Nessa agitó la mano de manera desdeñosa—. Vamos, milady, si no desaparecemos en el acto, usted ya no tendrá nada que decir de mi suerte ni de la suya. — Agarró a Mariota del brazo y la sacó de la celda—. ¡Su peor enemigo en

este momento es precisamente su linaje! Al alba, van a llevarla al río Inver, al otro extremo del lago...

—¿Qué dices? —Mariota sintió que algo dentro de ella se agitaba, un recuerdo lejano que no podía identificar con claridad—. ¿Para qué quieren llevarme allí?

Nessa le lanzó una mirada compasiva.

—¿Acaso no recuerda al caballo de agua que dicen que habita cerca de la desembocadura del río? ¿El kelpie¹-más temido de todo Assynt?

Mariota se estremeció.

—Todos los hombres, mujeres y niños de por aquí ha oído las terribles historias sobre ese monstruo.

Y aunque no las hubiera oído, últimamente todas las aldeas del valle hervían con rumores sobre el monstruo que rondaba por el río, una criatura que podía tomar la forma de un hombre apuesto y disfrazado de esa manera, atraer a las mujeres hasta los confines del lago.

Pero el caballo de agua del río

Inver llevaba diez años sin atacar a ninguna mujer. Los rumores afirmaban que había hecho un pacto con las gentes buenas de Assynt, el cual consistía en que cada diez años le entregarían a una mujer en sacrificio, siempre y cuando permaneciera en las profundidades del río.

Y, con el corazón en la mano, Mariota recordó que se acercaba el momento para un nuevo sacrificio.

—¿Acaso estás diciendo que pretenden ofrecermé al caballo de agua? —preguntó, con los ojos tan

abiertos que casi se le salen de las órbitas.

—Así es, milady —respondió Nessa y apuntó con un dedo hacia la gruesa trenza de Mariota—. Se dice que la bestia prefiere a las doncellas hermosas con abundante cabello rojo cobrizo.

Mariota se miró la trenza y sintió que se desmayaba.

Incluso en medio de la penumbra, su cabello despedía brillantes destellos de color bronce.

Incluso algunos podrían decir que era... rojo cobrizo.

—Yo no creo en el caballo de agua —dijo Mariota y bajó la voz porque se estaban acercando a las escaleras que llevaban hasta el salón principal—. Esas tonterías sólo sirven para entretener a los niños en las noches frías, frente al fuego.

—Poco importa lo que usted crea... ellos sí lo creen. —Nessa le echó un vistazo rápido a la escalera en penumbra, mientras cruzaban afanosamente por el frente—. Además, estoy segura de que muchos deben de estar pensando

que usted será un bocado particularmente agradable para el monstruo porque es una dama.

—Están completamente locos — dijo Mariota y luego trató de contener una maldición cuando se tropezó con una pila de bolsas de carbón y unos braseros vacíos arrinconados contra la pared—. Han perdido el seso.

Nessa resopló.

—Eso no le servirá de consuelo cuando la lancen al agua atada de pies y manos y usted se hunda en el lago como una piedra.

Mariota apuró el paso y sintió que el pulso se le aceleraba cuando alcanzó a divisar frente a ellas una puerta poco usada, por la cual podrían salir del castillo.

—Nunca se atreverían a hacer algo semejante.

—Cuando usted era la amante de su líder, tal vez no —replicó Nessa, mientras agarraba el picaporte de la puerta—. Pero ahora, y después de la muerte de la mujer de la taberna...

Mariota contuvo la respiración.

—¿La tabernera de Assynt?

Nessa asintió con la cabeza y abrió la puerta de par en par.

—Esa misma —confirmó—. La encontraron muerta hace algunas noches a la orilla del río Inver. Se dice que el monstruo tuvo algo que ver en el asunto. Pero independientemente de cuál haya sido la causa de su muerte, la gente está pidiendo un nuevo sacrificio.

—¡Por todos los cielos! —exclamó Mariota y sintió que el estómago se le revolvía.

Aparentemente calmada, pero temblando por dentro, Mariota

siguió a su amiga fuera del castillo, dispuesta a enfrentarse al viento, a la lluvia de la noche y al largo camino que la esperaba. Una nueva vida que sólo podría comenzar a contemplar cuando dejara muy atrás Drumodyn y toda la oscuridad que lo rodeaba.

Dos semanas después, sir Kenneth MacKenzie, el recién nombrado Guardián de Cuidrach, observaba desde lo alto de un risco cubierto de matorral la enorme

extensión de colinas y mar que se desplegaba frente a él. El aire de la noche estaba helado y húmedo, pero ni el frío ni el crepúsculo cada vez más profundo pudieron empañar su buen humor.

Kenneth tragó saliva y luego se pasó casualmente la mano por la frente, con la esperanza de ocultarles su emoción a los hombres que lo acompañaban.

No lo hizo porque pensara que sus compañeros, escogidos con mucho cuidado por él mismo, no fueran a entender lo que sentía,

pues estaban frente a uno de los mejores paisajes de Kintail. Además, este rincón solitario de Kintail era su heredad, una imagen que había llevado grabada en el corazón durante todos los años que pasó en el mar.

Una herencia que nunca pensó que alguna vez pudiera reclamar...

Al recordar ese dolor, Kenneth respiró profundamente y se llenó los pulmones de ese aire húmedo y con olor a tierra, mientras sentía cómo la sangre de sus venas comenzaba a correr, desbocada.

Mientras las ráfagas de viento jugueteaban sobre las oscuras aguas del lago Hourn, a lo lejos, en el punto más alto y escarpado de la costa, se divisaba el gran arco de la Piedra del Bastardo. Y no lejos de la sombra que ésta proyectaba, se erguían las silenciosas ruinas del castillo de Cuidrach.

—¡Ahí está! —exclamó uno de los hombres, mientras señalaba la fortaleza abandonada—. Pero juraría que Cuidrach no está tan vacío como nos han dicho.

De repente, todos los ojos se

volvieron a mirar al que había hablado: un joven musculoso y robusto, que siempre estaba alegre y de buen humor. Conocido por su rebelde cabellera de color rojo oscuro, Jamie el Pequeño era famoso por el impresionante tamaño de su dotación masculina, la cual le traía más de una broma entre aquellos que eran lo suficientemente osados para atreverse a molestarlo.

Jamie el Pequeño también se distinguía entre los seguidores incondicionales de Kenneth por ser

uno de los más jóvenes y poseer una vista excelente. Mucho mejor que la de Kenneth, por cierto, pues en medio de la penumbra Kenneth no veía más que la soledad de esas tierras y unos cuantos huecos en las murallas de Cuidrach.

Sin embargo, Jamie miraba a uno y otro lado con ojos brillantes.

—Allí está, mirad, una pequeña columna de humo —insistió, mientras seguía señalando con el dedo—. ¡Alguien ha encendido una hoguera! ¡Y en la torre!

—Tonterías, muchacho, lo único

que ves son nubes y bruma —dijo un hombre mayor, mientras refunfuñaba entre dientes—. Nada más.

Sin inmutarse, Jamie bajó el brazo.

—Caminantes, viajeros cansados, un fraile mendicante, no sé. Pero allí hay alguien —dijo con tono de autoridad—. ¡Prometo comerme un bloque de estiércol para cenar si me equivoco!

—¡Y yo prometo comerme el doble de tu porción si estás en lo cierto! —dijo Kenneth, retándolo

con la misma convicción—. Lo único que encontraremos en Cuidrach será nuestra propia sombra... ¡y una buena noche de descanso!

De repente, el aire se cargó con la trepidante intensidad de una tormenta eléctrica. Kenneth sintió la piel de gallina en la nuca y sus huesos se estremecieron con una sensación de alerta.

Sin embargo, se aclaró la garganta y, tratando de hacer caso omiso de esa sensación, dijo:

—A menos que queramos

deambular por esta montaña hasta que nos volvamos viejos, propongo que nos demos prisa. ¡Vamos a nuestro hogar! —Tan pronto terminó de pronunciar esas palabras, arreó su caballo hacia la noche otoñal y los demás hombres no tuvieron más remedio que seguirlo.

Pero cuando finalmente llegaron a las murallas de Cuidrach, el joven Jamie soltó una enorme carcajada triunfal.

Efectivamente, de la torre salía una espiral de humo azul. Y una luz

pálida y amarilla resplandecía en una de las ventanas más altas.

Kenneth se detuvo a una corta distancia de la puerta y miró hacia arriba sin creer lo que veía.

—¡Mirad! —gritó Jamie con una voz exuberante que reflejaba la satisfacción de tener la razón—. Os dije que había visto humo.

—¡Es cierto! —admitió Kenneth, mientras observaba detenidamente el parapeto de la torre y entrecerraba los ojos en busca de otros signos de intromisión—. ¡Maldito sea aquel que se atreva a

desafiarme con un bloque de estiércol...!

—¡Por todos los santos! — cacareó otro de los hombres, al tiempo que gesticulaba como loco y señalaba hacia la torre—. ¡Un ángel!

Kenneth volvió bruscamente la mirada hacia la ventana iluminada, pero no vio un ángel sino una mujer.

En todo el esplendor de su belleza, la silueta de la mujer apareció sólo unos instantes. Apenas el tiempo suficiente para

que aquella sirena de cabellos rojos cerrara los postigos de la ventana y les diera a los hombres que estaban abajo la oportunidad de echarle un buen vistazo a su cuerpo curvilíneo.

Y avistar incluso sus pezones erguidos, endurecidos por el frío, según habría podido jurar Kenneth.

Mientras sentía que cierta parte de su cuerpo comenzaba a endurecerse como reacción a esa visión, Kenneth frunció el ceño y se imaginó que un cubo de agua helada se escurría por sus partes íntimas, al tiempo que se pasaba

una mano por el pelo y espiraba con perplejidad.

—¡Por la Cruz! —masculló, sin dejar de mirar hacia la ventana.

Una ventana que ahora estaba completamente cerrada y ocultaba casi por completo el reflejo de la luz dorada.

Pero eso ya no importaba. Kenneth había visto suficiente. Ahora entendía por qué había tenido esa aguda sensación de inquietud cuando estaba en la cima de la montaña.

No había duda.

Cuidrach estaba de todo menos vacío.

Una mujer había ocupado el castillo y eso no era lo peor de todo. Kenneth apretó la mandíbula y metió un dedo por debajo del cuello de la túnica, mientras su estado de ánimo terminaba de ensombrecerse.

No, lo peor de todo era que la mujer que había alcanzado a ver no era cualquier mujer.

Era una mujer desnuda.



Capítulo 3

—¡Por todos los santos! — exclamó Mariota, al tiempo que saltaba lejos de la ventana y se agarraba con una mano los senos desnudos y mojados—. Abajo hay unos hombres —dijo, mientras el corazón le latía como loco—. Todo un destacamento, están al pie de la entrada.

—¡Ja! —respondió Nessa, que también estaba desnuda, al tiempo que se levantaba de la bañera de

madera que Mariota había abandonado hacía sólo unos segundos. —¿Y ahora me mira con incredulidad? —preguntó, mientras se llevaba los puños a las caderas redondeadas —. ¿Acaso no le dije que tentar al demonio sería una manera de llamarlo?

Mariota hizo un gesto impaciencia.

—Sé perfectamente lo que me dijiste —admitió, con el estómago hecho un nudo—. Pero en este momento no creo que eso tenga importancia.

Agarró un paño de tela y empezó a secarse los chorritos de agua que se deslizaban por su cuerpo helado.

—¡Dulcísimo Jesús! —exclamó, con las mejillas coloradas a pesar del frío que acechaba su desnudez—. ¿Quién querría aventurarse hasta este remoto y triste rincón, en medio de la nada?

Con desesperación, señaló con la mano el muro de roca caliza, en el que no había ni el más modesto adorno. La estancia, cuya nobleza residía solamente en su tamaño,

tampoco ostentaba muchos muebles, sólo un par de jergones rellenos de paja y unas ásperas mantas escocesas que las mujeres usaban para arroparse. La débil luz de unas pocas velas y una frágil lámpara de aceite iluminaban los restos de su cena: un pan ácimo a medio comer, la corteza de un queso mohoso y las conchas nacaradas de unos mejillones negros, que habían recogido hacía unas pocas horas. Una comida simple, acompañada apenas de agua.

Evidencia suficiente de que en Cuidrach no había ninguna comodidad. Una circunstancia que Mariota esperaba que obrara en su favor.

—Aunque alguien quisiera venir hasta aquí —dijo vacilante Mariota—, tendría que tener la vista de un halcón para encontrarnos en medio de una noche tan oscura y lluviosa.

Pero Nessa chasqueó la lengua, mientras escurría el agua de su oscura cabellera.

—Dicen que el diablo siempre tiene los ojos bien abiertos. El...

—El maligno no está ahí abajo, se trata sólo de un grupo de hombres —replicó Mariota, mientras trataba de hacer caso omiso de los latidos desbocados de su corazón—. Deben de ser viajeros —afirmó y pensó que ojalá las palmas húmedas de sus manos no sugirieran otra cosa—. Simples caminantes.

Nessa resopló.

—Sea cual sea su propósito, si usted hubiera atendido mi advertencia de no abrir los postigos, ellos habrían pasado de

largo, pensando que el lugar estaba abandonado —dijo, al tiempo que salía de la bañera chorreando agua—. Seguramente ya habrán visto la luz de las velas y sabrán que estamos aquí.

—Oh, eso es seguro —dijo Mariota y sintió una punzada en el estómago. Estaba segura de que esos hombres habían visto mucho más que la luz temblorosa de unas pocas velas de sebo.

Mientras se estremecía de sólo pensar en eso, Mariota atravesó la estancia y le entregó a su amiga el

pañó para secarse.

—No importa, los recibiremos como habíamos acordado. Tan pronto estemos frente a ellos, me presentaré como la señora de este castillo. La abnegada esposa de mi marido ausente, el actual Guardián de Cuidrach.

Nessa arqueó una ceja, una expresión más elocuente que cualquier palabra.

Sin pasar por alto la cara de asombro de su amiga, Mariota se puso el vestido, sin preocuparse por la túnica, aunque trató de

organizar su cabello todavía húmedo en una trenza, para dar una impresión de decoro.

—Sólo están de paso, ya verás — afirmó nuevamente y deseó para sus adentros que así fuera. Luego esperó a que Nessa se pusiera la ropa y agregó—: Cuando vean que no les podemos ofrecer más que avena húmeda y agua, estarán más que deseosos de partir.

Pero no habían acabado de salir de su boca esas palabras, cuando abajo se oyó una intensa algarabía. Chasquear de frenos de caballos,

golpeteo de cascos y el inconfundible tintineo del acero... una cacofonía que Mariota reconocía muy bien. El sonido inconfundible del arribo de un grupo de caballeros.

Un grupo grande de caballeros que, a juzgar por el estrépito, ya estaban dentro de la fortaleza.

Mariota agarró una vela que estaba sobre la pequeña mesa que había en la habitación y corrió a la puerta, mientras sentía que el estómago le daba vueltas.

— Ven —le dijo a Nessa y le hizo

señas para que saliera al oscuro corredor—. Tratemos de interceptarlos antes de que irrumpían en el vestíbulo.

De manera intrépida, las dos mujeres se apresuraron a descender por la escalera de caracol hacia las puertas del castillo.

Al llegar abajo, Mariota sintió que esa «invasión» provenía de sus peores pesadillas, pues *él* ya no estaba apresado en su tumba, en la lejana Assynt, sino que se encontraba frente a ella, sonriendo en medio del salón.

Hugh Alesone en todo su esplendor.

—¡Vaya! —exclamó el caballero con una voz que denotaba regocijo—. ¡No es sólo un ángel, sino dos!

Mientras ponía en el suelo un baúl de viaje que parecía bastante pesado, otro hombre, mayor y con una gran barba, se quedó mirándola.

—¡Por Dios, y pensar que estábamos seguros de que no íbamos a encontrarnos con nadie, salvo con el viejo Ranald y unas pocas palomas!

Mientras la observaba con intensidad, Hugh apenas podía disimular su buen humor.

Mariota puso la vela en el suelo, pues estaba demasiado perpleja para hablar. Luego echó los hombros hacia atrás y se preparó para una confrontación. Pero en ese momento la luz de la antorcha iluminó al hombre, revelando no sólo su sonrisa y su musculatura, sino también su juventud. Eso y el gigantesco bulto que tenía entre las piernas.

Mariota tragó saliva, pues era

obvio que estaba equivocada. Quienquiera que fuera este caballero, no era Hugh Alesone.

Pero estaba en el salón de Cuidrach y detrás de él se encontraban muchos otros hombres de su misma clase, mojados por la lluvia y castigados por el viento. Algunos de ellos cargaban unos enormes arcones de viaje y lo que parecía la dotación de un grupo de caballeros de la más alta calidad, el tipo de equipamiento que su padre habría examinado con un brillo de alegría

en los ojos, mientras chasqueaba la lengua en señal de aprobación.

Mariota apretó los puños debajo de la capa y se esforzó por no perder la compostura.

—No somos palomas ni ángeles —dijo, y sintió que el corazón le latía a toda prisa—. Sólo somos mujeres...

—Eso lo podemos ver —dijo otro hombre, que tenía la voz un poco más profunda y parecía más serio que los demás—. En efecto, dudo que algún ángel haya honrado estas paredes en mucho tiempo. Y,

ciertamente, menos dos...

Saliendo de entre las sombras, el hombre la miró con ojos escrutadores.

—Con seguridad, los seres celestiales pueden encontrar refugios más agradables que honrar con su sagrada presencia. ¿No está de acuerdo, milady?

—No necesariamente. — Mariota levantó la barbilla ante el tono de arrogante amenaza del que hablaba—. Eso depende de lo que dicha criatura encuentre agradable.

—O —agregó el hombre,

mientras arqueaba una de sus cejas, negras como las alas de un cuervo —, tal vez depende de las razones que llevaron al tal... ángel a un lugar como éste.

—¿Y qué hay de usted, buen señor? —replicó Mariota, mientras luchaba para no desvanecerse bajo la oscura mirada del hombre—. Se dice que a los demonios también les gustan los lugares así. ¿Qué lo trae a usted aquí, en esta noche tan oscura y lluviosa?

Para sorpresa de Mariota, los labios del caballero esbozaron una

sonrisa... una sonrisa sensual pero sin ninguna calidez.

El hombre no dijo nada.

Tampoco necesitaba palabras.

Mariota lo podía sentir sobre ella, rodeándola por fuera y por dentro, con un poder de posesión tan palpable que en un instante de locura se imaginó que él la agarraba y la acercaba contra su pecho para darle un beso abrasador que borraba de un plumazo todo su pasado y hacía que en un instante de pasión desaparecieran todas sus preocupaciones y heridas.

Era como un impulso fugaz que podía hacerla olvidar, e incluso llegar a amar nuevamente.

Ciertamente desear.

Pero la frialdad de la mirada del caballero restauró el buen juicio de Mariota, quien alzó la barbilla un poco más y resopló para retirarse de la frente un mechón caprichoso.

—Le he hecho una pregunta — insistió ella, mientras una parte irreprimible de su feminidad seguía estudiándolo—. ¿Por qué está usted aquí?

—¿No lo adivina? —respondió

el hombre, al tiempo que daba un paso hacia atrás y levantaba los brazos, como si la invitara a examinarlo, cosa que ella hizo, mientras la sangre se le calentaba con cada latido de su corazón.

Alto, con el cabello muy negro y un cuerpo musculoso, era el tipo de hombre que podía encender el... interés de una mujer. Para desgracia de Mariota. Efectivamente, la potencia masculina de su presencia encendió por sí sola las mejillas de la joven y, peor aún, hizo que se desvaneciera

cualquier vestigio de esperanza de que él y los otros fueran simples viajeros.

Esos hombres estaban ahí por una razón.

Y a juzgar por la cantidad de figuras que se veían moverse tras la fina cortina de lluvia, había suficientes hombres como para guarnecer una fortaleza mucho más grande que ese ruinoso castillo.

Ojalá ese sombrío espécimen masculino hubiera llevado a sus hombres y sus asuntos a una de esas fortalezas más cómodas, pensó

Mariota. Pero, en lugar de eso, el hombre parecía erguirse demasiado cerca de ella y su aroma a campo y lluvia fresca y el calor de su fornido cuerpo masculino llenaban el pequeño espacio que había entre los dos, trastornando el buen juicio de Mariota y haciéndola temblar.

Y eso sólo era el principio.

En honor a la verdad, todo lo de ese hombre le impedía hasta respirar. Y era casi imposible pretender estar tranquila.

Como si hubiese sentido el nerviosismo de la mujer y quisiera

aprovecharse de la situación, el hombre se acercó todavía más, mientras la abrasaba con la mirada; emanaba de él una incómoda sensación de desagrado y... algo más, algo infinitamente más inquietante, que hizo que Mariota tuviera que apretar firmemente las rodillas para no tambalearse bajo la fuerza de su mirada.

Una mirada inquisitiva y penetrante que, estaba segura, era capaz de atravesar la capa y el vestido para observarla en toda su desnudez.

Ella le devolvió la mirada y haciendo caso omiso del recato, lo miró directamente a los ojos, unos ojos de un azul tan oscuro y tan profundo como ella jamás había visto. Y lo que vio la dejó sin aliento, completamente asfixiada.

No cabía duda de que era el jefe de los hombres que seguían entrando en Cuidrach. A juzgar por el brillo de sus espuelas y la cota de malla que se alcanzaba a ver debajo de la capa, quedaba claro que era un caballero. Su arrogante presencia y la fría displicencia de su

mirada también reflejaban el estatus que ostentaba.

E incluso más reveladoras eran las tres cicatrices verticales que le marcaban la mejilla izquierda. Tres líneas casi imperceptibles pero suficientemente visibles para advertir que era un hombre recio, curtido en la guerra, uno que había sobrevivido a varias tormentas y no estaba dispuesto a tolerar falsedades. O a ser presa fácil de calculadas intrigas femeninas.

Como si quisiera probarlo, en ese momento el hombre tuvo la

desfachatez de poner en su sitio aquel mechón rebelde que ella había estado tratando de quitarse de la cara. Y en el mismo instante en que sus dedos se acercaron a la mejilla de Mariota, el hombre esbozó otra de esas peligrosas y atractivas sonrisas.

Mariota dio un paso atrás para evitar que la tocara, pero no logró hacer caso omiso de la perturbadora intimidad de su mirada, de la intimidad que irradiaba toda su actitud.

—¿Está usted sola aquí? —dijo

de nuevo el hombre, con una voz profunda y provocativa.

Una voz marcada por el suave acento de las montañas escocesas, seductoramente tranquilo, pero innegablemente... desafiante.

Mariota se indignó y sacó fuerzas de la vergonzosa manera en que la afectaba la voz del desconocido.

—¿Qué significa esto? — preguntó y señaló con un gesto de la mano a los hombres que iban de un lado a otro, bajando baúles o sacudiéndose la lluvia del cabello y

de las barbas. Algunos incluso habían prendido antorchas y estaban armando unas mesas.

Era como si estuvieran instalándose en Cuidrach. Actuaban como si el lugar fuera suyo.

Mariota sintió que la boca se le secaba y miró a Nessa, pero lo único que vio en el rostro de su amiga fue una expresión de oscura complacencia.

Entonces frunció el entrecejo. Ella no veía nada de bueno en su situación.

Volvió a mirarlo a él, con la esperanza de que sus mejillas no estuvieran tan rojas como sospechaba.

—Se lo advierto, señor, aunque mi amiga y yo estemos solas en este momento, pronto tendremos compañía —mintió, mientras deseaba que él no la hiciera sentirse como si fuera un gorrión en las garras de un halcón—. El regreso de mi esposo es inminente.

—¿De verdad? —respondió al caballero y arqueó una ceja—. ¿Y quién será ese gran hombre? —

preguntó, indicando con el tono de voz que no había pasado por alto el ruinoso estado del lugar, después de años de abandono—. Me pregunto qué hombre dejaría a su esposa desprotegida, en un lugar tan desolado como éste.

—¿Y dónde está su esposa en esta fría e inhóspita noche? —contraatacó Mariota, con tono cortante—. Bajo techo, a salvo y bien cuidada, ¿no?

—No tengo esposa —le contestó el caballero, con otra mirada penetrante—. Pero si la tuviera, con

seguridad no la dejaría viviendo aquí sin protección.

—Mala cosa en verdad — comentó un hombre barrigón, que pasaba apresuradamente, con la cara roja y jadeando bajo el peso de un arcón de hierro que llevaba sobre los hombros.

—Nunca había visto nada igual —convino otro, mientras acariciaba su espesa barba de color arena—. Que el señor de la casa deje que dos mujeres hermosas se valgan por sí mismas en un lugar tan remoto y desolado.

Haciendo caso omiso del hombre de las barbas, Mariota mantuvo su atención en el sombrío caballero que había dicho que no tenía esposa.

—Si estos muros le parecen tan inhóspitos, señor, permítame preguntarle de nuevo por qué está usted aquí.

Mariota inclinó la cabeza para estudiarlo y esa observación concienzuda le dio el tiempo suficiente para recuperar la compostura, antes de que saliera otra mentira de sus labios.

Antes de que la penetrante mirada del caballero la hiciera olvidar quién se suponía que era. En especial cuando esa mirada, que al parecer lo veía todo, parecía ansiosa de detenerse en cosas que ella habría preferido que no notara.

Como su boca.

Y sus trenzas húmedas.

Y, peor aún, sus pezones duros por el frío, que Mariota sentía erguidos contra los pliegues de su capa.

Cosas que podrían dejar al descubierto a la mujer apasionada y

amorosa que alguna vez había sido, esa desconocida que dormía ahora dentro de ella y era mejor no despertar. Ni siquiera bajo la apariencia de la amada hija de un gran señor, acostumbrada desde el nacimiento a ofrecer una calurosa bienvenida a los viajeros fatigados.

A cualquier viajero fatigado.

Por más perturbador que fuera.

Mariota se puso rígida y levantó la mano para tocar con un dedo el hermoso broche de plata que tenía en el cuello de la capa. De diseño nórdico, la exquisita y elaborada

pieza era uno de los pocos recuerdos que tenía del que alguna vez había sido su amoroso padre.

Un recuerdo de su privilegiada existencia como Mariota de Dunach, de su vida antes de Hugh Alesone.

Apoyándose en ese pasado, Mariota echó los hombros hacia atrás y sostuvo la mirada del caballero.

—¿Acaso no tiene nombre? —preguntó, mientras lo observaba con una mano en la cadera, llena de vigor y espíritu femenino—. ¿O es

que su costumbre es buscar refugio de la lluvia sin siquiera tener la cortesía de presentarse?

—Ah, estoy bastante acostumbrado a la lluvia —dijo Kenneth, evadiendo la pregunta y con un tono un poco más áspero del que le habría gustado—. Ésa no es la razón por la que estoy aquí.

Mariota levantó las cejas con actitud inquisitiva.

—Entonces ¿por qué está usted aquí... si es que no tiene la intención de presentarse como un caballero?

Porque no soy ningún caballero, tuvo ganas de contestarle Kenneth, quien se sentía tan perturbado por la orgullosa actitud de Mariota y la arrogancia de su mirada que se olvidó de que ahora sí ostentaba un título, un título que había jurado llevar con dignidad y orgullo.

Pero en ese momento sencillamente no podía hacerlo.

¿Acaso no seguía viéndola todavía en la ventana de la torre, con esa delicada silueta, exhibiendo unos senos grandes y redondos, desnudos e invitadores, cuyas

generosas curvas resplandecían a la luz de las velas? ¡Y esos pezones, que incluso ahora lo seguían tentando y sobresalían de manera clara bajo los suaves pliegues de la capa!

Un manto que debió de ver mejores épocas y ahora recubría su feminidad, pero cuyo tejido raído insinuaba más de lo que escondía, y despedía... ¡que los santos protegieran a Kenneth!, el aroma de las recientes abluciones de Mariota.

Un aroma fascinante, oscuro y atractivo, cuya húmeda tibieza

resultaba demasiado perturbadora.

Kenneth frunció el ceño y se pasó las manos por el pelo, mientras la miraba fijamente y deseaba que Mariota tuviera el rostro cubierto de viruelas y usara bastón.

—Soy sir Kenneth... —comenzó a decir finalmente, pero se detuvo, casi sin respiración, por el impacto que le causó el hecho de anteponer el título de *sir* a su nombre.

Independientemente de su opinión sobre la forma en que le había sido concedido el título, o de

que considerase que era justo o no, la verdad era que Kenneth todavía se sentía fuera de lugar en un mundo lleno de sutilezas, buenas maneras y elegancia.

Pero la belleza que tenía frente a él no parecía sentir ninguna incomodidad; por el contrario, cada centímetro de su ser proclamaba de manera vehemente que era una dama. De hecho, Kenneth estaba seguro de que, si la sangre tenía algún valor, esa mujer provenía de un distinguido linaje, a pesar del intrigante estado de desaliño en

que se encontraba y de su inesperada presencia en Cuidrach, en su castillo.

Irritado, Kenneth cruzó los brazos, respiró profundamente y volvió a intentarlo:

—Soy sir Kenneth MacK...

—Pero lo que yo quisiera oír es el nombre de ella —declaró Jamie de repente y dio un paso hacia delante, con una sonrisa tan radiante y una mirada tan llena de entusiasmo que era imposible disgustarse por la imprudencia de su intromisión—. El de ella y el de

su amiga.

—Yo soy Nessa —dijo la morena y le sonrió a Jamie, al tiempo que un hoyuelo se asomaba a su mejilla —. La doncella de milady.

—Pero no una simple criada ¡de eso estoy seguro! —exclamó Jamie, claramente atraído por la voluptuosa sensualidad de las dos mujeres, por su cabello húmedo y ese particular perfume. Luego, el caballero más joven de Kenneth les hizo una profunda reverencia a las damas—. Yo soy Jamie el Pequeño —declaró, mientras se incorporaba

—. Del clan Macpherson, pero...

—Demasiado joven para saber cuándo contener la lengua —dijo el hombre de la barriga prominente, mientras se acercaba. Ya sin el peso del baúl, puso una mano sobre el hombro del joven y agregó—: Jamie tiene nueve hermanos mayores que nunca le dejaron expresar su opinión, situación que él remedia llenando nuestros oídos de palabras, cada bendita hora del día y de la noche.

Para sorpresa de Kenneth, una mirada melancólica cruzó por los

ojos de la beldad y su rostro pareció bajar un poco la guardia.

—Sí, yo también sé algo sobre hermanos mayores —dijo y le tendió la mano a Jamie—. Y sobre hermanos menores.

—¿Y a esos hermanos no les preocupa que usted viva sola en este lugar? —preguntó Kenneth, mientras le lanzaba una mirada de irritación a Jamie, que había tomado la mano de Mariota y se la estaba llevando a los labios—. Todo el mundo sabe que los hermanos tienden a ser protectores.

—Algunos de mis hermanos están muertos —dijo con voz apagada—. Y otros que podrían preocuparse ya no lo hacen.

Kenneth arqueó una ceja, perturbado por la declaración más de lo aconsejable.

—¿Entonces no hay nadie?

Mariota respiró profundamente.

—De los que quedan es suficiente decir que no se... inquietan por mí.

Algunos de los hombres la miraron de soslayo. En cambio el caballero moreno, sir Kenneth,

clavó sus ojos en ella y su mirada se fue haciendo tan intensa que Mariota temió que pudiera verle el corazón.

Que pudiera sentir su dolor.

Tal vez incluso compadecerse de ella.

Una posibilidad que la hizo estremecer, mientras resonaban en su mente aquellas palabras de su padre, que volvieron hasta ella para reabrirle las heridas y recordarle lo equivocada que había estado.

La manera tan fácil en que había sucumbido.

«Cualquier hombre que afirme que te quiere sólo por la dulzura de tu sonrisa y la dicha de estar en tus brazos, te conducirá por un sendero lleno de pesares... ¡directamente a donde se imagina que guardas tus riquezas!».

Mientras sentía que una ola de rabia la recorría de arriba abajo, Mariota trató de olvidarse de la profética afirmación y se entregó a esa sensación de frío aturdimiento que sabía que la esperaba.

—Soy lady Mariota —dijo, sin preocuparse de que la frialdad de

su voz la hiciera parecer una mujer de mal carácter—. Como señora de este castillo no puedo ofrecerles mucha comida caliente, ni siquiera cerveza para calmar la sed, pero sean ustedes bienvenidos; compartiremos con ustedes lo poco que hay.

Algo relampagueó en los ojos del caballero, un destello de rabia o posiblemente de risa.

—Es usted muy amable —dijo, y sus facciones parecían inquietantemente atractivas a la luz de la antorcha—. Lady de Cuidrach.

Consciente de que se había sonrojado, Mariota señaló la chimenea y el enorme caldero de hierro suspendido sobre el fuego, del que todavía salían débiles hilos de vapor.

—Todavía queda algo de agua caliente —ofreció con voz firme—. Tal vez la posibilidad de asearse un poco pueda compensar otras carencias.

—Querida señora, no veo ninguna carencia aparte de la ausencia de una explicación sincera de su presencia aquí —replicó el

caballero, con una mirada más oscura y más provocadora que nunca.

—¿Una explicación sincera? — repitió Mariota con el rostro encendido y luego indicó al suelo, cuya superficie helada y desprovista de cualquier ornamento mostraba restos de ceniza y lejía. Una molestia inevitable que tendrían que soportar hasta que Nessa y ella pudieran reunir y esparcir una nueva capa de juncos frescos y hierbas aromáticas; Mariota esperaba que si lograban dar al

castillo un aspecto algo más acogedor, podrían hacer más creíbles las mentiras que ya habían brotado de sus labios.

—¿Acaso cree usted que lo estamos engañando, buen señor?

—Mariota endureció el rostro lo mejor que pudo y trató de respirar normalmente, a pesar de la tensión que sentía en el pecho—. Pues sepa usted que, si no quisiéramos preparar el castillo para la llegada inminente de milord, no nos habríamos tomado la molestia de barrer los juncos viejos del suelo y

arrojarlos a la pila de estiércol.

Para sorpresa de Mariota, los ojos del caballero volvieron a brillar de una manera que dejaba entrever que aparentemente algo le divertía.

—Entonces, sin duda, debo darle las gracias —dijo él, al tiempo que asentía con la cabeza mientras que uno de sus compañeros, un hombre que hasta el momento Mariota no había visto, pasó frente a ellos con un canasto enorme que hacía las veces de cama para perro y unas mantas escocesas apolilladas y gastadas.

—¿Darme las gracias? —dijo Mariota y pestañeó, mientras la cabeza le daba vueltas.

—Por supuesto —afirmó el caballero, mientras se hacía a un lado para dejar pasar a un sabueso que parecía bastante viejo—. Por asegurarse de que...

—No, no diga nada —dijo Mariota y levantó una mano, al tiempo que respiraba con dificultad, tratando de relajarse, de ignorar la horrible sensación de terror que comenzaba a sentir.

—Verá usted, durante los años

en que fui la señora del castillo de mi padre, atendí a una buena cantidad de nobles caballeros que fueron nuestros huéspedes y me ocupé de satisfacer sus estómagos y calmar su sed. Pasaba horas asegurándome de que los aposentos donde iban a dormir estuvieran ordenados y sus camas, tibias y de que tuvieran agua caliente para bañarse. Pero jamás vi a un caballero que tuviera la osadía de traer un perro viejo y lisiado a mi castillo e instalarlo en su propia cama junto al fuego. —Mariota hizo

una pausa y tomó aire, antes de agregar—: Hasta ahora.

Y las implicaciones de ese gesto la hicieron estremecer.

Mariota le lanzó una mirada a Nessa, pero en ese momento la mujer ya avanzaba hacia la entrada del salón con paso resuelto; su actitud revelaba que ella también se había dado cuenta de las intenciones de sus visitantes.

Sin importarle si él la seguía o no, Mariota se apresuró a acompañar a Nessa, sólo para descubrir el caos que reinaba fuera

del castillo.

El patio hervía de actividad: los adoquines rotos y mojados por la lluvia resplandecían con la luz de las antorchas y por todas partes se veían inquietos caballos cansados y ponis de carga con enormes alforjas...

- por lo menos media docena de carretas con equipaje...
- un montón de resistentes baúles llenos de artículos domésticos. No había duda de que eran los enseres personales de un caballero de

fortuna y dueño de extensas tierras.

Enseres que incluían el inconfundible armazón de una cama, según vio Mariota con una sensación de sobresalto.

Confirmadas sus sospechas, Mariota dio media vuelta y no se sorprendió de encontrarlo a su lado. El caballero se cernía sobre ella como una sombra enorme y la miraba de manera penetrante, paralizándola; la joven se sobresaltó y, por un momento, se sintió perdida.

Entonces le pareció que él le decía: *Debí decírselo desde el principio...* pero luego las palabras se perdieron, en medio del estruendo de la lluvia y los latidos desbocados de su corazón.

Sin importar lo que él estuviera ocultando... ¡Que el diablo se la llevara... ella estaba decidida a no mentir más!

Ya había dicho demasiadas mentiras.

Pero Mariota sentía las palmas sudorosas y la sonrisa mordaz del caballero parecía paralizarle

también la lengua.

Le lanzó un vistazo a la carreta más reveladora, la que traqueaba bajo el peso del macizo armazón de una cama.

Entretanto, el hombre la miraba sin moverse; la única señal de su propia turbación era un pequeño temblor en la parte de abajo del ojo izquierdo.

Eso y la palidez cada vez más evidente de las tres cicatrices que le atravesaban la mejilla.

Con los nervios deshechos, Mariota hizo un esfuerzo por hacer

caso omiso de la manera en que su mundo parecía girar y comprimirse a su alrededor, hasta que sólo quedó la intensa mirada del caballero y una sensación de calor que le subía y le bajaba por la nuca.

Cuando otros dos caballeros pasaron frente a ella con paso decidido, llevando sobre sus hombros las partes de la cama, Mariota sintió una sensación de vértigo, un estremecimiento de terror.

Y en ese momento lo supo.

Entonces miró al caballero de

ojos negros que la observaba de cerca y dijo:

—¿Acaso pretende usted hacer su hogar de este castillo, buen señor?

—Claro que no —replicó él con un tono demoniaco—. Esta fortaleza ya es mi hogar. Verá usted, yo soy sir Kenneth MacKenzie.

Mariota parpadeó y sintió que el corazón se le paralizaba.

—¿Sir Kenneth MacKenzie? —repitió.

—Así es, milady —dijo él e hizo una venia—. El nuevo Guardián de

Cuidrach.



Capítulo 4

El nuevo Guardián de Cuidrach.

Mariota se estremeció pero mantuvo la barbilla en alto y siguió mirando al apuesto caballero que la observaba fijamente, con una mirada burlona y, a la vez, profunda que la hacía temblar y arder. Era tal la intensidad de su mirada que Mariota comenzó a sentir deseos que creía extintos hacía tiempo. Él parecía atizar sentimientos que ella no podía explicar, en especial

cuando sus ojos azules se hicieron más oscuros y Kenneth dio un paso hacia ella. Casi como si quisiera tocarla, como si quisiera rozar su piel, enterrar la cara entre su cuello, para acariciar luego sus cabellos y besarla, mientras le susurraba palabras de amor al oído.

Como si quisiera seducirla, enamorarla... y romperle el corazón.

Ganarse su confianza, al tiempo que su cuerpo se fundía con el de él.

Pero Kenneth sólo se acercó para arreglarle la capa que

revoloteaba con el viento, aunque llegó tan cerca que su aroma viril, tibio y limpio, rodeó a Mariota como una niebla y ella se sintió transportada por la embriagadora masculinidad de su presencia.

Sin embargo, se sintió avergonzada cuando se dio cuenta de que el ardor de los ojos del caballero provenía de una sensación de irritación, no de pasión.

—Lamento su situación, milady, pero he venido aquí a vivir en paz —dijo él—. En paz y... solo.

Con el rostro encendido, Mariota tragó saliva, mientras soportaba las palpitaciones que le producían la intensidad de la mirada de él y su propio sentimiento de culpa. Olas ardientes de humillación que nublaban su entendimiento y se aprovechaban de todas sus debilidades.

—¿No tiene nada que decir? — preguntó el hombre en voz baja, una voz que habría podido sonar seductora de no ser por el timbre de impaciencia que revelaba su

incomodidad—. No tiene por qué tenerme miedo, se lo aseguro.

—¿Tenerle miedo? —repitió ella, mientras sentía algo que se agitaba en su interior. Vergüenza, con seguridad, pues él la perturbaba de una manera que sólo se podía calificar de impropia. Y vergüenza también porque, hasta hacía muy poco, jamás había dicho una mentira.

Pero, en lugar de retractarse, Mariota se sorprendió mirándolo fijamente, con otra mentira en sus labios:

—No tengo nada que ocultar — dijo, al tiempo que se cerraba la capa para protegerse del frío—. Y, por cierto, no le tengo miedo.

Kenneth cruzó los brazos y la miró con escepticismo.

—Entonces, ¿qué la trae por aquí, milady?

Mariota tragó saliva, muy consciente de los hombres que se movían de un lado para otro en el patio.

—Simplemente quería vivir aquí en medio de la soledad... al igual que usted —respondió, e hizo un

esfuerzo por parecer tranquila—. Nunca fue mi intención engañarlo. Es verdad, ¡vine hasta este lugar porque no sabía que usted existía!

Un brillo fugaz en los ojos del caballero reveló que algo le había hecho gracia.

—Entonces puedo jurar que compartimos más de lo que podría pensarse, puesto que, para mí, la existencia de una esposa resulta igual de sorprendente. Yo tampoco sabía que usted existiera, y menos aún que fuera mi esposa.

Kenneth hizo una pausa y la

chispa de humor se volvió sarcasmo.

—La verdad es que aún no puedo creerlo. Me resulta inexplicable que una mujer de noble cuna quiera esconderse en un valle tan sombrío como éste.

—¿Le parece extraño? —bromeó Mariota, aunque el nerviosismo se le adivinaba en la voz—. Hay muchísimas razones, no lo dude.

—Aunque así sea, ¿acaso no teme que puedan llegar hasta aquí hombres con malas intenciones, milady? —preguntó él, mientras el

viento agitaba su capa y le desordenaba el cabello—. ¿Ladrones que merodean por tierras baldías como éstas? ¿Quemando y saqueando todo lo que encuentran a su paso?

—¿Acaso usted es de ese tipo de hombres?

Para sorpresa de Mariota, él soltó una carcajada que produjo un breve instante de calidez que resultó... devastador.

—Ya le he dicho quién soy —dijo él, otra vez serio—. Lo que quisiera saber es quién es usted.

—Soy Mariota de Dunach —dijo ella y el corazón se le encogió al pronunciar ese nombre—. Y me educaron para temer a muy pocas cosas, aunque soy suficientemente prudente como para evitar la cercanía de ese tipo de merodeadores que usted describe.

—¿Y cómo? —preguntó él, al tiempo que levantaba una ceja—. ¿Escondiéndose aquí y afirmando que usted es la señora de esta fortaleza?

—No negaré ese... engaño —reconoció ella, al tiempo que sentía

una punzada de culpa—. Pensé que protegerme con un título que creía inexistente sería inofensivo. En especial, si al hacerlo podía desalentar... intromisiones no deseadas.

Kenneth la miró con admiración por su espíritu, mientras luchaba por no ceder ante los encantadores puntos dorados de los enormes ojos verde mar de Mariota.

Algo en ella le hacía pensar en sensuales imágenes del deporte amatorio, que incluían ardientes acrobacias y otras delicias.

Y peor aún, también irradiaba una cierta vulnerabilidad que le hacía querer protegerla.

Kenneth frunció el ceño y se obligó a recordar otros ojos verdes. Unos no tan luminosos ni vulnerables como los de lady Mariota, sino lo suficientemente poderosos como para helarle la sangre y borrar de su imaginación esos deseos.

—Entonces, Mariota de Dunach —comenzó a decir—, ¿me podría decir cuáles han sido esas razones tan poderosas que la han traído

hasta aquí?

Mariota respiró profundamente.

—Verá... Estoy aquí a causa de la cólera y la superstición. Me iban a ofrecer en sacrificio al caballo de agua del río Inver. Y aunque algunos pueden no creer en monstruos y otras bestias mitológicas, los que sí creen les tienen mucho miedo. Sólo pude escapar gracias a que Nessa se arriesgó muchísimo para rescatarme.

—Ya veo —dijo Kenneth, que de repente comenzó a sentir el peso de

sus obligaciones de caballero.

Aunque eso no tenía importancia.

Acababa de entrar en un remolino y el honor le exigía mantenerse firme.

La antigua tradición hospitalaria de los escoceses le obligaba a ofrecerle asilo a Mariota. También el hecho de haber sido nombrado caballero. Eso, y el hecho de que él era incapaz de abandonar a una dama en apuros, impulso que le había causado más de un problema.

Así que Kenneth dejó escapar

un suspiro de frustración que olía a resignación y dijo:

—No se preocupe; su esfuerzo para llegar hasta aquí, milady, no ha sido en vano —se oyó decir; su voz parecía la de un desconocido—. Estará usted segura en Cuidrach, se lo prometo.

Pero Mariota no pareció oírlo, pues tenía la mirada fija en el salón, donde algunos de los hombres se habían desnudado hasta la cintura y estaban aprovechando por turnos el agua del humeante caldero. Sir Lachlan, el que siempre tenía cara

de felicidad, ya estaba completamente sumergido en la improvisada bañera.

Una bañera un poco desvencijada que habían instalado discretamente en un rincón oscuro, seguramente con la intención de que Kenneth MacKenzie y su capitán pudieran disfrutar de un baño placentero.

—Y no es necesario que me ayude a bañarme —dijo, mientras notaba que Mariota se sonrojaba—. Dejaré tales delicadezas para mi capitán. Un cubo de agua del pozo

del castillo será suficiente para mí.

—Muchas gracias por eso... y por todo —dijo Mariota y sintió que se ponía más roja—. Pero ¿no cree que sus hombres me mirarán con recelo después de que yo... ahora que yo...?

—¿Después de decir que era la señora de este castillo? —terminó de decir Kenneth, mientras observaba fijamente la banda de piel más clara que tenía Mariota en el tercer dedo de la mano izquierda.

Una revelación que encendió una ola de calor entre sus piernas.

—Ah, no, no les importará — dijo con plena certeza—. Ellos disfrutarán de su presencia, independientemente de que usted sea mi esposa o no.

Luego la agarró del brazo y la guió nuevamente hasta el salón, que hervía ahora de calor, en medio de una escena doméstica, marcada por la desnudez de los cuerpos musculosos de sus hombres, cansados pero sonrientes.

—¡Oh! —exclamó de repente Mariota al ver a Jamie. Completamente desnudo y

radiante, el caballero recibía en ese momento un paño para secarse de la mano de Nessa—. Él está...

—Sí, así es —dijo Kenneth y sonrió por primera vez desde que la vio desnuda, su silueta recortándose seductoramente contra la ventana de la torre.

Visión que lo seguía atormentando y excitando.

—Y, dígame —comenzó, pero se detuvo un momento para arreglarse la capa—, ¿esos despreciables cobardes de Assynt la escogieron para sacrificarla al monstruo del

agua por ser viuda?

—¿Viuda? —repitió Mariota y parpadeó.

Entonces Kenneth fijó la vista en la mano de Mariota, en el lugar donde solía llevar el anillo de Hugh el Bastardo, hasta el momento en que huyó de Drumodyn.

Mariota tragó saliva, mientras trataba de buscar una explicación. Una explicación que no la hiciera quedar como una casquivana. Sin embargo, en ese momento los hombres comenzaron a reunirse frente al fuego, con jarros de

cerveza en la mano y dulces baladas en los labios.

—Vamos —le dijo el nuevo Guardián de Cuidrach, mientras la invitaba a acercarse a donde los hombres comenzaban a cantar—. Más tarde hablaremos de sus tribulaciones, por ahora, mis hombres nos entretendrán un rato.

Sin embargo, Mariota se quedó inmóvil y lo agarró del brazo.

—¿Sus hombres? ¿Acaso usted no canta?

—¿Yo? —dijo él, con una sonrisa encantadora—. Mi querida señora,

yo no podría componer un verso ni aunque mi vida dependiera de ello. Antes se caería la luna del cielo.

Mariota se quedó mirándolo, con el corazón pendiendo de un hilo.

—La mayoría de los caballeros son muy diestros en la composición de conmovedoras canciones y en seducir con las palabras.

—No este caballero —le aseguró él—. Pronto se dará cuenta de que no soy muy diestro en las finezas usuales. —Luego hizo una pausa, arqueó una ceja y agregó—: ¿Acaso

le molesta que no sea hábil con las palabras, lady Mariota?

—¿Molestarme? —dijo ella, al tiempo que negaba con la cabeza y sentía que el pulso se le aceleraba—. En absoluto, en realidad me alegra. Más aun, diría que me parece una bendición.

Una bendición que le produjo alivio y al mismo tiempo inquietud.

Varias horas más tarde, olas enormes se estrellaban contra las rocas debajo de la Piedra del

Bastardo y una fuerte lluvia barría los acantilados a lo largo de la costa de Cuidrach, al tiempo que una noche tranquila y dulce arropaba los alrededores del distante castillo de Drumodyn.

Mientras la bruma tenue se deslizaba suavemente por los gruesos muros y las torres de Drumodyn, dentro se vivía una gran confusión. Y en el centro de la tormenta se encontraba un hombre, Ewan el Astuto, que presidía el salón con un aspecto tan amenazante como la afilada hoja de

una espada, mientras vociferaba con voz profunda.

—¿Un zorro rojo? —preguntó resoplando; a juzgar por la tensión de sus rasgos, no estaba hablando en broma—. ¡Por todos los santos, no puedo creer lo que están oyendo mis oídos!

El capitán de guarnición del recién asesinado Hugh Alesone apretó los puños con fuerza y frunció el ceño, al igual que lo hicieron el resto de hombres barbados y vestidos a la escocesa que abarrotaban el gran salón,

cargado de humo y sostenido por vigas negras.

Todavía fieles a su líder, los antiguos compañeros de armas del difunto gran Bastardo de Drumodyn dirigían su cólera y sus miradas airadas hacia un desventurado miembro del grupo.

El infortunado era Wee Finlay, a quien se le había confiado la tarea, supuestamente fácil, de cuidar un simple laúd. Pero muy valioso.

De incalculable valor, el instrumento tenía incrustaciones de oro y piedras preciosas y había

llegado hacía poco a las manos de esos hombres, cuando su dueña, una supuesta poetisa, lo dejó abandonado u olvidado tras hechizarlos con su música para liberar a su cómplice, la asesina de su líder, y huir después con ella.

¡Acabando en el proceso con la vida de un guardia inocente!

—Un zorro, ¡bah! —exclamó Ewan otra vez, con los ojos chispeantes de la rabia.

—Sí, un zorro, tal como os estoy diciendo —replicó Wee Finlay, cuyos ojos también ardían de cólera

— Una criatura descarada, astuta como la que más. —Hizo una pausa para levantar un dedo y agregó—: Porque nadie más puso un pie en este salón mientras todos vosotros estabais en Dunach buscando a lady Mariota... ¡En vano, debo añadir!

—¡Que el diablo te haga arder en el infierno! —rugió Ewan con toda la fuerza de sus pulmones y el rostro casi morado—. ¿Acaso quieres que creamos que un zorro entró hasta aquí y sacó el laúd de un cofre que estaba asegurado con

hierro? ¿Que lo robó justo debajo de tus narices, después de que juraste cuidarlo con tu vida?

Finlay hizo un gesto de desdén y se encogió de hombros.

—Los zorros son ingeniosos. ¿Acaso alguno de vosotros se atrevería a negarlo?

—¿Lo que engatusó a Finlay no sería más bien otro tipo de criatura con pelambre roja? —preguntó alguien en voz alta y con tono petulante—. Todos sabemos que tiene cierta debilidad por las jóvenes...

—Yo no lo llamaría «debilidad»

—dijo un hombre panzón, mientras los demás celebraban el comentario con silbidos y gestos de asentimiento.

El único que no se rió fue Ewan el Astuto, quien seguía inmerso en un mar de cólera.

—Un tonto baboso habría sido mucho mejor guardián de nuestro tesoro —concluyó, mientras caminaba nerviosamente frente a la mesa—. Ahora que Hugh el Bastardo está muerto, ¡necesitamos con urgencia ese laúd!

Luego se detuvo y miró a todos los presentes con fiereza, en medio del ambiente cargado de humo.

—Para mí que ella regresó a llevarse el instrumento —afirmó, mientras se acercaba a Finlay y le enterraba un dedo regordete en el pecho—. Podría asegurar que su cómplice y ella se escondieron en el bosque, a sabiendas de que iríamos a buscarla a la casa de su padre en Dunach. Y en cuanto nos vieron salir, entraron sigilosamente hasta aquí, te encontraron roncando en tu jergón ¡y se llevaron el laúd!

—Nunca en la vida he roncado —objetó Finlay—. Y que el sol no vuelva a salir, si es verdad que me dormí mientras vosotros estabais perdiendo el tiempo en vuestra inútil misión.

—¿Perdiendo el tiempo? —repitió Ewan y abrió mucho los ojos—. Sí, tal vez sea cierto, ya que el padre de la dama insistió en que no la había visto. Y si no logramos encontrarla, tal vez lo mejor sería dejarla en paz y sacrificarte a ti al monstruo del agua.

Wee Finlay lo miró con ira.

—¿Si lo haces, jamás volverás a ver tu precioso laúd!

—¿Cómo dices? —Ewan se acercó todavía más a Finlay—. ¿Cómo puede ser eso? Por todos los poderes del cielo, me muero por saber de qué estás hablando. ¿Por qué dices que si tú mueres nunca volveremos a ver el laúd?

—Porque —comenzó Finlay y pareció aumentar de estatura mientras hablaba— yo soy el único que puede reconocer al zorro que lo robó.

—¿Reconocer al zorro? —

preguntó en tono de burla alguien que estaba en un rincón—. ¿Por el olor o por ese pelaje rojo que te embrujó?

—Por sus ojos —replicó Finlay, impertérrito—. La criatura tenía unos ojos extraños, unos ojos mágicos.

En ese momento, un silencio sepulcral cayó sobre el salón, ahogando todas las risas y bravuconadas.

Ewan fue el primero en reaccionar.

—Lo que dices es muy extraño

—dijo mirando con rabia al pequeño Finlay—. Que Dios se apiade de ti si estás mintiendo.

—Nunca he pronunciado palabras más ciertas —insistió Finlay—. Encuentra al zorro que me miró como si pudiera ver dentro de mi alma y tendrás tu laúd.

—El laúd y a las dos mujeres —sostuvo Ewan, que por fin parecía calmado—. Lo puedo sentir en los huesos.

Más tarde, hacia la madrugada,

Nessa se deslizó suavemente por el parapeto empedrado de Cuidrach, hasta guarecerse en un torreón desierto que había al final del camino de ronda.

Protegida por el muro almenado y alumbrada por la fría luz de la luna, comprobó que el pequeño torreón era el refugio perfecto para una persona como ella, una mujer de sangre ardiente, dueña de una mente inteligente y un corazón fuerte... que a veces flaqueaba por los deseos de la carne.

Antojos tontos del corazón.

Ansias y anhelos que no sabía si algún día disminuirían.

Así las cosas, Nessa se apretó los senos con las manos e inhaló profundamente el frío aire de la noche, con la esperanza de recuperar su calma habitual.

Pero en lugar de eso, comenzó a oír los lejanos acordes de la música que venía del salón y, a pesar de la resistencia de su corazón, algo dentro de ella se agitó, pues aunque llevara ya muchos años de viudez, nunca se había acostumbrado a estar sola.

Con el corazón latiéndole aceleradamente, echó un vistazo alrededor de la habitación pequeña y vacía y se imaginó un jergón arrimado contra una de las paredes, en el cual retozaban dos cuerpos desnudos, íntimamente unidos, tan cerca que no cabía ni una hebra de hilo entre los dos; aquellos cuerpos se movían sinuosamente, saciándose con un placer increíble, alumbrados por la luz platinada de la luna.

Aunque casi podía sentir contra la mejilla el aliento de su amante

fantasma, Nessa sacó fuerzas de su interior y devolvió esos sueños al lugar de donde habían venido.

Sueños que, muy probablemente, provenían de todo el vino de sir Kenneth que había bebido, que también era la causa de que ahora se sintiera totalmente mareada.

Segura de eso, decidió internarse entre las sombras de la habitación, lejos del viento y de la lluvia; se detuvo en un rincón apartado y se apretó la capa sobre los hombros, pues si ésta no era una

noche para acariciar sueños sin sentido, tampoco era buen momento para escudriñar el pasado.

Ni el suyo ni el de Cuidrach.

Desde ese lugar tan alto se alcanzaba a ver la tristemente célebre Piedra del Bastardo, que se erguía hacia el cielo en toda su negrura, rodeada de rocas bañadas de espuma y cubiertas de bruma, siempre vigilante.

Una vigilancia que Nessa entendía, pero que no iba a permitir que la entristeciera.

Ella no le deseaba ningún mal a Cuidrach ni a sus fantasmas.

Lo único que deseaba era disfrutar de lo que quedaba de la magia de la noche, del calor que alcanzó a adivinar en los ojos de cierto caballero que la miraba con interés, un decidido interés que con seguridad no era producto de su imaginación.

Como tampoco lo eran las extrañas palabras que le había dicho una vez una vieja y que Nessa podría jurar que había vuelto a escuchar resonando en la

habitación vacía, ocupada sólo por la luz de luna.

«A su debido tiempo habrá un justo reordenamiento de las cosas y todo volverá a estar en su lugar».

—Señora.

Nessa se sobresaltó al ver que alguien entraba por la puerta, y la calma que había recuperado con tanto esfuerzo desapareció de repente, con la misma velocidad con que desapareció el eco de las palabras de aquella anciana diminuta y vestida de negro, que había visto sólo una vez en la vida.

Era sir Lachlan Macrae, el capitán de guarnición de sir Kenneth, a quien también había visto una sola vez. Pero no sólo lo había visto sino que lo había bañado y los recuerdos de ese particular momento de intimidad alertaron en ese momento todos sus sentidos.

—La estábamos echando de menos en el salón —le dijo con una voz profunda que la conmovió, mientras que la imponente presencia del alto caballero acababa con su compostura.

Y la hacían... desearlo.

Hombre y mujer se miraron a los ojos y ella se sintió perdida incluso antes de que los labios del caballero se curvaran en una sonrisa lenta y provocativa, que la hizo sentir una deliciosa excitación en la boca del estómago.

Y atizó la sensibilidad de sus partes femeninas, que ya ardían de deseo.

Entonces Nessa pensó que ese guapo y valiente caballero siempre debía inspirar ese tipo de reacciones en cualquier mujer a la

que decidiera dedicar sus atenciones.

Un instante después, sir Lachlan se acercó un poco más y Nessa alcanzó a ver un hoyuelo en su mejilla izquierda.

—¿Acaso se ha cansado de oírnos contar historias frente al fuego, milady? ¿De nuestra música y nuestros cantos?

—¿Perdón? —dijo Nessa, mientras daba un paso hacia atrás para alejarse de la embriaguez que él le producía.

Pero sir Lachlan volvió a cerrar

suavemente el espacio entre los dos.

—Me pareció ver que le interesaba escuchar. ¿Acaso juzgué erróneamente su interés? ¿O es que su camino ha sido tan pedregoso que ha perdido la capacidad de sentir la magia y el romance de estas montañas que consideramos como nuestro hogar?

Nessa se movió nerviosamente y recordó la escena que se estaba desarrollando en ese mismo instante en el salón del castillo: acompañados de laúdes, los

hombres de sir Kenneth ensalzaban el azul del mar, del cielo y de las montañas, y cantaban con orgullo épicas historias acerca de batallas nobles y valerosas que habían ganado, pero también acerca de la traición y las penas de amor, mientras que Nessa sentía cómo cada una de esas dulcísimas palabras se le subían a la cabeza como si fueran vino.

Cada verso era un sueño... y una pesadilla.

—Yo aprecio la magia, las leyendas y todas las cosas

maravillosas. Las veo a diario, incluso en este lugar agreste y abandonado —dijo, mientras escogía con cuidado cada una de sus palabras—. No fue eso lo que me trajo hasta aquí sino el romance.

—¿El romance? —repitió sir Lachlan mientras le acariciaba el cabello y Nessa sentía cómo se estremecía todo su cuerpo, aun con ese mínimo contacto—. ¿Cómo así?

Sosteniéndole la mirada, Nessa sacó fuerzas de los años tan difíciles que había vivido y de las

victorias que había logrado, aunque pudieran parecer insignificantes.

—Soy la viuda de un pescador de arenques —dijo, más orgullosa que apenada por su origen humilde—. No estoy acostumbrada a las finezas de la canción y a las tonadas cortesanas, pero entiendo el corazón... y el cuerpo. Alguna vez fui amada con intensidad y deseo volver a sentir otra vez esa felicidad. Y las canciones de sus hombres me trajeron recuerdos dolorosos.

El caballero levantó una ceja.

—¿Y qué hay de la magia?
¿Cómo hace usted para verla?

—Veo la magia con la misma potencia y realidad del primer día —dijo con convicción—. Claro que creo en la magia, la magia de las montañas escocesas. En especial desde que rescaté a mi señora de las mazmorras del castillo Drumodyn, según la historia que escuchó usted esta noche.

Nessa clavó la mirada en el suelo.

—Por lo menos la mayor parte.

—¿Y qué fue lo que no escuché?

Nessa tragó saliva.

—Usted es un caballero —dijo, sin saber bien cómo expresar sus dudas—. Usted vive, respira y piensa en un mundo distinto al mío. Es probable que no entienda.

—¿No será mejor que me lo cuente y así lo sabremos? —dijo sir Lachlan, con un resplandor de admiración en los ojos—. Ya sé que se enfrentó usted a muchas dificultades y riesgos para sacar a su señora de la celda donde estaba encerrada. Una mujer común y corriente no habría podido llevar a

cabo semejante hazaña. ¿Me contará cómo lo hizo?

—Ah, tuve algo de ayuda —dijo, haciéndole honor a la verdad—. La ayuda de la codicia, señor caballero. Esa lascivia que despierta en los hombres todo lo que centellea y brilla.

Sir Lachlan cruzó los brazos.

—Ya veo —dijo, pero en realidad no entendía nada.

—Es una historia muy larga. —Nessa se humedeció los labios con incomodidad, pues era consciente del desconcierto del caballero—.

Pero no tengo la menor duda de que la codicia fue la que permitió la fuga de milady del castillo de Drumodyn. Para probarlo, puedo decirle que, cuando huimos de la mazmorra, todos los hombres que estaban en el castillo se quedaron apiñados alrededor de la mesa, examinando un laúd de oro que yo había dejado allí, absolutamente rendidos ante el brillo del oro y el resplandor de las piedras preciosas...

Sir Lachlan abrió los ojos con sorpresa.

—¿Y de dónde sacó usted, la esposa de un pescador de arenques, semejante tesoro?

—Una anciana vestida de negro lo dejó una vez en mi casa. Era una vieja casi centenaria, pero tenía unos ojos penetrantes, que casi brillaban en la oscuridad.

—¿Y esa mujer simplemente dejó el laúd a su cuidado?

Nessa asintió con la cabeza.

—Tal y como se lo digo, así fue. Pero yo soy suficientemente escocesa como para no cuestionar esas cosas.

En ese momento, sir Lachlan le tocó el rostro... y sus caricias la alentaron a soltar la lengua.

—La anciana afirmó ser una hechicera y encontrarse de viaje — explicó Nessa, casi sin aliento pues los dedos del caballero se deslizaban ahora hacia su cuello—. Nunca me dijo cómo se llamaba, simplemente llegó a mi puerta y preguntó si tenía algún dolor que necesitara curar, a cambio de un poco de leche fresca o un bulto de arenques secos.

—¿Y sólo por eso le dio el laúd?

Nessa encogió los hombros.

—Yo le prometí darle lo que quería y la invité a calentarse cerca del fuego; luego fui a prepararle un jarro de leche y un plato de pescado, y cuando volví ya no estaba, se había ido, pero me había dejado el laúd sobre la mesa.

—Ah, bien... —dijo sir Lachlan, al tiempo que agarraba la trenza de Nessa, aparentemente para estudiar su negro brillo a la luz de la luna—. ¿Y dijo cómo había conseguido un instrumento tan magnífico?

—Claro —dijo Nessa, con el corazón desbocado al notar la mirada del caballero, mientras deslizaba el pulgar por su gruesa trenza.

—¿Y bien? —insistió sir Lachlan, mientras se erguía ante ella como si fuera uno de los míticos gigantes de Fingal.

—Dijo que un poeta itinerante se lo había dado en agradecimiento por haberlo curado de las fiebres que sufría.

—Un regalo así por curar las fiebres parece... demasiado

generoso.

—Pero ¿quién puede cuestionar los actos de una hechicera? Y estoy segura de que era una hechicera. Gracias a ella, milady vive y respira y aún le esperan muchos días de vida —dijo Nessa, pero escasamente pudo oír sus palabras, pues se sentía aprisionada por la fuerza de la pasión, que le nublaban el entendimiento y la hacía sentirse como si se estuviera derritiendo por dentro—. Así que, sí, señor, creo en la magia.

—¿En todas las clases de magia,

milady?

—¿A qué otra clase de magia se refiere, señor caballero? —preguntó Nessa, que parecía haber entendido perfectamente la insinuación del caballero.

Ella sabía que esa pregunta la llevaría al frío suelo de piedra de la habitación en que se encontraban y a la dulce satisfacción de sus urgentes deseos.

—Mi nombre es Lachlan, no «señor caballero».

Se acercó a Nessa con lentitud hasta situarse muy cerca de ella.

—Y la magia a la que me refiero —continuó diciendo, mientras deslizaba la capa de la muchacha por sus hombros— es aquella que arde entre un hombre y una mujer, cuando ambos desean que dichas llamas los abrasen y los consuman.

—Yo... —Nessa se mordió el labio y sintió que las palabras se le atoraban en la garganta.

Él la apretó con decisión.

—La clase de magia que ardió entre nosotros mientras usted me bañaba... Y que todavía sigue ardiendo, ahora, en este momento.

Nessa respiró de manera entrecortada, abandonando cualquier pretensión de resistencia y cediendo al impulso del deseo y la necesidad, mientras que la pequeña habitación y la fría luz de la luna se diluían en un vacío en el que sólo se distinguía él y el deseo que palpitaba entre los dos.

Enseguida él la apartó un poco y la miró profundamente a los ojos.

—No lo niegas, ¿verdad?

Nessa levantó la barbilla.

—No voy a negar nada, siempre y cuando usted me asegure que no

hay razón para que no debamos satisfacer ciertos... anhelos.

—No existe ninguna razón — prometió él, subrayando la veracidad de sus palabras con el profundo tono de su voz—. No desde que mi esposa murió ya hace unos años.

—Entonces entreguémonos al goce —convino Nessa, y el mundo se detuvo para ella cuando levantó las manos y aflojó suavemente las cintas de su vestido, mientras se entregaba a las primeras sensaciones de placer que

experimentaba después de incontables noches de soledad.

Y, para ser honesta, a las primeras sensaciones de placer que sentía en la vida con tanta intensidad.



Capítulo 5

—¿Qué quieres decir con que ya no vas a dormir más aquí?

Mariota miró fijamente a Nessa, quien se movía por la estancia, recogiendo tranquilamente sus pertenencias. Un cepillo con mango de plata que Mariota le había regalado hacía dos veranos, el mejor vestido que tenía e incluso su bordado. Todo fue a dar al canasto de mimbre estratégicamente situado al lado de la puerta, en un

banco de madera.

Como si estuviera hablando en serio y realmente le hubiera entregado el corazón al caballero de rostro moreno, sir Lachlan Macrae. Con plena conciencia de convertirse en su... amante.

Mariota abrió los ojos de par en par y se quedó sin aliento, cuando su amiga hizo una pausa para servirse un jarro de cerveza y le lanzó una sonrisa fugaz de satisfacción.

La sonrisa de una mujer completamente enamorada.

—¿Y bien? —insistió Mariota, que todavía no podía creerlo.

Nessa encogió los hombros.

—Ah, pues, es lo que ya le he dicho. Desde hoy estableceré mi lecho en... otra parte.

—En el jergón de un hombre que escasamente...

—Lo conozco bastante bien —dijo Nessa y sus ojos oscuros brillaron con un suave resplandor.

Al ver esto, Mariota le lanzó una mirada a las velas blancas y largas que ardían sobre una fina cómoda de madera tallada. Parte del

mobiliario caballeresco que les habían instalado hacía poco en la habitación.

—Esto es una locura —dijo y deslizó uno de los pesados candelabros de plata hacia un lado de la cómoda—. Y no tienes ninguna necesidad de tomar esas medidas. Sir Kenneth ha convertido este lugar en un refugio para los dos.

—Pero ¿es que acaso no lo entiende? Yo quiero estar con sir Lachlan. —Nessa volvió a sonreír y movió la mano de manera

desdeñosa—. Y respecto a esta habitación, ¿acaso no oyó cómo su Guardián les decía a sus hombres que quería que la amueblaran rápidamente para su bienestar?

—Él no es mi nada, y habló de nuestro bienestar.

Nessa suspiró.

—Creo que usted podría aprovechar... esta oportunidad. A decir verdad, le aseguro que creo que lo mejor es que usted duerma aquí sola —afirmó Nessa y los ojos le brillaron con picardía—. Es posible que con el tiempo incluso

me lo agradezca.

Mariota se sonrojó.

—Si crees que me vas a lanzar a los brazos del Guardián de Cuidrach sólo porque tú encontraste rápido refugio, estás muy equivocada.

Aun así, no pudo evitar imaginarse en los brazos del guapo caballero, sin aliento y desnuda, mientras que los labios de él devoraban los de ella y sus manos la exploraban con impaciencia, envueltos por una pasión ardiente y tempestuosa.

Tampoco había podido olvidarse de la manera tan gentil en que la había tocado. Cuando le arregló la túnica en el patio, aquella primera noche aciaga, y después se movió para protegerla del viento con su cuerpo.

Hugh Alesone jamás había tenido una consideración así; por el contrario, era siempre ella la que se preocupaba por el bienestar de él.

Mariota miró a su amiga, vio la felicidad de sus ojos y se mordió el labio, tratando de no darle demasiada importancia a un gesto

casual.

O de pensar demasiado en la razón por la que se le cortaba la respiración cada vez que sir Kenneth MacKenzie posaba en ella esa mirada profunda e intensa.

En lugar de eso, tragó saliva y miró al suelo.

—No servirá de nada dejarme aquí sola... si lo que crees es que tu ausencia apresurará asuntos en los que no estoy interesada —dijo, pero el hormigueo que sentía en el estómago ponía en evidencia que esas palabras no tenían ningún

fundamento.

Mariota se sintió asustada por el repentino calor que sintió en el corazón.

Sin embargo, hizo caso omiso de esa sensación y levantó la barbilla.

—Sir Kenneth tiene tantos deseos de estar solo como yo. Me lo dijo.

Nessa le lanzó una mirada de mofa.

—¿Eso hizo?

—Tú sabes que lo hizo —dijo, mientras hacía que se arreglaba las

faldas, evitando la mirada de Nessa —. Dejó muy claro que no le complacía encontrarnos aquí. Especialmente a mí... ¡actuando de señora de este castillo!

—Eso fue toda una sorpresa, sin duda —aceptó Nessa—. Pero he visto cómo la mira, la voracidad de su mirada —dijo e inclinó la cabeza—. Es un hombre apasionado, no hay más que verlo. Y me parece que lleva demasiado tiempo sin las atenciones de una mujer.

Mariota desvió la mirada.

—Hay cosas peores.

—Sería un estupendo amante, créame —afirmó Nessa—. ¿No le parece que ambos se beneficiarían de saciar un deseo mutuo? Sólo para satisfacer sus necesidades. Sin que haya ningún otro... asunto entre los dos.

Mariota abrió la boca, pero la volvió a cerrar enseguida.

Un estupendo amante... Satisfacer las necesidades.

—¿Acaso has perdido la razón? —dijo Mariota, y miró con detenimiento a Nessa—. ¿Acaso tienes tan poca memoria? ¿Has

olvidado todo lo que pasó en Drumodyn? ¿Incluso por qué estamos aquí?

—Lo que me impulsa es precisamente Drumodyn. ¡Y también debería impulsarla a usted! —replicó Nessa—. ¡Ay, milady!, yo creo que usted no sabe lo que le conviene.

—Yo sé qué le conviene a un caballero con tierras, recién llegado a sus dominios —dijo Mariota y resopló para quitarse un mechón de cabello que tenía sobre la ceja—. Preste atención a mis palabras. Muy

pronto, sir Kenneth reclamará las comodidades de su estancia. ¿Acaso crees que estará contento durmiendo abajo, en un jergón, mientras su cama y todos sus enseres están esperándolo aquí, en su habitación?

Nessa encogió los hombros, pues la picardía de su mirada era suficiente respuesta.

Mariota bufó y le dio la espalda... y casi se estrella con Colin, el viejo sabueso que Jamie el Pequeño venía persiguiendo.

—Parece que tú también quieres

visitar estos aposentos, ¿verdad muchacho? —dijo Mariota y se agachó para acariciar las orejas del perro. Cuando se enderezó, Nessa había desaparecido.

Ya debía de estar en los brazos de su gentil amante.

Mariota deseó poder satisfacer sus deseos con la misma facilidad y se acercó a la ventana más próxima para que el aire frío le refrescara las mejillas. Mientras observaba fijamente la incesante lluvia, respiró profundamente. Claro que entendía las necesidades de su

amiga.

Su pasión.

Pero la de ella era un asunto distinto.

Un peligro que debía aplastar antes de que floreciera.

Mariota apretó la mandíbula, decidida a hacer exactamente eso, cuando se sintió envuelta por el aroma de sir Kenneth. Un aroma limpio y estimulante, que barrió todos los recuerdos con su frescura y la invadió llenándola de esperanza, de una esperanza creada por las sombras, por la luna y el

húmedo resplandor de la piedra en medio de la noche.

Cuando se dio cuenta de que lo que la había seducido no era el aroma de él sino una ráfaga de viento que pasaba por la torre, Mariota sintió escalofríos de desilusión y se agarró al frío alféizar de la ventana.

Sus sentidos la habían engañado.

La habían decepcionado.

Y continuaron mofándose de ella cuando se apartó de la ventana para mirar a la habitación y lo único

que sintió fue el golpe de humo de una vela derretida y el fuerte olor de un perro dormido.

Un perro viejo y dormido.

Mientras observaba al perro, con las patas anquilosadas totalmente estiradas y roncando sonoramente en medio del silencio, Mariota sintió que se le enternecía el corazón y a sus labios se asomó una sonrisa emocionada.

En un tiempo ya bastante lejano, habría sonreído mucho más, al menos le habría encontrado gracia a la difícil situación.

Pero ahora, mientras que la luz de la vela parpadeaba contra las paredes tapizadas, iluminando una espléndida cama de caballero recién ensamblada, que parecía hacerle guiños desde las sombras, se sentía... atrapada. Anhelaba la simplicidad de aquellos que dormían en jergones, cobijados por techos armados con ramas.

La libertad de elección que se les permitía a las mujeres que se identificaban como esposas de pescadores y no como... damas.

Mariota anheló poder disfrutar

de un mundo sin sufrimientos,
mentiras ni deseos indiscretos.

¡Una felicidad que parecía tan imposible como la antigua leyenda según la cual Escocia fue creada por un hada que arrojó al mar un canasto de pescar lleno de turba y piedras!

O como el hecho de que la silueta que alcanzó a ver de reojo en el umbral no fuera una sombra sino él.

La joven parpadeó, suponiendo que el ruido de la lluvia y el viento le habían impedido oír que él se

acercaba. O tal vez se había acercado con un sigilo deliberado... En todo caso, la verdad era que ahí estaba, no había manera de negarlo.

El Guardián de Cuidrach, en toda su solemne magnificencia. El poder de su presencia era palpable e inquietante y no podía ignorarlo por mucho que quisiera: cuando estaba frente a él, ese poder la rodeaba como una capa que la envolvía y la calentaba al mismo tiempo.

—¡Oh! —exclamó Mariota,

mientras el corazón le latía con fuerza.

Se quedó mirándolo, sintiéndose tan consciente de la sombría sensualidad de ese hombre como si sus cuerpos se estuvieran tocando, completamente desnudos, fundidos en un solo aliento.

Sir Kenneth no se movió.

Simplemente se quedó allí, en la puerta de entrada, con la capa colgándole de un hombro, en las caderas su cinturón de caballero ricamente adornado y en el rostro

una expresión inescrutable.

¡Y que los santos se apiadaran de ella! Era tal la intensidad que emanaba del cuerpo de sir Kenneth que Mariota se sentía arrastrada por una sensación de ansiedad y una expectativa que le espesaba la sangre y le aceleraba el pulso.

Él hacía que le hirviera la sangre... De una manera que nunca pensó volver a sentir.

—No le he oído llegar. ¿Cuánto hace que está ahí? —preguntó Mariota, mientras se llevaba una mano al pecho, sorprendida de

poder hablar a pesar de la sequedad que sentía en la garganta —. Seguramente... no hace mucho, ¿verdad?

—Simplemente digamos que no he venido a reclamar el bienestar de esta habitación, sino a preguntar por el suyo, ¿le parece? —dijo sir Kenneth y dio un paso hacia delante, aunque parecía que eran las sombras las que se alejaban de él—. En realidad, me gusta dormir abajo, en un jergón de brezos, sí.

Mariota sintió que se ponía roja.

—Está usted en un error —dijo

y sintió que la vergüenza le oprimía el pecho—. No he querido decir...

—Vamos, milady. —Sir Kenneth se acercó y se detuvo junto a un rayo de luna que entraba por la ventana—. No es necesario que se rebaje a retractarse de sus palabras. O de lo que quiso decir.

—Entonces... —Mariota se aclaró la garganta y lo miró a los ojos—. No tenía la intención de ofenderlo con mis palabras, sólo intentaba decirle que quería estar sola. Verá usted, yo misma me he labrado mi destino. Y una buena

parte de él es... amargo, a decir verdad.

—No diga más, señora. Ya lo sospechaba, y —dijo, al tiempo que le agarraba la mano y le besaba los dedos— no quiero verla sufrir.

Mariota se soltó y se alejó hacia la ventana.

—No, por favor, perdóneme usted a mí, yo soy la que tiene que disculparse... por estar aquí y por perturbar su tranquilidad.

—¿Tranquilidad? —Sir Kenneth hizo un ruido que podría haberse considerado como una carcajada—.

Si me conociera mejor, sabría que la tranquilidad siempre ha sido para mí tan distante como la luna —le dijo, mientras la observaba—. Pero no me importa esperarla un poco más. Siempre y cuando llegue, estaré contento.

Ella lo miró con ojos inquisitivos.

—¿Pero tiene fe en que llegará?

—Uno siempre debe tener fe, milady. Y, entretanto, hay muchas cosas por las cuales alegrarse... — Sir Kenneth se acercó a la ventana, junto a ella, y miró hacia la húmeda

oscuridad—. Verá, esas montañas me brindan consuelo. Y alegría. Son mi hogar. Éste es el lugar al que ansiaba volver desde hace muchos más años de los que usted alcanza a imaginarse

Sir Kenneth hizo una pausa, mientras pensaba no en remotos acantilados, fríos e inhóspitos, cuyas traicioneras cumbres rebosaban de pájaros escandalosos, sino en hermosos días soleados, bañados con el verde del verano y olorosos a hierba y flores, y en valles profundos, dulces y

silenciosos, en los que solía refugiarse y saborear una dicha que aún ahora lo llenaba de una cálida alegría.

Luego respiró profundamente y la miró.

—Kintail significa paz, milady. El suave aire de las montañas escocesas y la bruma azul en las laderas. Un paisaje que me levanta el ánimo.

—¿Y eso es suficiente para usted?

—Lo es.

—Entonces usted es un hombre

que se contenta con poco.

—No, soy un hombre rodeado de más maravillas de las que podría imaginarme, aunque viviera mil años más —rectificó Kenneth, con el corazón henchido de un orgullo que cualquier escocés entendería—. Noches con estrellas de cristal. Sombras de nubes en las pendientes de los páramos. El olor fugaz de la turba en una tarde fría. El alma de los brezos fluyendo por nuestra sangre...

De repente, sir Kenneth se paró detrás de ella e inclinó la cabeza

para darle un suave beso en la nuca.

—Éste es un mundo pleno y maravilloso —dijo, y puso las manos sobre los hombros de Mariota—. Y yo no espero nada más.

—Y no hay por qué hacerlo, con las galas de esta estancia —anotó Mariota, al tiempo que se alejaba de él y comenzaba a pasearse por la habitación.

—¿Eso es lo que usted cree? —dijo Kenneth, y levantó una ceja.

Ella asintió con la cabeza.

Él prácticamente bufó.

Era evidente que Mariota no había escuchado ni una sola de sus palabras, no había comprendido que su idea de bienestar abarcaba algo mucho más profundo y duradero que ropa de cama fina y pieles y cojines llenos de plumas.

En ese momento Mariota tomó el cojín que adornaba el alféizar de la ventana.

—Rara vez había visto tanto esplendor, ni siquiera en la casa de mi padre —dijo, mientras acariciaba con los dedos la

superficie bordada del cojín—. Usted ha hecho tantos cambios que no puedo dejar de pensar en su antepasado, Ranald el Formidable. En las historias que contaron de él sus hombres la otra noche. Estoy segura de que si pudiera ver lo que usted ha hecho aquí, lo que está haciendo, se sentiría orgulloso.

—Y en cambio yo preferiría saber que el pobre Cormac descansa en paz.

Al pensar en la triste suerte del pastor, fallecido hacía tanto tiempo, Kenneth se puso tenso.

Al igual que él, Cormac era un joven romántico que confió en algo con todas sus fuerzas y luego lo perdió todo.

Con el ceño fruncido, sir Kenneth agarró el cojín de las manos de la que había fingido ser la señora de Cuidrach y lo devolvió a su sitio.

—Si el viejo Ranald está complacido, tendrá que darle las gracias a mi tío, Duncan MacKenzie. Él fue quien proporcionó la mayoría de los bienes que hay en esta estancia, no

yo.

—¿Duncan MacKenzie? — preguntó Mariota con los ojos muy abiertos—. He oído hablar de él. Mi padre lo conocía... un poco.

—Entonces debe de saber usted que el Potro Negro de Kintail, el jefe del clan MacKenzie, es un hombre poderoso por estas tierras.

Mariota asintió.

—Mi padre decía que era un hombre muy valiente.

—Así es, y generoso —dijo Kenneth y eso le salió del fondo del corazón—. Él deseaba verme bien

instalado, de ahí la abundancia de provisiones y mobiliario que me dio.

Mariota levantó una ceja y se dirigió a la mesa de la chimenea, donde había un hermoso cáliz de plata. Engastado en perlas, era verdaderamente magnífico y brillaba a la luz de las velas.

—Estas riquezas son más que simple mobiliario.

Kenneth miró de reojo el cáliz y sonrió.

—Eso es un regalo de sir Marmaduke, un amigo de mi tío, el

mejor guerrero inglés que se haya establecido en estas tierras... aunque tiene unos gustos un poco extravagantes.

—¿Qué tipo de gustos?

Tibias curvas y suavidad femenina.

Aunque no salieron de su boca, esas palabras retumbaron en los oídos de Kenneth, empujando sus necesidades y deseos más profundos hasta ponerlos a los pies de Mariota.

Una mujer íntegra, generosa de espíritu, buena de corazón y

cómoda con su sensualidad.

Y que no le tenía miedo a la de él.

Consciente de la sensualidad que vibraba en el ambiente en ese preciso momento, sir Kenneth se movió para disipar el calor que sentía en la ingle, casi seguro de que llevaba marcado en la frente el deseo que lo acosaba. Y de que, si ella miraba con más atención, podría ver el poder que tenía sobre él. Un poder que despertaba sensaciones incómodas por el simple placer de mirarla, o inhalar

su embriagador aroma femenino.

En ese momento, sir Kenneth se dio cuenta del error que había cometido al probar la tibieza de esa piel y ¡descubrir lo mucho que le gustaba!

Entonces frunció el ceño.

Entretanto, y como si fuera consciente de la feroz reacción que provocaba en él y de lo mucho que la deseaba, Mariota se acercó.

Kenneth contuvo un gruñido, mientras deslizaba la mirada por los torneados senos de Mariota y se detenía en los pezones que se

erguían contra el corpiño del vestido y el escote profundo y provocativo.

Mariota se humedeció los labios. Algo en sus ojos parecía indicar que ya se había dado cuenta de la... incomodidad de sir Kenneth.

—¿Y bien? ¿Cuáles son sus gustos? —preguntó de nuevo—. ¿Qué le resulta agradable?

—Cosas que no deberían estarme distrayendo —dijo sin pensarlo mucho y apretó el cinturón de la espada para contener

las ganas de tocarla, para contener el impulso de cuestionar la propuesta que estaba a punto de hacer y protegerse de la forma en que unas pocas palabras dulces podían hacerle olvidar las razones de querer que ella estuviera segura ¡pero en otra parte!

Mariota puso una mano sobre el pecho de Kenneth y ese inocente contacto endureció más su virilidad.

—¿Y qué es lo que tanto lo distrae?

—Usted me distrae —afirmó él

—. Pero no se preocupe. Lo más importante es que tengo una... propuesta para usted.

—¿Una propuesta?

Sir Kenneth asintió con la cabeza.

—Verá, así como el nombre de mi tío le resulta familiar a usted, varios de mis hombres creen conocer a su padre, un poderoso guerrero y terrateniente del norte, llamado Archibald Macnicol.

Mariota se sintió sofocada, pero rápidamente recuperó la compostura.

—¿Sus hombres lo conocen pero usted no?

—Ay, señora, ya se lo he dicho. Yo no soy ningún caballero criado en la corte —dijo sir Kenneth y apretó con más fuerza el cinturón, mientras luchaba por hacer caso omiso de la manera tan provocativa en que se ceñía el corpiño sobre los senos de Mariota.

Unos senos que él sabía que se sentirían suaves y tibios entre sus manos y deliciosamente dulces bajo sus labios.

Kenneth tragó saliva y luchó con

más fuerza contra cierta incomodidad que lo aquejaba.

—Verá... —retomó, hablando atropelladamente—, pregúnteme sobre la gente de este valle y le puedo contar quiénes eran los abuelos de los tatarabuelos y con quién se casaron. Pero —dijo y sacudió la cabeza— no soy hombre que conozca los nombres de gente noble y privilegiada.

Luego frunció el ceño y deseó que ella no estuviera tan cerca.

—Ese gran hombre del norte, ese Archibald Macnicol, ¿es

realmente su padre? ¿Mis hombres están en lo correcto?

—¿Por qué le interesa tanto? — replicó Mariota, y sus ojos brillaron con tanto ardor que sir Kenneth ya no necesitó más confirmación—. Sepa usted que mi padre preferiría cortarse la lengua antes que volver a pronunciar mi nombre.

—Eso, milady, es algo que me cuesta trabajo creer, pero no olvido que usted dijo que su familia está enojada con usted. —Se acercó y le cogió la barbilla cuando ella trataba de desviar la mirada—. Pero no creo

que después de todo sea tan grave...

Mariota apretó los labios y movió la cabeza en un gesto afirmativo, con los ojos llenos de lágrimas.

Kenneth suspiró con frustración.

—Ah, verá, yo pensé que le gustaría mi ofrecimiento de llevarla sana y salva hasta la fortaleza de su padre, el castillo de Dunach. Pensé que los sólidos muros de Dunach y la sola reputación de su padre serían un refugio más seguro para usted.

—Mi padre... antes era un hombre poderoso —contestó ella de manera distante, como si estuviera hablando otra persona—. Pero ya no lo es. Ahora está enfermo. Es un hombre agotado, una sombra de lo que fue.

—Entonces debería usted regresar para consolarlo y cuidarlo, ¿no cree? —dijo sir Kenneth, mientras le pasaba un mechón de cabello por detrás de la oreja—. Si está enfermo, seguramente se alegrará de su regreso.

Mariota respiró profundamente.

—Usted no lo entiende. Yo soy la razón por la que está tan mal. Llevarme allí solo empeoraría su estado y es una carga que no me gustaría añadir a las que ya tengo.

—Pero...

—No, debe creerme —dijo Mariota, de modo concluyente—. Yo no puedo regresar a Dunach.

Kenneth le acarició la mejilla y dejó que sus dedos se deslizaran muy cerca de la boca de Mariota.

—¿Y si yo la ayudo a arreglar las cosas?

Ella se puso rígida.

—No puede hacerlo... a menos que pueda deshacer el pasado.

—Nadie puede hacer ese milagro, milady —respondió, al tiempo que levantaba una ceja y trataba de sonreír—. Pero aunque es imposible olvidar el pasado, tal vez pueda ayudarla a mirar hacia delante, ¿no cree?

Mariota desvió la mirada, sin decir nada.

Kenneth frunció el ceño, se aclaró la garganta y se pasó una mano por el pelo, lo suficientemente alarmado por la

profundidad del interés que sentía por ella como para recurrir a un plan opcional.

—Si no quiere regresar con su padre —comenzó a decir, apurando las palabras antes de que su lengua se negara a pronunciarlas—, entonces tal vez yo pueda ayudarla a conseguir un buen marido. Un hombre de buena posición que quiera casarse con una noble viud...

—Tampoco deseo un esposo. Eso es lo último que deseo —dijo Mariota horrorizada, clavándole la mirada, mientras los puntos

dorados del iris de sus ojos centelleaban a la luz de las llamas.

Unos ojos brillantes, que cambiaban de color y parecían del más puro ámbar, muy distintos de los ojos verde esmeralda de aquella otra mujer que tanto lo perturbaban.

Muy distintos de aquellos otros ojos embusteros que lo acechaban desde el pasado y cuyas traicioneras profundidades le hacían estremecer de frío, mientras le recordaban antiguos errores y necesidades y le advertían que debía tener

precaución.

Que debía proteger su corazón y hacer caso omiso del deseo que habían despertado en él esos otros ojos verdes y atrevidos. Las feroces ansias de tocarla, saborearla y poseerla. Y, lo más inquietante de todo, la absurda idea de que, entre todas las mujeres, ella podía ser distinta.



Capítulo 6

No había pasado todavía una semana cuando Kenneth aceptó su derrota.

La futilidad de luchar contra la atracción que sentía hacia lady Mariota y la temeridad de creer que podía proteger su corazón.

La verdad era que ya se le habían agotado todas las razones que se inventaba para evitarla, aunque en realidad ninguna le había funcionado. Sin importar la

tarea que se propusiera o el rincón del castillo en que se refugiara, ella siempre lo encontraba.

O, peor aún, él terminaba buscándola.

Y en cuanto la veía, era presa de terribles punzadas y otros malestares imposibles de mencionar.

Hasta esta reunión con sus hombres, convocada a una impía hora antes del alba, probaba la severidad del apuro en que se encontraba.

Era una reunión muy seria,

destinada a discutir la manera de reunir ganado. Pero en lugar de concentrarse en el tema, y antes incluso de haber terminado de tomar el primer jarro de malta de la mañana, sir Kenneth comenzó a inspeccionar las sombras del gran salón iluminado por las antorchas... con la ilusión de encontrar algún indicio de aquel cabello color cobre.

O una inesperada ola de su perfume, aquel aroma fresco y embriagador que parecía flotar siempre en el aire anunciando su llegada, segundos antes de que ella

apareciera.

Pero esa mañana lo único que flotaba en el aire era el olor a malta y a pan de maíz rancio y... el agudo nerviosismo de Jamie.

¡Por todos los santos, el muchacho realmente lo estaba volviendo loco!

—Con seguridad, señor —decía el joven, con los ojos llenos de entusiasmo—, es el método más seguro. La razón por la que mi padre tiene el ganado más fino de la región.

Kenneth frunció el ceño y agarró

el jarro de malta, mientras se tomaba un momento para hacer a un lado cualquier pensamiento que pudiera acelerarle el corazón y espesarle la sangre.

El joven Jamie de los Brezos, el décimo hijo de uno de los líderes menores del clan Macpherson, más conocido como Jamie el Pequeño, estaba sentado a su lado en la gran mesa, acariciando la cabeza de *Colin* y pensando, con el corazón en la garganta, que ojalá el gesto adusto de su señor no fuera culpa suya.

No era su intención presentar su idea con tanta vehemencia, pero tenía profundas razones para hacerlo pues sabía que si alentaba al nuevo Guardián de Cuidrach a comprar el ganado de Macpherson, su padre, que escasamente se acordaba de su existencia, lo vería con mejores ojos.

Al menos Kenneth MacKenzie notaba su presencia y lo escuchaba.

—Ah, de qué hablas, Jamie, muchacho —dijo finalmente Kenneth, con expresión menos ceñuda—. Es cierto que preferiría

evitar el viaje hasta la gran feria de ganado de Crieff esta primavera y, por supuesto, no me gustaría nada tener que viajar al sur, hasta Falkirk, si las reses de Crieff no nos parecen lo suficientemente buenas. Pero ¿acaso estás diciendo que el ganado de tu padre se mantiene sano en invierno? ¿Por puro arte de magia?

Jamie se movió nerviosamente en la banca.

—No quisiera contradecirlo, señor, pero lo que he dicho es que mi padre usaba un antiguo remedio

para proteger a nuestro ganado en los meses difíciles. No tiene nada que ver con magia, no.

—¿Y de qué se trata? — intervino sir Lachlan, con voz cordial y tranquilizadora.

Sin saber qué decir, Jamie enterró los dedos entre el pelambre desgredado de *Colin*, su compañero de infancia y el único vínculo que le quedaba con su hogar.

—¿Y bien, muchacho? —dijo otro miembro del clan, que observaba desde el otro lado de la mesa con gesto burlón—. ¿Qué tipo

de encanto hace que las reses negras y peludas de tu padre sean la envidia de todos los demás hacendados de este lado de las montañas escocesas?

—Nada que tenga que ver con brujería —balbuceó Jamie, mientras sentía la mirada de todos sobre él—. Es sólo un remedio, pero increíblemente antiguo. Le fue revelado originalmente a mi bisabuelo por Devorgila de Doon, la hechicera del clan MacLean.

Al oír el nombre de la poderosa bruja, todos los hombres se

callaron y Jamie se sintió mejor al ver que también habían dejado de sonreír.

Luego respiró profundamente, a pesar de la presión que sentía en el pecho.

—Cuando Devorgila era joven y la gente aún no apreciaba sus artes curativas, alguna vez se refugió en la casa de un Macpherson. En agradecimiento, le dio a mi antepasado un pequeño manojito de ramas de serbal, atado con hilo rojo. El ramo todavía está colgado en la puerta del establo, y todos los

otoños las mujeres del clan cambian las ramas antes de que el ganado baje de los pastizales de verano.

Alguien se aclaró la garganta.

Otros intercambiaron miradas de soslayo.

—¡Aja! ¿Y dices que no tiene nada que ver con magia? —dijo un hombre de barriga prominente y manos regordetas, al tiempo que se echaba hacia delante, agarrado del borde de la mesa—. Vaya, muchacho, conozco a muchos hombres valientes que no se

atreverían a cruzarse en el camino de Devorgila, aunque les prometieras la oportunidad de retozar entre los brezos con tres muchachas bonitas, de grandes senos ¡y desnudas!

Jamie tragó saliva y se sintió menos tenso, mientras pensaba en las muchachas desnudas, de senos generosos.

Luego se acordó de la venerable Devorgila.

—Burlaos de mí, si os place — dijo—, pero, desde que seguimos esta práctica, el clan Macpherson

disfruta todo el invierno de vacas muy gordas.

—¡Tonterías! —resopló el hombre de las manos regordetas—. Casi todas las reses de la región son sacrificadas y curadas en sal en Navidad. Sólo se conservan algunas, para completar el ganado del año siguiente. ¡Estoy seguro de que eso es así incluso en las tierras de Macpherson!

—No estoy mintiendo —dijo Jamie, con la cara roja—. Tampoco mi padre, aunque es cierto que le gusta... regatear. Estáis advertidos.

—Sí —dijo alguien desde otra mesa—, Munro Macpherson es astuto, pero nunca engañaría sobre la calidad de sus animales.

El hombre se puso de pie y miró a su alrededor.

—Si llenamos sus arcas de monedas y escuchamos su abundante parloteo, podéis estar seguros de que él cuidará del ganado hasta la primavera y luego nos entregará ¡las mejores reses que pueda desear un escocés!

Y así, de paso, tal vez mirara con mejores ojos a su hijo menor.

Un buen muchacho que merecía mejor trato y no debería sufrir las penurias de tener un padre indiferente.

Cosa que Kenneth sabía muy bien.

Una vez tomada la decisión, sir Kenneth miró a Jamie y le dijo:

—¿Es verdad que tu padre cuidaría de las reses durante el invierno y las devolvería sanas y robustas después de los primeros deshielos?

—Así es —confirmó Jamie—. Pero pedirá que se le pague de

inmediato. Seguramente dirá que necesita el dinero para comprar forraje para el invierno o para construir un establo adicional en donde guardar las reses.

—Sería un dinero muy bien gastado —afirmó Mariota, que se acercaba en ese momento a la mesa y estaba muy atractiva, a pesar de lo temprano que era.

Kenneth se volvió a mirarla y sintió que la exuberante belleza de Mariota prácticamente le perforaba los ojos, al tiempo que despertaba en él un fuerte deseo de tocarla.

—¿Y qué sabe usted acerca del ganado del padre de Jamie? —preguntó, mientras le daba gracias al cielo de que la capa y el borde de la mesa escondieran la repentina elevación de su virilidad.

—¿Que qué sé yo del ganado de Munro Macpherson? —repitió y miró a Jamie de soslayo—. Mi padre siempre hablaba de las... habilidades de los toros de Macpherson —dijo con unos ojos desafiantes que contrastaban con el tímido color rosa de sus mejillas—. Incluso solía comprar algunos para

regalárselos a sus aliados.

—Entonces que así sea —dijo Kenneth con tono decidido. Estaba demasiado pendiente de cómo brillaban los senos de Mariota a la luz de las antorchas, como para preguntarse por qué Mariota no había mencionado hasta ese momento la relación que tenía con el clan de Jamie... De todas maneras, la sonrisa que iluminaba ahora el rostro del joven Jamie era razón suficiente para compensar la disminución que sufrirían sus arcas.

Complacido con su decisión, Kenneth se puso de pie.

—El asunto está resuelto — declaró, alzando la voz—, será el ganado de Macpherson. Esta misma tarde conseguiré el dinero suficiente para satisfacer sus demandas.

Y mientras la reunión se disolvía, Kenneth se prometió aprovechar la oportunidad de ir por el dinero ¡para procurarse urgentemente un remedio para su propia enfermedad!

Uno que no pusiera en peligro

su corazón.

¡Un remedio que esperaba que fuera lo suficientemente efectivo para curar de raíz el deseo que lo carcomía!

Cuando se volvió para buscar con la mirada a la causante de ese deseo, ella ya se había ido, había desaparecido tan silenciosamente como llegara.

Sólo permanecía su perfume, un ligero aroma que lo seducía y se burlaba de él, al tiempo que le hacía desear más.

Un aroma ligero, pero suficiente

para hacerle perder la cabeza... e impulsarlo a salir del salón antes de que los demás hombres se dieran cuenta de su estado y adivinaran la razón, una razón que salió furtivamente de entre las sombras tan pronto como él atravesó los biombos y entró en el corredor.

Kenneth se detuvo en seco y arqueó una ceja. Tenía el cuerpo tan tenso que se atrevió a sonreírle de manera lenta y deliberada.

Ella hizo caso omiso de las señales de peligro y se aproximó, de manera que sus senos rozaron el

pecho de Kenneth. Estaban tan cerca que él podía sentir cómo el perfume de Mariota bailaba a su alrededor, exacerbando sus sentidos y borrando cualquier pensamiento... ¡Menos los más oscuros!

—Señora, es usted muy temeraria —dijo, casi sin poder respirar.

—Lo sé —admitió, para sorpresa de Kenneth—. Precisamente por eso estaba esperando... Debo contarle la verdad, pero lejos de sus hombres y

especialmente de Jamie.

Kenneth parpadeó.

Eso no era lo que esperaba.

Impulsado por los latidos de su corazón, la agarró suavemente de la nuca y le sostuvo la cabeza para que no pudiera mirar hacia otro lado.

—¿Qué tiene que ver Jamie con... esto?

Esta vez fue ella la que parpadeó.

—¿Con... qué?

A manera de respuesta, Kenneth bajo la mirada hacia el lugar donde los senos de ella se apretaban

contra su capa.

—¡Oh! —exclamó Mariota, mientras parpadeaba y se humedecía los labios—. Mentí sobre el ganado del padre de Jamie —dijo precipitadamente—. El pobre estaba tan... acorralado por los demás... que quise ayudarlo.

—Y lo hizo usted, de manera muy astuta —reconoció Kenneth, mientras la rodeaba con el brazo al ver que ella hacía el intento de separarse—. Pero me pregunto si valía la pena arriesgarse tanto.

—¿Arriesgarme?

—Ah, sí, arriesgarse —dijo Kenneth, al tiempo que asentía con la cabeza—. Porque usted se ha arriesgado mucho acercándose tanto a mí —añadió, mientras la apretaba con más fuerza—. Verá, señora, voy a besarla en este mismo instante —dijo y comenzó a bajar la cabeza.

—¿Besarme? —murmuró Mariota al ver que la boca de él se inclinaba sobre la de ella—. ¿A pesar de que pretende casarme con otra persona?

—Incluso así —respondió

Kenneth, justo antes de que su lengua ardiente se deslizara sobre la de ella.

Más tarde, ese mismo día, con la tenue luz del crepúsculo, Kenneth encaminó su caballo hacia Dun Telve, una de las torras de piedra que se elevaban en las profundidades de los bosques de su amado Glenelg.

Al ver que unos helechos de color rojizo y una maraña de brezos grandes y mojados presionaban los

ruinosos muros de la estructura, bloqueando casi por completo la entrada, Kenneth sintió un alivio que le recorrió todo el cuerpo y respiró tranquilo.

Dun Telve estaba... intacto.

A decir verdad, salvo las diferencias por el cambio de estación, ese silencioso vestigio del pasado escocés había cambiado muy poco desde la última vez que lo visitara. Una noche que buscó refugio y un lugar para esconder su dinero.

Una fortuna que se había

ganado trabajando duramente como marinero durante los años que pasó siendo un prestigioso recolector de aceite de aves marinas, uno de los productos más apreciados de toda la cristiandad.

Mientras sentía una presión en el pecho, Kenneth levantó la mano para tocarse las tres cicatrices que tenía en la mejilla izquierda, un recordatorio permanente de una época de la cual prefería no hablar, pero que nunca olvidaría.

Días oscuros que terminaron en una noche fría y lluviosa de la

primavera anterior, cuando durmió en el patio interior de Dun Telve, con el corazón dolorido por la súbita muerte de su madre, luego de esconder su fortuna en los muros de la torre y agobiado además por la culpa de haber irrumpido en un sitio sagrado.

En ese momento, como ahora, la extraña torre se erguía hacia el cielo cargado de nubes de manera sombría y, a pesar de estar en ruinas, la fortaleza lo llenaba de temor.

Como sabía que debía conservar

la calma, sir Kenneth desmontó con cuidado y se irguió en la tierra negra lo más respetuosamente que pudo.

Se dirigió hacia la torre mientras oía el tamborileo de la lluvia sobre las piedras y un murmullo de voces antiguas que le daban la bienvenida... aunque de manera cautelosa.

Kenneth no las culpaba.

Él también practicaba la prudencia.

Eran los antiguos residentes de la torre, que lo rodeaban por todas

partes. Gentes que habían vivido allí hacía mucho tiempo y cuyos rostros y nombres eran tan enigmáticos y distantes como el lado oscuro de la luna.

Gentes que alguna vez bailaron, cantaron y contaron historias en ese lugar, pero que ahora sólo observaban y vigilaban. Simples sombras del pasado que hacían guardia desde lo más profundo del frondoso bosque que circundaba la torre.

Kenneth podía sentirlas, pues siempre estaban presentes, pero

prestas a fundirse en la bruma si alguien miraba demasiado en esa dirección.

Acompañado de esas sombras, bajó la cabeza para no tropezarse con el techo de la entrada y, como siempre, cuando penetró en el interior húmedo y circular, sintió que la piel se le erizaba. El oscuro recinto albergaba toda la fría humedad del otoño, y Kenneth sintió alivio al ver los frágiles rayos de luz grisácea que se colaban por los agujeros de los muros. Al menos había algo de luz.

Miró a su alrededor, mientras respiraba el intenso aroma a tierra, moho y cenizas, huellas borrosas de fuegos que se habían extinguido hacía mucho tiempo y nunca más volverían a arder.

Con suerte, no lo acompañaría nada más ominoso que el eco de la lluvia y podría recuperar las monedas que necesitaba e irse antes de que la imaginación le hiciera alguna trastada.

Como se consideraba avezado en las cosas del mundo, Kenneth sabía que solamente las personas

que carecían por completo de cautela podrían olvidar que estas estructuras eran consideradas más antiguas que el hombre.

Los supersticiosos las llamaban Montículos de las hadas.

Lomas de las hadas o fuertes. Pequeños lugares donde el velo entre los mundos podía llegar a ser transparente. Portales misteriosos hacia el reino de una estirpe sobrenatural y puntos de no retorno para aquellas almas desafortunadas que se llevan las hadas después de que cae la noche.

De todas maneras, la susceptibilidad de Kenneth a esos peligros estaba moderada por el hecho de saber que, en ese mismo momento, había una viuda sensual y deseosa esperándolo.

Por lo menos eso era lo que le había asegurado su tío: que en Glenelg vivía una viuda voluptuosa y bien torneada que agradecía la compañía masculina y estaría encantada de atenderlo, cuando ciertas necesidades masculinas se volvieran apremiantes.

Según el decir general, era una

mujer especialmente ardiente, que tenía fama de ser capaz de saciar los apetitos más lascivos.

¡Un remedio que Kenneth quería probar tan pronto como fuera posible!

Así las cosas, se dirigió directamente al cuarto que solía utilizar el guardia de la torre, una pequeña celda construida dentro del muro que estaba cerca de la entrada.

Allí, también, las sombras le dieron la bienvenida. El aire se sentía pesado por el olor a

humedad de la piedra cubierta de líquen. La escasa luz avalaba la seguridad del lugar y las piedras estaban intactas, tal y como las había dejado.

Kenneth sintió nuevamente que la tranquilidad se deslizaba por su cuerpo, echó los hombros hacia atrás y flexionó los dedos antes de poner sobre las sagradas piedras aquellas manos curtidas por el trabajo.

Grave error, porque tan pronto lo hizo, una luz de ultratumba brotó de la cavidad que había

abierto; un resplandor que no sólo iluminó las bolsas llenas de monedas, que estaban tal y como las había dejado, sino también sus manos... ¡que ahora se veían más jóvenes y sin cicatrices!

Kenneth se quedó inmóvil mientras su corazón latía desbocado, amenazando con salirse del pecho.

La luz parpadeó y se arremolinó en torno a él, pues ya no salía del muro sino que bajaba de manera perpendicular desde un sol de verano que brillaba a través de los

árboles y cuyos dorados rayos calentaban las piedras sobre las que se apoyaban los dedos rejuvenecidos.

Unos dedos frenéticos que cavaban cada vez más rápido entre el montón de piedras que formaban la falsa tumba que Kenneth había construido detrás de la casa de ella.

Una casita de campo que podía ver con tanta claridad como si la tuviera ante sus ojos y que se erguía junto con otras viviendas de pescadores, también humildes, formando una línea blanca que

descendía por la colina de una costa conocida pero lejana.

Entretanto, ¡los muros de Dun Telve no se veían por ninguna parte! Sólo la extraña luz brillante y aquel antiguo escondite que había construido con tanto cuidado, con la convicción de que la supuesta tumba protegería sus ahorros durante sus ausencias en el mar. Y que, además, el hecho de guardar sus bolsas de dinero lejos de la casa también la protegería a ella.

A ella y a su anciano padre.

En caso de que algún ladrón

llegara a la aldea y sospechara de la existencia de semejante tesoro.

Pero él nunca se imaginó que el padre iba a entregar el mayor tesoro de todos.

Que iba a vender a su hermosa hija de ojos verdes a un propietario de barcos que tenía el doble de la edad de la joven.

Y tampoco se imaginó que ella aceptaría irse con el hombre.

Pero la traición se hizo todavía más amarga cuando el padre se ofreció a ayudar a Kenneth a recoger sus ahorros, asegurando

que ni su hija ni él tenían necesidad de los ahorros de un bastardo. ¡Que el nuevo esposo de la joven tenía más oro del que necesitaban y un nombre sin mácula!

Kenneth parpadeó y sintió una antigua rabia que lo recorrió de arriba abajo y una marejada de bilis ardiente que le subió hasta la garganta, mientras el misterioso resplandor se burlaba de él y aumentaba su intensidad, titilando a su alrededor de manera tan brillante que podía ver cada detalle de ese lejano día.

Sobre todo, aquellos ojos que lo observaban detrás de puertas desvencijadas, puertas que ahora se abrían de par en par, pues los pescadores salían a saludarlo, vestidos con túnicas extrañamente luminosas y elaborados broches de plata en los hombros, que los identificaban como cualquier cosa menos simples hombres de mar.

Un joven alto y espléndidamente formado rompió filas y se acercó. Tenía una estatura magnífica y su belleza contrastaba con la humildad del atavío.

Estaba vestido apenas con los harapos de un pastor.

Al reconocerlo, Kenneth abrió la boca, pero no le salieron palabras. Sin embargo eso no tuvo mayor importancia, pues en ese momento los ancianos de túnicas brillantes rodearon a Cormac, e incluso uno le puso una mano sobre el hombro de manera protectora, mientras los otros formaban un círculo alrededor, de manera que Kenneth ya no lo podía ver.

Pero las palabras del pastor alcanzaron a Kenneth de todas

maneras.

Piensa mucho las cosas, sé concienzudo, amigo mío, y actúa con inteligencia.

Ninguna paz es tan dulce como el perdón.

Kenneth abrió la boca y sintió cómo los latidos de su corazón parecían enloquecer, pero antes de que pudiera recuperar el control, Cormac se desvaneció y los ancianos y la aldea de pescadores desaparecieron con él.

La luz brillante también se fue desvaneciendo sobre las piedras

frías y mojadas.

—¡Por la Cruz! —exclamó Kenneth, luego pasó las manos por el muro y apretó la frente contra las piedras, totalmente atónito.

¿Realmente había visto aquella maravilla? ¿Había oído las palabras de Cormac?

¿Había visto los rostros de los ancianos?

Fuera como fuera, ahora sólo quedaban las ráfagas de viento. El mismo goteo de la lluvia y las dos bolsas llenas de monedas que de alguna manera había logrado sacar

del escondite del muro.

Un hueco que llenó a gran velocidad, restituyendo las piedras con manos temblorosas. Kenneth notó con alivio que sus manos nuevamente estaban cubiertas de cicatrices y por primera vez se alegró de ver aquellas marcas que afeaban esas manos que *ella* alguna vez había considerado hermosas.

Y hábiles.

¡Y no sólo para robar los nidos de los pájaros marinos!

Al recordar esa parte de su vida, se le volvió a helar la sangre y el

prodigio de los momentos que acababa de vivir fue reemplazado por oscuras emociones.

Una rabia que hervía dentro de él desde hacía mucho tiempo. Y la determinación de no volver a sufrir jamás una pena de amor. Y... deseo.

Ese deseo insaciable que sólo se podía calmar de una manera.

Enojado, Kenneth agarró con brusquedad las bolsas de monedas y salió de la torre, mientras que la necesidad de sumergirse en el calor dulce y suave de los muslos de Mariota de Dunach era tan intensa

que el deseo prácticamente lo cegaba.

«Sólo para satisfacer las necesidades. Sin ningún otro... compromiso», como había dicho Nessa.

Y él estaba totalmente de acuerdo.

Acosado por sus necesidades, Kenneth se subió a su caballo y apretó las espuelas hacia la luz que se debilitaba rápidamente.

Pero no en dirección a Cuidrach.

—¡Por todos los santos! No hay nada que valga la pena en las costas del lago Hourn, fuera del castillo de Cuidrach... ¡y ese montón de piedras está en ruinas!

Después de exponer su opinión, Ewan el Astuto continuó caminando de un lado a otro en medio del lluvioso bosque contiguo a Kintail, tratando de esquivar los helechos mojados que lo golpeaban y se le adherían a las piernas, con el rostro furibundo más oscuro que la noche, mientras maldecía a Wee Finlay.

—Estás loco —le dijo hirviendo de cólera—, más loco que el peor de los lunáticos, ¡si crees que lady Mariota se escondería en semejante sitio!

—El loco lo serás tú —replicó Finlay—, si no puedes reconocer la verdad cuando está frente a tus narices.

Ewan se puso rojo.

—¿La verdad?

Finlay lo miró con rabia pero no dijo nada.

—¡Te diré cuál es la verdad! —rugió Ewan—. ¡Ya llevamos varios

días dando tumbos por estas montañas abandonadas y tú aún no has encontrado tu zorro de ojos mágicos!

Haciendo caso omiso de los comentarios disimulados de los demás, clavó la mirada en Finlay, al tiempo que levantaba sus cejas pobladas.

—Te pregunto, ¿cuántos zorros hemos perseguido ya? ¿Cuatro? ¿Seis?

—Tres —admitió Wee Finlay, con los puños nudosos en las caderas.

—¿Y ahora pretendes que persigamos a otra de esas pobres criaturas a través de las salvajes tierras de Glenelg... hasta las oscuras orillas del lago Hourn?

Finlay encogió los hombros.

—¿Acaso no has oído nada de lo que hemos dicho sobre los monstruos que vigilan estos parajes? —Ewan el Astuto apuntó con el dedo hacia el negro contorno de las altísimas cumbres de Kintail—. Bestias voraces, eso es lo que son. ¡Y miles de veces más temibles que el caballo de agua que acabó

con la pobre tabernera de Assynt!

—De todas maneras, lady Mariota no puede estar en ninguna otra parte —insistió Finlay, sacando pecho—. Este zorro es el correcto, lo juro.

—Entonces, ¿por qué no llevaba el laúd sobre su espalda roja y peluda? —preguntó otro curioso.

—Ah, bueno... esas cosas escapan a mi conocimiento —replicó Finlay—. Pero creo que es demasiado inteligente para cometer ese error.

—El error será tuyo si seguimos

avanzando por este lugar tan tenebroso y no encontramos lo que estamos buscando —sentenció Ewan con una mirada implacable.

—¿Acaso no los estás oyendo?
—reclamó Finlay, impávido, señalando a sus compañeros que iban un poco por detrás de ellos, riéndose de su conversación.

Haciendo como que no oía las risotadas de los otros, se volvió y miró hacia las pequeñas granjas que se habían cruzado más temprano.

Eran sólo un puñado de casitas

con techo de paja y unos pocos establos desvencijados, pero podían verse allá abajo, a lo lejos, al fondo del valle.

Se alcanzaban a divisar, siempre y cuando uno no tuviera la visión oscurecida por el rencor y la rabia.

O la ignorancia.

El zorro los había conducido hasta allí.

Finlay lo sabía.

Prueba de ello era la amistosa charla que tuvieron con el granjero.

—Bueno —dijo Finlay y miró a los demás con temeridad—. Ya

habéis oído al granjero.

—Ah, claro que lo he oído — confirmó Ewan, mientras les hacía un guiño de complicidad a los demás—. Un zorro ha estado acechando a sus mejores gallinas ponedoras y hace un tiempo pasaron por el camino dos jovencitas que no son de este lugar. Una tenía el cabello rojo y la otra era morena.

Finlay asintió.

—Y se dirigían al lago Hourn... hacia las ruinas del castillo de Cuidrach, propiedad del clan

MacKenzie.

Ewan el Astuto resopló.

—¿Sabes cuántas jovencitas de cabello rojo hay por estas montañas? —preguntó, al tiempo que arrancaba un manojó de helechos que se le había enredado en una pierna—. Y en cuanto a la viuda del pescador, las campesinas de pelo negro son todavía más comunes, ¡hay tantas de ellas como granos de arena en la playa!

—¿Pero cuántas de ellas viajan sólo de noche? —Finlay volvió a mirar de reojo hacia la granja—. ¿Y

cuántas no sólo se niegan a dar sus nombres sino que viajan solas hacia tierras que se sabe que son... peligrosas?

Ewan miró hacia el cielo oscuro y tomó aire.

—Te lo advierto, Finlay —gruñó—, si lady Mariota y el laúd de oro no están en el castillo de Cuidrach, tú serás la próxima comida del caballo de agua. ¡Y prometo dragar todo el río Inver hasta encontrar a la bestia!

Finlay asintió bruscamente con la cabeza, pero no dijo nada.

Él no era el que estaba confundido, pero conocía las desventajas de ser un hombre viejo y curtido, y un poco bajo de estatura.

Sin embargo, siempre se mantenía alerta, aunque otros no lo hicieran.

Además, mientras apuraba a grandes sorbos la malta de brezo que tenía en el frasco del cinto, Finlay concluyó que estaba comenzando a desear que nunca encontraran a la tal lady Mariota y a su amiga.

¡O el maldito laúd!

Había algunas personas que simplemente merecían ser atormentadas por la mala fortuna y la infelicidad.

Y Ewan el Astuto era una de ellas.



Capítulo 7

A muchas millas de allí, en lo más profundo de una noche brumosa, el corazón de Devorgila dio un salto. El destello de un conocido pelaje rojo y el brillo del oro la tomaron por sorpresa, mientras estaba arrodillada honrando a Clach na Gruagach, la Piedra del Hada en la isla de Doon.

Emitió una especie de cacareo de placer, mientras una agradable tibieza recorría sus ancianos

huesos. No esperaba ver tan pronto a su pequeño amigo.

Ni el laúd de oro...

No es que dudara de la habilidad del diminuto zorro, un compañero más bien nuevo pero muy confiable, que había demostrado ser un valioso asistente y, ciertamente, más aventurero que su querida *Mab*, quien prefería dormir frente al fuego de la chimenea. Estaba más allá de la dignidad de sus felinos andar por ahí atravesando páramos pantanosos y agrestes montañas

remotas.

A diferencia de *Somerled*, que gozaba con esas misiones mágicas.

—¡Ah, muchacho, ésta sí que es una sorpresa! —exclamó la bruja con entusiasmo, mientras vertía el resto de la ofrenda de leche de cabra en la base de la piedra sagrada.

Silencioso como la noche, el zorro se quedó observando con ojos tranquilos, mientras ella dejaba a un lado la jarra vacía y se levantaba con un discreto cloqueo de la lengua, una extravagancia que se

permitía para ocultar el traqueteo de sus rodillas, la única aflicción de la edad que realmente le molestaba, pero respecto a la cual no podía hacer nada.

Luego le sonrió con deleite al pequeño zorro, mientras él le acercaba el laúd con el hocico.

—Eres una aparición muy bienvenida —le dijo, al tiempo que se estiraba para acariciarle la pelambre roja y sedosa—. ¡Ah, claro que lo eres!

Pero *Somerled* sólo ladeó la cabeza, mientras tamborileaba

sobre el laúd con la pata.

—Sí, un chaval espléndido y hermoso —lo ensalzó Devorgila y miró de soslayo el brillo del laúd.

Elaborado con oro de las hadas y tachonado de piedras preciosas, el laúd resplandecía como si tuviera por dentro una hoguera. Cuando ella lo tomó entre las manos y deslizó sus dedos por la superficie tibia y ligeramente vibrante, la luz comenzó a brillar aún más.

—¡Por todos los hados! —dijo con voz cantarina—. Podría jurar que estás tan contento de regresar

con nosotros como nosotros de tenerte de nuevo, ¿no es cierto?

El zorro parpadeó en respuesta, con una mirada solemne.

Tan solemne que hizo que Devorgila levantara una de sus cejas grises.

Algo en la quietud de la noche, o posiblemente en la manera en que la luna colgaba del cielo, tan cerca de las montañas, le advirtió que sus poderes todavía eran necesarios.

¡Y de muchas otras maneras, además de aquellas en las que ella

pensaba usarlos!

Devorgila apretó los dedos alrededor del laúd y agitó unos arbustos, mientras se esforzaba por captar el mensaje que zumbaba justo bajo la superficie de la noche.

Que dos almas dignas de ayuda necesitaban aprender a confiar otra vez, eso fue lo que supo. Estaban atrapadas en una situación que no era una cosa ni la otra ¡y estaban sufriendo!

Hacía algunas noches que muchas cosas se habían hecho evidentes para una de ellas, cuando

la inocente turba que ardía en la chimenea se convirtió de un momento a otro en ¡pergaminos que ardían! Los garabatos eran sonetos de amor escritos por la mano de la ambición y la codicia, no de la pasión sincera. La pasión de un patán despreciable que solo fingía amar a su acaudalada mujer.

—Que el demonio se apodere de él y lo conserve —bufó la bruja con rabia.

- en cuanto a la otra alma, al buen muchacho, esa misma noche Devorgila lo había visto

entre el humo que salía de su caldero, con un gesto adusto en el atractivo rostro y el corazón todavía cerrado.

- ahora, en algún lugar de la noche, el obstinado tonto se dirigía en su cabalgadura... hacia otra parte.

—¡Maldición! —dijo, mientras sorbía ruidosamente el aire por la nariz y miraba hacia las aguas iluminadas por la luna—. ¡Una viuda lujuriosa, sin duda!

Sí, el Guardián de Cuidrach todavía tenía unas cuantas

lecciones que aprender.

Pero era posible que la muchacha también tuviera cosas que aprender, si Devorgila estaba interpretando bien la mirada penetrante de *Somerled*.

—Es mejor que me lo digas —le insistió—. Cuéntame, por favor, pórtate como el chismoso que yo sé que eres.

Pero el pequeño zorro sólo miró hacia lo lejos, a través del mar de las Hébridas, hacia la distante costa de tierra firme. Sin embargo, la tensión de sus hombros y la

manera en que el zorro levantó las orejas le revelaron a la bruja todo lo que necesitaba saber.

—Mmm —murmuró y lanzó una mirada desdeñosa en la misma dirección, pero no para amonestar a la tierra o al mar, a los que tanto quería, sino a los cobardes que merodeaban por allí, arrastrándose en medio de la oscuridad, rodeados de vientos malvados.

—Muy funestos, sin duda —le aseguró a *Somerled*, y después exhaló un tembloroso soplo, con la esperanza de que sus habilidades

estuvieran a la altura del desafío.

—¿Están muy cerca? — preguntó, y no le gustó ver lo numerosos que eran.

Pero antes de que *Somerled* pudiera responder, Devorgila fue cojeando hasta el canasto en el que tenía la cena: una pequeña porción de alcatraz, tierna y succulenta, dos huevos cocidos, un pan ázimo embadurnado con miel y una jarra grande de malta de brezo.

Una cena sencilla pero perfecta para satisfacer a una persona de su edad y recuperar fuerzas para el

viaje de regreso a la cabaña. Sin embargo, Devorgila le cedió gustosamente su festín a su pequeño amigo. Organizó las viandas en un paño que extendió en la base de Clach na Gruagach y sólo cuando el zorro estuvo satisfecho, enderezó la cabeza y oyó con el corazón el relato de *Somerled*.

El relato de sus aventuras y advertencias.

Devorgila suspiró, miró otra vez hacia el mar y clavó nuevamente la mirada en su pequeño amigo.

—Sí, tienes toda la razón —dijo

—. Debemos estar atentos. Si sólo supiera qué...

Pero *Somerled* ya no le estaba prestando atención, todos sus sentidos estaban concentrados en los arbustos que Devorgila había movido con el pie.

Se estaban moviendo y se mecían de un lado a otro, como si una mano invisible los estuviera agitando. Y eso, en medio de una extraña noche sin viento... en la que el aire frío estaba más quieto que la quietud.

Devorgila contuvo la

respiración, en especial cuando el zorro le lanzó una mirada de advertencia, como si dijera, *fíjate en eso*. El zorro se sentó sobre las patas traseras y volvió a levantar la pata, esta vez con un gesto muy claro de precaución, al tiempo que un diminuto ratón de campo salía corriendo de entre los arbustos y pasaba frente a ellos, en dirección hacia unas rocas.

—¿Un ratón? —preguntó Devorgila, mientras veía cómo el animalito se metía entre dos piedras gigantescas y su cuerpecito

desaparecía por una ranura casi invisible.

Durante un buen rato, la bruja miró fijamente hacia la grieta y fue ahí cuando entendió y aplaudió con regocijo.

—Oh, eso servirá —cacareó con convicción—. Si cierta muchacha es tan observadora como obstinada...

Era un dulce vallecillo, que se abría justo a las afueras de las propiedades de Kenneth en Glenelg. Un lugar que debería

albergar la esencia misma de la paz, incluso en una noche tan gris y lluviosa.

Pero esa noche Kenneth pensó que el gris parecía más tenebroso que nunca y las sombras del bosque ostentaban un color negro profundo, muy perturbador.

Peor aún, Kenneth creyó sentir que unos ojos lo estaban observando, pero contuvo el impulso de comenzar a mirar a todos lados. Bien sabía que no debía tratar de penetrar con la mirada ese bosque de abedules que

en esta ocasión parecía agobiarlo, en lugar de producirle el placer que normalmente le producía.

Así que, a pesar del estremecimiento que sentía, fijó la mirada en el camino que tenía frente a él.

¡Caramba, incluso la lluvia lo estaba molestando más de lo que ningún escocés de verdad se atrevería a admitir!

Debido a lo perturbado que se sentía, consideró la posibilidad de volverse enseguida. Quería dar media vuelta y desandar el pequeño

valle con la misma rapidez con que lo había atravesado.

Pero en ese mismo momento comenzó a soplar un extraño viento, cuyo silbido parecía traer... lamentos ahogados.

No, en realidad eran reproches.

Unos reproches que Kenneth juraría que eran reales y que comenzaron a seguirlo sin importar lo rápido que galopara, llenando sus oídos de frases de desaprobación, tan persistentes como el sonido metálico del badajo de una campana.

Un tonto y sus tonterías.

*El destino pronto se hará
manifiesto... sin importar qué faldas
levante.*

La advertencia lo golpeó como un cubo de agua helada. Kenneth sintió que las burlas lo atravesaban y le hacían arder las mejillas.

Era injusto.

Él no se estaba dirigiendo hacia su ruina.

Y aunque nunca había disfrutado del solaz que lo esperaba al fondo de ese valle, ciertamente había retozado con

suficientes viudas hermosas como para querer visitar a ésta.

Ya fuera que el viento lo aprobara o no.

Además, el calor que sentía entre las piernas no le daba muchas más opciones.

Pero un rato después, cuando el parpadeo de unas luces agujereó el frío anochecer y le avisó que había encontrado la casita de la viuda, las pulsaciones de su entrepierna disminuyeron con tanta rapidez como se apaga la llama de una vela.

Y simultáneamente se oyó un

cacareo que viajaba con el viento.

Un cacareo triunfante.

Kenneth detuvo su caballo y dio media vuelta, pero aunque trató de penetrar las sombras... no vio nada.

Y tampoco sintió nada *allí*, en ese sitio que hacía sólo un momento ardía de deseo.

Desconcertado, pero decidido a alzar las faldas de quien quisiera, volvió a dar media vuelta y se quedó observando la pulcra casita de la viuda.

Sin embargo ahora su deseo, que había sido tan insistente desde

que salió disparado de Dun Telve, se había vuelto tan testarudamente frío como las silenciosas montañas que lo rodeaban.

Sir Kenneth se pasó una mano por la ceja y pensó que desearía estar de regreso en Cuidrach. Pero antes de que pudiera irse, se abrió la puerta de la casita y apareció una mujer. Una mujer muy bien formada... vestida solamente con una combinación interior transparente.

¡Nada más!

Kenneth tragó saliva y pensó

que tal vez ella no lo hubiese visto, pues él estaba en su caballo, medio escondido entre los árboles, al borde del claro del bosque.

Sin embargo la viuda miró directamente hacia él, con una mirada ávida que lo envolvió por completo.

Y, ya fuera que deseara o no tener un encuentro amoroso con ella, ahora el honor le impedía volverse. Así que desmontó y caminó hacia ella, mientras buscaba mentalmente una galante... excusa.

—Guardián de Cuidrach, ¡te doy la bienvenida! —dijo la viuda, con una voz profunda y seductora, que coincidía con sus exuberantes curvas.

Sin duda, en cualquier otro momento esa mujer habría inflamado en él sueños muy ardientes.

Pero no ahora, en esa desafortunada noche.

—Señora, mis respetos —dijo Kenneth, muy consciente de la ausencia del ardor que debía estar latiendo en su entrepierna—. He

venido a...

—Ya sé por qué estás aquí —dijo ella, mientras acariciaba con los dedos su larga trenza—. Tu tío me avisó de la posibilidad de tu visita.

—No lo dudo —admitió Kenneth, al tiempo que sentía que el cuello de su túnica se volvía más pequeño, en especial cuando ella empezó a jugar con la trenza.

El cabello de la viuda era un espeso espiral brillante, negro y lustroso como el del propio Kenneth, que se repetía, según alcanzó a ver Kenneth, en el

prominente triángulo en forma de V, ubicado en la parte superior de sus piernas. Una lujuriosa maraña de pelo que se veía claramente a través de la delgada tela de la única prenda que llevaba la mujer.

Kenneth también alcanzó a ver unos senos generosos y unos pezones grandes y bien definidos.

—Señora, usted... me deja sin aliento —dijo con sinceridad, mientras observaba cómo la mujer enrollaba los dedos en la gruesa trenza y subía y bajaba la mano con suavidad por toda su brillante

negrura—. Sin embargo, la razón de mi visita no es lo que usted cree. Yo...

—Ah, yo sé qué es lo que buscas —ronroneó la viuda, al tiempo que el movimiento de sus dedos se volvía más sensual—. Te irás satisfecho, no lo dudes.

La mujer dio un paso hacia delante y su aroma ocupó el espacio entre los dos.

—¡Adelante, dentro hay comida y bebida!

Kenneth se volvió y miró hacia su caballo, pero antes de que

pudiera dar un paso atrás, ella lo agarró del brazo y lo condujo adentro.

La casita era realmente acogedora y en ella se respiraba un ambiente que rebosaba calidez. Aunque el humo de la turba espesaba el aire y oscurecía las paredes, una rápida mirada mostraba un suelo bien barrido y una mesa burda que, aunque no parecía muy firme, sí evidenciaba la limpieza.

Cuando la mujer lo miró de frente, Kenneth pudo ver que no

era tan joven como había pensado en un principio, pero sí innegablemente seductora.

—Necesitas comer algo —dijo y señaló un plato de tortas de avena y queso que había sobre la mesa, una grasienta pechuga de pollo fría y una jarra llena de cerveza.

Pero resultó que el único asiento de la casa, un simple banco de tres patas, estaba escondido debajo de un vestido recién lavado, que estaba extendido sobre él.

La mujer agarró el vestido en el mismo instante en que la mirada de

Kenneth se detuvo en sus pliegues húmedos.

—Me has sorprendido lavando la ropa —admitió, al tiempo que señaló una artesa de lavar que Kenneth no había visto.

—Éste es mi mejor vestido —dijo, mientras colgaba el vestido en un gancho que había en la pared—. El otro todavía está en la artesa. ¡No vayas a creer que recibo a todos los hombres que aparecen en mi puerta de esta manera tan... invitadora!

La mujer volvió a acercarse y

deslizó suavemente la mano por la entrepierna de Kenneth.

—Pero tú, señor... Ah, simplemente digamos que me agrada que me hayas encontrado así. ¡Aunque no pareces tan impaciente como otros que vienen a buscarme!

Kenneth se quedó inmóvil cuando sintió la mano de ella y trató de no hacer ninguna mueca.

La mujer levantó una ceja... y apretó.

—Ah, pero si eres un hombre muy bien dotado —ronroneó—. Es

posible que cuando veas el cuerpo que tengo, ¡te animes un poco más!

Tan pronto como terminó de pronunciar esas palabras, la viuda se deshizo de la combinación y se puso frente a él, desnuda y gloriosa, enseñando su piel blanca, que brillaba a la luz de las velas, la generosidad de sus curvas y el oscuro triángulo de su feminidad, que saltaba peligrosamente a la vista.

Pero antes de que Kenneth pudiera mirar muy de cerca, la casa fue azotada por una repentina

ráfaga de viento que se coló por el agujero que había en el techo para que saliera el humo y formó un remolino de ceniza que giró en el aire y ¡fue a caer directamente en el rostro de Kenneth!

—¡Por la Cruz! —balbuceó Kenneth, mientras escupía cenizas y se restregaba los ojos.

—¡Por Dios! —exclamó la viuda, al tiempo que agarraba sus enaguas para limpiarle la cara.

Con seguridad era un movimiento premeditado, pues cada vez que ella frotaba

circularmente la tela sobre la cara de Kenneth, sus voluptuosos senos le rozaban el pecho y el exuberante matorral de sus rizos femeninos estimulaba los muslos de Kenneth.

—Ten, agárrate a mí y no te muevas hasta que puedas volver a ver, si no te estás quieto acabarás por perder el equilibrio y caerte... vamos, agárrate a mí y límpiate los ojos —le recomendó ella, al tiempo que tomaba una de las manos de Kenneth y ponía sus dedos sobre un lugar inconfundible, húmedo y sedoso—. Agárrate bien de ahí y...

—No, ya veo bien —exclamó Kenneth, al tiempo que se soltaba.

En un abrir y cerrar de ojos, Kenneth agarró las enaguas y se las enrolló a la mujer alrededor de los hombros, cubriéndole los senos, aunque la tela no alcanzó a tapar la maraña de rizos que sobresalía entre sus piernas bien torneadas.

—Ah, yo también veo bien ahora —dijo la mujer y se puso roja—. Así que no estás aquí por la razón que yo pensaba.

Kenneth se sintió incómodo al ver el rencor en los ojos de la viuda,

pero no podía hacer nada. No podía sacrificar los sentimientos de otra persona para salvar los de la viuda.

—Ay, mujer, la verdad es que vine hasta aquí en busca de tus... atenciones —admitió—. Pero, verás, en alguna parte del camino me di cuenta de que era mejor que buscara tales consuelos en otra parte.

La viuda cambió la expresión de rencor por una actitud comprensiva.

En su rostro apareció una melancólica suavidad que la hacía

parecer más joven y sorprendentemente... vulnerable.

—Eres una mujer muy hermosa —dijo Kenneth, haciéndole honor a la verdad, mientras le acariciaba las mejillas con los nudillos—. Tan deseable que me habría gustado yacer a tu lado durante días y días, si las cosas hubieran sido de otra manera, pero...

—Tu corazón le pertenece a otra —dijo la mujer, completando la frase por él, mientras le agarraba la mano y le besaba los dedos antes de que los retirara de su mejilla—.

No tienes por qué preocuparte —se apresuró a agregar—. Yo conocí esa clase de amor con mi difunto esposo, que los santos tengan en su gloria. Lo extraño a él y extraño lo que compartíamos. ¡Eso es lo que me hace mantener la puerta abierta para aquellos que pueden ofrecerme una noche de consuelo!

Kenneth la miró conmovido, pues la confesión de la mujer le llegó al alma y le hizo añorar algo en lo que él había dejado de creer hacía mucho tiempo.

Algo en lo que quería creer

nuevamente.

Si pudiera.

—¿Hay algo que te haga falta?

—preguntó, mientras trataba de dejar de pensar en *ella*. Especialmente en el estatus y el poder de su padre.

En lo que un hombre como ése podría pensar de él.

Pero entonces notó que la viuda le estaba sonriendo, un gesto que agradeció.

—Vivo en armonía con todas las gentes de este lugar, no tienes por qué preocuparte —dijo la mujer,

mientras se ponía las enaguas—. Verás, cuando los hombres ponen su mente en... otras cosas, olvidan las amargas peleas y las venganzas.

—Me alegra oír eso —dijo Kenneth, mientras se dirigía discretamente hacia la puerta—. De todas maneras, te dejaré unas monedas para cualquier capricho que tengas.

La mujer parpadeó, parecía un poco indecisa.

—Eres un hombre bondadoso —dijo, mientras miraba cómo Kenneth metía la mano en la

pequeña bolsa de cuero que llevaba al cinto y sacaba descuidadamente un manojo de monedas que puso sobre la repisa—. Me gustaría comprar tela para un vestido nuevo. Mis visitantes usuales no se preocupan tanto por ese tipo de necesidades.

—Bien, entonces que así sea —dijo Kenneth, al tiempo que se apresuraba a salir por la puerta—. Te dejaré estas monedas de plata ahora y, cuando llegue la primavera, haré que mis hombres te traigan una buena vaca lechera y también

unas cuantas cabras.

Al oír ese ofrecimiento, a la viuda le brillaron los ojos y luego se llevó una mano a la mejilla.

—Eres un buen hombre, Kenneth de Cuidrach —le dijo con una sonrisa trémula—. Tu mujer es más que afortunada.

—No es mi mujer —la corrigió Kenneth, que no era capaz de mentir.

—¡Conque no! —dijo la viuda y arqueó las cejas—. Entonces deberás encargarte de que lo sea. Si es una mujer inteligente, no será

muy difícil.

Unos momentos después, mientras Kenneth hundía las espuelas en su corcel en dirección hacia Cuidrach, lo único que sabía era que lo que lo impulsaba a ir más rápido no era Cuidrach, sino *ella*.

Aquella mujer de cabello encendido que no tenía intenciones de dejar escapar... Si es que podía abrigar la esperanza de de que ella accediera a ser suya. Lo cual, ahora que conocía su verdadera identidad, le parecía una empresa

abocada al fracaso.

En efecto, cuando Kenneth por fin estaba entrando en Cuidrach, los huecos de los muros que unían los torreones y, en particular, el deterioro de la barbacana, sólo subrayaban las diferencias tan grandes que había entre el mundo de los dos.

Independientemente de que su padre estuviera enojado con ella, lady Mariota era la hija de un guerrero y terrateniente muy respetado, mientras que él cargaba con la deshonra de ser el hijo

bastardo de un sinvergüenza con un corazón tan malo que muchas gentes de Kintail se negaban a pronunciar su nombre.

Kenneth frunció el ceño. Era una mancha tan grande que ni siquiera su nueva posición como Guardián de Cuidrach podía borrarla.

Tampoco quería que nadie comparara su propiedad medio en ruinas con el castillo de Dunach de Archibald Macnicol, el cual debía ser una fortaleza magnífica.

E impenetrable, tan difícil de

conquistar como sospechaba que sería el viejo, si alguna vez alguien como él deseaba la mano de su hija.

Y la aprobación y el consentimiento del padre.

Una bendición que el honor de Kenneth deseaba con desesperación.

Sumido en esos tristes pensamientos, espoleó a su caballo con la mirada fija en Cuidrach y, al llegar, prestó especial atención al lamentable estado del rastrillo que protegía el acceso a la puerta principal. Oxidadas y retorcidas, las

barras de hierro terminadas en punta colgaban de una manera completamente disparatada.

Tras prometerse que mandaría hacer pronto una reja nueva, pasó por delante de la garita de guardia, decidido a hacer algo que no había hecho en muchos años... rezar.

Y a cualquier santo que quisiera oírlo.

Pero antes de que pudiera llegar a la pequeña capilla de paredes desnudas, un movimiento entre las sombras cerca del pozo llamó su atención... y todos sus

pensamientos piadosos
desaparecieron al instante.

En realidad, los deseos que tanto lo habían atormentado antes para desaparecer luego, regresaron con más ímpetu al verla.

Mariota avanzaba hacia él a través del patio iluminado por la luna. Tenía el cabello suelto alrededor de los hombros. Una maraña de color bronce claro, rizada y reluciente, que se derramaba por la espalda hasta las caderas.

Aquellas brillantes ondas le

quitaron el aliento y... lo sedujeron.

—Llega usted tarde —dijo ella, al tiempo que le entregaba un odre de vino—. Lo estaba... esperando.

—¿En medio de la fría oscuridad, milady? ¿A esta hora? —preguntó Kenneth, mientras aceptaba el vino y le daba un buen trago, al mismo tiempo que trataba de mantenerse inmune al perfume de Mariota.

Un perfume que se volvía más perturbador en la medida en que la luz de la luna plateaba las curvas de su cuerpo y Kenneth alcanzaba a

ver el frágil camisón que llevaba debajo de la túnica de lana, la cual no se había tomado la molestia de cerrar.

—Lo que me motiva a estar aquí es precisamente la fría oscuridad y la hora —dijo Mariota, al tiempo que lanzaba una mirada hacia el castillo y se echaba el cabello detrás de los hombros.

Ese movimiento hizo que la capa de Mariota se abriera un poco más y Kenneth tuvo que contener un gruñido, pues sintió que todo su cuerpo se ponía tenso, al mismo

tiempo que un calor ardiente invadía sus órganos vitales. Nunca en su vida había estado más... consciente de una mujer.

¡Por todos los santos, esa diminuta abertura del camisón de Mariota realmente lo hizo arder! Kenneth tomó aire, mientras que el corazón le latía con tanta ferocidad que se preguntó si ella no alcanzaría a oír el estruendo de la sangre corriendo por sus venas.

Si no alcanzaría a sentir el deseo que lo consumía.

Pero Mariota simplemente

parpadeó y se humedeció los labios.

—Tenía miedo de que le hubiera pasado algo.

—¿Tanto como para abandonar la tibieza de su lecho?

Ella se sonrojó y bajó la cabeza, notando en ese momento el desorden de su cabello y la transparencia de su camisón. Pero no hizo ningún movimiento para cubrirse.

—Es obvio que estaba en la cama, ¿no?

Kenneth asintió con la cabeza y

la miró a los ojos. ¡Los santos sabían que estaba demasiado excitado para arriesgarse a mirar más abajo!

—Entiendo que estuviera en la cama, hace mucho que anocheció. Lo que no comprendo es por qué se ha levantado y ha salido a esperarme —dijo Kenneth, mientras se mantenía totalmente rígido para no mirar las curvas de la mujer; aunque no era necesario que las mirase, porque podía percibir las... sentía que su piel le rozaba todo el cuerpo...

Confundiendo su juicio hasta el punto de que se preguntaba si sería capaz de hilar dos palabras.

Entonces frunció el entrecejo, recurriendo a un gesto amenazante que le ayudó inmensamente.

—Podía haberme esperado dentro —dijo y se sintió un poco mejor—. En el pasadizo de entrada.

—No quería que sus hombres nos oyeran —dijo Mariota y lanzó otra mirada hacia el castillo—. Verá, hay algo más. Algo que debo saber. Cuando usted me bes...

—¿Besarla? —dijo Kenneth y

arqueó las cejas—. ¿Ha venido usted hasta aquí para que la bese?

—No —respondió Mariota y él sintió enseguida una penetrante punzada de decepción—. ¡Aunque soy suficientemente mujer para reconocer que... disfruté con su beso!

La decepción se esfumó.

—¿Y? —insistió Kenneth, mientras sentía la tentación de hacer su sonrisa más seductora. Pero luego se dio cuenta de que los ojos de Mariota estaban llenos de sombras y que algo realmente la

preocupaba.

—¿Qué pasa, mujer? Ya le dije que puede preguntarme lo que quiera.

—Pues... —comenzó a decir Mariota, dudando un poco—. Usted dijo que esperaba encontrarme un esposo. Quería saber si su llegada tarde tiene algo que ver con esos... planes. Pensé que podría estar ocupado en eso.

—Pensó mal —le respondió Kenneth, al tiempo que se pasaba la mano por el pelo y miraba arriba, hacia el cielo estrellado.

Qué torpe había sido con la lengua, le había dado pie para que ella le preguntara lo único que no podía responder.

Que no quería responder.

Avanzó hacia su caballo y trató de ganar tiempo dándole unas palmaditas a las bolsas de monedas que todavía estaban atadas a la montura.

—Fui a hacer lo que dije que haría: fui a por el dinero para comprarle el ganado al padre de Jamie el Pequeño. No dijo nada sobre la visita a la viuda.

Y tampoco mencionó que, cuando ella lo detuvo, se dirigía a la capilla de Cuidrach.

Para buscar una respuesta que le permitiera hacerla suya.

Y como si, después de todo, los santos lo hubiesen escuchado, en ese momento se le ocurrió la respuesta.

El nombre de un hombre que podía proponer como posible esposo para ella.

—Quiero saber el nombre de todos los hombres a los cuales pretenda hablarles de mí —dijo

Mariota y Kenneth su preguntó si sería posible que ella le hubiese leído el pensamiento.

En efecto, Mariota lo estaba mirando inquisitivamente a la luz de la luna, con el ceño fruncido.

—Estoy segura de que no estaré dispuesta a considerar a ninguno de ellos.

—Oh, hay uno que no debemos descartar —dijo Kenneth y se rascó la barbilla, tratando de no sonreír—. Un hombre fuerte, íntegro y honorable, aunque un poquito difícil de localizar.

—¿De quién se trata? — preguntó Mariota, y arrugó más la frente.

—De un hombre magnífico. De hecho, es el mejor que conozco.

—¿Cuál es su nombre?

—Duncan Strongbow — respondió Kenneth y les rogó a los santos que lo perdonaran.

A los santos, a su tío y a un inglés de corazón extremadamente tierno.



Capítulo 8

Retozar entre los brezos con tres muchachas bonitas, de grandes senos, ¡y desnudas!

Hacía varias noches que esas palabras le daban vueltas en la cabeza a Jamie, acechándolo, robándole la paz y haciéndoles cosas desastrosas a sus partes íntimas.

Desesperado, decidió poner fin a esa situación en ese mismo instante, pues no quería pasar otra

noche de insomnio, pensando en mujeres voluptuosas y desnudas.

Un chapuzón en el antiguo tanque de piedra lo calmaría.

Si ese lujo no le ayudaba a aliviar la excitación de su entrepierna, sumergirse en las aguas hirvientes seguramente sí le ayudaría a relajar los otros músculos, de manera que pudiera tener una buena noche de sueño.

No una noche llena de imágenes de senos redondos y danzantes y dulces muslos succulentos.

De nalgas exuberantes, bien

torneadas, y mujeres completamente desnudas.

Jamie trató de apartar de su mente esas imágenes, mientras les echaba un vistazo a las piedras que había puesto a calentar en una hoguera de leña de abedul. Cuando se calentaron, las piedras se pusieron rojas y comenzaron a estallar y ese sonido le hizo pensar en los antiguos hombres que crearon ese sistema único de baño comunal.

Por lo menos, eso era lo que él y los otros pensaban que era aquel

enorme recipiente de piedra que habían encontrado enterrado entre la tierra, al lado del pozo y cerca de un buen fogón, cuyo piso estaba formado por una base de piedras quemadas.

Apenas lo descubrieron, sir Lachlan y algunos otros supusieron que los cazadores debían de usar el recipiente para cocinar pedazos grandes de carne, pero Jamie y los caballeros más jóvenes decidieron que debía de tratarse de un baño comunal, en el que se calentaba el agua mediante la introducción de

piedras calientes en el fondo.

Un baño que evocaba imágenes de doncellas a medio vestir o totalmente desnudas. Con pieles doradas por el sol y miradas seductoras, que disfrutaban bañando a los valientes y fatigados guerreros. ¡Y, en especial, ocupándose del cuidado de su dotación masculina!

Jamie soltó un gruñido.

¡Su dotación masculina necesitaba más que un cuidadoso baño!

Mientras pensaba que hacía más

de una temporada que había retozado bajo las faldas de una linda cocinera en el castillo de Eilean Creag, agarró dos leños y empezó a echar a rodar las piedras ardientes hacia el tanque y luego las arrojó al agua, produciendo un chisporroteo y una oleada de vapor que lo envolvió por completo.

Pero el vapor sólo le recordó el calor de los suaves cuerpos femeninos, de modo que se quitó rápidamente la capa, así como el resto de la ropa, y se zambulló enseguida en el agua.

—Ah... —suspiró, mientras el agua caliente lo envolvía—. He muerto y acabo de despertar en la tierra de los ángeles...

De repente, sin embargo, abrió bruscamente los ojos y pensó que no debía haber evocado a los... ángeles.

También pensó que debería haber sabido que no sería buena idea bañarse en agua caliente... en ese estado de agitación.

—¡Vaya, debo de haber perdido el seso! —refunfuñó y aplastó indignado las nubes de vapor que

se elevaban al cielo.

Jamie trató de hacer caso omiso de la manera en que el calor del agua había alargado el tamaño de su miembro masculino ¡que ya de por sí era enorme!

De cómo lo había alargado y.. endurecido, de modo que ahora se retorció con ferocidad, aumentando la incomodidad de su estado.

Debía haberse sumergido en agua fría, pensó, mientras rechinaba los dientes.

Así que se puso de pie y, levantando la cara hacia el cielo,

cerró los ojos y tomó el asunto en sus manos.

—Ay, milady, está usted equivocada si cree que hago mal buscando el placer que tengo a mi alcance—dijo Nessa y le lanzó una mirada a Mariota, mientras se dirigían al tanque de piedra que habían descubierto hacía poco, cuando limpiaban la maleza cerca de las murallas de Cuidrach.

—Sí —añadió, al tiempo que apartaba de una patadita una rama

de pino con la que casi tropieza— puede ser que un buen chapuzón en esas benditas aguas calientes borren el frío de sus huesos y..

—Mis huesos están perfectamente bien —dijo bruscamente Mariota, con tono de irritación.

Lo que la preocupaba era estar tan... confundida.

Le sorprendía la inmensa atracción que sentía hacia el Guardián de Cuidrach. La manera en que la voz de ese hombre, con esa profunda suavidad que tenía,

era seducción pura para sus sentidos. O cómo incluso la mirada más fugaz hacía que se sintiera suave y tibia por dentro y despertaba en ella sentimientos que no resistían ningún examen moral.

Y, sobre todo, le sorprendía sentirse atraída por ese hombre cuando él insistía en deshacerse de ella... ¡Y enviarla lejos para que se casara con un dechado de virtudes llamado sir Duncan Strongbow!

Con el pulso agitado de sólo pensarlo, Mariota dejó escapar un

resoplido de irritación.

—Ay, Nessa, tú eres la que está equivocada, no yo. Te aseguro que no hay nada... frío en mí.

Nessa suspiró.

—Entonces tal vez sea pura obstinación. A decir verdad, Lachlan dice...

—¿Y ahora resulta que lo llamas Lachlan? —preguntó Mariota, mientras rodeaba un grupo de ortigas y se subía la falda para evitar un montón de helechos—. ¿Puede saberse cuándo dejaste de llamarle *sir*?

—Ah, tal vez cuando me traje aquí la otra noche —dijo Nessa con un suspiro y una sonrisa traviesa—. Me bañó a la luz de la luna, milady. ¡Me hizo sentir más mujer que nunca!

Mariota miró hacia delante, hacia el camino que atravesaba el negro bosque de pinos e hizo un gesto de disgusto, pues la ternura que sentía en la voz de su amiga le producía punzadas por todo el cuerpo.

¡Cuánta falta le hacía sentirse mujer! Disfrutar de los placeres que

podía darle un hombre. Disfrutar de una intimidad total y absorbente y... del amor.

Aunque en realidad nunca había conocido el verdadero amor de un hombre, ahora lo sabía.

Sin embargo, sí sabía lo que era la intimidad. Esa intimidad que hace palpar el corazón de una mujer y la deja sin aliento. La intimidad que hacía doler cada parte del cuerpo y temer que la satisfacción nunca llegara. Y ¡que los santos se apiadaran de ella! Mariota también echaba de menos esa

dulzura.

Especialmente desde que él llegó a Cuidrach.

Se mordió el labio; el simple hecho de pensar en Kenneth le encendía el corazón.

Ya conocía la potencia de sus besos, besos suaves y profundos que ella había comenzado a añorar. Besos y otras... intimidades. Oscuros anhelos que la dejaban perpleja. Él le había despertado deseos ardientes que reclamaban satisfacción, tales como el hormigueo en sus partes más

sensibles.

Mientras trataba de hacer caso omiso de ese hormigueo, se apuró para alcanzar a Nessa y la agarró de la manga.

—¿Estás segura de que nadie está usando el tanque de piedra?

—¡Ajá! —gritó Nessa—. ¿Acaso tiene la esperanza de que él esté allí? ¿Tal vez bañándose?

—No me refiero a él —negó Mariota—. No quisiera sorprender a... nadie.

—No lo haremos —le contestó Nessa, al tiempo que la agarraba de

un brazo y la empujaba por entre la maraña de pinos—. Lachlan dice que hoy los hombres están reparando los huecos de la muralla, de manera que estarán trabajando al otro lado del castillo. Tendremos el tanque para nosotras solas. Lachlan...

—¡Ay! —Mariota se tropezó con una raíz y soltó su brazo de la mano de Nessa—. ¡No me arrastres así! ¡Y si dices una sola vez más «Lachlan dice», te puedes bañar en las aguas calientes sin mi compañía!

—Ay, ¡por todos los santos! —

exclamó Nessa y se quedó inmóvil, con la cara cada vez más roja, casi escarlata—. Ya tenemos compañía, y me parece que es...

—No, no puede ser —dijo Mariota, mientras observaba a través de los árboles al hombre desnudo que estaba en el tanque.

Se trataba del joven Jamie Macpherson, porque en ese momento sólo un tonto podría llamarlo Jamie el Pequeño.

—¡Por todos los santos! —exclamó Mariota—. ¡Verdaderamente es él!

Sin poder dejar de mirar, a Mariota casi se le salen los ojos cuando el joven empezó a acariciar su enorme miembro masculino con movimientos acompasados, a gemir y a mover su inmensa cabeza.

Mientras el corazón le latía como loco, Mariota miró de reojo a Nessa.

—Tal vez está a punto de hacer... sus necesidades.

—Oh, sí, sin duda, milady, pero no la clase de necesidades en las que usted está pensando.

Como lo comprobaron al

mirarlo nuevamente.

Ahora el joven Jamie estaba de perfil, con su espléndida melena roja echada hacia atrás, como si fuera un antiguo dios de la guerra, y su magnífico cuerpo brillaba debido a las gotas de agua, mientras deslizaba los dedos de arriba hacia abajo por su grueso miembro.

Apretaba los dedos con fuerza...
y se masajeaba.

Con ferocidad.

¡Hasta que Nessa estornudó!

Tan pronto como oyó el ruido,

Jamie dejó la mano quieta y se volvió hacia donde ellas estaban. Horrorizado, comenzó a escrutar los árboles, mientras sus dedos seguían envolviendo su enorme masculinidad.

—Ésa es la consecuencia de pasar tantas horas retozando bajo la luna —le dijo Mariota a Nessa, mientras se volvían—. Paseando durante las noches heladas de estos parajes montañosos...

—No nos ha visto —insistió Nessa, mientras se internaban en el bosque—. Cualquiera pudo haber

estornudado. Uno de los guardias. Una persona de la aldea que estuviera recogiendo nueces para el invierno. Tal vez alguien que hubiese enterrado un tarro de mantequilla en estos parajes.

Mariota se mordió la lengua, ninguna de esas explicaciones la convencía.

Estaba segura de que el joven Jamie las había visto, por lo que tendrían que pagar las consecuencias de su indiscreción.

Convencida de que Jamie las había visto y movida por la vergüenza, horas después Mariota decidió dar otro paseo, pero esta vez hasta la pequeña habitación que había a la entrada del gran salón de Cuidrach y que servía de despensa. Un cuarto demasiado pequeño y oscuro como para atraer la atención de caballeros acostumbrados a castillos con mayor pompa y grandiosidad.

Nadie querría buscar nueces allí, y mucho menos viejos barriles de mantequilla rancia, enterrados

por alguien que ya no existía.

Ahí se sentía segura.

Nadie iría a buscarla a ese sitio, ni a preguntarle por qué había estado espiando a un muchacho que trataba de satisfacer sus necesidades personales en el bosque de pinos más alejado de Cuidrach.

A decir verdad, Mariota nunca había visto que nadie pusiera un pie en esa habitación, excepto Colin, que en esta ocasión también la había seguido hasta allí. La olorosa presencia del animal no le

molestaba. Y a juzgar por los ronquidos que se oían, dormía demasiado profundamente como para inquietarse por las preocupaciones de Mariota. O por dónde había estado. O por lo que había visto. Y tampoco, por lo que había... descubierto.

La revelación de que el ardiente hormigueo que había sentido al ver al joven caballero que trataba de proporcionarse alivio por sí mismo era en realidad un cosquilleo causado por él.

No por el vigoroso e inexperto

Jamie, con su cabello rojo y sus impresionantes dotes masculinas.

Y ni siquiera por los recuerdos íntimos que tenía del difunto Bastardo de Drumodyn, el despreciable patán cuyo amado rostro se desvanecía de su memoria día tras día.

No, había pensado en él.

En la profunda y misteriosa sensualidad del Guardián de Cuidrach. En esa mirada ardiente que le inflamaba el alma y despertaba sus deseos más íntimos. En esos sentimientos tan

imprevistos e intensos, que a veces creía que no sería capaz de seguir respirando a menos que él volviera a tocarla. Tocarla realmente. Y por todas partes.

Pensaba que moriría si él no le permitía sentir la firmeza de su cuerpo apasionado y masculino apretado contra el de ella. Si no la besaba intensamente, si no le daba un beso por cada hora que lo había anhelado. Besos largos y sin prisa, en los que su lengua se deslizaba sensualmente sobre la de ella, mientras la llenaba con su aliento

dulce.

La clase de besos que la harían sentir una tormenta eléctrica en su interior y le producirían ríos de calor palpitante por todo el cuerpo.

Besos que harían que él olvidara a un hombre llamado sir Duncan Strongbow.

Mientras trataba de contener el llanto que le producía su frustración, Mariota metió las manos entre sus faldas para evitar que le siguieran temblando.

¡A decir verdad, todo le temblaba, no sólo los dedos!

Incluso le costaba trabajo respirar.

Noche tras noche, había visto medio desnudos, o totalmente desnudos, a muchos de los guardias que custodiaban el castillo. Desfilaban por todos lados sin ninguna vergüenza, mostrando sus cuerpos bien formados, ya fuera para bañarse o para cambiarse de ropa. Algunos hasta disfrutaban del hecho de tener dos pares de ojos femeninos posados en sus hermosos cuerpos, apreciando su... grandeza.

Sí, los había visto a casi todos.

Menos a uno.

Y de todos los que había visto, ninguno estaba excitado.

Hasta esa noche.

Con las palmas de las manos sudorosas, Mariota cerró los ojos, pero la imagen de la virilidad erecta de Jamie seguía persiguiéndola. Estaba impresa en su memoria con todo detalle, y la joven estaba segura de que, cuando se durmiera, invadiría sus sueños, ¡atormentándola por razones que ninguna dama se atrevería a

admitir!

Incluso ahora, en esa húmeda habitación y a pesar del aire frío que se deslizaba por la rendija, Mariota sentía una excitación temblorosa y ardiente, que crecía y la invadía al pensar en él.

Al imaginarse cómo estaría el Guardián de Cuidrach de pie, completamente desnudo y excitado, ardiendo de deseo, mientras ella observaba cómo su virilidad se crecía y se alargaba todavía más bajo el ardor de su mirada.

Era a él a quien deseaba

contemplar.

No podía negarse la verdad...
¡hasta podía sentirlo dentro de ella!

Hasta tal punto lo deseaba, que tenía el cuerpo completamente tenso y el corazón le latía desbocado, golpeándole las costillas. Mariota se mordió el labio al sentir el calor húmedo entre las piernas y tuvo que contener un grito para no llamar la atención.

Pero de todas maneras se le escapó un gemido y, aunque sintió alivio, enseguida experimentó una frustración que empañó las

deliciosas sensaciones que se agitaban dentro de ella.

La verdad era que no debería estar sintiendo nada de eso.

No por un hombre que tenía la determinación de alejarla de su vida.

Y a menos que quisiera derretirse en un mar de estremecimientos y ardores femeninos, la próxima vez que él posara en ella sus ojos penetrantes, ¡tendría que aprender a dominar algo más que sus gemidos!

Esas fantasías serían lo más

cerca que podría estar del sensual y atractivo Guardián de Cuidrach. No podía permitirse nada más.

Porque una intimidad real sería demasiado fuerte.

Extremadamente peligrosa.

Dolorida y excitada al mismo tiempo, Mariota comenzó a pasearse de un lado a otro, mientras miraba de reojo a *Colin*. No le sorprendió ver que el anciano perro la estaba observando con esos ojos lechosos a los que no se les escapaba nada.

Como si supiera lo agitada que

se encontraba... y la profundidad de sus deseos y sus miedos.

—Sí, muchacho —le dijo mientras se agachaba para rascarle la cabeza, detrás de las orejas peludas—. ¿Alguna vez has sentido pasiones imposibles? ¿Deseos insaciables?

Pero el perro sólo la miraba, aunque una de sus cejas greñudas parecía estar un poco más arriba de lo usual.

Sin embargo, el perro perdió rápidamente todo interés en ella y fijó la mirada legañosa en una

pequeñísima sombra que se movía cerca de los barriles de vino almacenados en un rincón del cuarto.

Era un ratón. Y un ratón muy activo, pues se movía como una flecha de aquí para allá, subiéndose a un barril y a otro, sólo para saltar otra vez al suelo, casi como si quisiera llamar la atención.

—Es sólo un ratón diminuto — le aseguró Mariota a *Colin*, pues pensaba que el viejo animal no podía ver más que la sombra.

Pero, para su sorpresa, *Colin* le

mostró que estaba equivocada.

De repente se levantó y entrecerró los ojos blancuzcos; luego se agachó y comenzó a avanzar sigilosamente, con la mirada fija en su pequeña presa de color gris.

Sin embargo, el ratón no se sintió intimidado y salió corriendo a toda velocidad hacia el muro, donde se volvió a mirar al perro con sus diminutos ojos negros, casi como provocándolo a que lo persiguiera.

Un desafío que el animal

atendió con vigor, aunque su torpe manera de andar no se correspondía con su corazón de perro de caza.

Sin embargo se movía más rápido de lo que Mariota imaginaba que podría hacerlo y, sin contar ya con el refugio que le ofrecían los barriles, el ratoncito quedó atrapado.

Efectivamente, la criatura corría como un rayo por el borde del muro y parecía tan asustada que *Colin* se llenó de ánimos. Con los ojos chispeantes, el perro se

abalanzó sobre el ratoncito y aterrizó a pocos milímetros de él.

O tal vez sobre él.

Mariota corrió hacia ellos.

—*¡Colin!* ¡No toques al ratoncito! —gritó.

Pero cuando Mariota llegó encontró que, en lugar de estar devorando su banquete, el viejo animal sólo gemía y olisqueaba la parte inferior del muro, pues su presa había desaparecido.

Ya no se veía al ratón por ninguna parte.

—Por Dios, no te lo habrás

comido, ¿verdad? —Mariota miró al perro, pero él sólo le devolvió una mirada perpleja y se sentó sobre sus patas huesudas.

Desconcertada, la joven dio media vuelta para inspeccionar los barriles de vino. Pero por allí tampoco se movía nada.

En medio del silencio, lo único que se oía eran los lamentos de *Colin* y el sonido de sus uñas arañando el muro de piedra.

En ese momento Mariota entendió... y sintió un enorme alivio.

Colin podía estar viejo, pero no estaba loco. El perro no arañaría el muro si no tuviera una razón.

Así que cuando se volvió, esperaba ver a *Colin* tratando de abrir el orificio por el que se había escapado el ratón, pero la única irregularidad que se veía en el muro era una grieta casi imperceptible.

Muy pequeña para que un ratón pudiera haber escapado por ella.

Se arrodilló y examinó la línea vertical que se veía entre las dos piedras. Era una grieta común y

corriente, aunque parecía que los arañazos de *Colin* habían logrado aflojar la argamasa y ahora se veía un pequeñísimo agujero, tal vez lo suficientemente amplio para que pasara un ratón muy pequeño.

O al menos uno muy decidido.

Intrigada, Mariota deslizó un dedo a lo largo de la grieta. Ese movimiento desprendió del muro unas pocas piedrecillas que cayeron al suelo y levantaron una pequeña nube de polvo. En ese mismo instante, *Colin* estornudó con tanta fuerza que empujó a su ama contra

el muro.

Un muro que ella juraría que había cedido por efecto de su peso.

—¡Ten cuidado, pequeño! — exclamó la joven, al tiempo que se enderezaba y le dirigía una mirada recriminatoria.

Pero *Colin* no se inmutó y echó la cabeza hacia delante para olisquear los trozos de mampostería que habían caído al suelo y golpear la grieta suavemente con la pata.

No, no era una grieta, era un hueco. Un hueco que se hacía cada

vez más grande y producía un chirrido sobre la piedra. Especialmente cuando *Colin* le dio un gran empujón al muro y la pesada puerta se deslizó hacia dentro... dejando al descubierto un pasadizo secreto.

Un hueco mohoso y húmedo, habitado exclusivamente por sombras, que dejaba ver unos burdos peldaños que conducían a la oscuridad. El único indicio de vida que se veía era un par de ojos diminutos y brillantes que los observaban desde el tercer escalón;

pero incluso esos ojillos desaparecieron cuando el ratoncito soltó un chillido y desapareció en la oscuridad.

Mariota sintió que el corazón se le aceleraba y comenzó a respirar más rápido al contemplar la espiral de antiguos peldaños de piedra.

Colin ladró.

Desde algún lugar inconvenientemente cercano, se oyeron unas pisadas que anunciaban la llegada inminente de alguien.

Eran unos pasos conocidos.

Suaves y seguros... y decididamente masculinos.

—¡Ayúdame, Señor! —exclamó Mariota, mientras se raspaba las manos y se rompía las uñas tratando de arrastrar la puerta de piedra otra vez hasta su sitio.

Y enseguida, un sutil cambio en la dirección del aire alertó sus sentidos.

Era la misma agitación que siempre la invadía cuando él se acercaba y que ponía de manifiesto la futilidad de cualquier intento de resistírsele.

—Señora —dijo una voz profunda detrás de ella, justo un segundo después de que la puerta secreta encajara en su sitio con un silencioso *pum*—. Uno de mis caballeros más jóvenes me dice que posiblemente esté usted constipada.

—**N**essa, *te deseo*.

En la profundidad de la oscura noche otoñal, las palabras del capitán de la guardia flotaron en el viento frío y vibraron contra las

paredes del pequeño torreón ubicado en la parte más remota del camino de ronda del castillo.

El dulce refugio de sir Lachlan y Nessa.

Bien barrido y sin telarañas, el pequeño cuartito contaba ahora con un buen brasero, un cómodo jergón relleno de brezos, lo suficientemente ancho para dos personas, y una buena provisión de mantas escocesas suaves y calentitas.

Un refugio que los amantes visitaban con tanta frecuencia como

podían, de acuerdo con sus labores. Allí, lejos del bullicio, daban rienda suelta a su necesidad de tocarse y complacerse mutuamente.

En medio de la intimidad que les garantizaba el hecho de saber que el Guardián de Cuidrach jamás interrumpiría los ratos de placer de su hombre más leal.

Y que los demás no se atreverían.

Pues habiendo sido primero escudero de Duncan MacKenzie, el Potro Negro de Kintail, y después caballero de la fortaleza de un

amigo de éste, sir Marmaduke Strongbow, Lachlan Macrae era un hombre que inspiraba respeto.

Y también atraía el... aprecio de las mujeres.

Aunque ahora su corazón le pertenecía a una sola.

Completamente desnuda y sentada a horcajadas sobre él, su alma gemela se encontraba acariciándole la espalda; luego deslizó las manos por los hombros musculosos y le acarició los brazos y las manos hasta entrelazar sus dedos con los de él.

Nessa lo apretó con fuerza y luego soltó un suspiro, pues sabía que muy pronto no podría contener el gozo que él le proporcionaba. El solo hecho de respirar su aliento, masculino y limpio, la llenaba de ardoroso éxtasis.

Con el cuerpo en llamas, Nessa soltó las manos de sir Lachlan para volver a acariciarle la espalda, mientras disfrutaba de la suave textura de su piel y se hundía en su esencia.

Luego se estremeció, pues el deseo le producía una sensación de

hormigueo en sus partes íntimas y la anticipación del placer la invadía.

—Es bueno que me desees — dijo de manera entrecortada—, pues ¡no podría soportar que fuera de otro modo!

—Vamos, mujer, tú sabes que no sólo te deseo. Me muero por ti. Desde la primera vez que te vi — aseveró con voz ronca—. Y ni siquiera pienses en suspender lo que estás haciendo, pues, si lo haces, te juro que mañana no saldrá el sol.

—El sol siempre sale, mi señor...

¡al igual que tú! —exclamó Nessa, al tiempo que bajaba la mirada para contemplar la forma en que la luz del brasero jugueteaba sobre la piel desnuda y reluciente de su amado—. Pero no te preocupes, pues por ningún motivo me voy a detener.

¡Cómo si pudiera!

Sin embargo Nessa sí se detuvo, pero sólo el tiempo suficiente para frotar sus partes íntimas contra la sensible piel de la parte baja de la espalda de sir Lachlan, trazando lentos círculos sinuosos, de manera que él pudiera sentir el calor y la

humedad de su excitación y tuviera la certeza de que ella lo deseaba con el mismo ardor.

—No hay ningún hombre que se te compare —ronroneó Nessa, muy consciente de la humedad que comenzaba a acumularse entre sus piernas—. Yo nunca había...

—Ah, pero hoy estuviste contemplando durante un buen rato a un hombre que está bastante más dotado que la mayoría de nosotros —dijo sir Lachlan, al tiempo que se daba la vuelta y guiaba el resbaladizo calor

femenino hacia la dureza ardiente de su virilidad—. ¿Acaso lo que viste no te excitó?

Él la excitaba; su propia virilidad, tan imponente y preciosa, era capaz de despertar deliciosas oleadas de deseo en cualquier mujer que apreciara los placeres que podía encender la destreza de un buen amante.

—Estoy esperando una respuesta —dijo sir Lachlan, mientras movía las caderas de manera que su miembro se frotaba cada vez más íntimamente contra la

humedad de Nessa—. El muchacho nos contó lo que sucedió, con detalles.

Nessa se humedeció los labios, pues la forma en que él se estaba moviendo debajo de ella la dejaba casi sin aliento.

—La verdad es que lo vimos... y sí, su miembro es de... gran tamaño —admitió y sintió una nueva clase de calor que le abrasó las mejillas—. Pero no, no me excitó. En realidad les doy gracias a los santos porque, afortunadamente, yo no tengo que obtener mi placer de esa

manera.

—Jamie ya no tendrá que pasar por eso otra vez, por lo menos durante un tiempo —dijo sir Lachlan, mientras deslizaba una mano entre ellos para enroscar sus dedos entre los húmedos rizos de Nessa—. No muy lejos de aquí vive una seductora viuda y Kenneth le ha ordenado al muchacho que le haga una visita —agregó, mientras jugueteaba con el vello púbico de Nessa.

Nessa levantó una ceja.

—¿Y qué hay de ti?

—¿Yo? —preguntó sir Lachlan con asombro—. ¿Acaso no te das cuenta de que estoy muy satisfecho con lo que tengo... aquí? —dijo, al tiempo que deslizaba una mano más adentro de las piernas de Nessa y comenzaba a acariciarla—. ¡Como espero que también lo estés tú! —añadió y la tocó en un lugar especialmente sensible—. Ni un millar de mujeres de vida alegre podrían alejarme.

—¿De mí? —insistió Nessa.

—Sí, de ti... la más dulce y deliciosa mujer que he tenido el

placer de conocer —juró con voz solemne.

Nessa suspiró y abrió las piernas unos milímetros más.

Oleadas de intenso placer se desprendían del lugar que él le estaba acariciando con total concentración y rápidamente los suspiros se convirtieron en gemidos y todo el cuerpo de Nessa comenzó a temblar de éxtasis. Pero incluso en medio del aturdimiento de la excitación, las palabras de sir Lachlan se quedaron rondando en su cabeza, suspendidas en el borde

del placer.

Mujeres de vida alegre.

La muchacha se aferró a esas palabras, pero no porque temiera por su apuesto caballero, sino por otro igualmente apuesto, e incluso un poco más.

¡Un caballero que ella esperaba que pronto estuviera con su señora!

—Lachlan —dijo con una voz remota, mientras luchaba por hablar en medio del placer que le nublaban los sentidos—. Esa mujer de vida alegre que va a visitar Jamie, ¿también recibe visitas de sir

Kenneth?

Nessa se puso roja como un tomate, pero tenía que saberlo.

Por el bien de su señora.

En especial, porque sospechaba que la traición de Hugh Alesone con Elizabeth Paterson todavía era un dolor que laceraba el corazón de Mariota, un recuerdo que echaba a perder su buen juicio y no la dejaba confiar en un buen hombre.

Por lo menos ¡en un hombre que Nessa creía que era bueno!

Y aparentemente lo era, pues Lachlan lanzó un bufido y sus ojos

brillaron como si algo le hiciera mucha gracia.

—¿Kenneth calmando sus deseos con una mujerzuela? — preguntó, al tiempo que levantaba la cabeza de entre las piernas de Nessa y soltaba un resoplido tan ardiente como el calor que ella sentía allá abajo—. Vamos, la mujer que va a visitar Jamie no es una mujer de vida alegre, es una viuda —le explicó, mientras acariciaba con el dedo los pliegues de sus labios íntimos—. Está muy sola, sí, y de vez en cuando agradece los

favores de un hombre. Pero Kenneth no tiene ningún interés en probar ninguno de sus encantos — dijo y cerró su frase con un beso exactamente ahí, donde la había acariciado con el dedo—. Él jamás la visitaría si no fuera una mujer honrada. Preferiría cortarse antes una extremidad, que poner una mano encima de una... mujer sin honor.

Nessa parpadeó y sintió un molesto escalofrío que la recorrió de arriba abajo.

—¿Una mujer sin honor?

Lachlan asintió con la cabeza, mientras observaba fijamente el vértice de su feminidad y retomaba su exploración con el dedo.

—No tienes por qué preocuparte, preciosa —dijo y la pasión le vibraba en la voz—. Lo conozco bien y tiene ideas raras respecto a las mujeres, sólo duerme con viudas.

—¿Y entonces por qué no visita a esa mujer si es viuda?

Lachlan la miró y respiró apasionadamente sobre la carne temblorosa de su amante.

—Porque él quiere a tu viuda —
contestó, con la mirada clavada en
la de ella.

—¿A lady Mariota?

Lachlan asintió.

—A la misma. Por ella ha dejado
de interesarse en cualquier otra,
aunque todavía no es capaz de
admitirlo —observó, mientras la
lamía—. Dios, la otra noche lo oí
diciéndole que piensa conseguirle
un esposo. Si así es, a mí no me ha
dicho nada.

Nessa abrió los ojos al oír eso,
pero tenía otras preocupaciones

más graves.

Unas que no tenía autorización de compartir.

—Pero ¿por qué sólo duerme con viudas? ¿Por qué evita a las otras mujeres?

—No es que evite a otras mujeres, sino al espectro de una. Es una larga historia —dijo, mientras volvía a besarla—. Te la contaré, pero después de haber satisfecho mi deseo, no antes.

—Pero...

—Ningún pero, milady, sólo placer.

Y dicho esto, volvió a mirar el sensual festín que tenía frente a él y reanudó sus... atenciones.



Capítulo 9

—¿Constipada?

Mariota se volvió y respiró profundamente, con el corazón en la garganta, pero sólo se quedó mirándolo, pues la culpa no la dejaba hablar.

—Eso he dicho, milady — respondió el Guardián de Cuidrach, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mirada escrutadora.

La intensidad de este hombre llenaba la habitación y Mariota

sentía que se derretía.

—Sí, constipada —repitió Kenneth, mientras la miraba a los ojos de manera penetrante—. Ha oído usted bien.

—Pero... no entiendo.

Lo miró con genuina confusión, mientras trataba de combatir la forma en que la voz profunda de Kenneth se deslizaba por todo su ser, envolviéndola con su sensualidad y dejándola casi sin aliento.

Y ni siquiera había entrado en la habitación.

Estaba de pie en el umbral, audaz como la noche, misterioso y magnífico, y su provocativa presencia lo dominaba todo.

Perturbándola y... excitándola.

—Ay, vamos, mujer, ¿qué es tan difícil de entender? —respondió Kenneth, al tiempo que ladeaba la cabeza y entornaba levemente los ojos—. ¿Me va a decir que nunca ha oído la palabra constipada?

En ese momento salió de entre las sombras y tenía una extraña luz en sus ojos y un esbozo de sonrisa en los labios.

—Una persona constipada...
estornuda.

—¡Ay! —Mariota abrió los ojos de par en par, pues finalmente había comprendido.

—Sí, milady, las vieron —dijo Kenneth, al tiempo que se acercaba y sonreía, como si la situación le hiciera gracia—. Las vieron y las oyeron.

Mariota tenía la boca seca y el corazón comprimido por la vergüenza.

—No fuimos al tanque de piedra con mala intención, lo juro

—dijo de manera entrecortada, pues no tenía sentido mentir.

Tampoco tenía sentido contarle que había sido Nessa la que había estornudado. Aunque estaba considerando esconder ortigas bien punzantes en cierto jergón, si su amiga volvía a estornudar de manera tan inoportuna.

Aunque el corazón le latía apresuradamente, Mariota levantó la barbilla.

—Sólo queríamos bañarnos —añadió y trató de no mirarlo a los ojos y hacer caso omiso del

remolino que sentía en el estómago —. Si le parece prudente, las dos nos disculparemos con el muchacho.

—Ah, no, eso no sería conveniente —respondió Kenneth, mientras negaba con la cabeza y sonreía de manera totalmente encantadora—. Algunas cosas es mejor dejarlas como están. Creo que a Jamie no le gustaría que le recordaran su... situación.

¿Y qué había de la situación de ella?

Las palabras de Kenneth le

recordaron las veces que se lo había imaginado a él en ese estado y lo que podría haber pasado.

—Como desee —contestó Mariota, segura de que tenía el rostro encendido—. Como le he contado, tengo hermanos y sé que los hombres jóvenes sufren de ese tipo de... padecimientos.

—¿Sólo los hombres jóvenes? —dijo Kenneth, al tiempo que arqueaba una ceja y comenzaba a acariciarle la curva de la barbilla y los labios con un dedo—. En su condición de viuda, usted debería

saber que todos los hombres tienen esas necesidades.

Mariota pasó saliva, pues la mención de su supuesta viudez la dejó muda y el hecho de tenerlo tan cerca, deslizándole un dedo por los labios, hacía que sus propias necesidades comenzaran a palpar.

Pero con el deseo también llegó la sensatez y tuvo suficiente fuerza para alejarse un poco y respirar profundamente.

—¿Acaso ha venido a hablar conmigo sólo para decirme que sabe que fui testigo de los

padecimientos de Jamie, o hay alguna otra razón? —preguntó Mariota, con una voz que sonó más inquisitiva de lo que quería—. Tal vez quería contarme que ya le ha enviado un mensaje a ese paladín de nombre Strongbow.

Para su sorpresa, algo brilló en los ojos de Kenneth, algo parecido al dolor.

O a la culpa.

—Sí, debemos hablar de él. Pero no se preocupe, él puede esperar —dijo y la miró con unos ojos misteriosos, de los cuales había

desaparecido todo rastro de humor, que se deslizaban desde la boca hasta los senos de Mariota.

—Parece que tuviera usted fiebre —dijo, mientras la observaba—. Tal vez sería mejor que atendiéramos sus padecimientos antes de que hablemos de mi... amigo.

—¿Mis padecimientos? —la joven abrió los ojos todavía más, al tiempo que se olvidaba de todo, excepto de las suaves ráfagas de placer que la recorrían de arriba abajo.

Pero él sólo levantó las manos y le mostró una botella de cuero y una pequeña copa de plata.

—*Uisge-beatba* —le informó y volvió a sonreír—. El más fino licor de las montañas escocesas y una cura segura para cualquier cosa que la esté perturbando. ¡Constipado... o lo que sea!

—Sé lo que es el *uisge-beatba* —dijo, al tiempo que la culpa la hacía adoptar una actitud defensiva—. Y nada me perturba. Esta noche no.

Esto último, por lo menos, no era mentira.

La verdad era que se había sentido perturbada —no, mejor, consumida— desde la primera noche en que él entró en su vida.

—Lo cierto es que me encuentro bastante bien. —Sonrió, en un vano esfuerzo de que pareciera cierto.

—¿De verdad? —preguntó Kenneth y la miró como si pudiera ver dentro de ella... y leer sus pensamientos.

Tal vez la había visto y sabía que había estado fisgoneando en la despensa, explorando pasadizos secretos que, por derecho, le

pertenecían a él.

Mariota se avergonzó al pensar en esa posibilidad y por eso se alejó de la ranura del muro. La grieta le parecía ahora mucho más visible y sentía que el polvo de las piedras todavía rondaba en el aire.

Si él supiera que ella había metido su nariz donde no debía, que había estado hurgando los secretos de su fortaleza, la enviaría sin demora a los brazos de sir Duncan Strongbow.

Por eso mantuvo silencio y suplicó al cielo que no se diera

cuenta.

Tampoco podía darse cuenta de los raspones que tenía en las manos, ni de las uñas partidas, pues eran evidencia del descubrimiento que había hecho.

Inspiró profundamente y espiró, pues no estaba segura de por qué no quería que él lo supiera. Pero la sola idea de contárselo hacía que le pesara la lengua. Peor aún, se imaginaba que unos dedos retorcidos le sellaban los labios.

Y le advertían que tuviera cuidado.

Al pensar en su temeridad, Mariota sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal y tuvo que tomar aire varias veces para recuperar la compostura.

Sin embargo eso era difícil, pues Kenneth se acercaba cada vez más, con una elegancia fluida que recordaba los movimientos de un depredador frente a su presa.

—Ya sea que se sienta usted bien o no —dijo, mientras se detenía a menos de una cuarta de distancia—, le pido que beba un sorbo de whisky. En realidad,

insisto.

—No tomo licor con frecuencia —dijo Mariota, pues conocía muy bien el poder del licor y la capacidad casi instantánea de hacer desaparecer las inhibiciones.

Y sus ya menguadas defensas.

—No, creo que no debo —volvió a decir, intentando imprimir a sus palabras un tono enérgico, y negó con la cabeza.

—Ah, pero esta noche tendrá que hacer una excepción, por mí —dijo Kenneth, impávido, y le obsequió otra de esas sonrisas

misteriosas que le hacían sentir mariposas en el estómago.

Como si conociera el efecto que tenía sobre ella, Kenneth le quitó el corcho a la botella y le sirvió una cantidad bastante generosa en la pequeña copa de plata.

—Sí, vamos, unos cuantos sorbos te harán bien. ¡Sólo existe un placer que produce un calor más dulce que el alcohol escocés!

—¿Y cuál es ese placer? — preguntó Mariota, impulsada por algún pequeño demonio.

Para sorpresa de ella, Kenneth

se rió. Con una risa agradable y sonora, que envolvió el corazón de la joven y la ablandó y la entusiasmó de una manera que ni un barril completo de whisky habría podido lograr.

Mientras lo miraba, Mariota sintió que su corazón se abría, dispuesto a darle la bienvenida al calor de Kenneth, pero en ese momento él volvió a ponerse serio. Sus ojos negros reflejaban cautela.

—Si tienes que preguntar a qué placer me refiero, entonces creo que tu difunto esposo no debió de

ser demasiado... bueno contigo.

—Mi difunto... —comenzó a decir Mariota, pero luego parpadeó y se detuvo a tiempo.

Aguijoneada por la culpa, le dio una mirada larga al líquido aparentemente inocente que había en la copa. Tenía el pulso agitado, el corazón le latía apresuradamente y se sentía atraída por la promesa del calor seductor de la bebida, que la impulsaba a... disfrutar.

A olvidar a los esposos inexistentes, a la familia que extrañaba y a los pretendientes de

los cuales no quería oír hablar. ¡Qué maravilloso sería pretender que todo estaba bien en su mundo, aunque fuera por una sola y dulce velada!

Pero la verdad era que el solo vapor del licor le hacía arder los ojos y la garganta, ¡y perder el aliento!

—Toma, mujer —le dijo, poniéndole la copa en la mano—. Bebe.

—No debería...

—El whisky te ayudará con... el constipado —le dijo Kenneth, al

tiempo que cerraba sus dedos sobre los de ella y le llevaba la copa a los labios.

Mariota volvió a parpadear y arrugó la nariz, mientras el líquido le bajaba por la garganta y sentía el placer de su abrasadora suavidad.

Era un fuego dulce y caliente, que se fue extendiendo por todo su cuerpo, calentándole las mejillas y todas las demás partes dentro y fuera de su ser. Y, tal y como sabía que sucedería, el suelo que tenía bajo sus pies comenzó a moverse, acabando con el resto de su

resistencia...

- desvaneciendo las razones por las cuales sabía que él no debía tocarla...
- recordándole las razones por las cuales ella deseaba tocarlo.

Mientras combatía el miedo de que sus deseos fueran demasiado evidentes, se restregó los labios con los dedos... y se le olvidó por completo que tenía que esconder las uñas.

Kenneth notó enseguida el

estado de sus manos y puso la copa de whisky a un lado, al tiempo que levantaba la mano de Mariota a la luz de la antorcha.

Puso cara de sorpresa mientras le examinaba las palmas llenas de rasguños y las uñas rotas.

—¡Por todos los santos! ¿Qué te ha sucedido, mujer? —preguntó, con el ceño fruncido.

Parecía molesto por no haberse dado cuenta antes.

La rabia lo inundaba por haber permitido que sus propias dudas y recelos lo condujeran hasta ella con

una botella de licor en la mano, en lugar de acercársele con palabras suaves y consoladoras, ¡que habrían sido mucho mejores!

—Pero, mujer, tienes las palmas de las manos llenas de heridas y las uñas destrozadas —dijo, mientras deseaba poseer habilidades para curarla, o algún unguento para mitigarle el dolor.

Pues ésa era otra carencia de Cuidrach, aún no había tenido tiempo de organizar las medicinas que le había dado la esposa de su tío y, por desgracia, él no sabía

curar heridas ni qué hacer en caso de que alguien enfermara.

—Estaba tratando de abrir uno de los barriles —mintió Mariota con voz trémula—. Pero las heridas no son graves, sólo son cortes. Me los curaré luego, pues arriba tengo bálsamo y una cesta de musgo esfagnáceo.

Kenneth no dijo nada.

Sabía que ella estaba mintiendo.

Los barriles de vino estaban tal y como los habían dejado él y sus hombres el día que llegaron, no habían sido movidos. Y, por si

albergaba alguna duda, la fina capa de polvo que se veía sobre los barriles, sin huellas de dedos femeninos, respaldaba el hecho de que Mariota estaba mintiendo.

Pero en ese momento no le importaba cómo se había lastimado las manos; la verdad podía esperar.

Esa noche él necesitaba utilizar todas las habilidades que poseía para abordar un asunto mucho más urgente.

Un asunto distinto del increíble deseo que sentía de tocarla y probarla, de abrazarla, llevarla

hasta la cama y hundirse simplemente dentro de ella. De olvidar sus preocupaciones en la dulce maravilla que era esa mujer.

Y hacerla suya. Pero semejante tontería no era buena idea... todavía.

Sin embargo, una pequeñísima... muestra de lo que podía llegar a ser su relación si ellos lo permitían les proporcionaría, sin duda, gran satisfacción a ambos.

¡Y si los santos se apiadaban de él, ella estaría de acuerdo!

Con esa decisión en mente, Kenneth le agarró la mano rápida pero gentilmente. Tenía todo el cuerpo tirante de deseo y escasamente podía pensar y mucho menos recordar las palabras que llevaba días ensayando desde que salió de la casita de la viuda.

El destino parecía haber cerrado su mano de hierro sobre él y, ahora que reconocía que sólo le interesaba una mujer, no tenía otra opción que hacerla suya.

Aunque tuviera que pasar por encima de su honor para hacerlo.

Inventarse un supuesto pretendiente, con el fin de retenerla en el castillo hasta que pudiera convencerla, a ella y a su padre, de que él era el único hombre para ella.

Un esposo respetable.

Así que, por ahora, lo único que podría tener serían... muestras.

Muestras que saborearía hasta lo último y atesoraría en el fondo del corazón para que le dieran consuelo y abrigo en caso de que su plan fallara.

Mientras apartaba ese

pensamiento de su mente, Kenneth se llevó la mano de Mariota a los labios y le besó la palma lastimada.

—Señora —comenzó a decir con una voz ronca, más áspera de lo que deseaba—, prometo asegurarme de que todas las noches, apenas oscurezca, te lleven una jarra de vino a tu habitación. O más, si lo deseas. Pero nunca más vuelvas a lastimarte las manos de esta manera.

Kenneth besó la piel suave de la parte interior de las muñecas de Mariota y la miró a los ojos.

—Tienes que prometérmelo.

Ella también lo miró, un poco sonrojada.

—Te aseguro que tengo necesidades que el vino no puede saciar, señor —le dijo, de una manera tan suave que las palabras habrían podido confundirse con el murmullo del viento—. Pero el vino será bienvenido, sí —añadió, con ojos luminosos, que parecían estanques verdes a la luz de las antorchas—. Te doy las gracias —concluyó.

Esas últimas palabras fueron

como un bálsamo para el alma de Kenneth, en tanto que el timbre bajo y profundo de su voz le produjo una oleada de calor en las entrañas.

—Por el vino —añadió—, y por pensar en mi bienestar.

Kenneth estuvo a punto de ahogarse.

Su bienestar.

Mariota pensaría otra cosa si supiera la cantidad de noches que él había pasado sin dormir, tratando de idear la manera de complacer a cierto señor del norte

que ella supuestamente no quería volver a ver.

Tratando de encontrar maneras de hacer que ese hombre volviera a aceptar a su hija, si es que en realidad había un abismo entre los dos.

Y, también, maneras de sortear el dolor de perderla, si ella descubría su plan antes de tiempo y abandonaba Cuidrach o, peor aún, si se quedaba pero finalmente decidía rechazarlo.

No como amante pasajero, sino como compañero de su vida.

Como esposo.

—No es necesario que me lo agradezcas —dijo Kenneth finalmente, con una voz áspera, muy distinta del tono suave y ensoñador de ella.

Esas palabras cayeron entre los dos como piedras en un estanque quieto.

Kenneth inspiró profundamente y espiró con lentitud. No se encontraba bien y sentía auténtico terror cada vez que pensaba en la tarea que tenía que llevar a cabo.

—Mira —empezó a decir,

escogiendo las palabras con cuidado—, ya que declinaste mi oferta de llevarte sana y salva a la casa de tu padre, y ahora yo...

—Ah, ya veo —dijo Mariota con un tono más brusco—. Todavía quieres deshacerte de mí y enviarme a otra parte, ¿cierto?

—No... quiero decir, sí— tartamudeó Kenneth; sentía la garganta en llamas—. Lo que quiero es que estés segura. ¡Y, sí, para siempre!

Como mi esposa, si me aceptas, rugió su corazón.

—Cuidrach todavía no es un lugar seguro —intentó de nuevo, sorprendido de poder hablar de manera tan ligera—. Las murallas están llenas de agujeros y la barbacana está tan deteriorada que es casi imposible de reparar. Pero hay...

—Pero hay ¿qué? ¿Lugares más seguros? —dijo Mariota y los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas—. No estarás pensando en enviarme a un convento —dijo, al tiempo que retrocedía—. ¡Antes preferiría caminar desnuda hasta

Glasgow y hacerme cargo del negocio de arenques de Nessa!

—Vamos, preciosa, estás en un error —le dijo Kenneth, mientras pensaba que por lo menos eso sí era verdad.

Lo que estaba a punto de hacer era sellar la única manera de retenerla que le parecía factible, su intención no era condenarla a una vida de pan y agua, piedad y penitencia.

—¿Me has llamado preciosa? —preguntó Mariota, mientras lo miraba con cara de pocos amigos—.

Si te parezco tan... deliciosa, entonces deberías saber que, en un confinamiento así, sólo me marchitaría y moriría.

Kenneth contuvo una maldición y se pasó una mano por el pelo.

¡Claro que le parecía deliciosa!

Tan tentadora, ¡que todo su cuerpo la deseaba!

Mariota levantó las manos como si quisiera resguardarse de él.

—De verdad que no me puedo imaginar peor suerte. Una mujer se hizo para... otras cosas. Yo...

—Claro que no eres el tipo de

mujer para sepultar debajo de un velo o encerrar detrás de los muros de un claustro —dijo Kenneth, al tiempo que la agarraba de los hombros y la miraba a los ojos—. Semejante idea jamás ha cruzado por mi mente, eso no era lo que iba a decir.

Mariota se soltó y se retiró un mechón de cabello de la frente.

—Entonces, ¿qué era lo que querías decir?

Kenneth se estremeció, pero muy adentro, donde ella no podía verlo, donde no podía descubrir

que estaba a punto de mentir... o, por lo menos, de disfrazar la verdad para que sirviera a sus propósitos.

Sin embargo él lo sabía y eso lo hacía sufrir.

Aunque sus intenciones fueran buenas.

Kenneth inspiró profundamente y apresuró las palabras:

—Lo que quiero decir es que aunque Cuidrach no está todavía totalmente restaurado, algunos incluso dirían que está medio en ruinas, hay peligros mayores fuera de estos muros —dijo e hizo una

pausa para tomar aire—. Y como se aproxima el invierno, quisiera que te quedaras aquí y disfrutaras de la protección que te puedo brindar hasta la primavera.

Mariota se puso las manos en las caderas y ladeó la cabeza.

—¿Y qué pasará en primavera?

—Para ese momento ya habré hecho arreglos para conseguirte un esposo que te merezca —dijo. «Y, con suerte, habré encontrado una manera de convencerte a ti y a tu padre de que ese personaje soy yo», añadió el corazón de Kenneth.

—¿Y si no me quiero casar? — preguntó Mariota.

«Si tengo una sola gota de sangre MacKenzie, antes de que el primer deshielo toque las montañas, desearás casarte», pensó Kenneth con determinación.

—Todas las mujeres desean casarse. Así son las cosas —dijo—. Tú, como viuda, deberías saberlo. No imaginaba que la idea de otro esposo te molestara tanto.

—Pues estabas equivocado — refutó Mariota, con chispas en los ojos.

Era un destello de angustia o de rabia, que rápidamente fue reemplazado por un cierto brillo... y Kenneth deseó que no fueran lágrimas.

—No todas las mujeres que desean algo tienen la fortuna de que se cumplan sus deseos y sus sueños —dijo Mariota, al tiempo que se pasaba una mano por la mejilla—. ¿Acaso no lo sabías? ¿No sabes que algunas mujeres creen que han alcanzado sus sueños, pero luego sólo se encuentran con la traición? ¿O que a veces quedan

manchadas por la deshonra, cuando todo lo que desearon fue contar con el amor de un hombre? ¿Tener su corazón... sólo para ellas?

Kenneth se puso rígido, pues sintió que algo oscuro y frío se removía en el rincón más profundo y privado de su corazón. Algo que lo aguijoneaba de manera implacable para recordarle su existencia... y los peligros que podían acecharlo.

El pasado.

Mientras deseaba que la pasión que emanaba de ella pudiera

inundarlo y borrar el frío y el dolor que se acumulaban dentro de su ser, Kenneth se aclaró la garganta.

Ojalá la pasión de Mariota también pudiera borrar su temor a no ser lo suficientemente bueno.

A no estar a la altura del nombre que llevaba ahora, del nuevo título que ostentaba con tanto orgullo.

Pero Mariota sólo se quedó mirándolo, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

Kenneth frunció el ceño.

—Ay, mujer, conozco el dolor

del amor imprudente —admitió, con el ánimo ensombrecido—. No creas que no he experimentado ese tipo de cosas. Sí las he vivido, y mi deseo es que, a su debido tiempo, tú estés contenta con los... arreglos que haga para ti y que incluso encuentres nuevamente el amor.

—¿Amor? —Mariota lo miró con un cinismo que lo sorprendió. Luego dio media vuelta y se dirigió a los barriles de vino, para servirse una buena cantidad de whisky, el cual se bebió en un abrir y cerrar de ojos.

De espaldas a Kenneth, Mariota tosió y se estremeció, mientras que el fuego del licor la invadía por completo.

Pero cuando volvió a dar media vuelta, se había repuesto y era nuevamente capaz de representar su papel de digna hija de un guerrero.

A decir verdad, la bella y orgullosa hija de cientos de guerreros, cuya valentía aparecía reflejada en cada milímetro de su cuerpo.

Kenneth sintió que casi podía

ver el acero reluciendo en su espina dorsal, sentir la sutil determinación de su voluntad de hierro, el orgullo indeleble de generaciones de sangre escocesa pura y genuina.

La mejor sangre escocesa, proveniente de grandes líderes que lucían sus títulos y atavíos con arrogancia y orgullo, hombres increíblemente valientes que no le temían a nada, pero cuyos corazones podían llorar con la belleza de un atardecer escocés.

Con la intensidad de las sombras azules que se

arremolinaban a la orilla de una laguna escocesa, en un atardecer invernal.

Esos grandiosos hombres habían moldeado a Mariota y, desde el primer momento en que él posó sus ojos en la esbelta figura de la muchacha, recortada en la ventana de la torre, Kenneth debería haber reconocido que estaba perdido.

Los santos sabían que sí lo presintió.

Así como sentía también algo ahora.

Una inconfundible agitación,

una tensión que palpitaba con intensidad, una turbulencia de pasión que le recorría todo el cuerpo, robándole el frío al aire y borrando las sombras de los rincones, que se llenaban de luces temblorosas.

Y de esperanza.

De claridad.

Kenneth sintió que el corazón le empezaba a latir apresuradamente.

Mariota se arregló las faldas y se sacudió el polvo de las manos.

—El hombre que amé está muerto —dijo de manera tajante—.

Él era mi vida ¿sabes? El aire que necesitaba para respirar, el calor del sol de todos mis días. Y, sí, la felicidad de todas mis noches. Su nombre era Hugh Alesone, su título era Bastardo de Drumodyn.

Mariota hizo una pausa y en sus ojos brilló un destello de vulnerabilidad, que contradecía su aparente calma. Tenía la espalda erguida y la barbilla levantada.

—No tengo ninguna intención de volver a amar y perder a otro hombre.

—¿Pero aceptarías el consuelo

de otro? —preguntó Kenneth, al tiempo que se acercaba, impulsado por la seductora calidez de la muchacha, sintiéndose casi arrastrado hacia ella por la extraña vibración del aire.

Por su deseo de borrar el tinte de tristeza que había detrás de las palabras de Mariota.

Ella buscó los ojos de Kenneth y respiró temblorosa.

—¿Acaso me estás ofreciendo ese consuelo, Kenneth de Cuidrach?

—Sí.

—¿Y es posible que ese... consuelo sea algo más que jarras de vino y una cama lujosa? ¿Finas viandas y un buen fuego todas las noches?

Kenneth soltó la respiración suavemente.

—Sí, es algo más que eso — admitió.

Esas palabras eran el primer paso hacia la meta.

Mariota se acercó, le puso una mano en el pecho y enroscó los dedos alrededor de la capa.

—¿Y por cuánto tiempo estás

ofreciéndome dicho... alivio?

Kenneth tragó saliva y sacó fuerzas de la esperanza que empezaba a arderle en el corazón.

—Sólo por ahora, milady, mientras estés bajo mi techo —se obligó a decir y sintió que las tripas se le comprimían al pronunciar esas palabras.

Pero la pasión que tenía en su corazón lo iluminaba y le daba calor. Todo el tiempo que ella estuviera cerca sería una ganancia para él.

Como si estuviera de acuerdo,

Mariota lo miró con una sonrisa trémula... y se llevó la mano al broche de plata nórdico que tenía en el hombro.

—Entonces, que sea así—dijo, al tiempo que abría el broche y dejaba que la túnica cayera al suelo. —Bríndame el consuelo que me ofreces, pues hace mucho tiempo que me siento vacía y sola.

—No te arrepentirás, mujer —dijo Kenneth y las palabras le salieron desde lo más profundo del alma—. Eso te lo juro.

Luego la atrajo hacia él y el

cuerpo de Mariota se derritió contra el de Kenneth, sin oponer ninguna resistencia.

Lo abrazó, deslizó las manos por su nuca y le acarició el cabello, al tiempo que lo invitaba a acercarse más. Sus labios se encontraron y se fundieron en un beso apasionado y devorador que derrumbó los muros de la pequeña habitación y los dejó solos en un mundo propio, del cual emanaba dicha pura.

Lleno de alegría y sensación de triunfo, Kenneth tomó la cara de

Mariota entre sus manos y le ladeó la cabeza para darle un beso aún más profundo, al tiempo que inclinaba su boca sobre la de ella y hundía allí su lengua. Embriagado por la tibieza y el sabor de los labios y la piel de Mariota, Kenneth tomó posesión de ella, al mismo tiempo que la exuberante feminidad de la mujer se agitaba frenéticamente contra él y la pasión de sus caderas parecía consumirlo.

A pesar del rugido que sentía dentro de sí, Kenneth alcanzó a oír los profundos gemidos de Mariota,

que abría más los labios para recibir el sensual jugueteo de la lengua de Kenneth. Un juego erótico de doble vía, en el que uno y otro replicaban los sinuosos movimientos de sus lenguas, mientras que él comenzaba a cumplir la promesa de aliviar la soledad de Mariota, al tiempo que satisfacía sus propios deseos, en un torbellino de lenguas, alientos, suspiros y ansias saciadas.

Era una dicha que él había deseado desde hacía mucho tiempo y no le parecía justo experimentarla

en un frío suelo de piedra, que olía a humedad, y ante la mirada de un perro anciano de ojos astutos.

La mirada fija del perro le dio el impulso necesario para suspender el beso.

Con el corazón retumbándole en el pecho, Kenneth apoyó su frente sobre la de ella, mientras trataba de regularizar su respiración.

—Señora —dijo con voz profunda y urgente—, si quieres disfrutar plenamente del consuelo prometido, juraría que tu

habitación es más apropiada para nuestras necesidades.

En respuesta, Mariota lo agarró de la mano y entrelazó los dedos con los suyos, para deleite de Kenneth.

—Señor, he oído que no has disfrutado ni una sola noche en tu cama. ¿No crees que ya es hora de que lo hagas? —le dijo, mientras lo arrastraba hacia la puerta.

Y así era, Kenneth lo sabía, y la expectativa de lo que lo esperaba hacía que se le derritieran las rodillas.

Pero antes de pasar por encima del sabueso inmóvil y desparramado sobre el suelo, Kenneth le lanzó un último vistazo a la pequeña despensa, mientras se preguntaba cómo era posible que una habitación tan humilde pudiera haber dado lugar a tanta gloria.

Decidido a retener la felicidad que sentía, sonrió mientras conducía a su dama a las escaleras que finalmente los llevarían hasta la habitación.

La vida en Cuidrach era

estupenda.

Y en primavera sería todavía mejor.

Pero la vida no era tan espléndida en toda Escocia.

En realidad, había lugares donde las montañas lloraban.

En uno de esos lugares, a varias leguas de Cuidrach, y a una hora en que cualquier patriarca escocés, viejo y enfermo, debía estar arropado en la cama, con una joven rolliza calentándolo a su lado,

Archibald Macnicol estaba de pie, en el camino de ronda del castillo Dunach, mirando con ferocidad hacia las lejanas costas e islotes, con los puños cerrados de rabia, mientras que el enojo que latía en sus sienes empeoraba su ya negro estado de ánimo.

Su nombre todavía era muy respetado en el norte de Escocia, aunque posiblemente ya no era un hombre tan poderoso. Los quebrantos de salud no habían menguado su impresionante estatura, aunque ahora caminaba

un poco encorvado y se demoraba más tiempo cruzando el enorme patio de armas del castillo que una mujer anciana y jorobada que tuviera el doble de su edad.

En sus años de juventud había sido fuerte y robusto, y los hombros que sostenían su capa todavía eran envidiablemente anchos; y aunque la cabellera rojiza lucía ahora más bien gris, seguía siendo abundante, lo cual apreciaba tanto como la espesura de su barba rizada.

Lo que no apreciaba era que su

hijo mediano, Donald, insistiera en fastidiarlo.

Era uno de los pocos hijos que le quedaban.

Infortunadamente, Donald también era el más irritante.

—¡Ay, por todos los santos! ¿Qué es esto? —rezongó Archibaldo, sin mirar a su hijo, con los ojos fijos en el segmento de playa que quedaba debajo de las murallas del castillo—. ¿Acaso has olvidado que soy un hombre viejo? —dijo chasqueando la lengua, sin apartar la vista de las grandes olas

del mar del Norte que se rompían en la playa.

Una playa que, justo ahora, brillaba con un tenue color plata, pero que una vez llegara la mañana, ardería como oro bruñido iluminado por el sol.

Con un color semejante al resplandeciente cabello de ella.

La única razón por la que Archibald Macnicol había acometido el difícil trayecto hasta el camino de ronda, a semejantes horas impías.

¡Como si Donald no lo supiera!

—Desde siempre, hemos protegido a los nuestros —insistió Donald—. Hemos defendido nuestro honor. Podríamos seguir...

—Sí, podríamos —rugió Archibald y se volvió a mirar a su hijo con el ceño fruncido.

Un ceño que se hizo más profundo porque, de todos sus hijos, éste era el que más se le parecía.

Habían pasado muchos años y todavía sentía un gran dolor al pensar en los hijos que había perdido.

Apuntó a Donald con un dedo y se lo enterró en el pecho.

—¡Ja, muchacho! ¡Claro que sí! Y podríamos cazar a los cuervos de negro corazón que se atrevieron a venir a nuestra puerta acusando a un Macnicol de asesinato —gruñó—. O mejor, podríais hacerlo tú y tus hermanos, con un grupo de hombres. Sin mí. Sabes que últimamente no estoy muy bien de salud —añadió, resollando y con una mano en el pecho.

Sin embargo, sólo mantuvo ese gesto con la intención de ver un

destello de preocupación en el apuesto rostro de su hijo. Pero al ver que éste no se producía, le dio una palmada al parapeto almenado y apoyó los puños contra las caderas.

—¡Que los santos tengan misericordia! —bramó. Estaba furioso y no se preocupaba por bajar la voz. En realidad, tenía la esperanza de que el viento arrastrara su furia a todo lo largo y ancho de Escocia.

Esperaba que todas las montañas se estremecieran con su

cólera.

—Sí, podríamos hacerlo — repitió, casi gritando—. Pero se te olvida una cosa. ¡Esa muchacha ya no es una Macnicol! Renegó de nuestra noble sangre el día que me dio la espalda en favor de ese cobarde, ¡a pesar de que cada hombre, mujer y niño bajo este techo le advirtieron que no lo hiciera!

—Pero...

—No te atrevas a contradecirme, muchacho. Tú estabas ahí, lo viste todo —dijo, mientras sentía una

corriente de bilis ardiente que le subía hasta la garganta. Luego tosió y se puso la mano cerrada sobre el pecho hasta que el espasmo cedió —. Su vergüenza nos pesa a todos los del clan y si ella fue quien le enterró la daga en el corazón de ese bastardo, pues ¡me alegro de que lo hiciera! Me alegro de que haya desaparecido ese hombre y de que se haya llevado consigo todas sus falsas pretensiones de tener nobles antepasados. Y en cuanto a ella... sólo ha recogido lo que sembró.

Sin embargo, en lugar de

compartir la rabia de su padre, el rostro de Donald se ensombreció al pensar en su hermana.

—Es tu única hija —dijo, moviendo la mano debajo de la capa, como si algo le picara—. Y sigue siendo mi hermana. Todavía la quiero, a pesar de que tú ya no la quieras. Y no permitiré que manchen su honor, o que la aten y luego la lancen al monstruo de la laguna de Assynt, si es que esos cobardes logran atraparla.

—¡Ja! El caballo de agua la escupirá si es que sabe... —

Archibald interrumpió la frase, al ver la enorme hacha que Donald había sacado de debajo de la capa.

El hacha de guerra de Archibald.

Una pieza de armamento que debería estar colgada en un muro del gran salón, encima del sillón de Archibald, donde había permanecido intacta desde hacía más de una década, desde la última vez que él la empuñó en batalla.

Sólo Donald se atrevería a ponerle un dedo encima.

—¡Por la sangre de Cristo, no

puedo creer lo que estoy viendo! — exclamó el anciano, con los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa, mientras sentía que se ponía morado—. ¡Nadie toca mi hacha excepto yo, como bien sabes!

—Por mi alma que no la he traído hasta aquí para afligirte — dijo Donald, empuñando el hacha sin un solo indicio de querer soltarla—. A decir verdad, pensé que podrías querer asir su mango otra vez y agitarla en el aire.

—¿Y por qué desearía hacer tal cosa? ¿Yo? ¿Con toda mi fragilidad,

mi tos y mi falta de aire?

Pero Donald sólo arqueó una ceja como respuesta y luego deslizó la mano por el largo mango del hacha, explorando con sus dedos las incontables muescas que tenía la madera.

—Una muesca por cada una de tus victorias en batalla —recordó Donald, mientras sostenía el hacha frente a su padre—. ¿No reconsiderarías añadir una nueva? ¿Una por rescatar a tu hija?

Pero Archibald apretó la quijada y dio media vuelta. Nuevamente

tenía la mirada fija en el horizonte y los puños apretados.

No iba a añadir a la lista de sus múltiples miserias, el hecho de que su hijo lo viera llorar.



Capítulo 10

Los años no habían sido amables con Cuidrach, empotrado en los acantilados de la costa oeste escocesa. Y no eran pocos los que murmuraban que sólo un milagro podría lograr que la fortaleza no se desintegrara piedra por piedra.

Un milagro y, tal vez, un espíritu indomable.

Uno que moraba en la piedra viva de los muros del castillo y esperaba con ansias volver a

sentirse pleno, a que la soledad de estas costas se transformara en risas y ternura.

En noches colmadas de diversión, cuentos y alegría.

Y tal vez, también, en suaves gemidos y quejidos de amantes, unidos íntimamente.

Pero la tristeza deja recuerdos imborrables. Y permanecer en silencio y soledad durante muchas décadas tiene un precio.

Una carga que sólo la luz abrasadora de la felicidad podría aligerar.

Mariota lo sabía y esa verdad hacía que ahora viera todo tan esplendoroso que sentía que el corazón le iba a estallar.

Después de olvidar sus propias tragedias, se agarró de la mano de Kenneth para subir la escalera de caracol. Y, aunque subían los escalones de dos en dos, sentía que no iban lo suficientemente deprisa, pues nunca había experimentado un ardor tan delicioso, un anhelo tan fuerte que hacía que todo su cuerpo temblara con desesperación.

Una locura que la consumía.

Y parecía que también Cuidrach quisiera hacer eco de su deseo y su felicidad, pues aun la noche que los rodeaba latía con promesas de sensualidad.

Se alegraba con ella y compartía su ansiedad.

Esa impresión se hizo más intensa cuando se acercaron a la habitación, pues la puerta estaba entreabierta y el suave resplandor del fuego del hogar se colaba por la rendija para darles la bienvenida.

También resultaban muy invitadoras las alfombras de piel de

venado y oveja que estaban en el suelo, frente al fuego, y las suaves llamas que llenaban la habitación y desprendían un fragante olor a hierbas aromáticas.

Esto último despertó las sospechas de Mariota, pues antes nadie se había tomado la molestia de agregarle hierbas secas al fuego.

Además, los candelabros de las paredes resplandecían con intensidad y unas gruesas velas de cera parpadeaban en los candeleros por toda la habitación; la suave luz dorada iluminaba las cortinas de la

cama, que estaban abiertas, y dispuesta en una mesa cercana al alféizar de una de las ventanas había una selección de carnes frías y cerveza.

¡La jarra de cerveza estaba acompañada no de una sino de dos copas!

Todos aquellos eran preparativos para la seducción.

Y Mariota sabía exactamente quién era la responsable de preparar un ambiente tan íntimo y acogedor.

Una entrometida bien

intencionada, que también había abierto los postigos de las ventanas para que entrara la brisa de la noche, aquel aire fresco y vigorizante, con rastros de lluvia, que resultaba perfecto para refrescar los cuerpos ardientes y sudorosos de los amantes.

Un aire refrescante y restaurador, que les permitiera saciar su deseo más de una vez.

Mientras Kenneth cerraba y trancaba la puerta, Mariota sentía corrientes de placer por todo el cuerpo. Y cuando él se volvió a

mirarla, ella también pudo ver cómo resplandecía en sus ojos de color azul oscuro un deseo inaplazable.

—Ay, mujer, dime que no estoy soñando —dijo Kenneth, al tiempo que se acercaba a ella, le deslizaba las manos por la espalda y comenzaba a acariciar las redondeces de sus tiernas nalgas—. ¡Dios, cuánto te deseaba! Durante tanto tiempo, durante tantas noches...

—Y yo a ti —reconoció ella, que se sentía mareada de deseo—. No

creí que nosotros...

—Preciosa, no hables de lo que no podemos hacer sino de lo que haremos —le rogó Kenneth, mientras la apretaba entre sus brazos y la miraba a los ojos.

Con una mirada tan intensa que Mariota sintió que su corazón dejaba de latir. Temblorosa, se dejó llevar por sus emociones, sintiendo que se hundía dentro de él, en una caída sin fin, inevitable y poderosa. Imposible de negar.

—Dulce y preciosa mujer —dijo Kenneth de nuevo; a juzgar por el

tono de su voz, era evidente que él sentía lo mismo.

La misma atracción mutua... esa profunda sensación de pertenencia y de estar haciendo lo correcto.

Poco a poco la mirada de Kenneth se fue volviendo tan ardiente, tan íntima, que Mariota experimentó una asombrosa oleada de placer. Remolinos de sensaciones que le quitaban el aliento y hacían que su corazón latiera desbocado.

—¿Sabías que haces que mis senos se hinchen? —susurró

Mariota e inmediatamente se sorprendió de su audacia. Jamás había hablado así; pero estaba diciendo la verdad. Tenía los senos hinchados y doloridos a causa del deseo. Atravesados por un deseo tan agudo y apremiante que sentía que estaba a punto de explotar en pedazos.

—¿Eso es lo que sientes en este momento? —murmuró Kenneth, con una mirada burlona en los ojos—. ¿Sabías que produces el mismo efecto en mí? —agregó, mientras se acercaba un poco más y buscaba su

boca para darle un beso apasionado.

Mariota se sonrojó, feliz de ver el placer que él sentía. El ardor con que la miraba.

Kenneth inspiró profundamente y se demoró un momento en exhalar.

—Tal vez también quieras saber que tu aroma me produce un deseo incontrolable de devorarte — susurró y sus ojos desbordaban lujuria.

Un deseo exactamente igual a la exquisita ansiedad que ella sentía.

Kenneth volvió a besarla y cuando sus lenguas se tocaron, Mariota sintió que se derretía.

—Debes tener cuidado, preciosa, tú no sabes lo que provocas en mí.

—Sé que te deseo. No creas que mis deseos son menos apremiantes que los tuyos —afirmó ella, sonrojándose al oír sus propias palabras; pero no habría podido detenerlas aunque alguien le hubiera puesto una espada afilada en la garganta. Así de abrumador era el deseo que sentía por él.

Un deseo apremiante y casi doloroso.

Y al verlo, los ojos de Kenneth ardieron con más pasión.

Kenneth gruñó y clavó en ella una mirada tan intensa que alcanzó a tocarle el alma y estuvo a punto de penetrar en sus secretos más íntimos y oscuros, secretos que ahora estaban ocultos por la urgencia de su deseo mutuo y esa desesperación que los quemaba y parecía arder a todo su alrededor.

Una pasión que se manifestaba en la ardiente humedad que

Mariota sentía en el centro de su feminidad y en el enorme abultamiento que se veía en la entrepierna de Kenneth y que ejercía una presión tan íntima sobre su vientre que la muchacha pensó que se quemaría con el calor de él aun a través de la ropa.

Un calor que le producía una sensación de hormigueo por toda la piel y que mojaba sus muslos tibios con secreciones cuyo aroma se fue levantando entre los dos como una especie de niebla sexual que los embriagaba.

Kenneth se acercó un poco más y acarició con su lengua el cuello de Mariota, suavemente, hasta llegar a la oreja.

—A menos que me lo pidas ahora, preciosa Mariota, después ya no habrá manera de detenernos — le advirtió, impulsado por un último destello de honor. Luego puso la boca sobre la de ella y la besó apasionadamente, casi con desesperación—. Esta es la última oportunidad, mujer. Habla ahora o seguiremos adelante. Hasta el final y sin remordimientos.

—¿Remordimientos? —Mariota lo acarició en el centro de su deseo, con suavidad pero decididamente, y le dio un apretón antes de retirar la mano—. A decir verdad, no tengo ninguno y no lo tendré... a menos que me digas que todavía quieres que me case con otro... después de esto.

Kenneth se puso tenso, sin respiración. Aunque Mariota lo había tocado sólo unos instantes, sentía que iba a explotar. Sin embargo, las palabras de ella lo hicieron reaccionar.

—Sí quiero que te cases —dijo —, pero sólo con un hombre al que ames y desees. ¿Estás de acuerdo con eso?

—Ah, sí —dijo Mariota, con una sonrisa que lo hizo sentirse tan contento que Kenneth temió que todo fuera un sueño del que en cualquier momento despertaría.

Temió despertar acostado en su jergón del salón, rodeado de caballeros dormidos y de un coro de ronquidos y otros sonidos masculinos inmencionables, que acompañaban sus sueños todas las

noches.

Pero la verdad era que ella era como un sueño. Un sueño que lo embrujaba con sus labios hinchados por los besos, sus ojos suplicantes y su respiración entrecortada.

Esos ojos suplicantes y ardientes, llenos de deseo y nostalgia.

Kenneth tragó saliva, pues sentía la garganta apretada por la emoción. Nunca una mujer lo había mirado con un deseo tan franco y ardiente.

Mariota parecía resplandecer con la pasión que sentía y el hecho de ver la magnitud de su deseo derribó en Kenneth más barreras de las que él se imaginó. Kenneth cerró los ojos y se preparó para capitular.

—Ya es demasiado tarde, preciosa —dijo con el corazón desbocado—. No podría detenerme aunque...

—¿Detenerte? —repitió Mariota con un dejo de ansiedad y se pegó a él con tanta fuerza que Kenneth se sintió invadido por una sensación

de triunfo y le pareció que la habitación comenzaba a dar vueltas a su alrededor—. Ah, no, ya te he dicho que no quiero que te detengas —protestó, mientras el roce de sus senos suaves y sus muslos firmes y bien torneados hacía que Kenneth se sintiera a punto de estallar—. Necesito y deseo estar contigo... Anhele todas las cosas que un hombre y una mujer pueden compartir.

Al oír esto, Kenneth se quedó frío. No estaba completamente seguro de haber oído bien, pues

sentía que los oídos le zumbaban con el borboteo de su sangre y la exaltación de todos sus sentidos.

Todas las cosas que un hombre y una mujer pueden compartir.

Kenneth lanzó un rugido, al tiempo que su virilidad crecía y se endurecía cada vez más.

—Ah, seguro que compartiremos muchas cosas —le prometió y le acarició la mejilla—. Muy pronto estarás completamente desnuda sobre la cama, tus senos reclamarán mi atención y tus piernas se abrirán completamente

para mí. No podrás esconder nada, excepto la resbaladiza humedad de tu excitación.

Al ver que ella trataba de hablar, Kenneth le puso los dedos sobre los labios.

—No, no digas nada... todavía no, milady. Sólo escucha y siente lo mucho que te deseo. Porque quiero hasta saber a qué sabes.

—¿A qué te refieres?

—A tu sabor, quiero probarte, saborearte... y por un largo rato — afirmó, mientras seguía mirándola a los ojos—. Y después de saciar mi

apetito, me meteré dentro de ti, bien adentro, y me deslizaré suavemente por tu sedoso centro, regocijándome en tu humedad hasta que no pueda más y entonces echaré la cabeza hacia atrás y gritaré tu nombre.

Un éxtasis que los dos sentirían muy pronto, una felicidad que Kenneth sabía que le iba a cambiar la vida para siempre.

—Verás, Mariota, yo te deseo como nunca antes había deseado a una mujer —le dijo Kenneth, mientras le daba besos suaves en

las cejas, las mejillas, el cuello y también más abajo—. Y éstas son las cosas que te daré —le prometió, mientras le daba un beso profundo y voraz en la boca.

Una fusión íntima que se volvió más tentadora cuando Mariota comenzó a rozar su lengua contra la de él, una y otra vez, hasta que se separaron, con la respiración entrecortada y jadeando por el ritmo enloquecido de su corazón, que parecía retumbar en medio del silencio.

—Quiero experimentar todas

esas cosas —dijo ella, con una voz suave pero lo suficientemente poderosa para ponerlo de rodillas. Luego agregó—: Y estaré encantada de... hacer que tú también las experimentes.

En ese instante, Kenneth perdió el control.

Olvidando todas las precauciones que practicaba desde cierto día lejano, Kenneth desató con increíble destreza las cintas que sostenían el vestido de Mariota.

Y cuando el vestido cayó sin oponer ninguna resistencia,

dejando libres los senos hermosos y redondos, Kenneth se quedó inmóvil por unos instantes, extasiado ante la belleza que se presentaba ante sus ojos.

Era magnífico. Mariota no llevaba ropa interior, de manera que al caer su vestido se quedó completamente desnuda ante él. El frío aire de la noche contribuyó al hechizo, al hacer que los pezones se endurecieran justo frente a los ojos de Kenneth, que soltó un rugido y sintió que ya no aguantaba más.

—Milady, eres magnífica. Tu

desnudez es espléndida. Ven, acércate a la luz de la vela para que pueda verte mejor, quiero ver tu hermosura.

—Ah, sí —susurró Mariota, con una voz sensual y casi inaudible.

Entonces obedeció y se acercó al candelabro y luego dio media vuelta para que la luz se regara por sus senos desnudos.

—Esto es maravilloso... maravilloso —dijo y sus pezones parecieron endurecerse todavía más.

Mientras Kenneth sentía cómo

aumentaba el ardor de su entrepierna, Mariota arqueó el cuerpo y sus senos se levantaron, ofreciendo toda su dulzura y esplendor.

Sin poder respirar, Kenneth fijó la mirada en los pezones grandes y oscuros, fascinado por los pequeños pliegues de las areolas.

—No, mujer, esto es más que maravilloso —dijo y se mojó los dedos para comenzar a acariciar los pezones de Mariota.

—Una intensidad así es rara... nos proporcionaremos mucho

placer... y consuelo —se oyó decir Kenneth, pues todavía le quedaba una dosis de cautela y creía que no debía confesar cuánto la amaba.

¡Cuánto la necesitaba!

¡Y para mucho más que embriagarse con sus pezones, o hundirse en su profunda y apasionada humedad!

—Satisfacción plena —afirmó Mariota.

Orgullosa de su desnudez, echó la cabeza hacia atrás y se puso la trenza sobre el hombro.

—Felicidad, sí —añadió con el

resplandor de la pasión en los ojos —. Por todo el tiempo que me permitas quedarme bajo tu techo.

Kenneth frunció el ceño.

—Por todo el tiempo que el destino nos regale —la corrigió, pero enseguida se arrepintió de sus palabras, pues pensó que no era buena idea volver a llamar la atención sobre su curioso... arreglo.

Cosa que se confirmó cuando entró súbitamente a la habitación una ráfaga de viento que cerró los postigos y los estrelló contra el muro. El golpe resonó en el silencio

de la noche, pero el estrépito no fue tan sobrecogedor como el murmullo de risas que Kenneth creyó escuchar sólo un momento antes de que se desvaneciera el eco del golpe.

Movido por la desconfianza, atravesó la habitación y aseguró los postigos, convencido de que, cuando regresara, Mariota iba a decir algo sobre las risas que había oído, pero ella sólo se quedó mirándolo, mientras daba un paso adelante para deshacerse totalmente del vestido, que estaba a

sus pies, en el suelo.

Y luego, para torturarlo aún más, se acomodó los senos y caminó con desparpajo hacia la bañera que alguien había puesto en un rincón cerca del fuego.

Del agua salía un fino vapor con olor a hierbas que trepaba hasta las vigas del techo... pero Kenneth no estaba muy seguro de que le gustara la idea del baño en ese momento ni la determinación con que Mariota caminaba hacia la bañera.

—Ah, no, mujer —le dijo y la

agarró del brazo en el momento en que ella iba a meter una pierna dentro del agua—. No te vas a bañar ahora, al menos no esta noche.

—¿No dejarás que me bañe? —preguntó, al tiempo que bajaba el pie y lo apoyaba en el paño sobre el que estaba colocada la bañera—. Pero pensé...

—Pensaste mal —respondió Kenneth y se agarró de ella con más fuerza para no perder el equilibrio, después de haber visto fugazmente la maraña de rizos rojizos que

recubría su pubis—. Si lo deseas, podrás bañarte más tarde, ambos lo haremos. Pero no ahora, no en este momento.

—¿Prefieres bañarte... después?

Kenneth asintió con la cabeza, pues tenía la garganta demasiado seca para hablar.

Mariota lo miró y él la miró allí, con tanta lujuria que casi no podía respirar.

Pero afortunadamente pudo hacerlo, porque ahora el aroma que ella despedía era más fuerte y lo envolvió totalmente,

enloqueciéndolo de deseo.

Mariota se soltó, metió una mano entre el agua y movió la superficie temblorosa con los dedos.

—No entiendo, el agua todavía está caliente y me gustaría prepararme para ti.

—Ah, pero si ya estás lista, mujer. ¡Más de lo que imaginas! — dijo Kenneth y aspiró profundamente, mientras pensaba que iba a estallar de deseo—. Quiero que seas mía tal y como estás.

—¿Tal y como estoy?

—Lo que quiero sentir sobre mí es tu aroma y tu sabor, ¡no el perfume de tu jabón!

Al oír esto, Mariota se sonrojó y abrió los ojos de tal manera que Kenneth vio que había comprendido. Sin embargo, mantuvo erguida la barbilla y no trató de esconder su desnudez.

—Tú sabes que no carezco de experiencia. Que te deseo de la única manera en que una mujer que ha amado, y que ha amado con fuerza, puede desear a un hombre

—dijo y por su rostro cruzó una sombra de turbación—. Tampoco me avergüenzo de mi cuerpo ni del deseo y la pasión que he vuelto a sentir —siguió diciendo con seriedad y le lanzó una mirada a la bañera humeante—. Pero nunca me metí en la cama de Hugh sin antes...

—Te has bañado hace sólo unas horas, al igual que yo, sólo que en el pozo del castillo —dijo Kenneth, que parecía entender la preocupación de Mariota.

Aunque le parecía

completamente fuera de lugar.

—Yo no soy tu difunto Hugh Alesone, mujer —siguió diciendo; la tomó de la barbilla y la forzó a mirarlo a los ojos—. Y siento lástima por él si no apreciaba ciertos encantos —concluyó, decidido a borrar los recuerdos de ese hombre de la memoria de Mariota...

No importaba cuánto tiempo tardara en conseguirlo. Lograría que lo olvidase.

—Óyeme bien, preciosa. Es a ti y solamente a ti a quien deseo —dijo,

al tiempo que la soltaba y se desabrochaba el cinturón del que colgaba la espada—. No quiero a ninguna otra mujer, no quiero aromas falsos que buscan privar a un hombre de la verdadera belleza y el placer de una mujer.

—Pero...

—Ya te lo he dicho, yo no soy un caballero de la Corte, ni me interesan las finezas y las complicaciones —le dijo, al tiempo que hacía a un lado el cinturón y la espada, sin dejar de mirarla—. Yo nací bastardo y crecí en una cabaña

con techo de paja, tan pequeña que podría caber tres veces en esta habitación. Tuve una buena vida, a pesar de que era dura, y hasta el día de hoy me regocijo en la riqueza de estas tierras. Sus enormes montañas azules, la niebla en las laderas y... otras delicias naturales.

Enseguida bajó rápidamente la mano y la metió entre las piernas de Mariota. Luego se llevó los dedos a la nariz e inhaló profundamente, antes de lamer el rastro de humedad que se le pegó a la piel.

—Es tu esencia lo que quiero saborear, nada más —dijo, al tiempo que se deshacía de la capa y la túnica—. Y tú, mujer, eres deliciosa. Tan tentadora que creo que nunca me cansaré de saborearte.

Mariota sintió que le temblaban los pezones y una oleada de placer le bajaba por el estómago.

—Me encantará que me... saborees.

—Lo acabo de hacer, mujer, y me ha gustado tanto tu sabor que quiero más. Te voy a devorar... ahí,

donde se asienta tu calor y tu aroma es más dulce.

El corazón de Mariota dio un brinco de excitación; el cuerpo le temblaba con un deseo urgente, abrasador, como jamás había experimentado.

Hugh la había lamido allá abajo, y con frecuencia. Pero el deseo que latía ahora entre sus piernas era mucho más dulce que cualquier sensación que hubiera tenido antes... ¡Y Kenneth todavía no la había tocado con la lengua!

—¿Te gustaría, Mariota? —le

dijo, al tiempo que volvía a llevarse los dedos a la nariz e inhalaba—. ¿Sabes cuánto tiempo llevo anhelando tu olor? ¿Cuánto llevo deseando disfrutar de tu dulzura? ¿Lamer cada deliciosa gota de tu rocío de mujer?

Rocío de mujer.

Esa expresión penetró el corazón de Mariota como una cuchillada. Era una de las frases favoritas de Hugh el Bastardo y aparecía al menos en la mitad de los sonetos que le había compuesto.

Ahora entendía el apego que

sentía Hugh por el... rocío femenino.

¡Por todo el que pudiera obtener y de todas la fuentes posibles!

Sintió que una marejada de bilis le subía por la garganta; se apretó los senos con las manos y parpadeó para tratar de esquivar la oscuridad que la amenazaba, mientras sentía que el suelo se hundía bajo sus pies y perdía el equilibrio.

—¡Sí! Conozco muy bien la debilidad que sienten los hombres por esos placeres básicos —afirmó y las palabras parecieron brotar de

un rincón sombrío de su corazón, un lugar helado, marcado para siempre por la mirada vidriosa del cadáver del Bastardo de Drumodyn y los ojos burlones de Elizabeth Paterson.

Pero en ese momento Kenneth se arrodilló frente a ella y la agarró de las caderas, mientras enterraba la cara en la suave curvatura de su abdomen. Ella se estremeció con una fuerza que hizo desaparecer al instante todas las imágenes que la perturbaban y las reemplazó por una sensación de felicidad total que

no entendía cómo le cabía en el cuerpo.

Luego sintió un ardor que le nubló la vista. Eran lágrimas. Unas lágrimas ardientes que se obligó a contener con gran esfuerzo.

La hija de Archibald Macnicol no podía llorar.

Pero sí permitió que el corazón le latiera desbocado y apretó los puños, como si al tenerlos así pudiera retener el calor que sentía dentro y la dicha que le estaba prodigando su Guardián.

—No son placeres básicos,

mujer. Nada de eso —murmuró Kenneth, mientras frotaba la boca contra la suave piel del vientre de Mariota y su aliento tibio acariciaba los rizos que cubrían sus partes íntimas. Luego la miró desde abajo, con los ojos casi negros de pasión —. Poder saborear y oler tu deseo es como estar en el cielo. Nunca pienses lo contrario.

Y como si quisiera demostrarlo, inmediatamente después bajó las manos por los muslos y le abrió un poco más las piernas, de manera que pudiera meterse debajo de ella.

Luego comenzó a lamerla allí y terminó su caricia haciendo un travieso círculo con la lengua alrededor de aquel precioso botón que coronaba, erguido de deseo, la feminidad de Mariota.

Primero trazó un círculo, luego una espiral y finalmente... chupó.

—¡Ay, Dios! —exclamó Mariota, mientras que Hugh Alesone y su mujerzuela caían en el olvido.

Con la respiración entrecortada, Mariota se agarró de los hombros de su Guardián para no caerse.

—Ay, por Dios, no puedo más...

—Claro que puedes.

Kenneth volvió a lamerla, recorriendo su humedad con la lengua, al tiempo que palpaba la suavidad de su piel, deleitándose con el hecho de probarla y olería y sentirla.

—Eres tan hermosa... —dijo con voz ronca de deseo—. Y demasiado deliciosa para no saborearte hasta la saciedad.

A Mariota se le escapó un suspiro, y mientras su cuerpo temblaba y se contraía al mismo tiempo, metió los dedos entre el

cabello sedoso de Kenneth y lo apretó contra ella, pues necesitaba sentirlo todavía más cerca de ese lugar palpitante donde la había lamido.

Se aferró con fuerza a él, gimiendo de placer, y comenzó a mover las caderas hacia delante y hacia atrás.

—Pensé que conocía este placer —balbuceó, casi sin aliento—, pero nunca... ¡Aaaahhh!

—Ah, sí, ésta es mi mujer —dijo Kenneth y volvió a introducir la lengua, esta vez más

profundamente, mientras exploraba con el dedo aquel pequeño botón que latía con urgente deseo en medio de la feminidad húmeda y ardiente de Mariota—. Disfruta todo lo que puedas, preciosa... quiero ver cómo te estremeces de pasión.

Mientras trazaba círculos con el dedo, era evidente que el triunfo se acercaba. Entretanto, Kenneth siguió lamiéndola, saboreándola y empujándola con la lengua cada vez más alto, hasta que la magnitud de la excitación de Mariota le hizo

arder la sangre con la misma ferocidad.

Tal vez demasiada, pues en el instante en que ella alcanzó el clímax, Kenneth perdió el control y su rugido de placer se mezcló con el grito de Mariota, al tiempo que dejaba una mancha húmeda y blanca en la parte delantera de sus pantalones.

Un desastre que trató de ocultar poniéndose de pie con la delicadeza que le permitió su embarazosa situación, y quitándose luego las botas y la ropa manchada con una

rapidez casi increíble.

El recurso de agarrar rápidamente la capa le evitó pasar más vergüenzas, así como la ocurrencia de sostenerla frente a él hasta que la lujuriosa desnudez de Mariota y su ardiente excitación obraron nuevamente su magia.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos y todavía temblando, aunque la respiración regresaba gradualmente a su ritmo natural.

—Has hecho que me sienta plena otra vez —afirmó con voz suave y ligeramente entrecortada,

mientras que el rubor de su piel y la expresión de asombro del rostro mostraban que el deseo seguía latiendo dentro de ella.

Kenneth se pasó una mano por el pelo y soltó la respiración, con la esperanza de que ella no percibiera su temblor.

—No creas que no he disfrutado —logró decir, con la esperanza de que ella nunca supiera lo ciertas que eran sus palabras.

—Aunque así sea, yo también quiero satisfacer tus deseos—dijo Mariota, al tiempo que ladeaba un

poco la cabeza y comenzaba a soltarse la trenza, que se convirtió en segundos en una cascada de cabellos rojos con visos dorados, que le llegaba hasta las caderas y relucía con la luz del fuego—. Y si me permites usar tus propias palabras, ¿no creas que no voy a disfrutarlo!

—Ya me has dado mucho placer —le dijo Kenneth, al tiempo que le acariciaba el cabello y le daba un beso en la sien—. Pero nunca me cansaré de complacerte ni de disfrutar del placer que me das.

Nunca me cansaré de tenerte como me gusta, es decir, completa.

—Sí, completa. —Mariota lo abrazó y le puso las manos sobre el pecho, al tiempo que rozaba suavemente el vello con las yemas de los dedos—. Tú has logrado revivir un deseo que no tenía hacía mucho, mi espléndido Guardián, y la verdad es que quiero... más.

—Y tendrás más. Todo lo que pueda darte —le prometió Kenneth y un ardiente deseo comenzó a palpitar otra vez entre sus piernas, permitiendo que su miembro

volviera a hincharse y alargarse.

Estaba tan firme que tiró la capa al suelo y tomó a Mariota entre sus brazos, la acunó contra su pecho y la besó en los labios, antes de tomarla en sus brazos para llevarla hasta la cama.

—No, todavía no —le dijo Mariota y lo detuvo cuando él estaba a punto de acostarse junto a ella—. Tú has visto mi desnudez y sabes que he disfrutado mucho viendo tu placer. Ahora es mi turno de mirarte. Hazte más allá y déjame ver al hombre que me ha hecho

mujer nuevamente.

—¿Hacerte mujer nuevamente?

—Asombrado, Kenneth pasó saliva y se quedó mirándola, observando cada centímetro de su hermoso cuerpo extendido en la cama de manera seductora y se asombró, aunque no por primera vez, de los misterios de la mente femenina. Las ideas tan raras que podía producir.

¡Por todos los santos! Él casi no podía respirar debido al deseo que ella le despertaba, a la necesidad de tocarla. ¡Ya anhelaba volver a

saborearla! Estaba enloquecido por volver a beber su esencia, saturar sus sentidos con el misterioso olor de su feminidad.

¡Se bañaría en él si pudiera!

Pero en lugar de eso, hizo lo que ella le había pedido y dio un paso hacia atrás para que su amante pudiera observarlo.

—En verdad —le dijo, mientras sentía que la mirada de Mariota lo escrutaba—, ninguna mujer más mujer que tú ha pisado nunca la tierra.

—Me complace que pienses así.

—¿Pensar así? —Kenneth también estaba deleitándose con lo que veía, sus maravillosos y orgullosos senos, el triángulo de rizos rojos y dorados que coronaba la parte superior de sus muslos, las caderas sinuosas y hermosas. La perfección de Mariota—. No es algo que piense, lo sé —aseveró, mientras su entrepierna comenzaba a palpar—. Eres una belleza ambulante, milady —agregó, con una lujuria que nunca había experimentado.

Mariota de Dunach tenía un

cuerpo espléndido, no era una mujer pequeña y delicada que saldría volando con el primer viento del norte. Era toda una mujer, alta y de formas redondeadas, que respondía exactamente al sueño más perfecto de un verdadero escocés.

Y Kenneth era el escocés más auténtico que hubiera existido y existiría jamás.

—Oh, sí —murmuró, mientras se deleitaba con la belleza de Mariota—, me habría gustado que fueras mía desde el principio,

desde el primer momento en que te vi.

Pero ella simplemente se mordió el labio y ladeó la cabeza, mientras continuaba su escrutinio.

Él estaba encantado.

Aunque no tenía la extraordinaria dotación de Jamie el Pequeño, estaba mejor equipado que la mayoría de los hombres... y se sentía orgulloso. Y aparentemente su dama estaba de acuerdo con eso, pues lo observaba con una expresión de reverencia y ¡no había lugar a dudas acerca del

lugar que atraía su mirada!

La verdad era que no podía dejar de mirarlo.

Kenneth era más alto que la mayoría de los hombres y tenía los hombros muy anchos. Tenía el cabello negro y sedoso, casi hasta los hombros, una cabellera que en ese momento se balanceaba con la brisa que entraba por las ventanas.

Mariota bajó un poco la mirada, hacia el musculoso abdomen que brillaba con la luz del fuego, y luego sintió que se excitaba al fijarse en la ligera capa de vellos

lisos y negros como flechas que lo recubría. Otra vez sentía la sangre ardiendo y el deseo palpitando entre sus piernas.

Sí, no había duda. Completamente desnudo y magnífico, el Guardián de Cuidrach le quitaba el aliento.

Todo su cuerpo temblaba sólo de mirarlo. Nunca había visto a un hombre más hermoso.

—¿Qué te parece? —preguntó Kenneth con voz ronca; parecía que la situación le hacía gracia—. ¿Crees que podré ser capaz de darte

solaz y placer? Claro, sólo por el...

—Por el tiempo que tenemos —
terminó de decir ella y sintió una
punzada en el corazón al
contemplar la simple idea de tener
que partir algún día.

Los límites de esa felicidad que
habían tomado prestada.

Aunque todavía no se habían
consolado mutuamente.

No del todo.

Mientras sentía que estaba
comenzando a respirar más rápido
movida por una sensación muy
parecida a la irritación, apartó la

vista de aquella parte de él que parecía demasiado grande para encajar dentro de ella, y en su lugar se concentró en el apuesto rostro.

Aunque tenía unas cicatrices, Kenneth era muy atractivo y la joven pensó que nunca podría cansarse de contemplar su rostro.

Especialmente cuando la miraba con esa sonrisa seductora y descarada. Una sonrisa que ella quería tener para siempre... ¡Al igual que al dueño!

Se mordió el labio y se apoyó sobre los codos, mientras trataba

de controlar su excitación.

—Antes de que comencemos con nuestro verdadero consuelo, dime nuevamente que no me presionarás para que me case contra mi voluntad —dijo con suavidad.

Kenneth arqueó las cejas.

—¿Quieres hablar de eso ahora? ¿Cuándo estoy desnudo frente a ti?

—Especialmente porque estás desnudo frente a mí —respondió Mariota, mientras lo escrutaba con la mirada—. Verás, ese tal Strongbow... mi futuro marido... es

posible que no esté de acuerdo con el consuelo que estamos a punto de brindarnos.

—Ah, no hay de qué preocuparse —respondió Kenneth, tal vez excesivamente rápido—. La verdad sea dicha, sospecho que a Duncan Strongbow le complacerá saber que me preocupé por satisfacer tus... deseos.

Deseos que estaba decidido a atender lo más pronto posible, antes de arriesgarse a tener otro desastre.

Lo cual no era una posibilidad

tan lejana, considerando que hacía mucho tiempo que no estaba con ninguna mujer y lo mucho que deseaba a ésta.

Con el cuerpo pesado y dolorido por el deseo, Kenneth se acostó al lado de Mariota y la acercó hacia él, para compartir su calor y disfrutar de su perfecta hermosura.

—No, mujer, esta noche no quiero que pienses en ningún otro hombre —le dijo, mientras le acariciaba los senos suaves y redondos y trazaba círculos con el pulgar alrededor de los pezones

erguidos—. Piensa sólo en nosotros, en lo mucho que nos deseamos —añadió, al tiempo que bajaba la mano y deslizaba los dedos entre las piernas para jugar con los rizos húmedos del pubis y acariciar la suave piel de su preciosa hendidura.

Mariota abrió la boca como si fuera a protestar, pero volvió a cerrarla con rapidez. Y en lugar de protestar por la exploración, comenzó a temblar, abrió más las piernas y subió un poco las caderas, de modo que Kenneth tuviera libre

acceso a su feminidad, y empezó a mecerse al ritmo de las caricias circulares de los dedos de él, mientras emitía pequeños gemidos que daban fe del placer que sentía, al tiempo que aumentaban el placer de su compañero.

¡Por todos los santos, esa mujer iba a volverle loco!

Húmeda y resbaladiza como seda líquida, ardiente como miel derretida, ligera, suave y flexible entre sus brazos, Mariota se entregó a sus caricias, pegándose a él cuando Kenneth deslizó primero

un dedo, y después otro, dentro de ella y comenzó a meterlos y a sacarlos lentamente.

Mientras sentía que se acercaba cada vez más al límite, Kenneth se daba cuenta de que cada vez que sus dedos penetraban ese calor suave y húmedo, su hombría iba adquiriendo la dureza del granito.

—Hazlo, por favor —suplicó Mariota, al tiempo que arqueaba el cuerpo contra la mano de Kenneth y comenzaba a mecerse con insistencia—. Por favor —rogó y abrió más las piernas—. Ya he

esperado durante mucho tiempo.

Eso era todo lo que Kenneth necesitaba oír.

Y ver.

Mientras se olvidaba de todo lo demás, Kenneth se montó sobre ella. Al sentir el cuerpo ardiente de Mariota debajo del suyo estuvo a punto de perder el control, pero se sobrepuso.

—Mírame, mujer —murmuró, antes de entrar—. Mira el placer que siento al entrar dentro de ti, al fundirme ahora contigo.

—A-a-a-ah —jadeó Mariota y

subió las caderas un poco más, pues su cuerpo reclamaba tener más de él.

—¿Puedes ver mi deseo? ¿La dicha que siento? ¿Puedes sentir que estoy entrando dentro de ti? — dijo Kenneth de manera entrecortada, mientras se introducía dentro de ella y la iba penetrando lenta y profundamente.

—Sí, te siento, todo, completo... ¡Qué dicha tan dulce!

Mariota se estremeció debajo de él y enroscó las piernas alrededor de su cuerpo, para retenerlo a su

lado y forzarlo a ir más adentro.

—¡No te detengas por favor!...
¡Esto es maravilloso, maravilloso!
—gritó, mientras enterraba los
dedos en el cabello de su amante y
él entraba y salía de ella en una
cópula maravillosa, más exquisita
que cualquiera que Kenneth
hubiera experimentado nunca.

Al principio los movimientos
fueron largos y lentos, suaves,
profundos y rítmicos. Tan increíbles
que Kenneth quería que duraran
para siempre y, de hecho, los dulces
gemidos de Mariota lo ayudaron a

prolongar ese momento, a pesar de que sentía el cuerpo en llamas.

Pero a medida que su ansiedad iba creciendo, buscó los labios de Mariota para besarla de manera salvaje y la embistió con más vigor.

Ya sin poder controlarse, comenzó a moverse con más fuerza, más rápido, más profundo hasta que... el deseo mutuo los llevó a una explosión liberadora, un cataclismo de sensaciones.

Y después, mientras los dos se dejaban arrastrar por la corriente y el mundo parecía un lugar distante,

Kenneth sintió una paz maravillosa y de algún rincón de su mente brotó el recuerdo de una noche lejana, en el gran salón del castillo Eilean Creag, cuando se burló de la sugerencia de que necesitaba una esposa.

Cuando se hizo el sordo ante los insistentes consejos de que sólo una mujer podría traer luz y calor a los muros vacíos de Cuidrach, de que sólo una mujer podría hacer que su vida fuera... completa.

Ahora, por fin, entendía a sus hermanos del clan.

Y prometió decirles que tenían razón.



Capítulo 11

—¿Acaso no puedes olvidarte de Duncan Strongbow, milady?

Deseoso de que lo hiciera, Kenneth cruzó los brazos sobre el pecho y siguió mirando la masa de nubes que tapizaba el cielo sobre las aguas en penumbra del lago Hourn.

—Te prometí que no te presionaría para que aceptes a alguien que no te agrade y podría jurar que sir Duncan jamás

consideraría a una mujer que no lo deseara —dijo Kenneth, al tiempo que se preguntaba cómo iba a sostener esa historia a esas horas de la noche y con la flojera que sentía en todos los huesos después de hacer el amor.

Tomó aire, mientras pensaba que ojalá ella no hubiese percibido el tono de desesperación que creía haber oído en su propia voz.

—Si vuelves a la cama, mujer, te responderé cualquier pregunta mañana temprano.

Pero Mariota Macnicol tenía

otros planes.

Eso era evidente... lo sabía, incluso sin mirarla a los ojos.

Envuelta en una exquisita bata de piel, que sólo podía haberle proporcionado su entrometido capitán de guarnición, Mariota ignoró todas sus invitaciones para que regresara a la cama a dormir, y en cambio se acomodó mejor sobre los cojines que cubrían el alféizar de su ventana favorita.

Sin duda alguna, estaba preparada para quedarse allí hasta que él le contara algo más sobre

aquel supuesto escocés poderoso y ejemplar, pero, desde luego, ¡Kenneth no estaba dispuesto a admitir que dicho personaje no existía!

Por lo menos, no en el cuerpo de un solo hombre.

Kenneth frunció el ceño y se acercó a la ventana con la esperanza de que el frío viento nocturno lo ayudara a refrescarse el cuerpo y contribuyera a borrar ese sentimiento de fatalidad que lo embargaba.

Estaba arrepentido de la tonta

idea de combinar el nombre de su famoso tío con el de su amigo inglés, sir Marmaduke Strongbow, para ganar tiempo para pensar.

Un tiempo que necesitaba con urgencia para ingeniarse la manera de conquistar a una esposa y a su anciano padre, un importante guerrero.

Kenneth necesitaba ese tiempo con desesperación. En especial ahora que habían vuelto todos sus demonios, con la intención de vengarse borrando la felicidad que lo había conducido a un profundo

sueño, después de saborear la dulzura de su dama.

Su mujer.

Kenneth se sentía tenso y el músculo debajo de su ojo izquierdo había vuelto a latir otra vez. Independientemente de que le gustara o no, la súbita incapacidad de pensar en ella como si no fuera suya era prueba suficiente de que necesitaba tiempo.

Y no sólo para pensar, sino para organizar su mente y combatir sus demonios.

Sus demonios y las emociones

que esa mujer había despertado en él. Sentimientos que iban más allá del placer físico que había sentido al saciar su incontrolable deseo por ella. Cosas que no había sentido ni experimentado hacía mucho tiempo.

Para ser francos, tal vez nunca.

Maravillas en las que ni siquiera creía.

Al menos, no desde hacía mucho tiempo.

Mientras luchaba por disimular la manera tan profunda como ella lo afectaba, Kenneth tragó saliva y

se concentró en las consecuencias que podían resultar del hecho de permitirse cuidarla y amarla.

Y la verdad era que, independientemente de que fuera prudente o no, estaba seguro de que la amaba.

¿Qué otra razón podría explicar el hecho de que la sola idea de perderla fuera peor que la de pasar el resto de sus días confinado en una húmeda mazmorra?

¿Una mazmorra infestada de ratas y sin otra cosa que comer que pan duro y agua amarga?

Rodeado por el silencio de la noche, Kenneth apretó la boca en una mueca de disgusto y se acercó al arco de la ventana, mientras se pasaba una mano por la frente porque sabía que estaba perdido.

Vencido en un campo de batalla que él mismo había escogido.

Se agarró del alféizar y miró hacia el vago reflejo del agua y la gran masa de la Piedra del Bastardo.

La enorme roca, negra contra el gris plateado de la luz de la luna, parecía que lo estuviera mirando.

En especial aquella abertura con forma de puerta que sobresalía en medio de la oscuridad del acantilado.

Kenneth se estremeció y se envolvió mejor en la capa. Y ¡por todos los santos! Un hombre con más imaginación habría creído ver a alguien que trataba de hacer equilibrio encima del precario arco natural.

Alguien que Kenneth reconoció y que, según la antigua leyenda, en unos instantes caería de bruces en la profunda oscuridad que se

alcanzaba a ver abajo. Un hombre joven y soñador, cuyas esperanzas y sueños se precipitaron para siempre en las escarpadas rocas que lo esperaban.

Como no quería ver la caída, Kenneth cerró los ojos y se pasó la mano por el pelo, mientras tomaba una bocanada del aire húmedo de la noche.

Sí, necesitaba toda su inteligencia. Y tiempo.

Y, le gustara o no, Duncan Strongbow podía ayudarle a obtener las dos cosas.

Si fuera necesario, pediría la ayuda de uno o dos amigos con nombres parecidos.

Se le ocurrió Magnus MacLean.

Un pretendiente del que podría afirmar cualquier barbaridad, puesto que Magnus MacKinnon y Donald MacLean, dos de los mejores líderes de las Islas Occidentales, nunca llegarían a enterarse del engaño.

Las posibilidades eran tan infinitas como la necesidad de retener a su dama a su lado.

Y precisamente a su lado era

donde debía estar en este instante, si sus instintos no lo engañaban y era correcta esa apremiante sensación de tenerla cerca.

En efecto, un suave golpecito en el brazo le demostró que tenía razón, pues Mariota estaba junto a él.

—¿Fue una mujer la que te hizo eso? —preguntó.

—¿Una mujer? —Kenneth se volvió hacia ella, pero todavía estaba pensando en la Piedra del Bastardo y la fatídica suerte de Cormac.

A la luz de la luna, Kenneth pudo ver que Mariota se ponía roja.

También pudo ver aquella lujuriosa maraña de rizos rojos que lo miraban desde la rendija que dejaba la abertura de la bata.

Kenneth levantó la mirada.

—Que si una mujer hizo ¿qué?

—Las cicatrices —dijo Mariota y lo miró con ojos inquisitivos—. Si no vas a hablar de Duncan Strongbow, tal vez me quieras contar quién dejó esa marca en tu hermoso rostro.

¿Su hermoso rostro?

Kenneth parpadeó y sintió que el corazón se le encogía. Hacía mucho tiempo que una mujer no le decía algo así.

Mientras lo observaba con esos radiantes ojos verdes, Mariota levantó la mano para tocarle la mejilla donde tenía las tres cicatrices y sus dedos se rozaron.

—Parecen...

—Sé muy bien lo que parecen, milady —dijo Kenneth. Bajó rápidamente la mano y se aferró a la fría piedra del alféizar.

¡Por todos los santos, no se

había dado cuenta de que se estaba tocando las cicatrices! Esas líneas pálidas y muy delgadas, que la gente solía confundir con las huellas de los arañazos de una mujer furiosa.

A decir verdad, eran las marcas de un pasado que nunca podría olvidar.

Un legado vinculado a una mujer, sí.

Pero cuya causa había sido su propia torpeza.

No la de ningún otro.

Y el solo hecho de recordarlo le

produjo un escalofrío que le recorrió toda la espalda, al tiempo que revivía los horrores de ese día. Kenneth hizo una mueca de dolor y apretó los dedos contra el alféizar, mientras rememoraba el olor del frío mar del Norte, de las rocas mojadas y el sabor de su propia sangre, que de repente se sintió muy pesada en medio del húmedo aire de la noche.

Densa y pegajosa. Y tan real que casi podía sentir la amargura en la lengua.

Kenneth se mordió el labio y

miró furtivamente a Mariota, mientras deseaba que ella no notara el desasosiego que sentía. Aquellos tormentos que provenían del pasado y de los cuales no creía que pudiera deshacerse nunca.

Con la mirada fija en ella, pensó en los deseos que lo hacía sentir, en las esperanzas que tenía de hacerla su esposa, y sintió que la habitación comenzaba a girar a su alrededor. Afortunadamente, el olor que había quedado después de hacer el amor todavía estaba impregnado en las sábanas y era lo suficientemente

fuerte para flotar hasta la ventana.

Un aroma glorioso, que era su fuerza y su redención.

Era la prueba viviente de que la isla de Santa Girta, el aceite de pájaro e incluso las islas Oreadas estaban finalmente en el pasado.

Y especialmente... ella.

La hija del pescador, cuyos ojos verdes nunca lo habían mirado con tanta honestidad, ni con tanta compasión.

Tal vez ni siquiera con simpatía.

Aunque eso era lo último que quería de esa arpía de ojos verdes.

Kenneth se alejó de la ventana, pues sentía los hombros tensos, y se pasó una mano por la cara.

—No fue una mujer la que me hizo esas cicatrices —dijo. La miró muy serio—. Me caí ¿sabes? Perdí el equilibrio en el estrecho borde de una roca, cuando me bajaban amarrado de una cuerda en uno de los acantilados más traicioneros de la isla de Santa Girta. Y caí al mar, milady.

Kenneth ladeó la cabeza de manera que una de las antorchas de la pared le iluminó las cicatrices.

—Lo que me cortó la mejilla fue una de las rocas puntiagudas del acantilado y no las uñas de una mujer traicionada.

Ah, no.

Él había sido el traicionado.

Pero ahora, después de muchos años de vacío y soledad, daba las gracias a los santos por aquella antigua perfidia. Incluso por la rabia y el dolor que lo habían distraído y habían hecho que perdiera el equilibrio y la concentración que usualmente tenía, provocando que pusiera el

pie exactamente en el lugar en que no debía.

Además de las cicatrices, la caída le había dejado otro regalo: lo había obligado a recordar a los seres que más quería. Su madre, que el Señor tuviera en su gloria, y su hermanastra Juliana, ahora felizmente casada con el hijo y heredero de su tío, Robbie MacKenzie.

Kenneth alisó los pliegues de la capa, mientras sentía un nudo en la garganta. Un nudo ardiente que no creía que pudiera tragar jamás. En

esa época su madre y su hermana lo necesitaban desesperadamente, pues vivían del dinero que él les enviaba cuando podía.

Dinero que ganaba con mucho esfuerzo y que les enviaba incluso en las épocas más difíciles, aquellos días en que no sabía dónde iba a pasar la noche, o si en la próxima cena iba a poder comer algo más que arenques salados y cerveza.

Solas en uno de los rincones más remotos de Glenelg, su madre y Juliana necesitaban de ayuda. Pero al caer al mar desde las

afiladas rocas del acantilado de Hirta, Kenneth se dio cuenta de que él también las necesitaba mucho.

Ése fue un aviso del destino y también el comienzo del final de sus días como uno de los mejores recolectores de aceite de pájaro de todas las islas del occidente y del norte.

Kenneth sintió que el corazón le daba un vuelco, mientras la cabeza se le llenaba de imágenes de pájaros marinos aleteando y graznando a su alrededor. Graznando de rabia, mientras se

preparaban para atacarlo. Al recordar ahora esos graznidos, se estremeció y se limpió las manos sudorosas en la capa.

Pero no tenía por qué quejarse. El buen Dios sabía que si su vida hubiese sido... diferente, no estaría allí ahora y sus pérdidas serían mucho mayores que tres pálidas marcas en la mejilla.

Mayores de lo que podría haber soñado jamás.

Y para probarlo sólo había que echarle una mirada a su mujer, tan deseosa y tan deseable.

Al pensar en ella, Kenneth cerró los ojos e inhaló profundamente el aroma de Mariota.

Su mente se llenó entonces con la imagen de ella y de los placeres que habían compartido hacía tan poco. El éxtasis y la felicidad. La cercanía. ¡Por todos los santos, la inmensidad del placer de estar con ella y la profundidad de su deseo eran casi abrumadoras!

Y no sólo por su sensualidad, por sus tibias redondeces o la promesa de horas de placer carnal. Para ser honestos, el simple hecho

de abrazarla, de tenerla entre sus brazos, era una felicidad irresistible.

La embriaguez más dulce.

Una embriaguez que nadie había despertado antes en él.

A pesar del nudo en la garganta, Kenneth tragó saliva y le lanzó otro vistazo a la oscura silueta de la Piedra del Bastardo, mientras deseaba que la caída de Cormac al mar hubiese sido tan providencial como la de él.

Providencial porque lo había llevado a encontrar a esa mujer que

lo miraba ahora en silencio, mientras que sus maravillosos ojos lo veían... todo.

—Gracias a Dios que no te mataste —dijo Mariota con voz suave.

Entonces Kenneth recordó tanto lo que había revelado como lo que no.

—Una caída. Nunca lo habría imaginado —prosiguió Mariota y se llevó una mano al pecho, mientras que por su rostro cruzaba un sentimiento muy cercano a la simpatía—. Sin embargo...

—Pero sabías que hice mi fortuna en el mar ¿cierto?

Ella asintió con la cabeza y la luz de la luna iluminó sus ojos.

—Algo había oído sobre eso, sí.

—Me imagino —le dijo Kenneth, al tiempo que le tocaba la mejilla con una mano áspera y callosa, propia de una persona trabajadora—. No es ningún secreto. Todo el mundo sabe que presté mis servicios a todos los galeones que los requirieron. Fui recolector de aceite de pájaro durante muchos años. Un

saqueador de nidos de los acantilados, pues los polluelos son los que tienen más y mejor aceite. En especial las gaviotas jóvenes.

Kenneth hizo una pausa y estiró una mano para jugar con un mechón de cabello de Mariota.

—Es un comercio insensato y me gustaría no haberlo practicado, pero el aceite de pájaro tiene mucho valor en toda la Cristiandad. Los marinos mercantes de la Liga Hanseática pagarían casi cualquier precio por él. Obtienen ganancias enormes, pues en todas partes los

clérigos requieren grandes provisiones de aceite. Lo consideran un aceite sagrado y lo usan para encender lámparas, ungir y hasta embalsamar cuerpos. Los médicos también lo compran. El mercado es infinito; pagan muy bien y la codicia es una gran aliada en esas empresas.

Mariota arqueó una ceja.

—Pero tú no eres codicioso — anotó, al oír que Kenneth pronunciaba esas palabras. Como todas las mujeres, oía más allá de lo que las palabras decían—. Eso lo sé

bien, sólo hay que ver cómo eres con tus hombres.

Todo Cuidrach sabía que Kenneth había pagado más del triple del precio por el ganado que le había comprado al padre de Jamie. Y todos sabían por qué. Mariota sintió que el corazón se le hinchaba de orgullo y comenzaba a latirle con fuerza. Incluso ahora, semanas después, los hombres seguían comentado con satisfacción la enorme alegría que le había dado el nuevo Guardián al joven Macpherson.

Decían que Kenneth era bueno de corazón. El mejor de todos los guardianes de Cuidrach en mucho tiempo. Un hombre como ninguno.

Segura de eso, Mariota deslizó la mirada hacia las ventanas altas y arqueadas, y luego más allá, hacia el lago Hourn, que se alcanzaba a divisar a lo lejos. Mientras disfrutaba del viento fresco procedente del mar y de su olor a lluvia limpia, respiró profundamente y permitió que el viento le aclarara las ideas. Con certeza, el Guardián de Cuidrach

era un hombre distinto a la mayoría. Un hombre que, además, tenía la gracia y la cautela de un predador nocturno y que ejecutaba cada movimiento con cuidado.

Un hombre tranquilo y seguro de sí mismo.

Eso también era evidente para todos.

Mariota frunció el ceño y le lanzó una mirada. Ese tipo de hombres no tropezaban con facilidad. Excepto, tal vez, con el cuerpo adormecido de cierto animal anciano, que siempre estaba

tumbándose en el camino de sus infortunados amigos de dos patas.

No, Kenneth MacKenzie no era un hombre propenso a dar malos pasos.

Pero era posible que lo hubieran... empujado.

O que las circunstancias lo hubieran vuelto un poco torpe.

Al caer en la cuenta de eso, Mariota sintió una enorme opresión en el pecho y se sintió rodeada de ráfagas de celos, poderosas y ardientes, que se le calvaron en el corazón.

—Sí fue una mujer —dijo, siguiendo su instinto—. Puede que no te arañara el rostro, pero de todas maneras te marcó... Al menos lo suficiente para que no tuvieras la cabeza en su sitio cuando te encontrabas en ese acantilado.

Kenneth suspiró con pesar y eso fue suficiente respuesta.

Además de la manera en que se ensombreció la expresión de su atractivo rostro.

—Me entristece hablar de eso —respondió y contuvo una maldición al ver la expresión de tristeza en los

ojos de Mariota.

Pero no había ninguna razón para quedarse callado, ella ya sabía la verdad.

Al menos, lo que ella creía que debía de ser la verdad.

—Sí, ese día estaba pensando en una mujer —dijo y caminó hacia la ventana, desde donde miró la noche y las estrellas que brillaban sobre el lago—. Se llamaba Maili y cuando la conocí era una doncella muy joven. Tenía unos ojos chispeantes, hoyuelos en las mejillas cuando sonreía y el cabello

rubio y suave como la seda. Era hija de un pescador y vivía con su padre en una cabaña, en una pequeñísima población frente al mar, muy al norte, no lejos de Durness. Maili remendaba redes y tejía canastos de juncos para los pescadores.

—Hasta que tú llegaste y te entregó el corazón...

—El corazón no —la corrigió Kenneth, al tiempo que se rascaba la nuca—. Nunca me dio su corazón, según supe después —añadió, mientras la miraba y esperaba que entendiera—. Mi

corazón fue el que quedó hecho trizas. Súbitamente, perdí todo aquello en lo que había creído y pensé que el mundo jamás dejaría de dar vueltas a mi alrededor.

En ese momento Mariota bajó la mirada y comenzó a jugar con el bordado de la bata que llevaba puesta.

—¿Tanto la amabas?

—En esa época, sí. Ella era joven, hermosa y... halagadoramente amable — respondió, mientras respiraba profundamente para tratar de

liberar la tensión que sentía en los hombros—. Cuando la vi por primera vez fue como ver el sol resplandeciendo a través de la niebla... Estaba completamente ciego, hechizado.

—¿Y ella no sintió lo mismo? — preguntó Mariota, al tiempo que levantaba la cabeza.

Kenneth miró hacia el fuego, con una mirada inescrutable.

Pero su silencio lo decía todo.

Hasta un ciego podía darse cuenta de que la experiencia que había tenido con la hija del

pescador le había roto el corazón.

Mariota se estremeció, a pesar de que la bata que tenía puesta era bastante gruesa. Aunque eso había ocurrido hacía muchos años y muy lejos de allí, podía sentir la falsedad de la otra mujer.

Una pesadilla que se había hecho realidad, parecida a la suya propia.

Sólo que a ella se lo habían advertido.

Mariota echó los hombros hacia atrás y mantuvo la cabeza en alto, asombrada de lo poco que le

importaban en ese momento sus propias penas. A decir verdad, ni siquiera podía recordar el rostro de Hugh el Bastardo.

Ni el de su mujerzuela.

Solo veía el rostro de él, de Kenneth, y lo único que deseaba era ser capaz de consolarlo.

—No sentía lo mismo.

Fue la propia Mariota quien contestó a la pregunta que ella misma había formulado. Sintió que el estómago se le revolvía de la rabia contra la mujer que había tenido a sus pies a ese hombre y lo

había traicionado.

—¿Nunca te dio ningún motivo para...?

—¿Dudar de ella? ¿Sospechar que me olvidaría y me haría a un lado en el instante en que apareciera un hombre mejor?

Kenneth se quedó mirándola, mientras sus dolorosas palabras flotaban en el aire.

—No, no tenía ni idea.

Mariota le sostuvo la mirada.

—Tampoco pensé que su padre me consideraría... inaceptable.

Kenneth hizo una pausa y le

clavó la mirada.

—Verás, me pagaban muy bien por mi trabajo en el mar y aunque les enviaba dinero a mi madre y a mi hermana, también ahorraba para mi futuro con Maili. Planeaba casarme con ella y quería tener una familia tan pronto como hubiera reunido lo suficiente para no trabajar más en el mar. Pero ella...

—¿Te dejó por otro?

—No, su padre la vendió a otro

—respondió Kenneth, mientras se llevaba la mano a las cicatrices de la mejilla, sin darse cuenta—. El padre

era un pescador entrado en años y tenía amigos entre los comerciantes y navegantes que poseían barcos. Un día se dio cuenta de que uno de ellos había puesto los ojos en Maili. Un hombre que casi le doblaba la edad, para el cual trabajé en más de una ocasión.

Kenneth desvió la mirada y se pasó una mano por la barbilla.

—Era mucho más pudiente de lo que yo lo era en ese momento... y no era bastardo. Según supe después, ésas fueron las razones por las que Maili accedió a casarse

con él. Y creo que fueron muy felices, aunque no podría asegurarlo, pues no la he vuelto a ver. Fue su padre quien me lo contó todo.

—Creo que la que más perdió fue ella —dijo Mariota, consciente de la rigidez del rostro de Kenneth—. Lo siento... no sé qué decir.

—No hay nada que decir. Son cosas que pasaron hace tiempo y ya no tienen importancia. Pero los santos saben que debí imaginármelo... Por mi condición de bastardo.

—Ah, sí, eso —asintió Mariota, consciente de que sus ojos debían de estar relampagueando—. Seguramente provienes de una unión no bendecida, Kenneth de Cuidrach.

Dio un paso hacia delante y le enterró un dedo en el pecho.

—Hay muchos como tú en estas hermosas montañas. Incluso el buen rey Robert Bruce tuvo hijos bastardos, ¡y los quiso mucho! Dos de los hijos no legítimos de mi padre crecieron dentro de los muros de Dunach, pues vinieron a

vivir con nosotros después de que sus madres murieron de fiebres.

—No me avergüenzo de mi origen —afirmó Kenneth y se apartó—. Pero también hay otras cosas que debieron ponerme sobre aviso.

—¿Cuáles? —dijo Mariota, al tiempo que ladeaba la cabeza y sentía cómo le palpitaba el corazón—. Sé cuánto te amó tu madre, todos hablan de tu devoción hacia ella. ¿Se trata acaso de tu padre? ¿Te trataba mal?

Kenneth apretó la boca, pero no

contestó.

Con la sangre ardiendo de indignación, Mariota lo agarró del brazo y lo apretó con fuerza cuando él trató de escaparse hacia la ventana.

—Ah, no, señor Guardián, no escondas tu dolor de mí. ¿Crees que después de crecer en un lugar lleno de hombres, no sé identificar todos sus sentimientos?

—Ah, pero eso ya no me duele, mujer —contestó Kenneth, mientras se preguntaba para sus adentros hasta qué punto era cierta

esa afirmación.

Tal vez era cierta en cuanto a la legendaria infamia del canalla de su padre. A decir verdad, la esposa de su tío le había contado que su padre sólo encontró la paz en la muerte, pues había sido desgraciado durante toda su vida.

Y no sólo la paz sino también el perdón de aquellos a quienes había herido profundamente.

Entre ellos, Kenneth.

Y ahora, desde su llegada a Cuidrach, también había dejado de sufrir por Maili.

¡Sólo le costaba trabajo aceptar por qué ya no le dolía!

El hecho de pensar en eso le produjo dolor de cabeza y sequedad en la garganta. Cruzó los brazos y volvió a mirar hacia la Piedra del Bastardo, mientras reconocía con el corazón las semejanzas que había entre sus historias, aunque el buen juicio le recomendaba ignorarlas.

A diferencia de Cormac, Kenneth le había entregado su corazón juvenil a una muchacha del pueblo, que permitió que la

ambición y la codicia mancharan su amor. O lo que él pensaba que había sido amor. Por su parte, el pastor, que fue en realidad el primer Guardián de Cuidrach, aunque sólo en espíritu, se ganó el corazón de la hija de un noble.

Una doncella que, según se decía, también lo amaba.

- ahora Kenneth se encontraba en una situación similar, pero tenía miedo de asumirla.
- la razón de su miedo lo estaba observando

precisamente ahora, con unos ojos verdes escrutadores que exigían una respuesta.

Unos ojos que le derretían el corazón.

—No me digas que no te duele. Creo que cada centímetro de tu cuerpo está sufriendo —lo increpó Mariota, con una expresión que lo desafiaba a negarlo—. Salvo, tal vez, ciertos... centímetros —agregó, mientras bajaba la mirada un poco—. Sé muy bien que hay algunas partes de tu cuerpo que no están afectadas...

Kenneth soltó el aire y miró hacia el techo.

—Sí, mujer, nunca había dicho palabras más ciertas —dijo, al tiempo que le acariciaba las mejillas con los nudillos—. Pero ahora voy a hablar más claro. Mira, si ver a Maili por primera vez fue como ver el sol a través de la niebla, conocerte a ti fue como ver cientos de rayos de luz iluminando la noche más oscura del invierno.

Retiró las manos de Mariota de su brazo y se las llevó a los labios.

—De hecho, ¡cientos de rayos de

luz iluminando todo un invierno!
—añadió y le besó los dedos.

—Sin embargo, ¿todavía quieres que me case y me vaya a compartir el lecho con ese tal... Duncan Strongbow?

—Él es una... opción que debes considerar, sí —dijo Kenneth, pero sus palabras le dejaron un sabor amargo en la boca—. Por ahora.

Mientras él lograba deshacerse de las preocupaciones que tanto le pesaban sobre los hombros.

—¿Y después? —Mariota ladeó la cabeza y se quedó mirándolo—.

Cuando llegue la primavera, ¿me enviarás al cuidado de otro hombre? ¿Me arrojarás a los brazos de otro después de haberme tenido en los tuyos?

Kenneth se sonrojó y sintió que una oleada de calor le subía por el cuello.

Ahora sabía por qué detestaba tanto las mentiras.

Los engaños.

Mientras trataba de encontrar una manera de salir de ese embrollo en el que él mismo se había metido, miró a su alrededor y

fijó la vista en los nichos de piedra que solía haber en los castillos para guardar objetos valiosos. Tallados en el muro de la estancia, aprovechando su grosor, había cuatro nichos en total, dos a cada lado de la chimenea. El hecho de que existieran indicaba que tenía fe en la fortaleza de Cuidrach y en la valentía de los hombres que patrullaban las imponentes murallas del castillo.

Imponentes en los tiempos de Ranald el Formidable, pero no en el presente, se dijo Kenneth mientras

se estremecía al pensar en el estado actual de los muros y murallas de Cuidrach.

Hasta que Cuidrach fuera totalmente restaurado, no podrían defenderse de un ataque exterior.

Especialmente si había mujeres adentro.

Y él, con título de caballero o no, tenía más habilidad para robar nidos de pájaros que para enfrentarse a un grupo de asaltantes con la espada.

Kenneth frunció el ceño y suspiró.

Independientemente de lo mortificante que fuera, era un hecho que Mariota estaría mejor si se casaba y se iba a compartir el lecho de ese tal Duncan Strongbow.

O mejor aún, con un hombre real que tuviera sus mismas cualidades.

Pero Kenneth prefería morir antes que dejarla ir.

No ahora.

Simplemente tendría que enfrentarse a sus demonios y probarse a sí mismo, de una vez y para siempre, que era una persona

valiosa.

Y algo dentro de él le decía que pronto tendría la oportunidad de hacerlo.

—Tú, pequeño demonio — ronroneó la viuda unas noches después, al acariciar la enorme virilidad de Jamie el Pequeño. Con la respiración cada vez más agitada y los ojos más ardientes, lo miró a través de sus largas pestañas—. No me habían advertido de que me ibas a proporcionar tanto... placer.

Jamie se sonrojó.

No pudo decir nada. Y aunque hubiera podido pensar en algo audaz que decir, tenía la lengua hecha un nudo y temblaba tanto que lo único que habría podido pasar a través de sus labios habrían sido balbuceos ininteligibles.

A lo sumo, un tosco resoplido.

Entonces dijo lo primero que se le ocurrió.

—Alguien debió advertirte de que hay ocasiones en que no quepo.

La viuda sólo sonrió.

—Ah, Jamie, hasta ahora no he visto una espada que no pueda enfundar —dijo y se acercó de manera que las puntas endurecidas de sus senos rozaron el pecho desnudo de Jamie.

—Y tampoco me da miedo el impulso de... ninguna lanza —añadió y acercó sus labios de miel a la boca del caballero—. Te deslizarás sin problemas y hasta el fondo, lo prometo.

Pero Jamie tenía sus dudas, aunque ella no mostraba ningún signo de preocupación.

Él prácticamente no podía respirar. Nunca había estado tan excitado, ni su miembro, tan duro y firme.

Especialmente cuando ella le agarró las manos y se las puso sobre los senos, sobre esos pezones duros y erguidos que él comenzó a lamer y a apretar suavemente, aunque sentía el pecho tan encogido que le dolía y tenía tensos ¡hasta los dedos de los pies!

Entretanto, la viuda deslizaba con dulzura su cabeza negra y sedosa por el pecho de Jamie y lo

enloquecía con sus dedos hábiles. El aroma a aceite de rosas que se desprendía de su cabello lo embriagaba y terminaba de nublarle los sentidos.

—¡Ay, Santa María y San José! — gimió Jamie, que no sabía si quitarse la ropa que todavía llevaba puesta o abrazar a la viuda de ojos ardientes y apretarla contra la pared ahumada, aunque también pensaba que tal vez sería mejor escabullirse antes de que la cabeza le estallara en mil pedazos, como consecuencia de todas las cosas que

ella le estaba haciendo.

Un hombre sólo podía soportar cierto número de cosas buenas.

Sin embargo, esa parte de él seguía aumentando de tamaño y alargándose de una manera que ni el propio Jamie, que era quien mejor conocía esa parte de sí mismo, hubiera considerado posible. Sentía cómo su virilidad palpitaba y estaba tan ardiente como los arenques que ella había puesto al fuego.

Pero ése era el único lugar al que no debía haber mirado, porque

las llamas azuladas y anaranjadas que vio ardiendo en el hogar sólo le hicieron pensar en que estaba a punto de condenarse a pasar miles de años sobre el hornillo más caliente del infierno por permitirse semejante abandono carnal con una mujer perversamente encantadora y ¡por lo menos diez años mayor que él!

Cuando sintió una ráfaga de calor en la nuca, Jamie se dio cuenta de que estaba totalmente desnudo. De alguna manera, y sin que él lo notara, ella le había

quitado las botas y los pantalones y ahora tenía su virilidad entre las manos, mientras miraba su cuerpo con la expresión de quien nunca ha visto nada igual.

—Umm, tienes un cuerpo espléndido —ronroneó la viuda nuevamente, con los ojos todavía más abiertos—. Deberían llamarte «potro de batalla».

Jamie sintió que el rostro le ardía y miró hacia abajo.

Sin embargo, no pudo compartir la sorpresa de la viuda, pues sabía que su miembro apenas le cabría en

las manos y no había manera de que los dedos alcanzaran a tocarse. A decir verdad, tres manos no serían suficientes para rodearlo.

—Traté de advertirte —dijo, con una voz casi imperceptible, pues ella se había arrodillado y lo estaba... lamiendo—. No muchas mujeres pueden...

—Pues siento lástima por esas desafortunadas —murmuró la viuda, mientras le acariciaba los testículos y abría los labios para chuparlo.

—¡Por todos los santos! —gimió

Jamie y cerró los puños.

—No hables, simplemente disfruta —murmuró ella, mientras lo masajeaba—. Me dijeron que necesitabas alivio... y te lo voy a proporcionar.

La viuda lo miró desde abajo, mientras le pasaba la lengua por todo el contorno de su miembro. Movía la cabeza de arriba abajo, una y otra vez, y cada vez que succionaba, Jamie sentía que llegaba más adentro de su tibia boca. Él estaba tan tenso que se hizo sangre en las palmas de las

manos con las uñas y sintió que los dedos de sus pies cavaron un hueco en el frío suelo de tierra de la casa.

Un suelo que súbitamente se inclinó bajo sus pies, cuando la noche pareció volverse negra y todas las estrellas del cielo cayeron sobre la pequeña cabaña y comenzaron a girar alrededor de él, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y rugía, mientras su semilla se regaba con ardor por la garganta de la viuda y él saciaba todas esas ansias que llevaba arrastrando desde hacía tanto

tiempo.

Horas después, cuando ya se alcanzaba a adivinar la luz del amanecer alrededor de la cabaña y Jamie yacía exhausto después de haber saciado sus deseos por séptima vez en los brazos de la viuda, y ya ni las curvas de esta última ni sus miradas provocativas podían hacer que se moviera, ella se levantó del jergón y se puso frente a él. A pesar de la hora, su desnudez seguía siendo completamente gloriosa, pero el ardor de sus ojos era ahora totalmente diferente.

—Tú eres un hombre de sangre apasionada y espíritu decidido — dijo la viuda, al tiempo que separaba un poco los muslos para que él tuviera una vista perfecta de los rizos que adornaban su feminidad—. Me pregunto si también tendrás el coraje de transmitirle un mensaje de advertencia a un amigo común.

—¿Coraje? —Jamie pasó saliva y usó toda la fuerza que pudo reunir para quitar sus ojos de ahí y mirarla a la cara—. Señora, soy capaz de enfrentarme a cualquier cosa.

Especialmente si se trata de un amigo.

La viuda arqueó una ceja negra y brillante.

—¿Y si parte de esa advertencia puede no ser del agrado de ese amigo?

—Incluso así. Si saberlo le es de utilidad —prometió Jamie, al tiempo que sentía las palpitaciones de su corazón.

Pero ¡por todos los santos!, la viuda se había acercado un poco más y de repente un rayo de luz de luna la bañó en color plateado,

acariciándole los senos redondos e intensificando el misterio oscuro e irresistible que asomaba entre sus muslos.

Jamie sintió que el cuerpo se le endurecía otra vez, así que la agarró de los tobillos y contuvo un rugido.

—¿Y quién es ese amigo? No me lo has dicho.

—No te lo he dicho porque sólo es una suposición —dijo, al tiempo que se quitaba el pelo de la cara. Un gesto que mejoró la vista más de lo que Jamie podía soportar—. Dime, Jamie Macpherson, ¿el nombre

Mariota Macnicol significa algo para ti? ¿Para tu Guardián?

Jamie sintió que se quedaba sin aire.

Y hasta el deseo que sentía se congeló.

Era imposible que esta viuda supiera de la vergüenza que había pasado en el tanque de piedra.

Pero ella sólo respiró tranquilamente y lo miró con sus ojos negros y ardientes.

—Tal como me lo que imaginaba —dijo con voz baja y profunda, pero también cautelosa—. ¿Ella es

la mujer de tu Guardián?

Jamie asintió con la cabeza.

—Eso es lo que todos dicen... o esperan —dijo, mientras la suavidad de las pantorrillas de la viuda y el olor a almizcle y aceite de rosas dificultaban su concentración—. Creo que él está enamorado de ella.

—Entonces debes prevenirle lo más pronto posible —dijo y clavó en él la mirada—. Cuéntale que tuve una... visita desagradable. Él sabe que usualmente no rechazo la compañía. Pero éstos eran hombres

de mala calaña. Demonios malencarados que...

—¡Por la Cruz! ¿Te hicieron daño? —Jamie trató de levantarse, pero ella se arrodilló rápidamente y comenzó a frotar su húmeda feminidad contra el miembro de Jamie, describiendo lentos círculos.

Casi sin aliento, Jamie miró la espada enfundada en el cinturón, que estaba abandonado cerca de la puerta.

—Debes contármelo, mujer. Los cortaré en pedacitos y luego los...

—No es necesario. —Lo besó, y

la tibieza de sus labios volvió a encender el deseo en la virilidad de Jamie.

—Verás —comenzó a decir, mientras suspendía el beso—, he vivido sola durante suficiente tiempo como para saber cómo desalentar a los huéspedes indeseables. Simplemente les dije que sufría malestares femeninos.

Jamie se sonrojó.

—Y estos... hombres ¿preguntaron por lady Mariota?

La viuda asintió y comenzó a meterlo dentro de ella, como si ese

gesto pudiera suavizar la respuesta.

—Debes decirle a sir Kenneth que esos hombres están buscando a su dama —dijo, mientras subía y bajaba alrededor de él—. A ella y a su doncella.

En medio de la lujuria que Jamie sentía, un recuerdo se coló en su memoria, un comentario que había oído sin querer.

—¡El caballo de agua! —exclamó, mientras la agarraba de las caderas—. ¡Esos deben de ser los hombres de los cuales ella estaba huyendo, los que la querían

sacrificar al caballo de agua de Assynt!

—Es posible —dijo la viuda, al tiempo que comenzaba a moverse sobre él más fuerte y rápidamente —. Pero también la quieren por otra razón —añadió y arqueó la espalda —. Una muy grave.

Jamie escasamente la oyó, pues la lujuria rugía dentro de él, nublandole el entendimiento y conduciéndolo al octavo éxtasis de la noche.

—¿Grave?

—Incluso peor —dijo la viuda,

pero Jamie apenas pudo oír el eco de su voz, en medio del frenesí que lo embargaba—. No creo en nada de lo que dijeron, pero los hombres que buscan a Mariota Macnicol dicen que ella es una asesina.



Capítulo 12

Kenneth se quedó inmóvil en la escalera de caracol, estaba demasiado sorprendido y desconcertado para moverse. Cuando se le cayó una de las bolsas de monedas que llevaba en la mano, se quedó mirando cómo rodaba hasta que se detuvo unos escalones más abajo, con un golpe seco.

Irritado por la perspectiva de tener que enfrentarse a un desastre,

respiró bruscamente y miró a sus hombres, en especial a Jamie el Pequeño.

El mensajero de esas noticias tan asombrosas.

De esas malas noticias.

Jamie también estaba mirando la bolsa de monedas que se había caído. Pero no la miraba relajadamente, de manera desprevenida, no. El joven caballero estaba tieso como si se hubiera tragado una lanza y su enorme cuerpo estaba tan duro que parecía que fuera de piedra. Kenneth nunca

lo había visto tan rojo como en esos momentos.

Tampoco lo había visto nunca tan triste, tan abatido.

Pero Kenneth sabía que él tampoco tenía mucho mejor aspecto en esos momentos. A decir verdad, sentía una rabia que le quemaba como el fuego y casi echaba humo por las orejas.

Sabía que aquel músculo debajo de su ojo muy pronto empezaría a temblar. Un rasgo de los MacKenzie, molesto pero inevitable.

Conmocionado, volvió a mirar a Jamie.

—¿Una asesina? —Kenneth contuvo la respiración, mientras el eco de las escaleras replicaba su indignación—. ¿Y no de uno sino de dos hombres?

Jamie tragó saliva tan duro que todos alcanzaron a oír y asintió con la cabeza, con una tristeza palpable.

Los demás hombres que estaban en las escaleras se miraron los unos a los otros.

Ninguno habló.

Cada uno sostenía una o dos

bolsas de monedas y miraban con los ojos muy abiertos.

Pero no a Kenneth.

Ah, no, estudiaban sus propios pies, o miraban los muros, o las pesadas bolsas de cuero que llevaban en las manos. Miraban a cualquier parte menos al Guardián de Cuidrach.

Pero Kenneth los ignoró a todos, menos a Jamie el Pequeño. Puso en el suelo las bolsas que todavía tenía en las manos y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Entonces —dijo, y entrecerró

los ojos, al tiempo que observaba al robusto y joven caballero que acaba de subir las escaleras tambaleándose, con la cara roja y sin aliento—. Haz que el sol brille nuevamente, Macpherson. Dime que no te he oído bien. ¡No arruines el día en que quería comenzar a reconstruir mi vida otra vez!

Pero Jamie sólo sacudió la cabeza y se pasó una mano por el pelo desordenado.

Al ver lo mal que se sentía, Kenneth se aclaró la garganta y dio

gracias por poder tomar aire de la corriente fría que entraba por una de las ranuras para lanzar flechas, labrada en la pared de las escaleras.

—Esto es imposible de creer— dijo, empujando las palabras a través de la rabia que sentía—. ¿Asesinar a dos hombres? ¡Ja, es lo que digo!

Mientras sentía cómo le palpitaban las sienes, miró a Lachlan, que estaba dos escalones más abajo.

—Sigue guardando las monedas —le ordenó a su capitán, que tenía

el rostro rígido—. Supervisa que las bolsas queden organizadas dentro de los cuatro nichos y asegúrate de que los candados queden cerrados. Y cuelga un tapiz encima de cada uno.

—¿Todavía quieres que depositemos las monedas en la habitación de lady Mariota? —preguntó una voz profunda desde los primeros escalones.

—¿Ahora que esos desgraciados pueden irrumpir en cualquier momento? —dijo otro, y su afirmación fue secundada por las

palabras de aprobación de algunos caballeros.

—¡Especialmente ahora! — contestó Kenneth, más seguro que nunca del camino que debía seguir.

Sin embargo, las palpitaciones que sentía en la cabeza fueron aumentando, así que cerró los ojos y respiró profundamente. Lo suficiente para recuperar la sensatez... y el control.

Aunque sentía un inmenso deseo de estrangular a cualquiera que se atreviera a poner en tela de juicio el nombre de su dama.

Pero por ahora se aclaró la garganta y se pasó una mano por el cuello.

—Sí, estoy seguro de que quiero guardar las monedas en los nichos de las paredes de la habitación de lady Mariota, tal como había dicho —confirmó y sintió alivio al oír la firmeza de su voz.

Sonaba tranquilo.

—Nada ha cambiado, mis buenos hombres, y que la desgracia caiga sobre el que tenga una opinión contraria —añadió, mientras los observaba con la

mirada más feroz que fue capaz de lanzar.

Una mirada tan intensa que habría enorgullecido a su tío.

Tal vez hasta al mismo Ranald el Formidable.

Sin embargo, el silencio se llenó enseguida de una oleada de objeciones. Aunque nadie protestó airadamente, los hombres se expresaron por medio del estruendo de botas que pisaban con más fuerza y algunos murmullos disimulados y gestos de la boca. Pero finalmente fruncieron el ceño

como sólo lo saben hacer los escoceses y uno a uno fueron inclinando la cabeza.

Satisfecho, Kenneth esperó hasta que reanudaron el penoso ascenso de la escalera circular y agarró a Jamie del brazo.

—Ven —le dijo, con una voz calmada que escondía una tremenda furia.

Arrastró al joven hasta una pequeña habitación construida dentro del muro y cerró la puerta de un golpe.

—Juro por Dios que nunca

había oído un disparate igual —dijo y lo miró con ojos penetrantes.

—¡Es cierto! —gritó Jamie, mientras subía y bajaba la cabeza, meciendo su melena rojiza—. Me pareció que era mi deber advertirte, tal como lo hizo la viuda. Ella no creyó ni una palabra de lo que dijeron esos hombres.

Jamie clavó la mirada en el suelo y quitó una pelusa de su capa.

—Verás, ella dijo que eran hombres de mala calaña...

—¿Y acaso crees que puedo pensar algo distinto? —Kenneth

caminó hasta la pequeña ventana de la habitación y dio media vuelta —. Escúchame bien, muchacho, no creo nada de esto. ¡Y si mi mujer clavó una daga en el corazón de un hombre, estoy seguro de que tenía una buena razón!

—Yo tampoco creo que sea una asesina —dijo Jamie, aunque, debido a toda la confusión y la indignación que sentía, el favorito de Kenneth no se atrevió a mirarlo a los ojos.

En efecto, cada vez que Kenneth lo miraba de esa manera, el

muchacho clavaba los ojos en la capa o comenzaba a estudiarse los pies. Abría la boca como si fuera a decir algo, pero luego la cerraba, antes de pronunciar palabra.

Kenneth frunció el ceño.

—Cuéntamelo otra vez. ¿A quién se supone que asesinó? ¿A su marido? ¿A Hugh Alesone? — Kenneth comenzó a pasearse de un lado a otro y miró otra vez al joven con ojos fulminantes—. Me parece que tenía el título de Bastardo de Drumodyn.

—Sí, ese mismo —confirmó

Jamie, con las mejillas ligeramente rosadas—. Lo encontraron con la daga de ella enterrada en el corazón, en la cama que compartían, sí. Dicen que estaba... desnudo, señor.

Kenneth hizo una mueca de dolor.

—¿Y el otro?

—Un guardia, como ya le he dicho. —Jamie se rascó la barbilla con el dorso de la mano—. Lo encontraron a la puerta de la celda de la que ella se escapó, con un tajo en la cabeza.

Kenneth se tragó la bilis que le subía por la garganta.

—Entonces, ¿nadie fue testigo de esos... supuestos asesinatos? —preguntó, con un nudo en las entrañas.

—Creo que no.

Kenneth volvió a dar media vuelta, mientras cerraba y abría los puños.

—Y ¿tú qué crees? Puedo ver por tu actitud que hay algo más.

—Hmm, sí, bueno. —Jamie parpadeó y tosió—. Creo que esos desgraciados llegarán muy pronto

hasta nuestra puerta. Le dijeron a la viuda que habían oído hablar de Cuidrach y sabían que estaba vacío. Sospechan que lady Mariota se ha refugiado aquí.

—Como afortunadamente hizo —dijo Kenneth, con convicción—. Y si deciden seguirla, se van a arrepentir.

Eso esperaba.

—Ah, con toda seguridad les prepararemos una bienvenida apropiada —prometió Kenneth, sintiendo que la tensión le revolvía las entrañas.

Y hacía que le sudaran las palmas de las manos.

Era un hombre muy hábil en el mar, pero no era un guerrero nato.

Sin permitir que las dudas empeoraran el mal humor que ya tenía, puso las manos alrededor del cinturón de su espada y les suplicó a los santos que, cuando llegara el momento, pudiera aprovechar las sofisticadas técnicas con la espada que le habían enseñado su primo Robbie y Lachlan.

Pero había pasado mucho tiempo desde esas lejanas épocas

en el castillo Eilean Creag de su tío, y nunca había tenido la oportunidad de probar esas habilidades.

Sin embargo, su habilidad para reconocer que alguien estaba intranquilo seguía intacta.

Especialmente alguien tan sincero y abierto como Jamie. El muchacho le estaba ocultando algo. Algo que creía que lo iba a molestar.

Seguro de que iba a ser así, Kenneth hizo caso omiso del miedo que le atenazaba el corazón y

fulminó a su joven amigo con otra mirada penetrante.

—Entonces —dijo nuevamente y cruzó los brazos—. Todavía hay algo más que debo oír ¿verdad? ¿Algo que consideras que es mejor no decir?

El joven Jamie se demoró en contestar.

—Esto va a despertar tu ira, señor.

—No tanto como el silencio —aseguró Kenneth, con el corazón acelerado—. O lo que adivino sólo con mirarte.

—Sí, bueno... —dijo Jamie, pero no pudo seguir.

—Sí, bueno, en efecto...

Kenneth se acercó todavía más y le puso una mano en el hombro.

—Habla ya —dijo con un tono que no permitía contradicción—. Y no me engañes. Tengo que saberlo... todo.

—Tenga cuidado, milady, o acabará tirándolo todo al suelo.

—Ya... pero no puedo tener cuidado, no puedo pensar —dijo

Mariota, que no podía respirar bien después de lo que le había contado Nessa—. Ahora... con lo que me has dicho.

Pero Nessa simplemente le lanzó una mirada larga y severa, agarró el pesado canasto lleno de arenques ahumados que Mariota tenía entre los brazos y lo puso encima de la mesa de la cocina.

—Usted no tiene por qué saberlo —añadió, mientras se secaba las manos—, pero estas cestas de pescador son las mismas que se utilizan para cargar la turba

y los desechos que trae el mar. El fondo tiene unas bisagras que se abren para depositar la carga en el lugar apropiado... ¡Un lugar oculto para que no pueda encontrarlo cualquier chucho vulgar, como ese que está ahí esperando probar estas delicias!

Al oír esto último, *Colin* se enderezó y alzó una pata, con una mirada llena de esperanza.

Contenta por la distracción, Mariota sacudió la cabeza.

—Ah, no, muchacho, no hay arenques para ti —canturreó,

mientras se agachaba para agarrar la pata que *Colin* le ofrecía—. Pero tendrás un buen hueso —añadió y le dio un hueso grande y carnosos.

Un trofeo que el perro se llevó a un rincón distante de la cocina, donde se echó con un resoplido de felicidad, pues ya se había olvidado totalmente de la tentación de los arenques ahumados.

Justo de la misma manera en que ella debía de haber salido de la mente de Hugh Alesone, tan pronto éste puso sus manos sobre las curvas voluptuosas de la

tabernera de Assynt.

Mariota tembló y sintió escalofríos por la espalda; una incomodidad que parecía estarle avisando que tenía que estar alerta.

Pero no por Hugh Alesone.

Ah, no, ahora la embargaba una preocupación mucho mayor, que la llenaba de terror y de... dudas.

Tenía el mal presentimiento de que Kenneth la dejaría, en el mismo instante en que ella le revelara su último secreto. Mariota quería contárselo esa misma noche y lo habría hecho si Nessa no le hubiese

contado por qué a Kenneth sólo le gustaban las viudas.

O, para decirlo mejor, por qué despreciaba a las mujeres que caían en desgracia.

Mujeres manchadas, despreciadas por Dios y por los hombres.

Almas errantes que no eran aceptadas ni por sus familias y que estaban muertas para aquellos que alguna vez las habían amado. Mujeres olvidadas, señaladas como escoria por haber hecho caso a sus corazones y haber confiado, por

haber sucumbido a las palabras hábiles de hombres sin escrúpulos.

Mariota respiró de manera entrecortada y los pulmones se le llenaron con el agradable aroma de leña ardiendo en el hogar, carne asada y pescado seco y salado; tortas de avena, cerveza negra y malta espumosa. Aunque esos deliciosos aromas domésticos no lograron cambiar su estado de ánimo.

Con el corazón todavía alterado, Mariota hervía de rabia al pensar en el pasado que no podía deshacer.

En ese pasado de Kenneth, que amenazaba con anular todas las esperanzas a las que ella se aferraba con desesperación.

Mariota se torturaba pensando en lo que sucedería si Kenneth descubría que ella era una mujer de las que él evitaba.

Sin saber qué hacer, miró alrededor de la cocina llena de humo, tratando de no prestarle atención al viejo *Colin* con su hueso.

Ni a la mirada escrutadora de Nessa.

Cuando vio un banco de roble apoyado contra la pared al otro lado de la cocina, concentró allí su atención y deseó atravesar la habitación, sentarse en ese banco, cerrar los ojos y abrirlos en otro lugar.

O mejor todavía, ser otra persona. Alguien sin mancha. Limpia y libre.

Pero luego parpadeó para sacudirse las lágrimas que se negaba a derramar y volvió a la mesa. Estaba repleta de trozos de carne, cerdos asados y rebanadas

de pan negro todavía caliente; pero los arenques fueron los que llamaron su atención.

Y apenas los vio, sintió que el estómago se le revolvía y un resentimiento injusto comenzó a latirle en el pecho.

—Parece que la viuda le ha enviado a sir Kenneth toda su provisión de arenques ahumados — dijo y sintió frío a pesar del calor que hacía en la cocina.

—Los ha enviado para *todos*, milady —la corrigió Nessa, mientras examinaba los arenques

—. Y son de los buenos. De la misma calidad de los míos, si no mejores.

Pero Mariota apenas la escuchó, pues sabía que Nessa quería distraerla, quería evitarle el dolor.

Pero no podía. Ella misma le había clavado a Mariota una espina en el corazón, aunque de manera bienintencionada e inocente. Y no podía deshacer sus actos, aunque hubieran sido cometidos sin maldad.

—Ah, yo sé por qué la mujer envió sus arenques —afirmó

Mariota, con la esperanza de que nadie más notara el temblor de su voz—. Sir Kenneth es un buen Guardián, un hombre de gran corazón. Le va a regalar a la viuda una buena vaca lechera y otras provisiones cuando llegue la primavera; le prometió que la protegería. Ella es agradecida...

Las palabras de Mariota se desvanecieron en un murmullo, cuando se fijó en los sacos de harina y sal que estaban apilados cerca de la puerta de la cocina. En las cajas llenas de venado seco,

botas de vino y potes de miel. En las pequeñas cestas cubiertas con pañuelos que contenían jalea y pastelillos fritos. Había tres o cuatro bloques de queso redondos y grandes, piezas de lana y algodón enrolladas, y cuero muy suave para hacer zapatos y correas.

Todo eso, provisiones y regalos para la viuda de Glenelg.

Bienes que esperaban ser transportados tan pronto como un caballero lujurioso se ofreciera a ir hasta el lugar donde lo esperaban placeres innumbrables en los

brazos de la viuda agradecida.

Los brazos lujuriosos de la viuda.

Mariota sintió la nuca caliente y tragó saliva, mientras se imaginaba a una viuda voluptuosa, de cabellera brillante, oscura, larga y ondulada. Una tentación con ojos seductores, que se movía con lánguida gracia y enloquecía a todos los hombres que la veían pasar y que, además, embrujaba para siempre a aquellos que obtenían sus favores y disfrutaban de sus encantos.

Al contemplar tal imagen, frunció el ceño, se pasó una mano por los ojos y se encogió de hombros.

—El Guardián de Cuidrach ayudará a cualquier persona de la región que lo necesite —dijo y se aferró a esa certeza para borrar de su mente los demás pensamientos.

Nessa resopló y apartó un mechón de pelo que le había caído sobre la frente.

—Usted se está dejando angustiar por miedos infundados —la regañó, mientras limpiaba el

pescado con dedos ágiles—. La viuda ya ha escogido al joven Jamie para satisfacer sus necesidades; todo el mundo sabe que él la visitó hace poco. Y usted bien sabe... lo mucho que debió complacerla.

Nessa miró a Mariota y arqueó una ceja.

—Usted también sabe que digo lo que pienso, milady. Y le digo que se está imaginando cosas que no son ciertas. Su Guardián está demasiado enamo...

—Ay, ¿es que acaso no te das cuenta? —Mariota se puso la trenza

sobre el hombro, mientras sentía que el corazón le iba a estallar—. ¡Yo no estoy segura de sus sentimientos! Quisiera estarlo. Pero... yo lo amo.

Miró hacia un lado y parpadeó abruptamente.

—Sí, Nessa, lo amo —admitió—. Con más fuerza y profundidad de lo que jamás amé a Hugh Alesone; más de lo que me imaginé que fuera posible. Lo que me hiela la sangre no es perderlo en los brazos de la viuda lujuriosa ¡sino el miedo de perderlo si se entera de que yo

no soy una viuda!

La cabeza le daba vueltas y bajó la voz.

—¿Qué hará si descubre que le mentí?

—No hará nada, porque él la ama de verdad. Y realmente la ama, de eso estoy segura, aunque usted no lo esté. Lo que siente por usted es evidente, ¡pregúntele a cualquiera que viva dentro de estas paredes! —Nessa agarró una jarra de malta—. Tenga, milady, beba y no se preocupe.

—Lo dices como si fuera fácil. —

Mariota puso la jarra de malta en la mesa, sin haberla probado—. Pero tú misma me contaste la historia de su madre. La manera en que una mujer caída en desgracia arruinó su vida y cómo ese sufrimiento marcó a Kenneth, que siente aversión por ese tipo de mujeres.

Nessa resopló.

—Usted no es una mujer así, y eso lo sabe —aclaró, mientras sacudía la cabeza—. Lachlan me contó que el padre de sir Kenneth fue seducido por una mujer adúltera sin ningún tipo de

escrúpulos. Precisamente, la esposa del tío de sir Kenneth. O, mejor, su primera esposa. Una mujer perversa y caprichosa hasta los huesos, según el decir general.

Mariota desvió la mirada, sin estar convencida.

—¿Acaso no lo ve? —dijo Nessa y le tocó el brazo—. No es raro que semejante escándalo lo haya prevenido contra las mujeres perversas... prostitutas y mujeres de vida alegre, de las que no tienen ningún tipo de escrúpulo.

Pero Mariota sólo sacudió la

cabeza, pues la palabra prostituta le quedó resonando en los oídos.

Eso fue lo que le gritaron los hombres de Hugh el Bastardo la noche en que él murió, cuando fue apuñalado por Elizabeth Paterson con su daga.

Era una acusación que tampoco podía negar.

A pesar de que creyera haber amado a Hugh Alesone más que a la vida misma.

Mariota hizo un esfuerzo para sobreponerse y miró a Nessa, mientras deseaba poder tener la

misma confianza y la misma fe que ella tenía.

Los santos sabían que solía tener esas cualidades, pero ahora esas épocas parecían muy distantes.

—Él no lo entenderá, ¿no te das cuenta? —dijo y volvió a pasarse una mano por la mejilla—. Lo que me dices significa que las mujeres le han hecho daño dos veces. Primero fue el sufrimiento de su madre por una mujer ligera de faldas y luego la traición de Maili, la hija del pescador que se casó con otro, rompiéndole el corazón, y que

le echó sal a la herida al decirle que lo había dejado por ser un bastardo y por la reputación de su padre.

Nessa volvió a resoplar.

—Una noche oí a los hombres de sir Kenneth conversando en el salón. Decían que la primera esposa de Duncan MacKenzie era mucho más que una mujer *ligera de faldas* y que la tal Maili era una descarada en la que nunca debería haberse fijado.

—Aun así... —dijo Mariota y se mordió el labio.

Como no podía respirar bien, se

acercó a la ventana más cercana en busca de aire.

—Por piedad, Nessa, aunque él pueda aceptar mi flaqueza respecto a Hugh y creer que siempre pensé que Hugh me iba a tomar por esposa, se sentirá desolado al saber que le mentí —dijo Mariota y se volvió a mirar a Nessa, mientras sentía que la angustia le asfixiaba el corazón—. Nunca volverá a confiar en mí ¿entiendes? No después de haber mantenido silencio durante tanto tiempo.

—¿Y acaso usted cree tan poco

en él que no puede darle la oportunidad? —Nessa ladeó la cabeza y chasqueó la lengua.

—No confío en mi fortaleza, sé que no sería capaz de soportar que él me rechazara —admitió Mariota, pues la angustiaba tremendamente el miedo a perderlo—. No puedo correr ese riesgo.

Pero, en ese momento, una pequeña sonrisa se asomó a los labios de Nessa.

—¿Y si le digo que él confía en usted mucho más de lo que usted se imagina? —Ahora la sonrisa le

llegaba casi a los ojos, iluminándolos y haciéndolos brillar —. Dígame, milady, ¿qué responde a eso?

—Respondo que te estás volviendo loca —declaró Mariota, pero de todas maneras sintió que el corazón le volvía a palpitar—. O que la luna llena te está afectando más de lo que es normal.

—Ninguna luna llena, milady. —Nessa se llevó un dedo a los labios y miró por encima del hombro hacia la oscuridad del sinuoso pasadizo que conducía a la cocina

—. Dígame, ¿acaso no ha oído las pisadas que suben y bajan las escaleras mientras trabajamos aquí adentro? —preguntó, mientras se volvía hacia Mariota—. ¿Los murmullos y las pisadas de muchos hombres?

Mariota frunció el ceño.

—No he oído nada —respondió sin entender.

No había oído nada, salvo el chisporroteo del fuego, el sonido de la lluvia que entraba por las ventanas abiertas y, por supuesto, el martilleo de su corazón.

Además del ruido que hacían los colmillos de *Colin*, mientras trituraba el hueso.

—Es una pena. —Nessa bajó la mirada e hizo como que se arreglaba las faldas—. Mire, si hubiera escuchado con mayor atención, habría oído los sonidos de la confianza.

—¿Los sonidos de la confianza?

—Ah, sí... los dulces sonidos de una creciente confianza.

Mariota parpadeó y aguzó el oído... Pero a pesar de eso, no oyó nada inusual.

—No comprendo —dijo—. Habla claro, ya que tanto te enorgulleces de decir lo que piensas.

—Pues que así sea —dijo Nessa. Estaba radiante—. Cuando Lachlan me contó por qué sir Kenneth siente tanta repulsión por las mujeres caídas en desgracia, yo también tuve miedo de que él no la fuera a escuchar cuando usted le contara la verdad sobre Hugh el Bastardo, el hecho de que él era su amante y no su marido.

Mariota cruzó los brazos y

volvió a sentir frío.

—¿Y qué ha hecho que pienses de otra manera?

—La confianza que él tiene en usted, milady —explicó Nessa, que comenzó a hablar otra vez con acertijos.

En ese momento se acercó y agarró a Mariota de los brazos.

—Mire, si él la ama lo suficiente como para confiar en usted como no ha confiado en ninguna mujer en todos estos largos años, no la va a decepcionar cuando usted le cuente la verdad.

Mariota se soltó de las manos de Nessa.

—¿Y cómo sabes que confía en mí? ¡Eso es lo que quiero oír!

Nessa volvió a mirar hacia el pasadizo detrás de la puerta.

—¿Acaso no se ha preguntado por qué le pedí que me ayudara hoy? ¿Acaso no sabe que yo no necesito la ayuda de otra mujer en la cocina? ¿Que prefiero abordar estas tareas sola?

—Sí, la verdad es que me extrañó que me pidieras ayuda — admitió Mariota y volvió a fijar la

vista en el montón de provisiones que había cerca de la puerta—. Pero sabía que había muchas cosas que hacer, mucho trabajo para preparar las provisiones que hay que enviarle a la viuda...

—Y así es —dijo Nessa y volvió a sonreír—. Pero la verdadera razón por la que usted está aquí es porque me pidieron que la mantuviera ocupada mientras sir Kenneth y sus hombres suben las bolsas de monedas a su recámara y las guardan allí.

—¿Las bolsas de monedas? —

Mariota observó a su amiga con la boca abierta—. Había oído que Kenneth las guardaba fuera del castillo, en una antigua torre de piedra, me parece. Pero dices que ahora...

Mariota dejó la frase sin terminar, pues de repente se le formó un nudo tan grande en la garganta que casi no la dejaba respirar, mucho menos hablar.

Y sintió que el corazón se le derretía.

—Sí, milady, así es —confirmó Nessa, que parecía muy satisfecha

de sí misma. Luego cogió a Mariota del brazo y la condujo hasta la puerta en forma de arco—. Él había escondido toda su fortuna en las gruesas paredes de Dun Telve, hace muchos meses, según me contó Lachlan. Mucho antes de que nosotras estuviéramos siquiera cerca de Cuidrach.

Mariota abrió los ojos, pero todavía tenía la lengua muy pesada para poder formar palabra alguna.

—No tiene por qué estar tan asombrada —dijo Nessa, al tiempo que la empujaba por el pasadizo

que conducía a las escaleras—. Es verdad. Sir Kenneth ha traído aquí todo su dinero y va a guardarlo en la habitación que usted usa, en los nichos que hay en los muros. Lachlan dice que quiere demostrar que cree en usted, mostrarle cuánto la valora y la ama.

—Pero...

—¡Ja! No quiero oír ningún pero —la reprendió Nessa y se detuvo al llegar a las escaleras—. Vaya y compruébelo por usted misma. Él la está esperando, Lachlan me lo dijo.

Pero aunque los pies de Mariota comenzaron a subir, cada pisada era como una punzada de miedo en el corazón.

Si Kenneth realmente le tenía tanta confianza, ¿cómo podía ella arriesgarse a decepcionarlo?

No podía.

Aunque el corazón se lo suplicara.

La triste verdad era que la única hija del poderoso Archibald Macnicol no era tan valiente como pensaba.

Pero a él no le importaba.

O, mejor dicho, le importaba tanto que nada de lo que había sucedido en el pasado tenía ahora relevancia.

Esa verdad golpeó a Kenneth en lo más profundo del alma, cuando se abrió la puerta de la habitación y ella se detuvo en el umbral. A pesar de las sombras, pudo ver cómo abrió los ojos de par en par al ver el magnífico tapiz flamenco que se movía suavemente con la brisa de la noche.

Recién colgado, el tapiz era una verdadera joya y sus colores brillaban a la luz de la chimenea. Era otro regalo de sir Marmaduke Strongbow, recreaba una escena romántica campestre y servía muy bien al propósito para el que lo habían destinado, pues su gran tamaño ocupaba los cuatro nichos en los que habían ocultado las bolsas que contenían todo su dinero.

Y todos sus sueños... y más.

Kenneth sólo rezaba para que ella fuera sincera. Para que le

contara sus secretos sin que él tuviera que preguntarle, algo que se había prometido no hacer. Aunque guardar silencio lo torturaba.

Especialmente, porque deseaba con todas sus fuerzas ofrecerle su apoyo.

Pero ella todavía no lo había visto, pues él estaba oculto entre las sombras, en una esquina de la habitación. En cambio él sí pudo ver la perplejidad en su rostro, la sorpresa que parecía aumentar con cada paso que daba dentro de la estancia.

Mariota caminaba con cuidado, pues al ver el tapiz, sintió que las rodillas se le volvían de gelatina. Y el corazón le latía tan deprisa por no encontrarlo esperándola, que sus latidos competían con el ruido del viento frío de la noche, que traía un sabor a lluvia.

Mariota sintió que las palmas de las manos comenzaron a sudarle, mientras cruzaba la habitación y levantaba una de las puntas del tapiz para observar lo que había debajo: cuatro candados nuevos y fuertes, que protegían lo que fuera

que hubieran guardado dentro.

—Las llaves están escondidas dentro del colchón —dijo una voz profunda detrás de ella—. Las cuatro.

Mariota se volvió al instante, con la respiración entrecortada, y abrió los ojos todavía más.

—Me has asustado —dijo con un grito ahogado, mientras lo miraba fijamente—. No te he visto al entrar.

—No, no me has visto —dijo él y le acarició las mejillas con los nudillos—. Estaba en el rincón, al

lado de la ventana.

Pero ahora sí lo veía, y a pesar de todas las cosas que tenía en la cabeza, Mariota sintió que el corazón se le deshacía, pues lo deseaba con tanto ardor que casi no podía respirar.

Al sentir el deseo de Mariota, Kenneth se acercó hasta cobijarla con su cercanía para seducirla con su calor y sumergirla en un mar de sensaciones.

—Señor —dijo jadeando, pero ya no pudo decir más.

Los latidos de su corazón eran

tan fuertes y Kenneth la miraba de manera tan seductora que Mariota se sentía arder. A decir verdad, lo deseaba tanto y con tanta urgencia que todo su cuerpo temblaba.

—¿Acaso no te dijeron que estaría esperándote?

Ella asintió con la cabeza y sintió que se derretía cuando él le acarició el cabello.

—Entonces sabes que tu amiga decía la verdad —Kenneth la acercó a él y le acarició la espalda—. Tenemos mucho de qué hablar, mi corazón. Pero primero debes saber

que no hemos puesto los candados por ti.

Mariota se quedó inmóvil.

—No era necesario que me dijeras dónde están las llaves — dijo, al tiempo que él le acariciaba la parte superior de la cabeza y le besaba las cejas—. No necesito ni quiero...

—Soy yo el que lo necesito, milady. —Kenneth se apartó un poco y la agarró del brazo—. Te necesito a ti, como bien sabes. Y esta noche necesito saber que vas a estar a salvo.

Mariota pasó saliva.

—¿A salvo?

—Sí, a salvo —dijo con una mirada de solemnidad.

Inquietante.

—Por eso te he dicho dónde están las llaves. —Kenneth hizo una pausa y la volvió a acercar a él —. También porque confío en ti. Nunca dudes de eso. No importa lo que pase.

Él confiaba en ella.

El corazón de Mariota se detuvo. No había palabras que hubieran podido complacerla o asustarla

más.

Así las cosas, comenzó a sentirse un poco mejor, pero al mismo tiempo fue creciendo dentro de ella una cierta inquietud, que se transformó de repente en una corriente de miedo que la dejó helada. El temor a perderlo la consumía.

Abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera hacerlo, Kenneth le agarró la cara entre las manos y la besó. Luego le introdujo la lengua en la boca y comenzó a acariciar la de ella. El aliento de los

dos se hizo uno y los besos se fueron volviendo más profundos. Parecía que él quisiera devorarla, como si Mariota fuera el elixir que necesitaba para vivir. Luego la separó un poco para mirarla. Sus ojos oscuros desbordaban de pasión.

Pasión y algo más.

Algo que hizo que se le acelerara el pulso, pero no de la misma manera en que se le aceleraba cuando él la miraba. No, había algo duro en la expresión de Kenneth, algo de rabia contenida,

que alcanzaba a percibirse bajo las llamas del deseo.

En efecto, una aterradora sensación de furia contenida bailaba en la atmósfera. Era algo vivo, violento e indómito que irrumpió de repente en la habitación.

—Verás, así sabré que tienes acceso a mis bienes si algo me pasa —dijo Kenneth y esas palabras espantaron un miedo pero trajeron otro—. Sólo si sé que estás a salvo puedo hacer lo que debo hacer.

—¿Lo que debes hacer?

Él asintió y se pasó una mano por el pelo.

Mariota sintió que el miedo le subía por la garganta, la mordisqueaba y la quemaba hasta que por fin entendió.

Y entonces las palabras de Kenneth adquirieron un significado aterrador.

—¡Por todos los santos! — exclamó Mariota, mientras recordaba imágenes de sus primeros días en Cuidrach.

Aquellos días y noches que pasó temiendo que los hombres de Hugh

las encontrarán.

No había ninguna otra razón para que Kenneth tuviera la precaución de asegurarse de que ella tuviera acceso a su fortuna. ¡Necesitaba saber que ella estaba protegida si algo le sucedía!

Pero él no tenía enemigos.

Ninguno, hasta donde ella sabía.

Sólo ella los tenía.

—¡Dios que estás en los cielos!
—exclamó Mariota y se puso las manos en las mejillas—. Nunca quise que llegáramos a esta...

—Pero yo sí quiero, milady. Lo que más quiero es poder resolver esta situación por tu bien —juró y la determinación que se sentía en su voz atravesó el corazón de Mariota como una lanza.

—Verás, han llegado unos hombres a Kintail. Los hombres de tu difunto... marido y te están buscando. —Kenneth le tocó el cabello de las sienes y le acarició la mejilla—. Lo que voy a hacer es salir a su encuentro, antes de que ellos te encuentren a ti. Voy a hacer que se vuelvan por donde vinieron.

A menos que quieran reunirse antes con el Creador.

Mariota lo miró fijamente, pues esas palabras la dejaron paralizada.

Tenía la sangre congelada.

Ella también había oído la duda en la voz de Kenneth cuando dijo «los hombres de tu difunto... *marido*».

Pero la expresión de Kenneth era inescrutable, parecía esculpida en granito. Aunque no estaba dirigida a ella sino a los secuaces de Hugh Alesone.

Hombres violentos, que tenían

menos escrúpulos que una víbora. Malhechores que no conocían el honor.

Entretanto, Mariota sintió que el estómago se le revolvía y el alma se le partía en dos.

Miles de imágenes terroríficas le daban vueltas en la cabeza y se sentía tan culpable que creía que las paredes se le venían encima para aplastarla.

Sentía un profundo remordimiento por haberse instalado en Cuidrach, por haber involucrado a Kenneth en

semejante locura.

Por haberlo puesto en la mira de esas serpientes endiabladas que eran los hombres de Hugh el Bastardo.

—No, no lo puedo creer —dijo Mariota con la esperanza de que todo fuera una pesadilla.

Él la observó largamente.

—Pero están aquí —dijo y se acercó a la ventana para echarle un vistazo a la noche plateada—. Estuvieron en la cabaña de la viuda de Glenelg, no mucho antes de que Jamie la visitara. Ella fue quien nos

avisó.

Kenneth miró a Mariota por encima del hombro.

—Ella también te desea lo mejor, milady.

Mariota sacudió la cabeza, pues todavía no podía creer lo que estaba pasando.

—Mis... los hombres de Hugh el Bastardo nunca vendrían tan lejos, no se aventurarían hasta Glenelg. Incluso en Assynt se habla de la temible criatura que acecha por estas tierras —dijo, mientras se paraba junto a él en la ventana y le

tocaba el brazo con la mano—. Por eso vine aquí. Conozco a esos hombres más de lo que quisiera. No le temen a nadie, pero los aterroriza lo que no pueden ver.

Mariota respiraba con dificultad y se estremeció.

—Por eso decidieron ofrecerme en sacrificio al caballo de agua, querían tranquilizar a la bestia.

—Sospecho que tienen otras razones —dijo el Guardián, con la vista fija en la ventana.

Luego se enderezó y echó los hombros hacia atrás con los puños

apretados, actitud que revelaba cómo se sentía.

—Estoy seguro de que hay otras razones para que hayan venido, además de querer sacrificarte a un caballo de agua que tal vez no exista.

Mariota sintió la cara en llamas.

—Eso es cierto —dijo de manera atropellada—. Como te conté, cada diez años se hace un sacrificio para el caballo de agua de Assynt. La gente cree que esas ofrendas lo mantienen bajo la superficie del río.

Mariota miró hacia abajo y mientras jugaba nerviosamente con sus faldas, siguió diciendo:

—Este año ya ha matado a alguien porque aún no se le había ofrecido un sacrificio —dijo rápidamente, para evitar volver a ver la imagen de la mujercuela desnuda de Hugh—. Destrozó a la tabernera de Assynt y dejó su cuerpo despedazado en las orillas del río Inver, no lejos del castillo Drumodyn.

Kenneth la miró y levantó una ceja.

—¿Esa mujer murió cerca de los dominios de tu esposo?

—Cerca del castillo de Hugh Alesone, sí —asintió Mariota con dificultad—. Su muerte aumentó el deseo de ofrecerme a la bestia para prevenir futuras brutalidades. Por lo menos así es como entienden la situación las gentes de esos lugares.

—¿Y por qué te escogieron a ti? —preguntó Kenneth—. ¿La hija de un importante guerrero?

Mariota se pasó la lengua por los labios y trató de hacer caso omiso de la súbita humedad que

sintió en las palmas de sus manos.

—Según me dijeron, la gente cree que el caballo de agua apreciaría mucho más el sacrificio de una dama de alcurnia —dijo, mientras trataba con todas sus fuerzas de sostenerle la mirada a Kenneth—. Además, los hombres de Hugh no me querían. Deben de estar muy contrariados porque me escapé.

Kenneth no parecía convencido.

—¿Y crees que ésa es la única razón de que esos hombres te hayan seguido hasta aquí?

Mariota parpadeó y sintió que se le helaba el corazón.

Algo en el tono de la voz de Kenneth, en la manera como la estaba mirando, decía a gritos que él sabía que había otra razón.

Una razón terrible.

Una razón que él deseaba escuchar.

—¿Y bien, milady? —Kenneth le agarró la barbilla para evitar que ella desviara la mirada—. ¿No hay otras posibilidades?

—No. Yo...

—Piensa con cuidado, mujer. —

Kenneth le puso los dedos sobre los labios y se los apretó con delicadeza—. Y no hables hasta que estés preparada para decir la verdad.

Mariota sintió que el terror se apoderaba de todo su ser y una sensación de angustia le apretaba las costillas y la dejaba sin aliento.

—Yo... —comenzó a decir, pero no pudo continuar; entonces se pasó una mano por la mejilla para secarse las lágrimas que brotaban copiosamente de sus ojos.

Lágrimas de dolor que

continuaron saliendo, especialmente cuando trató de desviar la mirada y alcanzó a ver una armadura que brillaba sobre los cojines de un banco medio escondida entre las sombras.

También alcanzó a ver el resplandor plateado de un hacha de guerra que descansaba contra la pared.

La primera, parte del atavío de un hombre que se estaba preparando para la batalla.

La segunda, un arma de guerra grande, terrible y mortal. Un hacha

que no debía de tener ninguna muesca que indicara una batalla anterior, pero sí una hoja bien afilada y sin usar.

Mariota fijó la vista en las dos cosas y el presagio que se desprendía de ellas le hizo sentir un miedo indescriptible.

—Sí hay otra razón —dijo y enderezó la espalda, mientras miraba a Kenneth a los ojos—. Los hombres de Hugh Alesone creen que yo lo asesiné. Lo encontraron con mi daga enterrada en el pecho.

Las palabras salieron

atropelladamente, pero Kenneth se sintió satisfecho al oírlas y tuvo que hacer un esfuerzo para no echar la cabeza hacia atrás y gritar de alegría.

La verdad, ella no había dicho todo lo que él esperaba que dijera, pero era suficiente.

Era un comienzo.

Entonces la apretó entre los brazos y la acarició para mitigar esa pregunta que no podía ignorar.

Aunque la respuesta no le importaba.

Pero no podía enfrentarse a esos

hombres sin saberlo.

Kenneth respiró profundamente y se llenó de valor.

—¿Y lo hiciste, milady?

Mariota se estremeció entre sus brazos y la verdad brotó hasta sus ojos.

—No, no lo hice. Te juro por...

—No tienes que decirme más, yo te creo —dijo Kenneth y él mismo se sorprendió de lo mucho que creía en ella.

Estaba dispuesto a esperar a que ella estuviera lista para contarle el resto.

Por el momento, tomó otra vez su rostro entre las manos y la besó, con más dulzura y más pasión que antes. Un beso desde lo profundo del alma, que esperaba que la resguardara y le protegiera el corazón, que la consolara y le diera fuerzas si algo le pasaba a él.

No es que tuviera intenciones de abandonar el mundo.

No en ese momento, cuando el futuro brillaba en su horizonte, o mejor, en el horizonte de los dos.

Aunque Mariota todavía no lo supiera...

Kenneth estaba convencido de que muy pronto podría decírselo, tal vez antes de la primavera. Por ahora se quitó la capa y la dejó caer al suelo; luego se quitó el cinturón con la espada. Cuando comenzó a avanzar con ella a través de la habitación, sintió que realmente estaba haciendo lo correcto.

—Ven —le dijo, mientras la ayudaba a quitarse la ropa, de modo que cuando llegaron a la cama, lo único que los separaba era el lino de su ropa interior y la tela casi translúcida de la combinación

de Mariota.

El tiempo pareció hacerse eterno, mientras Kenneth se montaba sobre ella y se quitaba la ropa interior. Mariota arqueó las caderas para facilitar que la penetrara, aun antes de que él pudiera subirle la combinación por encima de las piernas.

—Le ruego a Dios que no vayas tras ellos —dijo Mariota al borde del llanto; apretó las piernas alrededor de él y comenzó a balancearse con sensualidad, mientras Kenneth se sumergía

dentro de ella—. Por favor.

Se aferró a él y le clavó las uñas en los hombros, mientras Kenneth entraba y salía de ella.

—No soportaría perderte.

—Y no me vas a perder, los santos jamás serían tan crueles — dijo Kenneth, con la esperanza de que así fuera.

Estaba decidido a hacer que así fuera.

Entretanto, su cuerpo estaba cada vez más tenso y los movimientos suaves, rápidos y rítmicos lo iban acercando al

éxtasis. La humedad pegajosa de la excitación de Mariota lo absorbió por completo y de pronto todo estalló a su alrededor y Kenneth se sintió inundado por el placer más intenso que había conocido en la vida.

—Ha... su... sucedido demasiado pronto —jadeó en la oreja de ella, agotado por el placer del orgasmo, con el corazón a todo galope—. Pero prometo compensarte.

Y para demostrárselo, le acarició los senos y dejó que sus dedos jugaran con los pezones por

encima de la suave tela de la combinación.

—Sí, mujer, te prometo hacer... que todo sea mejor para ti —le prometió, mientras trataba de regular la respiración—. Sólo tienes que permitírmelo.

Y de pronto, a través de la agitación de la pasión recién satisfecha, Kenneth creyó oír que Mariota decía que lo amaba, aunque posiblemente sólo fue un suspiro.

O el inconstante viento de la noche.

Aunque eso en realidad no importaba... todavía.

Por ahora era suficiente con abrazarla y acariciarla. Tal vez después podrían saborear una unión más prolongada. Tal vez hasta dos. Kenneth lanzó una mirada a la ventana y la oscuridad de la noche y el silencio absoluto que los rodeaba le confirmaron esa posibilidad.

Sí, esa noche, por lo menos, él podía entregarse a ella.

Sospechaba que tendrían tiempo hasta el amanecer.



Capítulo 13

La noche estaba demasiado tranquila. Las sombras se deslizaban por todo Kintail, tan extremadamente bien equipadas con espadas y dagas que era imposible hacer caso omiso de ellas. Incluso para aquellos que dormían tan profundamente como el Guardián de Cuidrach, que después de saciar sus deseos, seguía soñando con muslos tibios y suaves como la seda, iluminados

por la luna.

Con besos prolongados y profundos; besos con lengua, suaves, lentos e íntimos.

Besos abrasadores, que atizaban el deseo de Kenneth de probar y saborear a Mariota una y otra vez, mientras que la humedad entre las piernas de su amante lo invitaba a introducirse cada vez más adentro, para hacerla suya y poseerla.

Exquisitas embestidas, más prolongadas y dulces de lo que Kenneth había conocido jamás.

Sueños deliciosos y

embriagadores.

Volátiles remolinos de gloria.

Entretanto, su enamorada se retorció debajo de él y suspiraba con ardor, envuelta sólo en su sedosa cabellera.

Sin embargo, un acerado rayo de temor cortó de repente la tibieza sensual de los sueños de Kenneth y la oscuridad se deslizó cada vez más adentro de su felicidad, estremeciendo todo su ser hasta hacerlo abrir los ojos de par en par.

Al despertar, Kenneth se sintió invadido por un silencio absoluto,

cuya presencia sofocante llenaba la habitación en penumbra e hizo que se le helara la sangre incluso antes de estar completamente alerta.

Echó un vistazo por toda la estancia, inspeccionando las sombras, pero sólo encontró un extraño vacío que le produjo más desasosiego que si todos sus demonios se hubieran escapado y estuvieran ahora frente a él.

Tragó saliva, se sentó en la cama rodeada de velos y se restregó los ojos. Estaba tenso y apenas respiraba. Cuando ladeó la cabeza

para escuchar mejor, no oyó absolutamente nada. Sólo el latido de su corazón, en medio de un silencio que debía de estar lleno de sonidos nocturnos.

Mariota yacía muy quieta, perdida en la ausencia de sonidos propia del sueño. Sus sensuales curvas estaban casi debajo de él, y la dulzura y la humedad de su feminidad era una tentación que descansaba en su pierna.

El sabor de ella permanecía en su lengua y evocaba imágenes de la noche anterior. Recuerdos

apasionados que lo derretían pero también lo asombraban, pues la felicidad que había sentido con el solo hecho de abrazarla mientras dormía era casi tan grande como la que le producía el clímax de la pasión.

Tal vez incluso mayor.

Kenneth la miró y deslizó sus ojos por los senos redondos y voluptuosos. Iluminados por la luna, seguían tentándolo con su desnudez y reclamando su atención.

Sin embargo, había algo

inquietante en la oscuridad y en esa calma excesiva. Como comprobó al mirar hacia una ventana que tenía los postigos abiertos, nada se movía.

En efecto, parecía una noche despejada y sin viento. El amanecer todavía no estaba cerca y aún se veían unas cuantas estrellas en el cielo.

Kenneth se sentía cada vez más despierto. Más consciente del silencio y de una extraña sensación de comezón en la nuca.

Sólo podía haber una

explicación para tanto silencio, pensó y sintió escalofríos.

Se había equivocado.

No habían esperado hasta el amanecer.

Los hombres del Bastardo de Drumodyn ya estaban en Cuidrach. Precisamente a la hora en que el demonio cuida a los suyos y la noche es más oscura.

—¡Santo Dios! —rugió y saltó de la cama. Se dirigió a la ventana más cercana y por un momento deseó poder lanzar bolas de fuego contra esos bárbaros. Esa magia, aunque

absurda, le serviría mucho más que la espada de caballería que estaba tratando de colgarse de las caderas.

Aunque seguía desnudo.

Con rabia, se quitó el cinturón, preciosamente adornado con un magnífico broche, y comenzó a vestirse.

Cuando finalmente estuvo listo, agarró el cinturón con la espada y miró hacia afuera. Sin embargo, todo parecía normal, excepto por el silencio sobrecogedor.

Kenneth no solía asomarse a la ventana a esas horas tan impías y

menos para comprobar que todo estuviera bien.

Pero esa noche había hecho una excepción.

Respiró profundamente y miró hacia el oscuro frío con una intensidad que le hizo arder los ojos. Dejó que su mirada recorriera cada pliegue de los remotos dominios que tanto amaba. Observó con cuidado las montañas que bordeaban el horizonte hasta donde se perdía la vista.

Y, aunque no vio nada amenazador, siguió mirando.

Apretó los puños y examinó la oscuridad en busca de algún movimiento.

No se veía nada inusual. Nada más siniestro que la neblina que cubría las laderas repletas de árboles y un leve resplandor de luna que iluminaba el patio adoquinado.

No se veía ninguna jauría de temibles hombres que salían de entre los árboles, envueltos en capas y armados hasta los dientes.

Kenneth se quedó inmóvil, con el ceño fruncido. Aunque no

pudiera verlos, los podía sentir.

Eran rufianes. Hombres llenos de rabia... y de codicia.

Entonces se fijó en las pequeñas construcciones que había entre las murallas y el castillo. Los establos de madera se veían achatados por las sombras, pero no detectó a nadie merodeando por allí en medio de la oscuridad.

Sólo sentía ese aroma de lluvia y arbustos mojados que le era tan familiar como la oscura masa de la Piedra del Bastardo, que se erguía imponente sobre las quietas aguas

del lago Hourn.

Era una noche común y corriente.

Pero, al mismo tiempo, una noche como ninguna otra.

Había algo en esa noche que no se podía ver, pero cuya presencia se sentía, a la espera, al acecho.

Y no se trataba de ningún espíritu o monstruo mítico.

—Ah, sí, hay algo raro, lo juro por mi alma —murmuró, mientras se acomodaba la armadura sobre los hombros y se acostumbraba a su peso.

Era una armadura magnífica y Kenneth les dio gracias a los santos por el hecho de que su tío hubiese insistido en que la aceptara.

En cuanto al hacha de batalla, su hoja de plata iluminaba la habitación. Kenneth estaba dispuesto a blandirla frente a cualquiera que se atreviera a levantarle una mano a su dama.

Sin misericordia.

Sólo deseaba haber practicado un poco más con ella. Se arrepintió de haber pasado las últimas semanas limpiando maleza y

transportando enormes barriles de vino a bodegas llenas de polvo. ¿Cómo había sido tan descuidado? ¿Cómo no había encontrado un momento para sus prácticas de lucha?

—¿A qué le apostarías el alma, mi señor? —Las palabras provenían de atrás y en la voz de su mujer todavía se oían ecos del sueño, aunque resonaba con todo el acero propio de la hija de un guerrero.

Kenneth dio media vuelta y sintió que su corazón se detenía al verla.

—¿Mi alma? —repitió, mientras observaba a Mariota con el cabello hermosamente revuelto y los labios hinchados.

¡Por todos los santos! Aunque se había puesto un camisón, la tela era tan delgada que se le pegaba al cuerpo y moldeaba su figura, sin esconder ninguno de sus encantos. Y el cabello suelto que le llegaba hasta las caderas era como un remolino que iluminaba las sombras de la recámara. Se veía tan sensual que podía seducir al más temerario de los hombres.

—Sí, tu alma —dijo y el énfasis tan sutil que hizo en esa última palabra hizo que Kenneth se preguntara si acaso ella podía leer sus pensamientos mientras dormía.

Ella sabía mejor que él cuánto la deseaba, lo mucho que la amaba, lo mucho que la necesitaba.

Mientras lo observaba de cerca, Mariota se echó el cabello hacia atrás y cruzó los brazos. Al ver la manera en que se mecieron sus senos, Kenneth volvió a perder el aliento.

Mariota ladeó la cabeza.

—Quisiera saber qué es tan grave como para que ofrezcas tu alma como garantía.

—Milady, tú puedes hacer arder tanto a cualquier hombre que las llamas del infierno podrían llegar a parecer un alivio. —Kenneth la miró a través de la oscuridad, consciente de no haber respondido la pregunta, pero el aroma de la feminidad de Mariota estaba volviendo a causar estragos en sus sentidos.

Se pasó la mano por el cabello y la rabia que había sentido hacía un

rato fue reemplazada por el miedo enorme de fallar en el intento de mantenerla a salvo, por el miedo a que el estado de las murallas de Cuidrach fuera tan desastroso como temía.

—No ha sido el deseo de provocarte lo que me ha sacado del lecho —dijo Mariota con calma, mientras estudiaba el rostro de Kenneth—. Es evidente que estás muy perturbado y más tenso que la cuerda de un arco. Quiero saber por qué.

—¿Por qué?

Kenneth no lo podía creer. Le acababa de decir la razón, ¿acaso no lo había escuchado?

—¡Por todos los santos, mujer!
—Kenneth soltó la respiración y se volvió a pasar la mano por el pelo —. Dios, ten misericordia, no estoy mintiendo. Estoy tenso, sí — admitió, mientras la miraba fijamente—. Y molesto. Pasé muchos años en el mar como para no sentir el cambio en la dirección del viento... a veces antes de que ocurra.

Mariota levantó una ceja.

—Y yo pasé muchos años en la casa de mi padre, rodeada de una tropa de hermanos temperamentales que blandían la espada con facilidad, como para no ser capaz de intuir qué es lo que te pasa.

Mariota se dirigió a la ventana y miró hacia el patio desierto.

—Estás esperando a los hombres de Hugh el Bastardo, y pronto.

Bandidos enfurecidos que traspasarán tus ruinosas murallas y llegarán al patio de Cuidrach antes

de que nadie pueda detenerlos, pensó, pero no dijo nada.

Era suficiente con que la sola idea la helara hasta el tuétano y se sintiera rodeada de una nube de fría oscuridad que se cernía sobre ella.

Sin embargo, cuando se volvió a mirar a Kenneth, se sintió invadida por la determinación de no sucumbir frente al desastre.

—No hay ninguna otra razón para que te hayas puesto... esto — dijo y levantó una mano para hacer a un lado la capa y tocar la

armadura que Kenneth tenía debajo—. O para que estés cargando un hacha que haría brillar los ojos del más fiero de nuestros ancestros vikingos.

—Veo que eres una digna hija de tu padre —dijo Kenneth y se paró junto a ella—. Y respeto lo suficiente esa sangre como para decirte la verdad, mujer. Nuestra situación aquí es delicada.

Hizo una pausa para echarle un vistazo al patio.

—No debes subestimar el peligro de que estos hombres

traten de sitiar Cuidrach — continuó, mientras ponía énfasis en cada palabra—. Aunque contara con una horda de vikingos embravecidos que se sumaran a mis caballeros en las murallas... Tal como están las cosas...

—Tal como están las cosas, tengo suficiente sangre Macnicol en mis venas como para saber cómo puedo ser útil. —Consciente de que debía mantenerse entre las sombras que proyectaba el arco de la ventana, Mariota examinó las montañas que se extendían más allá

de las murallas del castillo y observó cada grieta y cada agujero de las empinadas laderas—. Los hombres de Hugh son tan supersticiosos como temerarios. No se dejarán ver hasta que hayan evaluado nuestra vulnerabilidad y sepan con certeza...

—Preciosa, todo Cuidrach es vulnerable —le recordó Kenneth, que también observaba las montañas más cercanas.

En particular, una hilera de pinos que estaba cerca de un grupo de rocas, a una buena distancia del

extremo de las murallas. Algo se movió en ese lugar y Mariota se dio cuenta de que él también lo había visto, pues notó cómo todo su cuerpo se ponía tenso bajo la armadura.

—¡Ahí! —gritó Mariota y señaló el montón de rocas escarpadas—. En el borde de esas rocas, una sombra...

—Es un zorro —dijo el Guardián de Cuidrach y se inclinó hacia delante—. Un hermoso zorro de pelambre roja, nada más.

Y al volver a mirar, Mariota tuvo

que concederle la razón.

La criatura se movía con sigilo y se deslizaba por el borde de las piedras. El brillo de su piel atrajo la luz de la luna, justo antes de desaparecer por entre una ranura.

Pero rápidamente volvió a aparecer y su pelambre parecía arder mientras subía y bajaba por las piedras, como si tuviera las patas de una cabra o como si poseyera algún otro tipo de magia.

—Me gustaría poder esconderte con la misma facilidad —dijo el Guardián, mientras el zorro se

perdía de vista—. Pero tendré que conformarme con que te escondas en la despensa. Es el sitio más protegido de la fortaleza y se puede defender hasta el final. Voy a poner a Jamie y a su anciano perro en la puerta. El perro no te será de mucha ayuda si llega a ser necesaria, pero no quiero que sea víctima de una bala perdida.

—No te preocupes, yo cuidaré a *Colin*. —El corazón de Mariota se encogió, al pensar en que pudiera pasarle algo al perro—. Jamie será más útil si usa su fuerza para cargar

agua hirviendo hasta las almenas. Eso y cualquier otra cosa que haya que subir a las murallas. Está claro que traspasarán la garita de la entrada sin ninguna dificultad.

Con deseos de ayudar, Mariota se alejó de la ventana y comenzó a vestirse.

—Necesitaremos agua para empapar la puerta principal de la fortaleza. Es lo suficientemente maciza, pero ellos podrían prenderle fuego si no logran derribarla. Nessa y yo podríamos...

—Un momento, no me estás

escuchando —dijo Kenneth y se le acercó—. Tú y Nessa vais a esperar en la despensa del salón, sin importar lo que pase —le informó, mientras tomaba el hacha y se la metía debajo del cinturón—. Aprecio tu deseo de ayudar y estoy seguro de que has visto más castillos sitiados que muchos de mis guerreros. O has oído historias, que es casi lo mismo. Pero mis hombres y yo haremos lo que haya que hacer. —Le acarició la mejilla—. Sin ponerlos en peligro, ni a ti ni a Nessa.

—Pero...

—Está decidido, mujer —dijo y la agarró del brazo para conducirla fuera de la habitación—. Tengo en las venas suficiente sangre de mi tío como para defender Cuidrach como le corresponde a un MacKenzie y suficiente sangre de mi padre como para burlar las calamidades de maneras que esos bastardos ni siquiera se han soñado.

—No los vamos a poder despachar como a un grupo de perros sarnosos. Ellos...

—Y —continuó diciendo Kenneth, como si no hubiese oído las palabras de Mariota— tengo suficiente honor y amor propio como para defender una fortaleza que he jurado cuidar.

Kenneth la miró y abrió la puerta.

—Tampoco permitiré que te pase nada. Por sobre todas las cosas, juro mantenerte a salvo.

—Pero estos muros no resistirán un ataque directo —argumentó Mariota, muy segura del asunto—. Todavía están medio en ruinas. Tú

sabes...

—No habrá ningún ataque a Cuidrach —dijo Kenneth, mientras la llevaba abajo por el pasadizo en penumbra—. Supongo que a primera hora estarán frente a nuestras puertas, con sus exigencias. Condiciones que querrán ver cumplidas a cierta hora. Mi intención es usar ese tiempo para tenderles una trampa.

Al oír esto, Mariota se detuvo y lo miró con incredulidad.

—¿Una trampa?

Él asintió con la cabeza.

—Un señuelo, si lo prefieres, que los conducirá de Cuidrach a Dun Telve. Allí los estaremos esperando algunos de mis hombres y yo, y nos haremos cargo de esos villanos, uno por uno.

—¿Dun Telve? —Mariota arqueó una ceja—. ¿El lugar donde tenías escondidas las monedas?

—El mismo. —Kenneth sonrió y los ojos le brillaron en medio de la oscuridad—. Ellos no saben que las bolsas con monedas ya no están allí y entonces los emboscaremos. La codicia los hará negociar. Tu vida en

lugar de la mía y las monedas.

—No, es una locura —objetó Mariota y sintió que el corazón se le partía en dos—. Son hombres ruines y difíciles de vencer, bandidos que están acostumbrados a salirse con la suya en todas sus fechorías. Nunca lograrás tenderles una trampa. Ellos huelen las emboscadas desde lejos.

Kenneth la miró durante un momento, sin decir nada.

—Es posible que tengas razón, pero es un riesgo que debo correr.

Mariota se estremeció, pero él

simplemente sacudió la cabeza y miró por una ventana alta, excavada en el muro. El cielo estaba comenzando a aclararse y la oscuridad de la noche le cedía el paso a una luz perlada y suave.

—Mira, ya está a punto de amanecer. —Kenneth le acarició la cabeza y deslizó los nudillos por sus mejillas—. No hay tiempo para mandar a un mensajero a pedirle refuerzos a mi tío. Eilean Creag está demasiado lejos y, como sabes, nuestros muros parecen de mantequilla.

Mariota abrió la boca, pero él levantó una mano e hizo un gesto para hacerla callar.

—Engañarlos es nuestra única opción. No me voy a arriesgar a dejarlos entrar en la fortaleza.

—Te van a matar —dijo Mariota, a pesar de que sentía la garganta en llamas—. Por mi culpa, tú y tus hombres...

—No me subestimes, mujer —dijo y se alejó, cuando ella trató de apretarlo contra su cuerpo—. Es posible que no tenga la habilidad de mi tío con la espada, pero tengo

ingenio.

Mariota se sonrojó.

—No he querido decir...

—Sé lo que has querido decir — dijo y la abrazó, mientras la arrinconaba contra el muro y le daba un beso apasionado.

Mariota entrelazó las manos en la nuca de Kenneth y se entregó al deseo frenético que sentía dentro de ella. La invadía una desesperación tan salvaje como el beso de Kenneth.

Era la demostración de que se poseían el uno al otro, de una

manera apasionada y voraz, y Mariota comenzó a sentirse excitada, pero también sintió cómo crecía su temor.

Sentía un pánico sofocante que asfixiaba la dulce tibieza que él le había transmitido y la amenazaba con un frío oscuro y espantoso, capaz de extinguir de su vida cualquier rastro de luz y felicidad.

Un frío que amenazaba con hacerla caer, justo cuando estaba volviendo a aprender a caminar.

Mariota tembló y sintió escalofríos. No soportaría perderlo.

No, ahora que lo amaba con desesperación y deseaba tenerlo con ella en cada momento, toda la vida. Una eternidad.

No quería tener una fría imagen de mármol frente a la cual arrodillarse todas las noches, con los dedos convertidos en piedras, mientras celebraba el valor de su señor... y lloraba lágrimas que no lo podrían revivir.

Kenneth se puso rígido y se apartó un poco, al sentir que ella dudaba y se entregaba a las garras del temor.

—Ay, Mariota, preciosa, debes saber que no estoy dispuesto a perderte. No frente a unos villanos, ni frente a ningún hombre — prometió Kenneth, pero habló con tanta suavidad que ella pensó que lo había imaginado.

—¡Espera! —gritó y lo agarró del brazo—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Te estaba asegurando que no hay nada que temer, nada —dijo Kenneth para evadir la pregunta, mientras la apuraba por el sinuoso pasadizo—. Los hombres

protegerán la fortaleza desde las murallas y almenas; bajaremos los rastrillos de todas las entradas y atravesaremos más barras de metal en las puertas externas.

—¿Y si escalan los muros? ¿Si entran por los huecos de los muros? —Mariota se recogió las faldas para poder seguirle el paso —. ¿Acaso has querido decir lo que yo creo que has dicho?

Él la miró fijamente y sus ojos le revelaron que había oído bien.

Pero en ese momento los interrumpieron varios hombres de

la guarnición, que pasaron blandiendo las espadas que relumbraban con la luz de las antorchas, con expresiones tan fieras en sus rostros que incluso Mariota se quedó sin aliento.

—¿Lo ves, mujer? Te dije que tenía buenos hombres —le dijo el Guardián, mientras miraba cómo se alejaban—. Mi tío me dio algunos de sus mejores caballeros. Sir Lachlan era su escudero favorito y después trabajó con sir Marmaduke. Lachlan aprendió mucho de esos hombres tan

valientes y, gracias a su previsión, tenemos una buena cantidad de piedras y cal viva almacenadas en el camino de ronda.

Kenneth se detuvo para darle otro beso furtivo.

—Antes de que el primer hombre salga del bosque, estaremos listos para recibirlos.

—¿Pero acaso no te das cuenta? Nessa y yo podemos hacer muchas...

—Nessa y tú os esconderéis en la despensa —repitió, mientras la conducía por las escaleras de

caracol—. Allí estarás segura y cómoda. Tendréis suficiente tiempo para reunir bastante alimento y mantas para los jergones.

Mariota suspiró, pues apenas le había prestado atención.

En sus oídos retumbaba el eco de voces de hombres que gritaban y corrían por todo el castillo, y llanto de heridos y hombres agonizando. El sonido de las flechas, seguido de los alaridos de los cuerpos en llamas. Sonidos que había oído con demasiada frecuencia en Dunach y otros castillos donde su padre se

había hecho famoso. Horrores de pesadilla que no quería oír en Cuidrach.

Pero su Guardián no parecía preocupado. Por el contrario, mientras bajaban las escaleras repetía una y otra vez que la victoria era segura.

—Mira, mujer, incluso abriré para ti uno de los barriles de vino de la bodega —le prometió, cuando llegaron al final de la escalera de la torre—. Si la providencia es misericordiosa, todo habrá pasado antes de que tengas tiempo de

preocuparte.

—Ya estoy preocupada —dijo Mariota y lo agarró del brazo—. Ya te lo he dicho, esto es una locura.

—No, es la mejor manera de hacerlo —Kenneth le acarició el rostro y el cabello—. Y aunque no te guste, es la única opción que tenemos.

Mariota tragó saliva y no dijo nada.

La firmeza de piedra con que Kenneth apretaba la mandíbula le advertía que era inútil seguir protestando.

Y reafirmó en Mariota su determinación de encontrar una manera mejor. No tenía la sangre de Archibald Macnicol en sus venas para nada.

O por lo menos eso esperaba.



Capítulo 14

Mariota se puso las manos en las caderas y revisó con cuidado la despensa de la cocina de Cuidrach.

—Se ha vuelto completamente loco —murmuró, mientras se agachaba para hacer recuento de los alimentos y calcular cuánto tiempo podrían durarles—. Mi padre me llevaba muchas veces con él, y es posible que yo haya visto más castillos sitiados que cualquiera de los hombres que hay

bajo este techo. —Le dirigió una mirada de indignación a Nessa—. ¡Y Kenneth MacKenzie lo sabe!

—Él quiere que usted esté segura, eso es lo único que le preocupa —le contestó Nessa, que estaba junto al fuego, moviendo la leña con un atizador de hierro—. Es muy considerado por su parte que quiera que yo esté con usted en la despensa. No olvidaré su preocupación.

Mariota frunció el ceño.

—Su preocupación está fuera de lugar —dijo, al tiempo que se

adentraba más en la despensa—. Las mujeres siempre están presentes durante estas batallas. ¿Quién se ocupa de los heridos? ¿Quién mantiene el agua hirviendo como estás haciendo tú ahora? ¿Quién apoya a los guerreros cuando necesitan una palabra de aliento?

—Eso puede ser cierto, milady, pero le prometo que su Guardián sólo piensa en que estemos seguras, no es que crea que no podemos ser útiles. —Nessa hizo el atizador a un lado y se puso una

mano en la espalda—. ¡Todos sabemos que los hombres de Hugh pueden entrar hasta aquí, si eso es lo que quieren! Sir Kenneth quiere que a usted no le pase nada, si eso ocurre.

Mariota sintió que la frustración comenzaba a galopar en su pecho.

—¿Y qué pasará con él?

Se enderezó y le lanzó una mirada airada a Nessa.

—No estoy de acuerdo con la manera en que quiere lograr que se vayan. Tú sabes que Ewan el Astuto jamás caerá en semejante trampa.

Nessa resopló.

—Esos dos se van a enfrentar algún día, milady. ¡Ya sea en estos muros o fuera de ellos!

Mariota suspiró.

—Yo me preocupo porque estoy arriesgando más que tú, yo estoy enamorada de él, no podría soportar...

—¿Y usted cree que yo quiero menos a mi Lachlan? —Nessa la miró con desaprobación desde el otro lado de la cocina—. Alegrémonos de que quieran tenernos en un rincón seguro,

milady. La verdad es que muchas almas estarían más que deseosas de esconderse durante el cerco a una fortaleza, y pasar todas esas horas espantosas lejos del caos y la sangre.

Como si quisiera subrayar su opinión, se alisó las faldas con un vigor innecesario y agregó:

—¡Hombres y mujeres por igual!

—Seguro que tienes razón — concedió Mariota, que poco a poco se iba tranquilizando—. De todas maneras, me gustaría poder ser...

útil.

Decidida a ser útil, Mariota envolvió unos arenques ahumados en un trapo y los metió en un canasto de mimbre que estaba encima de la sólida mesa de la cocina; luego miró a su alrededor para escoger otras delicias que pudiera guardar en su canasta.

Vio una pila de pan de avena que Nessa había hecho dos días antes y agarró varios para meterlos junto a los arenques y el venado seco que tenía en el canasto. Era un conjunto de provisiones variado,

que tenían muy buen sabor sin necesidad de adicionarles nada, pero eran viandas que sabían aún mejor si se enriquecían con el sabor de una gruesa capa de mantequilla o miel.

Sin embargo, Mariota deliberadamente no incluyó esos ingredientes en su canasto, que parecía tan inocente.

Por fortuna, Nessa no dio muestras de haberse dado cuenta.

Parecía estar muy ocupada llenando de agua hirviendo una cantidad enorme de barriles,

mientras exaltaba, para disgusto de Mariota, las virtudes de sir Lachlan.

—Ya le digo —continuó diciendo con entusiasmo y ojos enamorados—, ¡Lachlan hará que esos salvajes deseen no haber salido nunca de sus dominios! ¡Maldecirán el día en que se acercaron a Cuidrach!

Mariota no dijo nada.

Nessa silbó.

—Ja, milady, muy pronto los veremos corriendo de vuelta a Assynt ¡con el rabo entre las piernas, si es que nuestros hombres

los dejan escapar! —dijo y los ojos le brillaron, mientras volvía a tomar el atizador y comenzaba a mover la leña con renovados bríos

—Sí, claro. —Mariota puso un trapo encima del canasto—. Son tan tontos que seguirán a Kenneth hasta Dun Telve y se dejarán vencer, uno por uno, en la angosta entrada del lugar.

Sintió que el rostro le ardía y se dirigió a la ventana, pero luego se volvió.

—Pero los que queden se esconderán entre el bosque y

¡galoparán directamente hasta aquí, a sabiendas de que nuestros mejores hombres están esperándolos en Dun Telve o en los bosques cercanos!

Nessa resopló.

—La guarnición de Cuidrach es suficientemente numerosa para cuidar estos muros y mandar otro grupo a Dun Telve —argumentó—. Lachlan dice que los hombres ya se están alistando. Estarán en sus lugares, bien armados y escondidos, mucho antes de que los hombres de Hugh el Bastardo

hagan sus primeras exigencias.
Ellos...

—¿Acaso no recuerdas la cantidad de hombres que tenía Hugh? —Mariota agarró el canasto con las provisiones y lo apoyó contra sus caderas—. Muchos más de los que tenemos aquí, sobre todo si se van a dividir.

Nessa puso el atizador contra la pared y se limpió las manos.

—Incluso así, el plan de sir Kenneth es la estrategia más segura que tenemos —dijo, mientras agarraba unas mantas dobladas—.

Si usted no estuviera tan fastidiada con su deseo de mantenernos a salvo en la despensa, se daría cuenta de que es lo más sensato.

—¡Por todos los santos, yo sé cómo son las cosas! Si no fuera por mí, nada de esto estaría pasando. — Mariota sentía que la angustia le agujijoneaba el corazón—. Ay, Nessa, todos los hombres que hay dentro de estos muros van a enfrentarse a grandes peligros, hasta pueden perder la vida, y todo por mi causa.

Mariota miró hacia un lado.

—Ésa es la verdad de las cosas, amiga mía. Y es una carga muy pesada.

Nessa frunció el ceño y quitó una mota de lana de una de las mantas escocesas que sostenía contra su pecho. El chisporroteo de la leña y el agua que hervía a borbotones en la tetera llenaron el silencio, en medio de la tibia habitación llena de humo.

—Lachlan dice que los hombres tienen la mejor disposición —dijo Nessa finalmente, mientras seguía acariciando la manta—. No hay ni

uno solo que no esté deseoso de empuñar la espada.

Mariota respiró de manera entrecortada.

—Sí, y en mi honor.

Ése era el problema.

Ella sabía demasiado bien lo que los hombres de Cuidrach estaban arriesgando, y tenía suficiente honor como para permitirse hacer menos por ellos.

A pesar de las dificultades.

Con el canasto apoyado contra las caderas, se puso lo más derecha que pudo, se tragó la bilis que le

subía por la garganta y, por centésima vez, pensó que debía haberse escapado de Drumodyn hacia cualquier otro lugar menos a este.

A decir verdad, habría dado su alma por haberlo hecho.

La felicidad más dulce que había bajo los cielos no valía la oscuridad que ella había llevado a Cuidrach, a un hombre que sólo ansiaba vivir en la paz y el silencio de su amado Kintail. Y que ahora se encontraba en guerra con el peor grupo de serpientes que se

hubieran arrastrado jamás por esas montañas.

En ese momento se lo imaginó, en el camino de ronda o en una de las habitaciones más altas de la torre de la entrada, esperando en medio de la oscuridad, con los ojos llenos de valentía, tan lleno de vida.

La sola idea de no volverlo a ver era tan insoportable que no podía respirar.

Ella lo amaba y lo necesitaba inmensamente.

—Lachlan dice que no hay un solo hombre que no se enfrentaría

al mismo Diablo por usted — balbuceó Nessa, pero eso sólo empeoró el sentimiento de culpa de Mariota, que se mordió el labio y trató de no hacer una mueca de dolor.

Sólo agarró mejor el canasto, mientras pensaba que las delicias que había escogido eran su única esperanza de poder enmendar las cosas, de darle un respiro a su atormentada conciencia.

Pero Nessa no debía enterarse de su plan...

—Ah, sí, milady. Hay hombres

fuertes y valientes por todos lados —seguía diciendo con entusiasmo, mientras miraba a Mariota de una manera que la hizo agarrar el canasto con más fuerza —. Tan valerosos como cualquier intrépido paladín que empuña su lanza en favor de su dama.

—Ah, sí, con seguridad, hombres de gran valentía. — Mariota no podía estar más de acuerdo.

Casi deseaba que fuera... de otro modo.

Pero no lo era, así que se dirigió

a la puerta de la cocina, antes de que Nessa pudiera ver el brillo que empezaba a nublar su visión.

Afuera sólo la esperaba la pequeña despensa aledaña al gran salón, y no un grupo de entusiasmados espectadores que lanzaban vítores.

Sólo una amiga bienintencionada y muy enamorada, un joven gigante de cabello rojo oscuro, que vigilaba la puerta en su papel de centinela, y un perro viejo y cansado.

Todos los demás estaban en sus

posiciones, listos para afrontar su destino.

O, que los santos no lo permitieran, para presentarse ante el Creador.

—A pesar de que me dé la espalda, yo sé que está preocupada.

—La voz de Nessa atravesó la cocina—. Pero no tiene por qué preocuparse. Los hombres...

—Estoy pensando en unos hombres hechos de una madera muy distinta a la de los nuestros. — Mariota se detuvo fuera del arco de la cocina para esperar a Nessa;

tenía las manos sudorosas a causa de los nervios.

Seguramente Kenneth le había insinuado que sir Lachlan estaba pensando en casarse con Nessa. Pero ahora esa posibilidad dependía de la punta de una espada, del capricho de una flecha. Mariota se sentía incapaz de contemplar la posibilidad de que el capitán de guarnición de ojos oscuros y buen corazón pudiera ser arrancado súbitamente y para siempre de la vida de su amiga.

—Me agrada mucho oírte hablar

de «nuestros hombres», en referencia a mis hombres, milady —dijo Kenneth.

Mariota se sobresaltó y dio media vuelta.

Kenneth estaba recostado contra el muro del pasadizo, sonriéndole.

—¡Ah, parece que no era necesario que viniera, si ya estás pensando de esa manera!

—Pensé que estabas en las almenas —balbuceó Mariota, con el corazón en la garganta, y casi suelta el canasto que llevaba.

—Ay, mujer, ten cuidado, no debes tirar las provisiones —le dijo Kenneth con dulzura, mientras le quitaba el pesado canasto de las manos—. Eso no nos conviene. Y veo que otra vez tienes los oídos llenos de cera.

—¿Cera? —Mariota parpadeó—. ¿En mis oídos?

Él asintió con la cabeza y puso el canasto en el suelo.

—Exactamente, milady —dijo, al tiempo que le ponía las manos sobre los hombros—. Parece que siempre hay algo que te impide

comprender lo que te digo. Y, como es inminente un ataque al castillo, he bajado para acompañarte a la despensa y preguntarte si has pensado en lo que te dije hace un rato.

Mariota se mordió el labio, claro que lo recordaba.

Kenneth había dicho cosas que la había llegado al corazón y la habían llenado de esperanza. Cosa que le estaba sucediendo otra vez.

—¿Te refieres a algo sobre... villanos? —Mariota sintió que le ardía la cara... y también los ojos—.

¿Algo sobre no querer perderme frente a esos hombres?

—Ah, tienes menos cera de la que pensé —dijo Kenneth, y su tono y la manera como la miraba llenaron de dicha el corazón de Mariota—. Pero no es exactamente a eso a lo que me refiero.

Le agarró el rostro entre las manos y le dio un beso rápido.

—¿No puedes ser más precisa, mujer?

A Mariota se le comenzaron a aguar los ojos. Le costaba trabajo hablar.

—Dijiste que no estabas dispuesto a perderme frente... a ningún hombre.

—En efecto, eso fue lo que dije y lo dije en serio. —Kenneth la rodeó con sus brazos y la acercó a él—. Por eso me agrada tanto oírte hablar de *nuestros* hombres.

Mariota se pasó rápidamente la mano por la mejilla y se humedeció los labios.

—¿Acaso me estás diciendo que no vas a buscar más pretendientes para mí?

Kenneth negó con la cabeza.

—Estoy diciendo que sólo va a haber un pretendiente, milady, y no hay necesidad de buscarlo, pues está aquí, frente a ti.

—¡Ay, por todos los santos! —balbuceó Mariota, mientras sentía que estaba a punto de perder la compostura—. No sé qué decir ante eso... Pensé que sir Dunc...

—Ése bailará en nuestra boda, mujer, te lo prometo. Si es que me aceptas... —Kenneth la apretó con tanta fuerza contra él que podía sentir el latido de su corazón—. Quería esperar, ¿sabes? Hasta la

primavera. Quería cortejarte apropiadamente, pero...

Hizo una pausa y miró por encima del hombro hacia algunos caballeros de la guardia, armados con espadas, que pasaron apresuradamente detrás de ellos.

—De todas maneras, te daré tiempo, mujer. Todo el tiempo que necesites. Sólo dime que considerarás mi propuesta y yo...

—¿Considerarla? ¡No me casaría con ningún otro! —exclamó Mariota y las lágrimas le brotaron ahora libremente—. ¡Por todos los santos,

nunca pensé...!

—¡Caramba, por favor no me regañe si digo que algunos de nosotros sí lo pensamos! —dijo Nessa, que salía de la cocina en ese momento y se veía feliz—. ¡Y justo a tiempo! Llevo muchos días esperando volver a ver una sonrisa como ésa en el rostro de milady!

Kenneth se volvió hacia Nessa.

—Señora, espero ver esa sonrisa todos los días que nos quedan, pero por ahora las tengo que llevar a la despensa.

Le dio un beso rápido a Mariota

en la frente y agarró el canasto.

—Hablaemos cuando esto haya terminado —dijo, mientras las conducía por el pasadizo—. He dejado solos a mis hombres y debo regresar con ellos.

Mariota se apresuró a ir detrás de él, pues sus palabras le recordaron el plan de conducir a los hombres de Hugh el Bastardo a una emboscada. La sola idea la hacía temblar de tal manera que escasamente podía seguirlo por las escaleras.

Kenneth estaba cometiendo un

grave error al pensar que podía engañar a aquellos hombres y manipularlos con facilidad.

No iba a poder hacer ninguna de las dos cosas.

Por esa razón, le daba gracias a Dios por el hecho de que Kenneth hubiera decidido esconderlas en esa pequeña habitación que servía de bodega.

Y también por el hecho de que le hubiera ordenado a Jamie que vigilara la puerta desde fuera y no desde dentro.

En efecto, el fornido y joven

caballero ya se encontraba allí, con el perro desparramado a sus pies. Alto y espléndido, con la mano apoyada suavemente sobre la empuñadura de la espada, todo él era el mejor ejemplo de un magnífico caballero escocés. Su cabello rojo oscuro brillaba con la luz de la antorcha y el rostro se le iluminó aún más cuando los vio.

—Señoras, sir Kenneth. —Les hizo una venia y apartó la mano de la espada—. Les saludo y espero que dentro encuentren todo a su satisfacción.

Mariota le puso una mano sobre el brazo cubierto por la cota de malla, pero todavía tenía la garganta demasiado cerrada para poder articular palabras.

—Dentro estarán a salvo —le dijo Jamie—. Aunque no soy el caballero más experimentado de la guarnición, puedo usar la espada tan bien como los demás.

—Eres bueno con la espada, uno de los mejores que yo haya visto —lo elogió Mariota—. Nunca olvidaremos tu valor.

—Tampoco yo, muchacho. —

Kenneth le puso una mano en el hombro—. Cuídalas bien. —Se volvió hacia Mariota, le agarró el rostro con las manos y la acercó para rozar sus labios contra los de ella—. Mantente a salvo, preciosa. Jamie te cuidará hasta que yo regrese a buscarte.

Y dicho esto se marchó dando grandes zancadas, en dirección a donde estaban sus hombres.

El joven Jamie esperó hasta perderlo de vista y luego se echó la capa hacia atrás para dejar al descubierto dos dagas que tenía

bajo el cinturón.

—Estoy armado para enfrentarme a lo que venga y no me moveré de este sitio hasta que esto termine. No permitiré que nadie entre en la despensa. —Después sonrió mostrando sus hoyuelos y abrió la puerta de la bodega con actitud ceremoniosa—. Y si pierdo mis armas, tengo dos manos fuertes. ¡Ninguna de las dos tiene por qué preocuparse!

—Y no lo haremos —dijo Mariota y agarró de nuevo el canasto.

Tenía un plan para calmar sus preocupaciones.

Y Nessa, que Dios la colmara de bendiciones, pronto estaría ajena a cualquier tipo de preocupación.

Halagado, Jamie las hizo pasar a la habitación con toda clase de venias y, para no quedarse atrás, *Colin* se levantó y siguió detrás de ellas.

El viejo animal se acomodó frente a un pequeño brasero que estaba encendido, el único lugar de la habitación que estaba caliente.

Dos velas ardían en una especie

de candelabros que colgaban del muro, cerca de la puerta, y alguien había puesto contra la pared una pequeña mesa tosca y dos bancos de tres patas. También una jarra de cerámica y dos copas de madera que mostraban que el Guardián había cumplido su palabra y alguien había abierto uno de los barriles de vino.

Una mirada más detallada mostró una piel de animal y una especie de manta escocesa doblada en un rincón, que claramente estaban destinadas al bienestar de

Colin. Un gesto muy considerado que incluía, además, un recipiente grande de agua y varios huesos con carne que habían colocado cerca.

Aunque el perro no tenía ninguna intención de moverse del lugar frente al fuego.

Por lo demás, la pequeña habitación estaba exactamente igual a como la había dejado Mariota la última vez que estuvo allí, el día que descubrió las escaleras secretas... y un conjunto de pasadizos subterráneos cavados en la roca bajo Cuidrach, si sus

suposiciones eran ciertas.

Por allí se escaparía, cuando lograra que Nessa comiera suficientes arenques salados y pan de avena seco. Esto le produciría una sed enorme, la cual podría calmar con el embriagador vino francés, tal como Mariota esperaba.

Mariota sintió tristeza y vergüenza derivadas de la culpa y deseó que dichas medidas no fueran necesarias.

Rezaba para que todo resultara de acuerdo con lo planeado. Cuando el joven Jamie salió, se

recostó contra la puerta cerrada y dejó salir el aire que tenía apresado en los pulmones.

Para su tranquilidad, Nessa ya estaba sentada a la mesa, con un pedazo de pan en la mano y una copa de vino en la otra.

Mariota la observó mientras comía y disimuló una sonrisa.

Especialmente, cuando Nessa sacó del canasto un pedazo particularmente grande de venado seco.

Desde el muro, la grieta con aspecto inocente parecía llamarla.

Si podía localizar el pasadizo correcto debajo del castillo y salir a cualquier parte fuera de las murallas de Cuidrach, estaba segura de poder encontrar a los hombres de Hugh antes de que lanzaran la primera flecha.

Después de todo, la estaban buscando a ella.

No tenían nada contra ese montón de piedras ruinosas y ese grupo de hombres con los que no tenían ninguna cuenta pendiente.

Además, Mariota creía poseer la inteligencia suficiente para

mantenerlos andando en círculos mientras llegaban los refuerzos del tío de Kenneth. Una vez llegaran a Cuidrach esos hombres adicionales, ella sabía que irían a buscarla.

Si no se había escapado antes.

Por ahora, lo único que le importaba era salir de Cuidrach, no estar escondida allí.

Si todo lo demás fallaba, pensaría en alguna maniobra para engañar a Jamie y...

—¡Por todos los santos! — Mariota sintió un escalofrío que le estremeció todo el cuerpo y cerró

los ojos, mientras se le venía a la cabeza la imagen del cabello rojo de Jamie.

De repente, esa imagen se fundió con la del pequeño zorro rojo.

El deslumbrante pelaje de la criatura resplandecía en la oscuridad con el mismo brillo y color que tenía la caballera de Jamie Macpherson.

Incluso en ese momento, Mariota podía ver al zorro corriendo sobre las piedras, desapareciendo y volviendo a

aparecer por una rendija oscura y misteriosa, entre dos rocas macizas.

Y al recordar eso, se sintió segura. Finalmente supo adonde la conduciría el pasadizo secreto de Cuidrach. Estaba segura de eso, y el lugar no podía ser mejor para sus propósitos.

Ahora sólo tenía que esperar el momento apropiado.

Y ayudar a Nessa a hartarse de vino y arenques salados.

Más o menos a la misma hora,

pero atravesando enormes olas y costas castigadas por la tormenta, la isla de Doon dormía en medio de un silencio sepulcral. Una niebla espesa subía desde el mar y oscurecía el cielo, convirtiendo el día en una noche profunda e impenetrable que hacía que ese lugar pareciera el más solitario de la tierra... O el más lleno del eco de tiempos antiguos.

En efecto, la hermosa isla que casi siempre parecía azul desde el mar tenía ahora un escalofriante color plateado oscuro, y sus

montañas, siempre tan elogiadas por ser pintorescas y románticas, tenían ahora un tinte espeluznante y aterrador.

Un viento helado soplaba por toda la isla, agitando el agua oscura de los pantanos. Pero no toda la gente de Doon se había dado cuenta de la presencia de ese viento.

Devorgila, en particular, permanecía en total ignorancia.

La afamada y sabia hechicera de Doon, la indomable bruja, dormía apaciblemente dentro de las

blancas paredes de su cabaña. Mejor dicho, descansaba tan confortablemente como lo permitía el relleno irregular de su jergón.

Roncaba levemente, pues había tomado más cerveza de la indicada para una mujer de su edad, y por eso no se daba cuenta de los altibajos de su lecho. Aunque tampoco le importarían si los llegara a sentir, pues los sueños que estaba teniendo eran demasiado agradables, llenos de guerreros valientes, mundos mágicos y hazañas increíbles de dioses y

héroes celtas.

Y, como siempre, Devorgila dormía envuelta en el bienestar y el silencio de su hogar pequeño pero ordenado, que olía hierbas aromáticas.

Lo único que la molestaba era la brillante luz que le quemaba los párpados cerrados y perturbaba sin consideración el sueño que tanto necesitaba.

Ese sueño matutino, pues a esa increíble edad cualquiera tenía derecho a descansar hasta la hora que quisiera.

Y después de una larga noche de conjuros y encantamientos, que había durado hasta el amanecer, Devorgila sólo quería dormir.

Cosa que haría si la desesperante luz la dejaba.

La luz se transformó en un resplandor persistente y titilante que se esparció por toda la cabaña.

Aun sin tener que abrir sus párpados cansados, Devorgila sabía lo que estaba pasando.

Pero, decidida a no dejarse perturbar, se dio la vuelta y se puso un brazo nudoso sobre la frente.

Sin embargo, eso no ayudó a solucionar el problema.

Un vistazo a las dos ventanas de su cabaña le confirmó lo que ya sabía.

El amanecer era tan gris, tan húmedo y tan lleno de neblina que no creía que alcanzara a verse la mano frente al rostro, si acaso que se veía forzada a salir.

El brillo misterioso provenía de su cabaña.

A decir verdad, Devorgila ni siquiera tenía que mirar para estar segura.

Podía sentir la luz deslizándose por todas las ranuras y rendijas, una luz brillante y cegadora que avanzaba lentamente por las paredes y el techo ahumado. Cada rayo le robaba el descanso y le recordaba a sus ancianos huesos que había algo que no podía olvidar.

Si pudiera recordarlo...

Y entonces lo recordó.

—¡Madre mía! —exclamó. Sin poder respirar, se enderezó y se apoyó sobre el codo. Luego recorrió la habitación con la mirada, en

busca del único objeto capaz de producir semejante luz.

Pero el laúd de oro que estaba sobre la mesa no era lo que brillaba con una luz tan fuerte como el sol, tal como ella esperaba. Su brillo era más bien tenue.

Un brillo que la atraía por su calidez y la adormecía con la bruma suave y sinuosa que flotaba alrededor del lustroso laúd y las piedras preciosas que tenía incrustadas.

Mientras lo estaba observando, sumida en esos pensamientos, y el

corazón le latía apresuradamente por la emoción, la suave bruma empezó a dar vueltas y se convirtió en una columna de luz brillante que giraba... hasta que finalmente desapareció dentro del laúd antes de que ella pudiera siquiera parpadear.

Con la boca abierta, Devorgila empujó suavemente a su gata tricolor que estaba enrollada cerca de su corazón.

—*¡Mab, vieja amiga! ¿Has visto eso?* —exclamó con los ojos abiertos de par en par, mientras la

bruma volvía a aparecer al lado del laúd.

Y hasta *Mab* se dio cuenta y arqueó las patas para poder contemplar el laúd con su aguda mirada felina.

Devorgila también se levantó, se puso una mano en la cadera y se dirigió a la mesa. Embargada por el miedo, se agarró del borde de la mesa para no perder el equilibrio y se quedó observando la bruma que en ese momento perdía toda luminosidad. Ya sin brillo, se volvió más espesa y se esparció como un

fantasma. Se convirtió en una niebla gris, hasta que el laúd se desvaneció entre sus misteriosas profundidades.

—¡Que las diosas tengan misericordia! —exclamó, sin darse mucha cuenta de que *Mab* se estaba restregando contra sus piernas y ronroneaba con fuerza.

Mab sólo ronroneaba cuando estaba presente la magia buena.

La gata era demasiado vieja y partidaria de la comodidad para tolerar peculiaridades de otro tipo. Si no fuera esa clase de magia, si la

niebla indicara algún tipo de peligro, *Mab* seguiría hecha un ovillo, echada sobre la tibieza del jergón.

Entonces Devorgila se inclinó y trató de ver algo entre la bruma, mientras la apartaba con los dedos.

—Ven, muéstrame tus secretos —pidió.

Pero cuando apareció un orificio en la neblina grisácea, sólo pudo ver la tabla de una mesa de madera gastada y vacía.

Si es que realmente estaba viendo su mesa, y no una visión,

pues la tabla parecía haberse reducido a un simple palo de madera. Un trozo de madera largo, suave y gastado, que parecía marcado con innumerables muescas.

Diminutas muescas talladas en el mango del hacha más temible que hubiera visto.

Un hacha escandinava, de las que sólo usaban los guerreros más feroces y temibles.

—¡*Mab!* —gritó, pues finalmente había entendido y sentía que el corazón se le dividía

entre el alivio y la felicidad—. Ay, amiga, las diosas han sido generosas, han oído nuestras plegarias —dijo con un gritito y se agachó para agarrar a su pequeña amiga entre los brazos.

Mientras acariciaba el pelaje sedoso y tibio de *Mab*, apareció otro orificio en la neblina y una mano vieja y manchada agarró el hacha. Con seguridad era la mano de un hombre viejo, pero una mano fuerte, con un puño firme y certero.

Infalible.

Como también lo era el enorme sentimiento de amor y perdón que invadió la cabaña en el momento en que los dedos del guerrero agarraron la empuñadura repleta de muescas.

Pero antes de que Devorgila pudiera limpiarse las lágrimas que le surcaban las mejillas arrugadas, la niebla se desvaneció... llevándose la mano y el hacha al lugar de donde habían venido.

Nada quedó, salvo el sentimiento de que un hombre solitario había tenido el valor de

admitir que se había equivocado. Y esperaba recobrar lo que había perdido.

—Sí, *Mab*. —Devorgila suspiró y parpadeó para deshacerse de las lágrimas—. Creo que me estoy volviendo demasiado sentimental para estos asuntos.

Pero, al tiempo que se dirigía de nuevo a su jergón, pensaba que ésa era la función que le correspondía en la vida.

Y nunca jamás, ni en miles de años, quería que cambiara.



Capítulo 15

Kenneth se dirigió a una de las ventanas de la torre del castillo y miró hacia fuera, hacia la mañana nublada. Caía una llovizna tenue y la niebla se había condensado, formando una cortina que no dejaba ver las montañas y espesando el aire húmedo y suave. Y, como siempre, la Piedra del Bastardo se veía oscura y amenazante sobre el lago Hourn, mientras que las escarpadas rocas

del acantilado y el arco en forma de puerta daban fe de la antigua tragedia.

El legado de Cormac, una angustiosa herencia que ahora era suya.

Kenneth pasó saliva, pues experimentaba tal sensación de pertenencia que sentía que el corazón se le hinchaba de fervor y no podía respirar.

Especialmente ahora.

«No me casaría con ningún otro». Kenneth recordó las palabras de su dama y se dejó embargar por

la felicidad y la esperanza que ellas contenían. Apretó los puños y cerró los ojos, mientras sentía un bienestar y una felicidad que nunca había conocido.

Cuando abrió los ojos, miró con detenimiento el recuerdo de Cormac. No permitiría que ocurriera una nueva desgracia a la sombra de la Piedra del Bastardo.

No ahora, cuando su vida estaba comenzando.

Y menos todavía, un desastre relacionado con el nombre de ella.

Se aseguraría de que no fuera de

otro modo, y lo juró mientras fijaba la mirada en la orilla rocosa del lago. Percibía un silencio de piedra, no había señales de vida y, sin embargo, podía sentir que el peligro estaba cerca.

De eso estaba completamente seguro.

Los escalofríos que sentía eran un aviso de ello, al igual que el silencio.

El mismo silencio tenebroso que le había quitado el sueño. Una quietud tan profunda que parecía que todo Kintail estuviera

esperando, con la respiración contenida, a ver si el nuevo Guardián de Cuidrach era capaz de mantener la paz.

Decidido a hacerlo costara lo que costase, miró detenidamente los árboles y las faldas de las montañas.

—Nada —dijo, mientras aguzaba la vista—. Sólo un mar de neblina y llovizna.

—Bah, neblina, lluvia y saqueadores, podría apostarlo —completó uno de los hombres de la guardia, que se dirigía al camino de

ronda.

Los que lo oyeron, murmuraron con aprobación.

Kenneth también estuvo de acuerdo y se apartó de la ventana, mientras miraba a los hombres que iban de un lado a otro de la habitación.

Hombres inquietos, vestidos con armaduras y armados hasta los dientes, que afilaban ruidosamente sus espadas. También ellos miraban hacia la ventana.

Un hombre viejo de barba y barriga prominente agarró un jarro

de cerveza y se la tomó casi hasta el fondo.

—¡Maldición! ¡Que les caiga un rayo! —gritó; luego puso el jarro sobre la mesa con un golpe y miró a los demás—. Pronto tendrán que dejarse ver, aunque sea para reunir leña y maleza, si es que van a prenderle fuego a la puerta.

—¡Ja! —exclamó otro—. ¡No se molestarán en prendernos fuego cuando se pueden deslizar por los huecos de las murallas!

Kenneth frunció el ceño.

En ese momento, un pequeño

grupo de sus hombres trabajaba afanosamente afuera, esquivando la niebla y la lluvia, con la misión de recoger todo lo que sirviera para prender fuego.

Si todo salía mal, ése sería su último recurso de defensa: ¡quemar las escaleras de madera que conducían al castillo!

Algo que él no quería que ocurriera... pero que estaba dispuesto a hacer, si era necesario.

Kenneth se pasó una mano por la cara y deseó que sus presentimientos sobre ese día

estuviesen errados.

Era un día sencillamente... extraño.

Repleto de sombras, como lo eran algunos días. Especialmente en lugares remotos y solitarios como Glenelg.

Kenneth volvió a mirar por la ventana. Todo seguía igual.

—Nunca, en ninguna parte de Escocia, había visto una mañana tan quieta —dijo, al tiempo que se volvía a mirar a sus hombres—. ¿Será que estamos permitiendo que un cambio en el tiempo nos

confunda?

Pero él sabía que no era así.

Al igual que sus hombres, podía verlo en sus rostros.

—Es la calma que siempre hay antes de las batallas. ¡Nada más! — dijo el de la barriga prominente, al tiempo que agarraba otra vez el jarro de cerveza. Le dio un sorbo y les ofreció a los demás—. He estado en muchas como para no saberlo.

—Colm tiene razón. Vendrán — asintió Lachlan y luego se paró al lado de la puerta de la almena y dio un paso atrás—. Lo siento en mis

huesos, puedo oler su putrefacto aliento.

—Y yo puedo sentir que nos queman con sus miradas —dijo Kenneth, completamente de acuerdo con Lachlan.

Un viento tenue y helado soplabá desde el lago, pero no podía mitigar la furia que ardía en el ambiente.

—Sí, una rabia furiosa está hirviendo frente a estos muros. — Sir Lachlan se dirigió a una ventana desocupada y miró hacia fuera—. Aunque esos cobardes se estén

tomando su tiempo para aparecer.

Pero justo en el momento en que iba a dar media vuelta, el repentino sonido de un cuerno puso fin al silencio.

Fuerte y ululante, el sonido vibró en el aire, mientras un hombre gigantesco salía de las sombras.

—¡Por la Cruz, aquí están! — exclamó Kenneth, al tiempo que observaba a un jinete que se aproximaba con paso arrogante.

Tenía un aspecto tosco y estaba envuelto en una capa mojada y

bastante gastada. El hombre se detuvo lo suficientemente cerca como para que una flecha pudiera alcanzarlo y gritó con una voz que retumbaba:

—¡Eh, MacKenzie! ¡Escúchame si quieres que este día termine tan apaciblemente como comenzó!

—¿Y quién habla con tanta temeridad? —replicó Kenneth—. Ya veo cuál es tu estilo. Cuando oiga tu nombre, podremos intercambiar algunas... palabras.

—Como quieras. —El hombre se encogió de hombros y se acercó un

poco más—. Soy Ewan el Astuto, capitán de guarnición del castillo de Drumodyn en Assynt, los dominios del asesinado Hugh Alesone, Bastardo de Drumodyn.

—¿Y qué se te ofrece por estas tierras? ¿En mis dominios? — Kenneth se asomó por la ventana y miró al hombre—. El nombre de tu señor no se conoce por estos lares.

—Es posible que no, ¡pero apuesto a que el de su asesina sí! — El hombre miró a Kenneth con sorna—. Lady Mariota, Mariota Macnicol de Dunach. Algunas

lenguas afirman que le ofreciste refugio.

Kenneth se sentía muy tenso y cerró los puños.

—Las lenguas muy habladoras no siempre dicen la verdad. Pero si la dama está aquí, no es asunto vuestro.

—¡Ja, está hablando un hombre enamorado! —Ewan el Astuto lanzó una risotada y se dio una palmada en la pierna—. Te lo digo, MacKenzie, entrégala. Esa mujer puede matarte mientras duermes. ¡Apuñalarte en tu propia cama,

después de que tú la hayas complacido! ¡Sin ir más lejos, tiene las manos manchadas con la sangre de dos hombres!

—Tu propia sangre es la que estarás viendo si no controlas tu lengua, buen hombre. —Kenneth apretó las manos contra el borde de la ventana y volvió a inclinarse—. Todas las piedras de esta fortaleza caerán al mar antes de que yo entregue a cualquier mujer a hombres como tú.

Ewan el Astuto carraspeó.

—Por lo que veo, ¡tu fortaleza ya

se está cayendo al mar!

Un coro de silbidos y carcajadas se levantó desde los árboles. Un estallido corto pero suficiente para revelar cuántos hombres estaban escondidos en el borde del bosque y en la pendiente.

—¿Los ha oído, señor? —dijo uno de los caballeros más jóvenes que estaba cerca—. Parece que fueran tres veces más que nosotros.

Kenneth hizo una mueca, pero mantuvo la atención en el hombre que estaba abajo.

—Escúchame —le gritó—. No

estoy de humor para semejante... alboroto a esta hora del día. Tengo otras cosas en que emplear mi tiempo, como puedes ver. Pero si tu idea es probar mi fortaleza, no tengo inconveniente.

Kenneth se inclinó sobre la ventana un poco más y lo miró con una sonrisa retadora.

—Pero te lo advierto... ¡Cuando os marchéis de aquí es posible que a algunos de vosotros os haga falta la cabeza!

Esta vez fueron sus hombres los que se rieron, aunque ya se veían

grupos de forajidos dispuestos al ataque, que bajaban de las montañas o sacaban sus caballos de detrás de los árboles.

De aspecto feroz, muchos maleantes llevaban armaduras debajo de la capa y formaron un gran semicírculo detrás de su jefe.

Todos estaban armados hasta los dientes.

—¿Qué dices ahora, MacKenzie?

—Ewan el Astuto sonrió con afectación y miró hacia la torre—. Podríamos decir que no es a ti a quien corresponde decidir sobre el

destino de esta dama.

—Podríamos decir que lo veremos —replicó Kenneth—. Estás advertido, peor para ti si subestimas mi fortaleza.

Sir Lachlan se paró junto a Kenneth en la ventana.

—Trata de mantener su atención, sigue hablándole —le dijo en voz baja—. Cuanto más tiempo pierdan hablando, más oportunidades tendremos para que los nuestros salgan por la puerta posterior. Con suerte, podrán estar en Dun Telve mucho antes de que

tú llegues con esos bandidos.

Lachlan puso una mano sobre el hombro de Kenneth.

—Si es que caen en la trampa.

—Lo harán. —Kenneth puso una mano sobre la del capitán y se la apretó—. Pasé demasiados años en el mar, rodeado de mercaderes y comerciantes, como para no reconocer la codicia cuando la veo. Ése podría cortarle la garganta a su misma abuela por un puñado de monedas de plata.

—Por todos los santos, ¿cuál fortaleza? —Ewan el Astuto estalló

Deberíamos lanzarle una saeta ardiente ahora mismo, moriría antes de saber siquiera qué le había pasado.

—Yo puedo hacerlo, señor. —El caballero más joven echó los hombros hacia atrás y sacó pecho—. Le clavaré una flecha en la mitad del corazón, ¡claro que sí!

—Y no se te ocurra lanzarnos una flecha —gritó el patán desde abajo, como si los hubiese oído—. Tenemos lazos y ganchos para escalar. Y para que lo sepáis, somos tantos como los granos de arena de

la playa. Por cada uno de nosotros que alcancéis, ¡hay varios que pueden tomar su lugar!

El hombre se acercó más y agitó el puño.

—Danos a la mujer y nos iremos en paz. Respetaremos la vida de todos y dejaremos la fortaleza tal y como está.

Sir Lachlan agarró a Kenneth de un codo.

—Ahora, hazle tu propuesta — lo apremió.

Kenneth apretó los labios; sentía que ardía de la rabia.

—Por los huesos de Cristo, Lachlan —dijo furioso—, tú sabes que no hay nada que no esté dispuesto a dar por la seguridad de mi dama. Quiero que esté segura y feliz. Es posible que me importe más su vida que la mía propia. Y ciertamente más que mi orgullo. Pero...

Hizo una pausa y resopló.

¿Qué eran el orgullo, o incluso Cuidrach, si ella sólo tenía que atravesar una habitación para que todo dejara de existir para él?

La verdad era que se había

enamorado perdidamente de Mariota. Ella era su tesoro y su razón de ser. Su vida. Y valía la pena pagar cualquier precio, sin importar lo que fuera, para salvarla de los hombres que estaban reunidos ahora frente a las murallas del castillo.

—Ese rufián dice la verdad, amigo mío —dijo Lachlan, al tiempo que le apretaba el codo y lo miraba con compasión—. Todos sabemos que Cuidrach no soportaría un ataque. Permite que esa verdad te ayude a hacer lo que

debes hacer.

—¡Maldición! —exclamó

Kenneth, con un nudo en las entrañas—. Juro que ya en otras ocasiones he tenido que tratar con el Diablo, más veces de las que hubiera querido. ¡Pero nunca había sido tan difícil!

Sin embargo, en ese momento sacó la cabeza por la ventana y gritó:

—De acuerdo, Ewan de Drumodyn. Dices que nos dejarás en paz si te entrego a la mujer. ¿Qué tal si te ofrezco algo que valga

más que ella?

Hizo una pausa, pues esas palabras eran como dagas que se le clavaban en el corazón y lo hacían sentirse sucio por dentro.

Ewan el Astuto escupió y se pasó la mano por el rostro barbado.

—¿Qué podría ser más valioso que el cuello de una asesina? ¿Qué podría ser más valioso que vengar finalmente la muerte de mi señor?

Pero un brillo de interés se apreciaba en el rostro que miraba hacia arriba. En efecto, los ojos de rata del hombre brillaban como los

de una serpiente.

Kenneth sentía la lengua pesada pero gritó.

—¿Qué tiene más valor? Yo te lo diré, una fortuna para llenar tus cofres y los de tus hombres el resto de vuestras vidas.

Sus palabras fueron seguidas por el silencio... y una sonrisa triunfante que el rufián le dedicó a Kenneth.

—Un asunto de sangre requiere que se pague de la misma manera y la mujer fue elegida para ser sacrificada al caballo de agua de

Assynt. Su valor es muy alto. ¡Demasiado alto para tus posibilidades! —dijo el hombre y se quedó observando a Kenneth, mientras fingía que se rascaba la barba—. ¡Pero vale la pena considerar tu oferta!

Antes de que Kenneth pudiera replicar, el robusto hombre se volvió para hablar con sus hombres. Cuando se dirigió nuevamente a Kenneth, el inconfundible brillo de la codicia afeaba más sus ya ordinarias facciones.

—¿De qué tipo de fortuna estamos hablando exactamente, Guardián de Cuidrach? —preguntó.

Kenneth sintió que se le aceleraba el pulso al ver la emoción en los ojos del hombre.

Mientras sentía el olor de la victoria, se inclinó en el arco de la ventana con la esperanza de que su expresión no fuera reveladora de su estado de ánimo.

—Para ti, suficientes bolsas de monedas de plata para comprar diez o más castillos como el de Drumodyn. Para mí, tu palabra de

que te irás de Kintail y nunca regresarás.

—Uf, se te ocurren promesas muy grandes, Bastardo MacKenzie.

—Ewan el Astuto sacudió la cabeza y entornó los ojos—. Para que lo sepas, soy un hombre honesto, leal con mis amigos y fiel a mi palabra. Pero ¿por qué habría de confiar en la tuya?

—Porque... —Kenneth respiró profundamente, mientras deseaba no estar tan consciente de la humedad que sentía en las palmas de las manos—. No guardo aquí mi

fortuna —mintió, con la certeza de que tenía la mentira estampada en la frente—. Mi fortuna está... en otra parte y tendré que conducirte hasta allí. Si no estás satisfecho con la cantidad de bolsas de monedas y lo llenas que están, me entregaré como rehén para que mi dama permanezca fuera de peligro.

Hizo una pausa y tomó aire nuevamente.

—Y podrás hacer conmigo lo que quieras. Pedirle un rescate a mi tío, Duncan MacKenzie, el Potro Negro de Kintail. O despedazarme

y tirarme a tu sucio caballo de agua. No me importa, mientras mi dama permanezca tranquila.

—Mejor dicho, ¡que Dios nos salve! —Ewan el Astuto volvió a reírse a carcajadas y miró a sus hombres con asombro—. ¡Sabía que el hombre estaba enamorado y eso aumenta el valor de la mujer, claro que sí!

Ewan el Astuto echó la cabeza hacia atrás y le lanzó a Kenneth una mirada calculadora.

—Tus monedas y el laúd de oro y te dejaremos en paz. ¡Os

dejaremos en paz a los dos!

¿El laúd de oro?

El corazón de Kenneth dio un brinco. Se volvió para mirar a sir Lachlan.

—¿A qué se refiere este lunático?

—Conoces la historia —le recordó sir Lachlan—. Se refiere al laúd incrustado con piedras preciosas que una hechicera le regaló a Nessa. Ella nos lo contó una noche, poco después de que llegamos aquí. Usó el laúd para ayudar a escapar a lady Mariota de

la mazmorra del castillo Drumodyn.

Kenneth frunció el ceño, pensativo. Sí, ahora lo recordaba.

—Pero Nessa dijo que abandonó el laúd al escapar de Assynt. Este tonto cree que nosotros lo tenemos.

—Pues no lo saques de su error.
—Sir Lachlan echó un vistazo por la ventana—. Cualquier cosa nos sirve para ganar tiempo. Dile que el laúd es demasiado valioso y que debes pensarlo antes de responder. Dile que dentro de dos horas le responderás. Para ese momento, ya

habremos terminado los preparativos para la emboscada y nuestros hombres estarán en sus lugares en Dun Telve. Con la ayuda de Dios, derrotaremos a estos estúpidos codiciosos.

—¿Y bien, MacKenzie? —La voz de Ewan el Astuto resonó por toda la habitación de la torre—. ¿Hasta qué punto es valiosa para ti esa mujer? ¿Hasta el punto de deshacerte del laúd?

Kenneth resopló. El rufián se atrevía a preguntarle cuánto valía para él su dama.

«Más de mil laúdes de oro»,
bramó el corazón de Kenneth.

Tragó saliva y se armó de valor.

—¡Señor, ese laúd no tiene
precio! Te ofrezco cualquier otra
cosa, pero el laúd...

Kenneth dejó que las palabras
surtieran efecto y luego sacudió la
cabeza.

—No, amigo mío, debo pensarlo
y consultarlo con mis hombres.
Dentro de dos horas, si estáis de
acuerdo, os responderé.

—¡Aja! —Ewan el Astuto soltó
una risotada—. Después de todo, es

un hombre como cualquier otro. Bien, entonces que así sea. Dentro de dos horas será. Pero te lo advierto, ni un minuto más.

Kenneth asintió con la cabeza y alzó la mano en señal de acuerdo.

—Dentro de dos horas.

Iban a parecerle una eternidad.

Y si las usaba bien, lo serían.

Para él y para el tesoro de su corazón, la mujer con la que pretendía casarse.

Mariota puso una manta sobre

las rodillas de su amiga dormida y le arropó los hombros con otra. Era lo mejor que podía hacer, el único alivio que podía ofrecerle a Nessa, sin arriesgarse a que se despertara.

Nessa tenía un sueño profundo que llenaba de vergüenza a Mariota.

Especialmente porque los ronquidos de la joven estaban impregnados con el olor del potente vino francés.

Sobre la mesa quedaban los restos de las tortas de avena sin mantequilla, un pedazo de venado

a medio comer y los sobrantes de una porción grande de arenque salado.

Nessa era todo menos una mujer moderada y siempre comía en demasía cuando estaba nerviosa. Pero en esa ocasión había sido incluso más exagerada de lo que Mariota hubiera querido.

De todas maneras, era mejor verla desparramada sobre la mesa, durmiendo con placidez con la cabeza entre los brazos, que tenerla en sus cabales e insistiéndole en acompañarla. O peor, tratando de

evitar que se fuera.

No obstante, Mariota lamentaba el dolor de cabeza que con seguridad tendría su amiga cuando se despertara. Ella ya tenía un fuerte dolor de cabeza. ¡Pero desapareció como un rayo cuando oyó la voz de Kenneth en la puerta!

Con el corazón en la garganta, metió apresuradamente en el canasto los restos de comida que había dejado Nessa. Los estaba cubriendo con un trapo, cuando se abrió la puerta y entró el Guardián.

—¡Kenneth! —exclamó Mariota

y las rodillas se le volvieron de gelatina con sólo verlo—. Pensé que estabas en las murallas.

—Y lo estaba, pero ahora estoy aquí, sólo por un momento. —La acercó hacia él y la besó apasionadamente, un beso que la sorprendió y la llenó de felicidad.

Mariota le echó los brazos al cuello y le devolvió los besos. La pequeña habitación desapareció bajo una luz de felicidad y el mundo entero parecía dar vueltas a su alrededor cada vez que la lengua de Kenneth tocaba la suya.

Mariota se aferró a él, estaba casi mareada, pero sentía un gran alivio... hasta que recordó sus últimas cuatro palabras.

Sólo por un momento.

Al instante, el mundo dejó de girar; se apartó de Kenneth con dificultad y dio un paso atrás para mirarlo.

—¿Qué has querido decir con «sólo por un momento»? Pensé que el enfrentamiento con los hombres de Hugh había terminado —dijo de manera atropellada, con el corazón latiéndole con fuerza—. He oído los

gritos y después no he vuelto a oír nada más. Así que he pensado que...

—Un tiempo para pensar, mujer, es sólo eso, nada más. — Kenneth tomó su rostro entre las manos y le acarició las mejillas con los pulgares—. Sólo me puedo quedar un momento, tengo que volver con mis hombres, pero quería darte esto...

Sacó una daga de aspecto aterrador de debajo de la capa y la puso encima de la mesa.

—Quise dártela antes. Por eso

fui a la cocina, pero...

—No quiero tu daga. ¡Quiero que me digas que no vas a llevar a esos hombres hacia ninguna trampa! —Mariota le agarró el brazo con fuerza—. Ya te lo dije...

Kenneth le puso dos dedos sobre los labios, para que se callara.

—La primera condición para poder alejarte de estos maleantes es la victoria, milady. No dudes que los ganaremos.

—Pero...

—Tengo que volver con mis hombres —le dijo, mientras le

lanzaba una mirada a Nessa—. Cuando tu amiga se despierte, ¿podrías empezar a planear nuestra boda? Me gustaría que fuera en primavera.

Le acarició la barbilla y sonrió con cariño.

—Una gran celebración con toda mi familia y... la tuya, claro.

—¡Oh, Kenneth! —Mariota trató de agarrarlo, pero los ojos se le llenaron de lágrimas y acabó agarrando el aire.

El Guardián de Cuidrach ya se había marchado y estaba cerrando

la puerta con cuidado.

Mariota se secó las lágrimas de las mejillas, miró la daga y decidió que se la dejaría a Nessa.

Entonces se dirigió al muro que tenía la fisura y lo palpó con los dedos hasta que la pared se movió. La puerta secreta se abrió con un gemido trepidante y levantó una nube de polvo.

Era un polvo fino y arenoso que le produjo comezón en la nariz y le secó los ojos, pero mientras Nessa permaneciera dormida y *Colin* no se moviera mucho, todo estaría bien.

Sin embargo, el viejo animal ya estaba estirando las patas para levantarse. Atravesó la habitación tambaleándose un poco y se acostó a los pies de Mariota con todo el peso de sus huesos.

—Ay, muchacho, —Mariota se agachó y lo acarició—. Cuídate mucho y cuida también a mi amiga ¿me oyes? —Lo alejó con pesar, pues no contaba con esa despedida—. Cuando regrese, te recompensaré con los mejores pedazos de carne que pueda encontrar.

Si volvía, parecían querer decir los inesperados gemidos del perro, que miraba con ojos acuosos el oscuro pasadizo.

—Volveré —le aseguró Mariota y le dio otro abrazo rápido. Un abrazo lleno de dudas y miedos que se negaba a reconocer.

Tenía que irse. En ese mismo momento, antes de que los gemidos del perro despertaran a Nessa.

Un tiempo para pensar, había dicho el Guardián.

Un breve respiro antes de que comenzara la batalla. Un ataque

unilateral que ella estaba decidida a impedir.

¡Mariota no podía permitir que Kenneth llevara a cabo su plan de engañar a unos hombres que eran maestros en el arte de la trampa!

Así se atravesaran miles de perros gimiendo.

Y tampoco podía dejarse vencer por esa repentina sensación de inutilidad que la hacía sentirse como una hoja en medio del viento. Simplemente se aseguraría de que la hoja aterrizara en el sitio correcto.

Una vez tomada la decisión, agarró uno de los velones que había en el candelabro de hierro y entró en el pasadizo. Cerró la puerta con una facilidad casi extraña, pero el frío y la oscuridad fueron como una bofetada a su valor, pues la humedad se le pegó a la piel como una mortaja. Los escalones de piedra estaban cubiertos de moho. Pedazos podridos de paja y hojas caídas, que se movían con el viento que entraba por las rendijas del muro.

Comenzó a caminar con cuidado

para no resbalarse, pues la posibilidad de caerse le producía escalofríos. Agarró bien el velón y prosiguió el camino, paso a paso, hasta que llegó al final de la escalera, donde el pasadizo se ensanchaba.

Finalmente, llegó a una habitación circular de techo bajo. Había varios corredores, bifurcaciones que se perdían en una oscuridad impenetrable. El suelo era resbaladizo y las toscas paredes estaban revestidas de una lama brillante, que en algunos

lugares era verde y en otros, negra. Del techo colgaban grandes cantidades de espesas telarañas. Eran tres pasadizos y los tres eran tan desagradables como una cuchilla en la garganta.

Mariota cerró los ojos y trató de controlar la respiración y los latidos de su corazón. Entonces escuchó atentamente, muy concentrada, y pudo oír gotas de agua cayendo y el sonido lejano de las olas.

El lago Hourn y su ribera. No era adonde ella tenía que ir.

Ladeó la cabeza y siguió

escuchando con mucha atención. En el pasadizo del centro el silencio era total. Un silencio espeso, subrayado por cientos de años de abandono.

La emoción le oprimió el pecho cuando se concentró en el pasadizo que tenía a la derecha. Se oían susurros muy suaves, que venían de algún sitio lejano, el tipo de ruidos que hacen las corrientes de aire cuando no tienen mucha fuerza.

Un aire que casi podía sentir contra sus mejillas. Una brisa delicada y casi imperceptible,

perfumada de aulaga, tierra escocesa y pino de Caledonia. La clase de pinos que crecían en un sombrío lugar, cerca de un montón de piedras que ella había visto desde la ventana de su habitación.

Allá, donde había visto al zorro.

Y donde encontraría a los hombres de Hugh Alesone, de acuerdo con lo que le indicaban sus instintos.

Después de recorrer apresuradamente un pasadizo largo y angosto, Mariota llegó a lo que quedaba de una antigua puerta de

hierro.

Una luz casi acuosa alcanzaba a filtrarse por los huecos de la puerta, y al fijarse en ese detalle reconoció al instante la cavidad en forma de cueva en la que estaba: era el interior del grupo de rocas que estaba buscando. También oyó ruido de cascos y armamento, y las voces y las pisadas de un grupo de hombres.

Un grupo grande de hombres que gritaban encolerizados.

Y que se agitarían todavía más cuando la vieran. Pero no había

manera de hacer otra cosa. No tenía otra salida: sólo entregándose salvaría a Kenneth. Y a sus hombres, que no merecían morir por ella.

Con estos pensamientos, Mariota se deslizó por la abertura más grande de la ruinoso puerta, se arregló las faldas y salió detrás de las rocas.

—¡Los santos nos protejan! ¡Es ella en carne y hueso! —La estruendosa voz de Ewan el Astuto resonó en medio de la niebla circulante.

Cuando la joven se resbaló en la tierra mojada, la agarró y le mostró su puño feroz.

—¡La mujercuela del Bastardo viene a presentarnos sus respetos en persona!

—¡A quién se le hubiera ocurrido semejante posibilidad! — agregó otro, que la miraba desde la rama de un pino—. La mujer y su sombra nos caen ahora como por arte de magia, después de haberla buscado a tientas por estas montañas abandonadas de Dios.

—Parece obra del Diablo. —

Ewan le quitó el velón y lo arrojó a un lago pequeño y oscuro, donde desapareció con un suave siseo y un hilo de humo aceitoso.

—Creo que hay entre nosotros un lunático escuálido que tendrá que darle gracias al Creador por no habernos hecho dar vueltas en falso... esta vez —chasqueó, mientras se dirigía a sus hombres, pero sin dejar de mirar a Mariota por debajo de sus cejas tupidas y oscuras—. ¡Ya estoy harto de ese sujeto, y de su zorro rojo, que nos ha traído por entre estanques y

arbustos repletos de espinas!

¿Un zorro de color rojo?

Mariota disimuló un grito de sorpresa fingiendo que tenía tos.

—El hecho de que esté aquí no tiene nada que ver con Wee Finlay.

—Mariota se enderezó lo más que pudo, teniendo en cuenta que Ewan el Astuto le estaba clavando los dedos en el brazo, y adivinó sin equivocarse quién era el destinatario de la cólera del jefe del grupo—. Y no sé nada sobre ningún zorro.

Levantó la barbilla.

—He venido porque es a mí a quien queréis matar, no a la gente de Cuidrach. No toleraré que otros sufran cuando es a mí a quien buscan.

—¡Ja! —bufó Ewan el Astuto—. Palabras muy nobles para una asesina.

Los demás la miraron con furia y también con lascivia, uno incluso intentó pellizcarle los senos, lo que hizo que los demás estallaran en carcajadas.

El único que no se rió fue Wee Finlay.

Era tal y como Mariota lo recordaba, flaco y de corta estatura. Estaba con los caballos frente al fuego, dándoles avena y observándolos, mientras mordisqueaban la hierba.

Finlay dejó de mirar a los animales, dio unos cuantos pasos hacia delante y levantó la barbilla antes de hablar.

—Puede que esta mujer haya matado a Hugh enterrándole su daga en el pecho, pero no ha sido ella quien ha robado tu maldito laúd. Fue el zorro, ya lo he dicho y

lo vuelvo a decir. El mismo que nos trajo hasta aquí.

Ewan le dio unas palmaditas a la empuñadura de su espada.

—Alégrate de que la gente de Assynt finalmente haya considerado que la tabernera sí era suficiente sacrificio para el caballo de agua —le recordó al hombrecillo, mientras lo miraba con ojos entornados—. Juro que te habría despedazado con mis propias manos y te habría ofrecido a la bestia, si no hubiera sido así. ¡Y tal vez todavía lo haga!

Mariota suspiró con fuerza y el hombre la volvió a agarrar.

—Y tú no creas que no te necesitamos; hemos recorrido un largo camino para encontrarte, y no lo habríamos hecho de no ser estrictamente necesario. —Sacudió la cabeza y miró con rabia los picos de las montañas de Kintail, que se erguían oscuras entre la niebla—. Si quieres oír la verdad, después de todo este tiempo y todas las dificultades que hemos pasado, ¡me importa muy poco quién enterró la daga en el corazón de Hugh el

Bastardo! Lo que quiero es el laúd y nada más.

Dichas estas palabras, la empujó hacia otro hombre y miró con aprobación mientras éste la subía a un caballo y le ataba las manos.

—Todos sabemos la cantidad de mujerzuelas que disfrutaron de la cama de Hugh. —Sonrió con afectación y se acercó para acariciarle una pierna—. A decir verdad, si fuera tú, ¡quizá habría hecho lo mismo!

—Yo no maté a Hugh Alesone.

—Mariota estaba sentada muy derecha en la montura y hacía un esfuerzo por no sentir los dedos que merodeaban por debajo de sus faldas—. Pero puedo llevarte hacia el laúd —prometió, mientras le miraba a los ojos—. Tu hombre dijo la verdad, yo no robé el laúd. Pero sé dónde está.

El brillo inmediato de codicia que iluminó los ojos de Ewan el Astuto justificaba plenamente la mentira, entonces Mariota respiró profundamente y se preparó para decir otra más.

—Todavía está en Assynt, escondido.

Ewan levantó mucho las cejas.

—¿Qué dices?

Mariota asintió con la cabeza, pero el estómago se le hizo un nudo al ver que la duda había asomado al rostro del hombre, y también al recordar la risita con que acompañó sus últimas palabras.

Se agarró bien de la cabeza de la silla para impedir que le temblaran los dedos y les recitó a los santos una pequeña oración para que la

ayudaran.

Si les convencía para viajar a Assynt, Kenneth tendría tiempo suficiente para enviar a un hombre al castillo de su tío a buscar refuerzos y para prepararse debidamente. Y mientras estos rufianes tuvieran la perspectiva de apoderarse del laúd, no se atreverían a hacerle daño.

Pero como Ewan y sus hombres seguían mirándola con malicia, Mariota no pudo dejar de estremecerse y de rezar para no haber cometido un grave error.

Dos horas y media después de su conversación con Ewan el Astuto, Kenneth dejó de pasearse por el camino de ronda, aflojó los puños y se pasó la mano por el pelo con preocupación. El viento movía su capa y sentía la respiración pesada e irregular. Pero lo peor de todo era la multitud de terrores indeseables que lo miraban a la cara y lo desafiaban.

Ya había agotado su paciencia más allá de lo que sus nervios

podían resistir y sabía que era inútil esperar más. El bosque estaba vacío, completamente quieto.

Ewan el Astuto y sus hombres se habían ido.

Y eso sólo podía significar una cosa.

Tenían a Mariota.

Con el corazón en la garganta, Kenneth dio media vuelta y sintió que todo giraba a su alrededor, desde los rostros de sus hombres hasta el suelo adoquinado del camino de ronda.

—¡Nooo! —gritó y corrió hacia

las escaleras de la torre, desapareciendo en la oscuridad como una ráfaga, antes de que sir Lachlan o cualquiera de los otros pudiera alcanzarlo.

Bajó las escaleras como un relámpago y se dirigió al salón principal, tropezándose con todo lo que encontraba a su paso, hasta que llegó a la despensa, el supuesto refugio que continuaba con la puerta cerrada. Al verlo se llenó de pánico y sintió que no podía respirar.

Cuando entró en la habitación,

se estrelló sin querer contra Jamie y confirmó lo que más temía. Mariota no estaba. En ese momento se oyó un aullido espantoso, como el que nunca pensó que sería capaz de emitir.

Y, en efecto, el que estaba aullando no era él sino *Colin*.

El perro estaba sentado frente a una pared, gimiendo de manera dolorosa y sus sollozos se multiplicaban a través del eco de la habitación... Una habitación en la que faltaba la persona que Kenneth esperaba encontrar.

Dio un paso hacia atrás y se apoyó contra la puerta.

—Se ha marchado —dijo con un dolor infinito en la voz.

Una verdad que se confirmó cuando Jamie dio media vuelta y suspiró con aire de derrota. Los ojos de los dos hombres se encontraron y Kenneth se sorprendió al ver la palidez del otro y la conmoción que lo embargaba.

Kenneth se aferró a la puerta.

—No es posi... —comenzó a decir, pero dejó la frase inconclusa, pues tenía la sangre helada.

Jamie levantó sus manos temblorosas e hizo una mueca de angustia.

—Yo... no entiendo cómo ha podido pasar esto —balbuceó, mientras miraba al perro—. ¡Por mi alma que nadie ha entrado por esa puerta y con toda seguridad nadie ha salido! Solamente oí los gemidos de *Colin* y creí que se debían a que estaba encerrado. Pero cuando los gemidos se convirtieron en lamentos, abrí la puerta y..

—Ella se había ido —Kenneth terminó la frase por él y Jamie

asintió.

Parecía tan afligido que Kenneth le apretó un brazo.

—Ella no pudo salir de la habitación —dijo, pero su afirmación era tan absurda que sólo logró aumentar su incredulidad y el dolor que sentía en el pecho.

Miró hacia la ventana, pero de inmediato rechazó la idea de que esa diminuta abertura pudiera servir de escape, ni un niño desnutrido podría escabullirse por semejante espacio tan angosto.

Y la única persona que la

acompañaba estaba desplomada encima de la mesa, con la mirada desorientada y los ojos enrojecidos y ofuscados.

Pero Kenneth no tenía ningún consuelo para ofrecerle. Era evidente la razón de su aturdimiento, pues cerca de su codo había una jarra de vino vacía y otra tirada en el suelo.

Lo más sospechoso de todo era que aparentemente sólo habían usado una copa. La segunda estaba claramente limpia y vacía.

Kenneth frunció el ceño,

mientras algo que había olvidado hacía mucho tiempo comenzó a asomarse a su memoria.

—¡Por todos los santos! ¿Dónde está mi señora? —Nessa se enterró los dedos temblorosos en las sienes y examinó el rostro de los dos hombres—. Por piedad, dime que te la llevaste...

Llevársela.

Kenneth miró a Nessa y sintió que el corazón se le detenía.

—¡Nessa, eres un ángel de carne y hueso! —exclamó y luego se agachó, le dio un beso en el cabello

desordenado y la abrazó—. Acabas de darnos la respuesta.

O tal vez se la había dado su tristemente célebre padre, aunque de manera involuntaria.

Como una nube negra del pasado, Kenneth recordó una de las hazañas más notorias y reprobables que se le atribuían a su padre. Se decía que había utilizado un pasadizo secreto que había en el castillo Eilean Creag para entrar a hurtadillas en las habitaciones de lady Linnet y llevársela furtivamente.

¡La raptó ante las mismísimas narices del mismo Potro Negro de Kintail!

Kenneth recordó claramente la imagen de Duncan MacKenzie, sentado a la mesa principal del castillo de Eilean Creag, contando con horror que su esposa había sido raptada... y eso le hizo comprender lo que había pasado con Mariota.

—¡Por todos los diablos! — ¡Ella se había marchado por su propia voluntad! La certeza del hecho casi provocó que le estallara la cabeza —. ¡De alguna manera consiguió

que Nessa bebiera más de lo aconsejable y se marchó por un pasadizo secreto!

Kenneth se volvió rápidamente y empujó a Jamie un poco hacia un lado para poder mirar mejor el lugar en donde estaba el perro.

—El perro la vio irse. Por ese muro...

Mientras sentía que el pulso le latía desbocado y la sangre le rugía en las orejas, Kenneth se dirigió al muro y vio la fisura vertical. Luego, *Colin* empezó a olisquear y a arañar el suelo, y el nerviosismo del perro

no dejó lugar a dudas de que ése era el lugar por el cual se había ido Mariota.

—¡Por la Cruz, es verdad! — Kenneth se arrodilló al lado del perro y lo abrazó con fuerza—. Si mal no recuerdo, ella dijo que cuidaría del perro, pero al final ha resultado ser el perro quien ha cuidado de ella.

Embargado por la esperanza y la necesidad de hacer algo, Kenneth se puso de pie y comenzó a tocar la ranura de arriba abajo, con la ayuda de la daga para remover la arenisca.

—Sólo debemos rezar para que lo hayamos entendido a tiempo — dijo Jamie, al tiempo que comenzaba a empujar la pared.

Kenneth asintió.

Cualquier otra cosa sería inaceptable.



Capítulo 16

—¡Por el poder de los santos, así es!

Durante un momento que le pareció eterno, Kenneth miró hacia las profundidades del pasadizo secreto. Un miedo elemental e instintivo lo mantenía completamente tenso y sentía que la túnica le estrangulaba el cuello. Estaba atónito frente a la evidencia de la manera en que había escapado su dama.

Con el corazón paralizado por el miedo, pasaron por su mente algunas imágenes de la ternura, la suavidad y la pasión de Mariota. Los recuerdos iban desde el momento en que vio inesperadamente su silueta en la ventana de la torre, el día en que llegó a Cuidrach, hasta la última vez que la vio, cuando sus ojos verdes brillaron de alegría al verlo entrar a esa misma bodega, pues creyó que el cerco se había disuelto y el peligro ya había pasado.

¡Cuánto dolor sintió Kenneth al

tener que decirle que estaba equivocada!

Kenneth respiró profundamente y cerró los ojos.

Podía ser la hija de Archibald Macnicol, pero no era una guerrera, no podía enfrentarse a hombres recios y curtidos en tantas lides, guerreros de profesión, que vivían de la sangre y la espada, hombres sin escrúpulos.

Y Mariota ni siquiera se había llevado la daga que él le había dejado.

—Que el Diabolo se lleve a esos

bastardos —exclamó, mientras apretaba la daga con todas sus fuerzas y sentía que la rabia invadía todo su ser.

Pero no tenía aire para hablar más. Sólo miró la enorme oscuridad que tenía enfrente y sintió que su mundo se había escabullido por ese hueco vacío.

Detrás de él, Nessa lloraba desconsoladamente y los aullidos de *Colin* se habían convertido en ladridos exaltados. Kenneth sentía que cualquier tipo de bienestar y felicidad que hubiera sentido jamás

había desaparecido para siempre, como si nunca hubiera existido.

Apretó la barbilla pues tenía mucho frío. ¡Por todos los santos, ni siquiera las feroces tormentas del mar del Norte lo habían helado de esa manera! Pero apenas sintió el primer escalofrío supo qué había pasado, supo claramente cuál era la verdad.

Con la desaparición de su dama, el sol había dejado de brillar.

Y él había quedado confinado a la fría oscuridad.

Kenneth se puso rígido, pues

casi podía sentir que una capa de hielo le cubría la piel y le congelaba la sangre en las venas. Con los dedos todavía apoyados contra el muro, alcanzó a percibir rastros del aroma de Mariota a la entrada del túnel. Pero, en lugar de brindarle consuelo, ese sutil rastro lo perturbó tan profundamente que no se dio cuenta de que Jamie estaba a su lado, con una antorcha en la mano.

La humeante llama de la antorcha bailaba en el aire helado y Kenneth parpadeó, pues esa luz

inesperada lo hizo recuperar la conciencia en el momento en que Jamie se disponía a bajar por la escalera.

—Ah, no, muchacho —Kenneth lo agarró de un brazo, antes de que pudiera dar el primer paso hacia abajo—. Seguramente salió por aquí, pero ya no está ahí.

Estaba seguro de eso. Pero Jamie no parecía estar muy convencido.

Bajó la antorcha y abrió y cerró la boca dos veces, antes de encontrar las palabras.

—Podría estar perdida. Muchos hombres valientes se han deslizado por pasadizos así... y nunca han regresado. El castillo de mi padre tiene uno que parece un laberinto infernal. Ella...

—Está en manos de ese sinvergüenza que vino a amenazarnos frente a nuestro castillo —terminó de decir Kenneth. Luego se dirigió hacia la puerta.

Los hombres, que ya estaban reunidos en el salón, enseguida estuvieron al tanto de lo que

ocurría. Durante unos instantes hablaron entre ellos en voz baja, nerviosos, intentando encontrar una solución, que en casi todos los casos consistía en bajar por el pasadizo para ver hasta dónde había llegado lady Mariota.

—No. —Kenneth alzó su voz sobre la de los demás—. Debemos salir en los caballos, eso será mejor que andar dando tumbos debajo de la tierra. Si encontramos a esos rufianes, encontraremos a lady Mariota.

—Sí, así es —dijo sir Lachlan—.

Esos canallas no se habrían ido si no la tuvieran con ellos. Si lady Mariota está en su poder ya no tienen ningún motivo para quedarse por aquí —concluyó.

Cuando miró a su alrededor, se sintió complacido al ver que los demás asentían.

—Aconsejo que dejemos aquí a un guardia y mandemos un jinete veloz a Eilean Creag para pedir refuerzos y otro a Dun Telve para que reúna a los hombres que están allí. Los demás saldremos en este mismo instante y no dejaremos ni

un solo pedazo de tierra sin revisar hasta que...

Pero sir Lachlan dejó la frase sin terminar y se puso pálido. Mientras rechazaba con la mano al joven escudero que le estaba ofreciendo una copa de vino, miró a Kenneth y dijo:

—¡Por todos los santos! Sí tenían un motivo para quedarse... La promesa de...

—Mi dinero y el laúd. — Kenneth le quitó el vino al escudero y se lo bebió sin respirar. Todas sus peores pesadillas parecían

desafiarlo desde las sombras—. Esos rufianes estaban entusiasmados sólo al pensar en esas riquezas. Mariota debe de haberles prometido conducirlos hasta ellas.

En ese momento se hizo un silencio sepulcral en el salón.

Todos los hombres quedaron congelados. Pero el intercambio de miradas, la expresión de ferocidad de los rostros y la cantidad de manos que cayeron inmediatamente sobre la empuñadura de las espadas

resultaron más significativas que las palabras.

—¡Por Dios! Entonces esos rufianes saben que les mentiste. — Jamie se recostó contra la pared, como si necesitara apoyo, pero se enderezó con rapidez—. ¡Y eso sólo es el principio! Cuando descubran que lady Mariota también está mintiendo, ellos...

—Sí, lo harán —dijo Kenneth y sintió una punzada de rabia tan mortal como la hoja de un cuchillo—. Eso y más.

Al considerar las oscuras

implicaciones de la palabra «más», Kenneth se sintió aterrorizado, pero enseguida se obligó a agregar con voz neutra:

—Pero no te preocupes, muchacho —dijo, y fue escogiendo las palabras no sólo para tranquilidad de Jamie sino para la suya propia—. La encontraremos antes de que puedan pensar en hacerle daño. Por ahora, quiero que montes en tu caballo y vayas hasta el castillo de mi tío, a pedirle que mande todos los hombres que tenga disponibles.

—¿Yo? —Jamie parpadeó—.

Puedo cabalgar muy rápido y conozco el camino, pero... —Se detuvo y miró a los demás hombres—. Ya le fallé una vez a milady —balbuceó—. Yo era responsable de ella, si hubiera oído...

—Hiciste todo lo que se podía hacer —replicó Kenneth; el nerviosismo del joven caballero le recordaba las dudas que él mismo había tenido en el salón de su tío, hacía sólo unos meses.

Dudas que Duncan MacKenzie borró al hacerlo caballero en ese

mismo momento. Un gesto que aseguró el lugar de Kenneth dentro del clan, de una manera que nadie podía refutar o negar. Ni siquiera el propio Kenneth.

Al recordar la sorpresa y el placer que sintió en ese momento, se sonrojó.

Pero Jamie ya era un caballero y tenía su propia espada, un arma que blandía con más pericia que cualquiera de los caballeros presentes en el salón.

Sólo necesitaba aumentar su confianza. Y Kenneth supo

enseguida cómo dársela.

Se hizo a un lado la capa, sacó su hacha nueva y se la ofreció a Jamie. Pero al ver que el muchacho sólo se quedaba mirando la hoja brillante del arma, Kenneth se acercó y deslizó suavemente el mango debajo del cinturón del joven caballero.

Hubo un momento de silencio, hasta que Kenneth hizo un gesto de satisfacción y los demás empezaron a vociferar en señal de aprobación. Cuando Jamie bajó la cabeza para mirar el hacha, se ruborizó con una

mezcla de orgullo y asombro.

—No puedo aceptar esto —dijo, con la voz ronca por la emoción.

—Ah, claro que puedes hacerlo. Y no abras tanto los ojos, el hacha es más útil en tus manos. — Kenneth alzó la voz para hacerse oír por encima del bullicio—. Duncan MacKenzie sería capaz de apostar el alma por ese mortal instrumento, pero yo la encuentro difícil de manejar... ¡Como lo puede atestiguar cualquiera de los presentes!

—Sí, muchacho —dijo una voz

profunda, que resonó en el fondo del salón—. ¡El Potro Negro estará orgulloso de verte cargando esa hacha!

—Es verdad. —Kenneth levantó una mano cuando Jamie trató de contradecir al que había hablado—. ¿Por qué crees que mi tío me instó a escogerte como uno de mis hombres? ¡Fueron muchos los caballeros que elogiaron tu habilidad con la espada y el hacha!

Pero Jamie sólo negó con la cabeza. Parecía atónito.

—De todas maneras te la dio a

ti, quería que tú...

—Quería asegurarse de que yo estuviera bien armado y lo estoy. Pero a mí me va mejor con mis propios puños y una daga. — Kenneth le dio unos golpecitos a la empuñadura de su espada y le sonrió a Jamie con amargura—. Verás, muchacho, rezo a Dios para que me ayude a empuñar esta espada con cierta destreza. ¡No necesito además un hacha vikinga que me estorbaría aún más!

—Pero...

—Nada de peros. Tal vez cuando

lleve algunos años siendo el señor de este castillo me sienta más a gusto con las armas caballerescas. ¡Pero esta noche prefiero apoyarme en mi astucia! —Dichas estas palabras, agarró a Jamie de un brazo y lo arrastró por entre la multitud—. Sólo recuerda lo verdaderamente importante: milady. Y no te detengas antes de llegar a Eilean Creag. Necesitamos a los hombres de mi tío.

Los demás caballeros se apartaron para abrirles el paso. Cuando llegaron al otro extremo

del salón, se abrió la puerta. Afuera, otros hombres estaban abriendo las rejas y ensillando los caballos.

—¡Ahora vete! —Kenneth empujó al joven hacia el patio.

Jamie le lanzó una última mirada y salió corriendo.

—¡Ve lo más rápido que puedas! —le gritó Kenneth, pero Jamie ya había superado la mitad del patio y se dirigía a uno de los caballos más rápidos que tenían.

—Estaré en Eilean Creag anochecer —gritó, mientras se

subía al animal—. ¡Esos rufianes se habrán condenado para siempre antes de que termine el día de mañana!

Dicho esto, salió disparado y desapareció antes de que los gritos de aliento lo alcanzaran.

Muy complacido, Kenneth respiró profundamente y se volvió hacia sus hombres.

¡Esos rufianes se habrán condenado para siempre antes de que termine el día de mañana!

Las últimas palabras de Jamie retumbaron en sus oídos. Eran

unas palabras magníficas. Un destino apropiado para los desgraciados que tenían a su dama. Un grito de batalla que le encendió la sangre.

No había nada más que decir, o mejor, no podía decir nada más pues tenía la garganta completamente cerrada. Entonces blandió la espada en el aire y la sostuvo en alto, puesto que sabía que sus hombres entenderían.

Y lo hicieron.

Como si fueran un solo hombre, corrieron al patio, listos para partir.

Kenneth era el más deseoso de salir en busca de su dama, así que enfundó la espada y los siguió. Al subirse a su caballo, sintió que su confianza renacía.

Estaba seguro de que el joven Jamie tenía razón. Y eso mismo debían de pensar sus hombres, pues podía verlo en el brillo de sus ojos.

En pocas horas su dama estaría de vuelta en sus brazos.

Sólo los santos sabían lo que sería de él si estaban equivocados.

—¿Una torta de avena, milady?

Mariota hizo caso omiso de la oferta de Ewan el Astuto, mientras salía de la sombra de un pino y se arreglaba las faldas con toda la dignidad que pudo reunir. ¡Por Dios que ese hombre, a pesar de ser tan grande, se deslizaba con el sigilo de un gato!

Una habilidad que usaba en perjuicio de ella... para hacer que se sintiera incómoda.

Consciente del efecto que tenía

sobre ella, Ewan se paró cerca de unos arbustos, con la espada en las caderas y la capa sobre los hombros. Lo más irritante de ese hombre era su actitud altiva y arrogante.

Y la incómoda familiaridad con que se dirigía a ella.

—He colgado a mujeres de mejor cuna que tú —alardeó, mientras endurecía más las facciones—. Y por pecados mucho menores que los tuyos...

—No es necesario que me lo recuerdes —replicó Mariota—. Sé

muy bien de qué eres capaz.

Ewan la miró con rabia.

—¡Por Dios y la Virgen! ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Tú no eres más que una asesina!

Mariota sintió que le ardían las puntas de las orejas, pero respiró profundamente y decidió ignorar el ataque de Ewan.

—¿Cuánto hace que estás ahí?

Escondido en el bosque, entre los árboles. Espiándola.

Ewan encogió los hombros, parecía haber olvidado su rabia.

—Los hombres cautelosos viven

más que los descuidados. —Se enderezó lo más que pudo para mostrar su enorme tamaño, muy complacido por su comentario—. Tampoco es muy probable que pierdan lo que han ganado. Y no solamente eso... en ocasiones los demás les corresponden con inesperadas... delicias.

Mariota sintió que la lengua se le congelaba por la mortificación. Sabía exactamente a qué delicias se refería Ewan.

¡Por todos los santos, había estado ahí todo el tiempo!

Observándola.

—Juraste que nadie me seguiría —protestó; sentía las mejillas calientes, como si les hubieran prendido fuego.

Ewan cruzó los brazos, muy relajado; parecía que la situación le hacía gracia.

—Dije que nadie te seguiría, nunca dije que *yo* no te seguiría.

Un silencio profundo daba vueltas entre los dos y Mariota sentía palpitaciones en las sienes.

—Ya veo —dijo finalmente y lo miró con toda la indignación

posible—. ¡Veo que eres un canalla que jamás debió haber nacido!

—Ah, claro que es un cobarde de baja ralea—dijo uno de sus hombres y soltó una risotada—. ¡Siempre persiguiendo a mujeres, niños y ancianos!

Pero Ewan ignoró tanto el insulto de Mariota como el comentario de su secuaz. Se limitó a sacudirse unas gotas de agua de la capa y sonrió.

Mientras sentía que una oleada de bilis caliente le subía por la garganta, Mariota miró hacia un

lado y vio que una pequeña ardilla roja la miraba desde una piedra cubierta de moho. En ese momento habría podido jurar que en sus pequeños ojos brillaba un sentimiento de simpatía.

Pero al segundo siguiente el animalillo salió disparado y desapareció entre unos helechos secos, dejando a Mariota sola con el viento y la mirada punzante y desagradable de Ewan.

El hombre la observaba con tanta lascivia que la joven casi podía oler su deseo.

Entonces se estremeció y volvió a arreglarse las faldas. Al menos lo mejor que podía teniendo en cuenta que llevaba las manos atadas.

Como todavía necesitaba hacer gala de su desprecio, echó los hombros hacia atrás y enderezó la espalda. Era lo único que podía hacer. No iba a darse el lujo de perder la compostura, no permitiría que ese desgraciado viera su angustia.

Aunque las cosas no estaban saliendo como ella esperaba.

La verdad era que Mariota no sabía dónde estaba. Podía estar en cualquier parte... o en ninguna. Podía estar en los límites de Kintail o tal vez muy cerca de Cuidrach. En un día tan gris y frío, y con tanta niebla, era imposible saberlo. Ni siquiera la luna llena había logrado iluminar la profunda oscuridad que formaban las cortinas de bruma.

Pero, con independencia de en dónde estuvieran, tenía el convencimiento de que habían estado andando en círculos.

Además, Ewan no la perdía de

vista. Ni siquiera mientras estaba atendiendo a sus necesidades más íntimas.

Decidió sostenerle la mirada con la barbilla en alto y se negó a permitir que la doblegara. Hugh Alesone había dicho alguna vez que Ewan el Astuto era un hombre con talentos poco comunes y Mariota creía ver ahora que uno de ellos debía de ser el de encontrar las debilidades de sus enemigos. Cosa que estaba probando ahora mismo, al espiarla en un momento de vulnerabilidad y aumentar después

su desdicha al ofrecerle comida.

Como si supiera que no había comido nada desde el día anterior.

—¿Y bien? —Ewan se acercó un poco más y levantó una ceja—. No me digas que no tienes hambre...

Mariota se puso tensa y resistió el impulso de morderle los dedos, cuando él le pasó el pan por las narices.

—Preferiría comer con el Diablo —le espetó, pero luego dio un respingo cuando sus entrañas la traicionaron y el estómago vacío lanzó un rugido perfectamente

audible.

Los hombres que estaban cerca se rieron disimuladamente.

Pero las risas fueron aumentando y pronto se convirtieron en un estallido de carcajadas y vulgaridades. Sin embargo, Ewan sólo se meció sobre los talones, la miró fijamente a los ojos y le sonrió con sorna.

—No tienes a tu suerte, milady. Si desprecias nuestra comida, tal vez nos veamos obligados a alimentarte de otras maneras.

—Yo preferiría comérmela a

ella. Un mordisco a sus muslos tiernos... ¡comprobar qué sabor tiene su feminidad ardiente y delicada! —El hombre que había hablado enfatizó su deseo restregándose su miembro viril—. ¡Ah, sí, Ewan, déjanos echarle un vistazo a su dulzura y te mostraré lo que una lengua escocesa puede hacer!

—¡Como si no lo supiéramos! —agregó alguien que estaba un poco más lejos, escondido entre la niebla.

Una risa estridente avaló el

consenso general, mientras los hombres se fueron acercando con expresión de ansiedad en los rostros barbados.

—¡Lenguas escocesas, ja! —dijo Ewan, al tiempo que miraba al hombre del cuello grueso que había hablado primero—. Tu enorme lengua escocesa es la que podría terminar arrancada de tu boca si te atreves. No me cabe duda de que esa parte de ella debe de tener unos dientes tan letales como el movimiento de su muñeca. Y no vamos a permitir que nos cause

más problemas.

Luego hizo un gesto de desdén y arrojó el pan a un lado.

—Así que podéis echar un vistazo, pero no intentéis nada más... Por lo menos, de momento.

—Después de hacer esa advertencia, estiró el brazo hacia las faldas de Mariota—. Y no os acerquéis más.

—¡Suelta mis faldas o haré algo mucho peor que ponerte un ojo negro, bastardo! —Mariota lo miró con total determinación.

—¡Ah, sí! —exclamó otro

hombre que decidió desatender la advertencia de Ewan y metió las manos por debajo de la capa—. ¡Ah, sí! —volvió a decir, mientras se masturbaba—. ¡Si le sueltas las faldas, vamos a tener una vista mucho mejor que si simplemente se las subes, sí!

Pero Ewan el Astuto no le prestó atención. En lugar de eso, arrugó la frente y fulminó a Mariota con la mirada.

—¿Conque soy un bastardo, eh? Y lo dices con tanto desprecio... — Miró a sus hombres con fingido

asombro—. Y nosotros que pensábamos que te gustaban ese tipo de hombres. Hombres mal nacidos, ilegítimos.

Mariota apretó los labios y se negó a dejarse provocar.

Ewan le agarró las faldas con más fuerza y se las subió un poco más.

—Y en cuanto a ti, ¡cuando te ponga un dedo encima, estarás tan complacida que olvidarás enseguida a tus amantes bastardos!

—Eres hombre muerto, señor.
—Mariota lo miró con desprecio,

echando chispas por los ojos—. Y has de saber que nunca podrías inspirarme el más mínimo deseo, así emplearas el resto de la vida en seducirme.

En un intento por disimular su rabia, Mariota se enderezó y echó los hombros hacia atrás.

—En efecto —dijo con una voz controlada y fría—, no creo que seas capaz de provocar el deseo de ninguna mujer.

—¿Qué dices? —Ewan se puso rojo de la rabia y apretó los labios como si hubiera probado algo muy

amargo—. Agradece que en este momento no tengo ganas de retozar con ninguna mujer, Mariota de Dunach.

Luego se le acercó hasta echarle encima su desagradable aliento.

—Cuando las tenga, puedes estar segura de que te demostraré lo exigente que puede llegar a ser un hombre. ¡Aunque pienso que estar contigo debe de ser peor que chupar una ortiga!

—Hazlo y jamás te conduciré al laúd de oro. —Mariota lo miró con altivez—. Nadie puede encontrar su

escondite.

—¿En Assynt? —Ewan miró a sus hombres y escupió—. ¿No será que ningún hombre puede encontrarlo porque ya no está ahí?

Mariota tragó saliva.

La verdad era que no tenía ni idea de dónde estaba el laúd.

¡Peor aún, jamás lo había visto! Y el destello de rabia que alcanzó a ver en los ojos de Ewan parecía confirmar que él lo sabía.

—Te dije que está en Assynt —dijo de todas maneras, pero su único premio fue que Ewan le

subiera las faldas un poco más. Entonces el aire helado y húmedo se le coló por entre las piernas... aunque el miedo le calentaba la nuca—. Está en...

—¿Tal vez donde el Guardián de Cuidrach guarda sus monedas? — Ewan sacó pecho—. ¿Sus bien guardadas bolsas de monedas?

Mariota dio un respingo.

Los hombres de Hugh sonrieron... Sonrisas temibles... Amenazantes.

—Ah, sí, has oído bien —le dijo con aire despectivo—. Tu treta es

un fiasco. Nosotros ya sabíamos que el laúd está por aquí cerca. Tu propio Guardián prometió que nos lo daría, con toda su fortuna.

—Él no haría eso. —Mariota negó con la cabeza. El calor que sentía en la nuca se le había extendido ahora al pecho y no podía respirar—. Él nunca habría negociado contigo.

—Ah, pero lo hizo. ¡Y la mercancía eras tú! —Esta vez fue Ewan el que sacudió la cabeza—. El hombre es un tonto, está enamorado más allá de lo

comprensible —dijo y le subió las faldas hasta la cintura; luego se las amarró de una manera que dejaba todas sus piernas expuestas.

Satisfecho, dio un paso hacia atrás e hizo un gesto de burla con los dedos.

—Tú lo embrujaste. ¿Por qué otra razón ofrecería toda su fortuna, el laúd e incluso su propia vida para salvar la tuya?

¿Su vida? Mariota parpadeó. La opresión que sentía en el pecho era tan grande que prácticamente le había detenido el corazón.

Tenía la boca seca.

—No te creo.

No podía creerlo.

Sin embargo, en ese momento recordó una palabras que Kenneth le había dicho recientemente y sintió que se moría de miedo.

«No hay nada que yo no esté dispuesto a hacer para protegerte».

Incluso había jurado que escalaría el precipicio por el que se había despeñado, no sólo una sino las veces que fueran necesarias, con tal de mantenerla fuera de peligro.

También le había prometido que

se iba a casar con ella, incluso después de saber sus secretos más íntimos y oscuros.

Su Guardián era ese tipo de hombre.

Y ahora estaba inmerso en una pesadilla de la cual ella era la única culpable.

Mariota desvió la mirada para que Ewan el Astuto no viera el miedo en sus ojos, ni su dolor y arrepentimiento. Cuando volvió a mirarlo, se dio cuenta de que lo que le acababa de decir era verdad, pues los ojos le brillaban con

codicia.

Pero ella pagaría su estupidez con creces y su Guardián perdería todo lo que con tanto esfuerzo había logrado.

Aunque sólo de pensarlo se le heló la sangre, controló la voz para parecer calmada.

—Yo no puedo... No voy a creerte —repitió, y sintió escalofríos por todas partes, al ver que Ewan sonreía y alzaba los hombros.

—Y yo no te creo ni a ti ni a tu precioso bastardo —dijo Ewan y sus

palabras confirmaron los temores de Mariota—. ¿Por qué crees que hemos estado andando en círculos? Porque estamos esperando. Vamos a esperar hasta que llegue tu caballero. Y vendrá, porque está ciego de amor y es un tonto enamorado. Vendrá a rescatarte con los pocos hombres que tiene y entonces...

Hizo una pausa y palmoteo frente al rostro de Mariota.

—Entonces nuestro largo viaje habrá valido la pena. —Se alejó un poco y observó a sus hombres con

expresión de triunfo—. El botín será suficiente para el resto de nuestros días y además te tendremos a ti para divertirnos y al tonto del Guardián para negociar un rescate con su tío.

Mariota sintió cómo la indignación crecía dentro de su pecho. El terror dio paso a la más intensa cólera.

—¡Que todas las plagas del mundo caigan sobre ti! Él no va a caer en ninguna trampa. Ninguno de los que llevan su sangre lo harían. ¡Eso te lo prometo!

—Tú, milady, no estás en condiciones de prometer nada. — Ewan agarró la trenza de Mariota y la enroscó en su puño—. Y en cuanto a tu último amante bastardo... —Hizo una pausa y les echó un vistazo a las montañas cercanas—. Pronto saldrá de la bruma, directo a nuestras manos, lo quieras o no.

Luego soltó la trenza y la miró con ojos intimidantes.

—Para ese tipo de hombres, la familia y los amigos lo son todo, y su dama, mucho más. Debió de

volverse loco cuando descubrió que habías desaparecido. Y un hombre en esas circunstancias siempre es... vulnerable.

Ewan parecía muy complacido con la idea.

—Y aunque no se haya vuelto loco, da lo mismo. Mañana antes de que salga la luna, lo habremos derrotado.

—O él a ti —contraatacó Mariota, pero Ewan ya le había dado la espalda y su figura se perdía entre la niebla.

—Caerá sobre ti con tanta furia

que los brezos arderán —gritó Mariota, mientras lo observaba.

De eso estaba segura, aunque esa certeza la aterrorizaba.

—Y ojalá lo haga, milady.

Wee Finlay apareció de repente a su lado y miró con cautela hacia donde se había ido Ewan.

—La sangre nunca miente, sin importar el lado de la cama en el que se haya nacido —dijo en voz baja—. Los MacKenzie son un clan guerrero y no les da miedo agitar su espada.

Mariota se puso tensa al oír las

palabras de Finlay, pues eran como una daga en el corazón. Nadie sabía mejor que ella que su señor todavía no se sentía a gusto con la espada.

Él se lo había dicho muchas veces y casi parecía sentirse orgulloso de no haberse criado como un caballero. Además, ella lo había visto practicando con la espada y sabía que todavía tenía que afinar sus habilidades.

La humildad que mostraba en ese campo no era infundada.

A Mariota se le cerró la garganta. Aunque no fuera capaz

de empuñar bien la espada, Kenneth era todo lo que ella había soñado que un hombre debía ser. Y más. Muchísimo más. Por eso se sentía morir ante la sola idea de que algo le pasara.

Perderlo le destrozaría el alma, apagaría el calor y la luz de su vida y estaría condenada a deambular por siempre en la oscuridad.

Hugh el Bastardo nunca la había amado realmente. *Ahora sí sabía lo que era amar.*

Pero no podía soportar la idea de perder al hombre que le daba

sentido a su vida, al dueño de su felicidad.

Mariota tembló y trató de ahogar las lágrimas que amenazaban con nublar su visión.

—Ay, no se preocupe tanto —dijo Wee Finlay—. Todavía no ha pasado nada y tengo mis dudas de que haya algo que temer.

Volvió a mirar hacia el lugar donde Ewan había desaparecido y, con dedos sus retorcidos, desamarró el nudo que le había hecho en las faldas.

—Verá usted, ya hace mucho

tiempo que pasé mis mejores años, pero yo... todavía recuerdo lo que es el amor. La pasión que brillaba en los ojos de su Guardián cuando habló de usted puede darle a un hombre una fuerza y un valor insospechados, en lugar de hacerle perder el seso, como algunos quieren hacerle creer.

Mariota tragó saliva.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Desearía poder hacer más —

dijo y le alisó las faldas hasta que las piernas quedaron cubiertas otra vez. Luego se enderezó y sonrió con

timidez—. Me avergüenza no poder hacer más.

—¿Vas a ayudarme?

En lugar de responderle, el hombrecillo le miró las muñecas atadas y Mariota habría podido jurar que se ruborizó. Cuando Finlay se arregló la capa, se dio cuenta de que era un hombre bajito y menudo.

En efecto, aunque estaba completamente erguido, apenas le llegaba a la barbilla.

Luego el hombrecillo sacó de la capa un pedazo de carne envuelto

en una tela y una bota de vino. Ella aceptó encantada y mordió la carne fría con mucho gusto y dio buena cuenta del vino.

—Es suficiente, mujer —dijo y usó la tela para limpiarle la boca y la barbilla—. No puedo dejar que me vean con usted.

Dio unos pasos hacia atrás y volvió a sonreír con timidez.

—Ser uno de ellos no me protege del escarnio de Ewan. A decir verdad, ha jurado que, si le causo más inconvenientes, me va a despedazar para luego tirarme al

caballo de agua.

Mariota lo miró con detenimiento, mientras se preguntaba qué haría ese hombrecillo con esa partida de maleantes. Eso era algo que también se había preguntado cuando vivía en Drumodyn, pues a diferencia de ella, Wee Finlay no podía decir que Hugh Alesone lo hubiese seducido con la habilidad de su lengua o la belleza de su apariencia.

—¿Por qué?

—Porque hay cosas que un

hombre simplemente no puede hacer si quiere conciliar el sueño por las noches —dijo, con el rostro ensombrecido—. Verá usted, esa noche yo vi que la tabernera bajó de la torre por la ventana de Hugh. Yo sé que allá arriba pasaron más cosas de las que usted contó. Yo sabía que...

—Yo no lo maté —lo interrumpió Mariota y la frase sonó extraña—. Tampoco lo mató Elizabeth Paterson. Lo mató su propio corazón. —Hizo una pausa y bajó la voz—. Todos en Drumodyn

sabíamos que él no estaba bien del corazón y esa noche... esa noche yo lo encontré en la cama con la tabernera. Cuando me vio en el umbral, la impresión debió de causarle un ataque, pues se llevó la mano al pecho y... murió.

—Pero su daga estaba clavada...

—En su pecho, lo sé. —Mariota hizo otra pausa, pues esos dolorosos recuerdos la oprimían como una tenaza—. Elizabeth Paterson aprovechó que yo estaba aterrada, agarró la daga y se la clavó a Hugh en el corazón, mientras

gritaba que me acusarían a mí de su muerte... Y así fue.

Wee Finlay se miró los pies y negó con la cabeza.

—Y yo nunca dije nada...

—Me has ayudado ahora y te lo agradezco —dijo Mariota, al tiempo que sentía una asombrosa sensación de tranquilidad.

Entonces cerró los ojos por un momento, hizo a un lado sus recuerdos y disfrutó del ruido del viento y el río que había cerca, permitiendo que esos sonidos familiares la tranquilizaran.

También oyó el bramido distante de unas cataratas que habían pasado más temprano y ese sonido le recordó la tormenta que se aproximaba.

Debía tener cuidado.

Pero cuando abrió los ojos, Finlay todavía estaba mirando al suelo. Tenía la boca apretada y aplastaba con la bota unas ramas de maleza. Para su sorpresa, Mariota sintió una oleada de simpatía hacia Finlay.

Sintió compasión por aquel hombrecillo que parecía querer

obrar con nobleza, pero no tenía la valentía necesaria para hacerle caso a su corazón.

Luego respiró profundamente y sacó fuerzas del mar de pantanos que se extendían más allá de la niebla, aunque no los podía ver.

También percibió la presencia de las montañas.

Los peñascos y los picos más altos, los lagos plateados y brillantes y las cañadas profundas y sombreadas. No sólo la tierra, el mar y el cielo, sino toda su existencia, su corazón, latían

acompañadamente con estas montañas y Mariota se negaba a creer que ellas no la estuvieran protegiendo en este momento.

Que no la envolvieran con su belleza y su magia.

Se aclaró la garganta y miró al hombrecillo que tenía a su lado.

—Sir Kenneth dice que estas montañas tienen poderes curativos especiales —dijo convencida—. Tal vez ellas te ayuden a encontrar el consuelo, espero que así sea.

El hombrecillo levantó la vista al oír esas palabras y Mariota se

sobresaltó al ver la expresión de remordimiento de su rostro.

—Hay rincones muy oscuros en mi alma, señora. No merezco su perdón. —Luego abrió las manos, parecía sentirse muy incómodo—. Verá usted, estos rufianes fueron las únicas personas que me dieron un techo y me acogieron. Me toleraron, pero no por mis músculos sino por mis agudos ojos y la capacidad de mantener la boca cerrada.

El hombre escupió y se limpió la boca con la manga.

—Pero ya estoy cansado de todo esto... Yo...

—¡Finlay! —La voz de Ewan el Astuto cortó la niebla—. ¿Dónde viste ese maldito zorro por última vez?

El hombrecillo dio un brinco y comenzó a caminar hacia delante, pero Mariota lo detuvo.

—Espera —le dijo y se interpuso en su camino—. ¿A qué zorro se refiere? —le pregunto en voz baja.

Finlay se sonrojó y miró hacia las nubes que se veían cargadas de lluvia.

—Ah, sólo los cielos lo saben — dijo hablando rápidamente—. Y usted nunca me creería si se lo digo.

—¿Decirle qué? —Ewan llegó junto a ellos y fulminó al hombrecillo con la mirada—. Ya que no tenemos nada que hacer en este maldito lugar, podemos perseguir nuevamente a tu pequeño amigo —dijo y puso una mano regordeta sobre el hombro de Finlay—. Bueno, ¿qué dirección tomamos?

—Hacia el este. —Wee Finlay se

enderezó y señaló con la barbilla—. Por entre los árboles —añadió, e indicó un grupo de abedules—. Vi que el zorro se metía entre los helechos no hace más de una hora.

—El camino a la cabaña de la viuda está detrás de esos abedules. —Ewan se rascó la barba y frunció el ceño—. Es uno de los caminos más angostos que hay en estas montañas. No me gustaría que...

En ese momento se oyó un gran alboroto de cascos de caballos y un grupo de hombres que se aproximaba. Ewan se llevó la mano

a la espada, pero la retiró tan pronto vio a los jinetes.

Eran sus propios hombres que, a juzgar por el agotamiento de sus caballos y la expresión de emoción de sus rostros, traían buenas nuevas.

Ewan el Astuto profirió una carcajada triunfante y esperó a que el primer jinete llegara a su lado.

—El caballero bastardo ya viene en camino —dijo el hombre atropelladamente y con una sonrisa burlona—. Es un grupo pequeño, menos hombres de los que

esperábamos.

—¡Qué buenas noticias! —dijo Ewan y soltó otra carcajada. Luego agarró una bota de vino que llevaba en el cinturón y se la ofreció al jinete—. ¿Hacia dónde se dirigen?

El hombre tomó un buen trago y le pasó la bota a otro de los jinetes.

—Hacia la cabaña de la viuda —respondió, casi sin aliento—. Por esa garganta angosta que cruzamos cuando íbamos hacia su castillo, ese lugar al que llaman el Pasaje del Diablo.

Hubo un momento de silencio y

después Ewan asintió con la cabeza.

—Entonces que así sea... Será como matar un rebaño de ovejas.

—Hay más. —El primer jinete se volvió y miró hacia atrás, hacia los últimos hombres del grupo de reconocimiento que se acercaban al galope—. Nosotros...

—¿Dices que son pocos hombres? —Lo interrumpió Ewan, aparentemente sin prestar atención al resto de los hombres—. ¿Cuántos, comparados con nosotros?

—Ni la tercera parte.

—Entonces el corto reinado del Guardián de Cuidrach llegará abruptamente a su fin a pocos metros de sus propias murallas ruinosas —dijo Ewan, mientras miraba de reojo a Mariota y estrellaba su puño firme contra la otra mano—. El muy tonto debería haber esperado, debería haber pedido refuerzos a su tío.

En ese momento, por fin se fijó en los recién llegados.

—¡Por la Gloria! —gritó y abrió mucho los ojos.

—Traté de decírtelo —le dijo el

primer jinete, pero Ewan el Astuto ya no le estaba prestando atención.

Como si estuviera hechizado, no podía dejar de mirar a los recién llegados y subía y bajaba las cejas pues no podía creer lo que estaba viendo.

Entonces sonrió.

Pero Wee Finlay palideció por completo.

Y Mariota sintió que el corazón se le partía en dos, pues se acababa de desvanecer su última esperanza.



Capítulo 17

El Pasaje del Diablo

El nombre adquirió un nuevo significado para Kenneth tan pronto como detuvo su caballo al borde del bosque. Con el corazón desbocado, miró a través de la niebla hacia la profunda cañada que, según sabía todo el mundo en Kintail, estaba embrujada. O, al menos, dominada por la mala suerte.

Un lugar donde cualquier cosa

podía pasar... y pasaba.

Kenneth se estremeció y apretó las riendas. Se sentía muy cansado y tenía el cuerpo tan tenso que creía que se iba a volver de piedra.

Elevó una plegaria a los santos para que los protegieran, pues se decía que en el Pasaje del Diablo a los hombres les ocurrían cosas terribles.

Vacío e inhóspito, oscuro y eternamente sombreado, pues aun en verano los rayos del sol penetraban hasta sus empinadas cumbres sólo al mediodía, el

desfiladero era tan traicionero que era capaz de intimidar a cualquiera, pues había demostrado ser tan inclemente y feroz como el mejor de los guerreros escoceses cuando se le causaba algún perjuicio. Y tan despiadado como el Diabolo mismo cuando se le faltaba al respeto.

Sólo los tontos se atrevían a pasar por ahí. Y los hombres desesperados. Los que necesitaban recuperar lo que les pertenecía.

Kenneth frunció el ceño y se pasó la mano por la boca y la barbilla. La cañada parecía

realmente tan amenazante como decían las leyendas. Por sus altas paredes de piedra cubiertas de musgo se deslizaban silenciosas cascadas que lo llenaban todo de una espuma blanca, y un torrente de agua discurría por la mayor parte de su suelo rocoso.

Pero la cañada no estaba vacía.

En esa tarde fría y gris, el Pasaje del Diablo estaba lleno de algo más que bruma: el silencio oscuro que normalmente ocupaba el desfiladero se había llenado con el golpeteo de cascos de caballos que

retumbaban contra las piedras, con el crujido del cuero de las monturas, el tintineo de las armaduras y las armas y el sonido de las voces de los hombres. Las voces de muchos hombres que hablaban muy alto, sin preocuparse de que los pudieran oír.

Sir Lachlan se acercó a Kenneth.

—Ahí está —le dijo y levantó el brazo para señalar a través de la niebla—. Lady Mariota va a caballo, pero la llevan en el centro del grupo, rodeada de rufianes. ¿La ves?

Kenneth negó con la cabeza.

—No veo más que niebla y hombres. Muchos más de los que puedo contar. —Eran tantos que se quedó sin aliento—. ¡Por Dios, nunca saldremos vivos de aquí!

Lachlan no lo contradijo. Sólo movió los hombros y le dedicó a Kenneth una sonrisa tensa.

—Si así debe ser, pues que así sea.

Pero Kenneth apenas lo oyó.

Estaba inclinado hacia delante, tratando de ver entre la niebla y de recordar todo lo que su tío le había

enseñado sobre tácticas de batalla.

Con la ayuda de Dios, ¡recordaría lo suficiente y podría ponerlas en práctica!

Mientras apretaba las riendas, Kenneth se distrajo por un momento recordando cada uno de los preciosos momentos que había compartido con su dama.

Irónicamente, lo que había planeado hacer en ese malhadado día era cortejarla con calma y no galopar hasta el borde del infierno mientras les rogaba a los santos que le permitieran volver a verla.

Pero Kenneth estaba seguro de que la volvería a ver. Y no sólo eso. No existía ninguna fuerza capaz de detenerlo. Y menos un rufián fanfarrón como Ewan el Astuto y su panda de maleantes.

Y no en su Kintail.

—Lachlan, ¿dónde la viste? ¿En qué lugar de la cañada?

—En la mitad —dijo sir Lachlan—, pero ya no la veo.

Kenneth miró fijamente a su amigo.

—Conozco esta cañada... es tan estrecha que no hay lugar para

maniobrar. Es cierto que esos rufianes nos superan en número, pero si Jamie llegó al castillo de Duncan tan rápido como prometió y regresa con los refuerzos con la misma premura, es posible que podamos vencerlos.

Sin embargo, hasta ahora lo único que agitaba los bosques era el viento helado. Y aunque se resistiera a admitirlo, Kenneth sabía que Jamie y los refuerzos ya deberían haber llegado.

—Y si los refuerzos no llegan pronto, usaremos una táctica que

mi tío aprendió durante las guerras del difunto rey Robert Bruce — decidió, al tiempo que trataba de penetrar la niebla que se había vuelto todavía más densa—. Haremos una formación muy compacta en forma de flecha y atravesaremos las filas de esos cobardes. Tú y yo iremos a la cabeza y rescataremos a lady Mariota mientras avanzamos a toda velocidad hacia el otro extremo de la garganta. La sorpresa obrará a nuestro favor y nos dará ventaja.

Una vez expuesto su plan,

Kenneth miró a su curtido capitán de guarnición y sintió una oleada de alivio cuando sir Lachlan asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—Es una táctica muy usada, pero creo que puede funcionar— dijo, con la mirada fija en el desfiladero—. También es nuestra única opción, a menos que Jamie regrese en este instante. Nosotros...

—¡Un momento, señor! ¡Ahí está tu dama! —gritó uno de los hombres de Kenneth, mientras gesticulaba nerviosamente—. Ahí,

en la mitad de la cañada, tal y como dijo sir Lachlan.

Kenneth dio media vuelta y clavó la vista en el Pasaje del Diablo. El corazón le dio un salto en el pecho cuando vio a lady Mariota, encima de un caballo y bien custodiada... ¡y acompañada de un fornido caballero de pelo rojo que parecía llevarle las riendas!

—¡Por todos los santos! — Kenneth abrió los ojos de par en par—. ¡Ese es Jamie! ¡Lo han atrapado y lo llevan atado al caballo de Mariota!

—No, no puede ser. —Sir Lachlan se inclinó hacia delante—. ¡Que Dios nos ayude! En efecto, es Jamie.

—Eso quiere decir que no habrá ningún refuerzo —dijo alguien detrás de ellos—. Nadie viene en camino desde Eilean Creag —añadió el hombre, de manera innecesaria.

Kenneth echó los hombros hacia atrás y respiró profundamente.

—Entonces, con la ayuda de Dios podremos hacerlo solos y salir victoriosos. —Luego miró a todos

sus hombres, como en espera de oír otra sugerencia—. No podemos hacer otra cosa.

—Señora, estaba dispuesto a todo, habría hecho cualquier cosa por poder avisar a Duncan MacKenzie. —Jamie miró a Mariota con ojos llenos de culpa y le dio un tirón a la cuerda con que lo llevaban atado—. Lo juro por el alma de mi madre. Nunca quise que esto pasara. Me quitaron la espada — dijo con una voz llena de vergüenza

—. También me quitaron el hacha nueva que Kenneth me dio. ¡Hasta la daga que llevaba guardada en la bota! Ellos...

—Eran demasiados hombres contra ti. —Mariota ladeó la cabeza—. No te atrevas a olvidar eso, Jamie. Y a juzgar por el estado de algunos de los que llegaron contigo, se ve que peleaste con mucho valor. Kenneth estará orgulloso de ti. —Hizo una pausa y le sonrió—. Yo lo estoy.

Jamie apretó los labios, pues sentía un enorme cargo de

conciencia. Miró a lo lejos y tragó saliva con fuerza.

—Usted habla como si lo fuéramos a ver nuevamente.

Vivo.

Aunque no llegó a pronunciar esa última palabra, quedó flotando entre los dos de manera palpable. Sin embargo, era una posibilidad tan espantosa que Mariota se negaba a reconocerla.

—Lo volveremos a ver —le prometió—. Los dos. ¡Te lo juro!

Jamie parpadeó y se sonrojó, mientras miraba de reojo los

rostros endurecidos de los hombres que los rodeaban y la cantidad de espadas y mazas de acero que brillaban en medio de la luz acuosa y gris.

—Me gustaría tener su misma fe, milady.

—Tú tienes coraje, más del que tienen hombres curtidos en batallas y con el doble de tu edad —empezó a decir Mariota y abrió la boca para continuar, pero Jamie ya no la estaba oyendo.

—¡Que los santos tengan misericordia! —exclamó, mientras

miraba detrás de ella con asombro.

—¡Kenneth! —dijo Mariota y sintió que se le detenía el corazón —. ¡Gracias a Dios! —exclamó, con una extraña mezcla de alivio, felicidad y miedo, al ver al hombre que era su corazón, su alma y su vida.

Mariota sintió un calor por todo el cuerpo, un calor líquido y dorado, y comenzó a derretirse con una tibieza dulce que no creyó volver a sentir jamás. Mientras el corazón le latía apresuradamente, el miedo le cerró la garganta y ya no

pudo pronunciar más palabras, sólo observar.

Y rezar.

El Guardián y los demás caballeros estaban entrando en ese momento en el Pasaje del Diablo. Cuando Kenneth la vio, el rostro se le iluminó como si lo estuvieran alumbrando todas las estrellas del cielo y blandió la espada en el aire, al tiempo que lanzaba un triunfante grito de guerra, secundado por las voces entusiastas de sus caballeros.

—¡Por Cuidrach! —rugieron al unísono y el grito de batalla de los

MacKenzie retumbó por la garganta de piedra—. ¡Dios salve al Rey!

Entonces el caos se apoderó del Pasaje del Diablo.

Había una confusión de ruidos, espadas que se golpeaban, gritos, caballos que se aproximaban y golpeteo de cascos. Algunos de los hombres que estaban cerca de Mariota corrieron a subirse a sus caballos y otros desenfundaron sus espadas con destreza y las levantaron para enfrentarse al enemigo que se aproximaba.

—¡Por todos los santos! —

balbuceó Mariota, al ver con horror que Ewan el Astuto sonreía con malicia y levantaba su espada con las dos manos, al tiempo que corría a reunirse con los hombres que se apresuraban a detener la avanzada de Kenneth.

Mientras otros salían de detrás de los arbustos y las rocas que flanqueaban el precipicio, con las mazas y las espadas en alto, un grupo de hombres formó rápidamente un frente en forma de media luna y sus estruendosos gritos parecían blindarlos contra el

furioso ataque de Kenneth.

Sin embargo Kenneth seguía avanzando, con una rabia asesina en el rostro y gritando. Llevaba la espada frente a él como si fuera una lanza y de la punta brillante de la hoja ya caían gotas rojas, al igual que de varias de las espadas de los hombres que venían con él.

Kenneth le enterró las espuelas a su caballo para que corriera todavía más rápido, aunque algunos de sus hombres comenzaron a caer y a desaparecer bajo los cascos de los caballos y las

afiladas espadas de Ewan y los suyos.

Si bien parecían estar aplastando a los rufianes, éstos eran tan numerosos que, por cada uno que caía, salían cinco a reemplazarlos.

El Pasaje del Diablo se llenó de gritos e insultos y del tintineo del acero. Una cacofonía ensordecedora que espesó todavía más un aire cargado con el olor de la sangre derramada y el sudor de los caballos muertos de pánico.

—¡Ay, esto es una locura! —

exclamó Mariota. Tenía el estómago hecho un nudo y sentía que el corazón le había dejado de latir. La tibieza que había sentido hacía sólo unos instantes se convirtió en segundos en hielo.

Se volvió hacia Jamie, pues no era capaz de seguir mirando.

—Se ha vuelto loco... ¡Los van a matar a todos!

—¡Y a nosotros también! — exclamó el joven caballero con los ojos muy abiertos—. ¡Que Dios nos salve, milady, todavía no estoy listo para morir! ¡Y mucho menos bajo

mi propia hacha!

Mariota se volvió con brusquedad y entonces entendió la razón de la palidez mortal de Jamie.

¡Wee Finlay también parecía haber enloquecido!

Mariota gritó al ver que el hombrecillo se les acercaba con el hacha de Jamie en la mano.

Se sintió paralizada por la incredulidad... ¡y como estaba atada tampoco podía correr!

—¡Finlay, no! ¡Por favor no lo hagas!

Pero él no se detuvo. Tenía la boca apretada y en el rostro se le dibujaba un propósito mortal. El hombrecillo levantó el hacha y la descargó sobre el lazo que mantenía a Jamie atado al caballo de Mariota.

Luego, casi sin aliento, puso el hacha en las manos de Jamie y se sacó del cinturón una daga con la que empezó a cortar las cuerdas con las que le tenían amarradas las muñecas.

En ese momento miró a Mariota, como disculpándose.

—Estoy desamarrándolo a él primero para que la proteja hasta que su Guardián pueda llegar hasta aquí —dijo, con una de sus sonrisas torcidas y llenas de culpa.

Cuando Jamie quedó libre, se subió al caballo detrás de Mariota.

—No me olvidaré de ti —le gritó a Finlay, al tiempo que tomaba las riendas del caballo.

—¡Váyanse, ya! —Wee Finlay dio un paso atrás y les dijo adiós con la mano—. ¡Dense prisa!

Pero no pudo decir más.

En ese momento la espada curva

de Ewan el Astuto lo silenció para siempre y Wee Finlay cayó de bruces sobre un charco formado por su propia sangre.

—¡Nooo! —exclamó Mariota.

—¡Tú, asesino, mal nacido! —gritó Jamie, mientras trataba de controlar el caballo, que estaba dando coces del pánico.

—¡Éste sí que era un traidor! —dijo Ewan, al tiempo que observaba el cuerpo del hombrecillo, pero luego se volvió y fulminó a Jamie con la mirada—. ¡Ven aquí, maldito lacayo pelirrojo! —gritó y blandió la

espada en el aire—. ¡Te mandaré a reunirte con este pequeño bastardo, ya que estás tan deseoso de morir!

—¡Tú serás el que muera! — rugió Jamie, al tiempo que levantaba el hacha.

Ewan se rió.

—Recita tus oraciones, muchacho, tu hora ha llegado...

¡Por Cuidrach!

El grito de batalla cortó el aire y dejó sordos a los caballeros de ambos bandos. Mientras el eco del sonido retumbaba por el desfiladero, todos se quedaron

quietos y se volvieron a ver qué estaba pasando. Muchos sintieron que se les helaba la sangre al mirar hacia arriba.

Algunos abrieron la boca... y dejaron caer las armas.

Otros se persignaron o invocaron a sus madres.

Todos miraban con perplejidad a los dos hombres que estaban parados en la cima del precipicio: uno era viejo, pero tenía una mirada de increíble fiereza, y el más joven era enorme y brillaba de vigor y fuerza.

A decir verdad, los dos... brillaban.

Ambos estaban vestidos a la escocesa; llevaban capas de cuadros, cotas de malla y joyas celtas muy vistosas que brillaban como oro fundido... Y el lugar en el que estaban parados relucía como si el sol hubiera descendido a sus pies.

De todos los hombres que los miraban, sólo los MacKenzie los reconocieron y gritaron de alegría, pero su felicidad se completó cuando Ranald el Formidable y

Cormac el Pastor se inclinaron al tiempo para alzar una roca enorme y lanzarla sobre sus enemigos, que salieron huyendo aterrados.

Y cuando la roca salió rodando cuesta abajo, el viejo Ranald y Cormac se estrecharon las manos, alzaron los brazos en el aire a manera de saludo y... se esfumaron.

—¡Por todos los santos! — Kenneth dio media vuelta para mirar a Lachlan—. ¿Has visto eso?

Pero su capitán no tuvo tiempo de contestar; otros guerreros estaban llegando por el lado

contrario. No menos temibles, estos hombres estaban capitaneados por un imponente guerrero de edad avanzada, que parecía tan fuerte y magnífico como Ranald el Formidable, pero no... brillaba.

¡Ni se había muerto hacía cien años!

Con los ojos relampagueantes de furia, estos guerreros también les lanzaron rocas a Ewan y a sus hombres y comenzaron a bajar hacia el Pasaje del Diablo. Eran tantos que Kenneth gritó como loco

de la felicidad que sentía y alzó su espada con más vigor, al tiempo que se deshacía de dos de los secuaces de Ewan y sumaba su propio grito de guerra al de los recién llegados.

—¡Por la Cruz! —gritó sir Lachlan a su lado, mientras no paraba de blandir su espada.

—¡Por Macnicol! ¡Por Macnicol! —rugían los recién llegados, y el estruendo del acero era tan fuerte como sus voces mientras bajaban hacia la cañada blandiendo sus espadas.

—¡Es el viejo Archibald! —
exclamó uno de los hombres de
Kenneth, con la voz llena de
admiración—. Lo reconozco.

Pero Kenneth sólo pudo mirar
de reojo al imponente señor de
barbas rizadas, pues la batalla aún
no había terminado, aunque
algunos consideraban que ya no era
más que una escaramuza...

Pues ya eran los dueños del
campo de batalla.

¡Pero lo importante era que su
dama estuviera segura!

En medio de la confusión, pues

todavía había guerreros peleando cuerpo a cuerpo, Kenneth vio que Archibald Macnicol se bajaba de su caballo y se abría paso hasta donde estaba su hija.

—¡Muchacha! —exclamó con emoción el viejo guerrero. Su voz recia retumbó en medio del desfiladero y la intensidad y el amor de esa única palabra sellaron el destino del día.

—¡Mantente firme! —volvió a gritar el hombre, que ahora iba corriendo—. ¡Recuerda tu sangre!

Kenneth se bajó del caballo y

también salió corriendo.

Lo más rápido que podía, aunque el suelo estaba lleno de cadáveres y hombres heridos, y ya eran pocos los que seguían peleando.

—¡Por Dios, mujer, muéstrale a ese bastardo que eres una Macnicol! —gritó un hombre joven que corría cerca de Kenneth, un guerrero macizo que tenía el cabello rojo como el de Mariota y parecía el mismo Archibald pero más joven.

—¡Sí, una Macnicol que pronto

se casará con un MacKenzie! —dijo Kenneth. El Archibald más joven lo miró con sorpresa y luego estiró el brazo y le dio una palmada en el hombro.

—Soy Donald —jadeó el hombre sin detenerse—, el hermano de Mariota. ¡Su hermano favorito!

Pronto se casará con un MacKenzie.

¿Su hermano?

Cuando Mariota oyó las amadas voces de su padre y su hermano, en medio de esa atmósfera de terror,

creyó que se había vuelto loca y que la espada de uno de los secuaces de Ewan el Astuto la había atravesado sin que ella se diera cuenta y ahora había despertado en un submundo en el que sus sueños más secretos parecían reales, pero desaparecerían antes de poder alcanzarlos. Antes de poder apretarlos contra su corazón, para no dejarlos escapar nunca.

—¡Muchacha! —Mariota volvió a oír la voz de su padre a través de la niebla y luego oyó la de su Guardián.

—¡Arroja la espada, Ewan! —
rugió Kenneth, tan cerca de ella que
el corazón se le llenó de dicha.

—¡Todo ha terminado, hombre!
—le volvió a gritar—. ¡Éste es el fin,
a menos que quieras reunirte con el
Creador, sin tener la oportunidad
de suplicar clemencia!

¿Terminado?

Mariota parpadeó y trató de
aguzar el oído por encima de las
palpitaciones de su propia sangre.
También hizo un esfuerzo por ver a
través de la niebla y las lágrimas
que prácticamente la cegaban.

Jamie todavía la tenía abrazada y seguía blandiendo su hacha a diestra y siniestra para mantener a Ewan el Astuto a raya. Pero Jamie se estaba cansando, pues el esfuerzo de defenderse de los ataques del otro con una sola mano estaba comenzando a cobrar su precio.

Y Mariota seguía sin ver nada.

Sin ver lo que tanto deseaba ver... lo que tanto necesitaba ver.

Solo veía la risa burlona de Ewan, los continuos movimientos de Jamie para esquivar el acero de

su enemigo y una marea roja que amenazaba con apoderarse de todo lo que amaba.

Pero en ese momento, de manera inesperada, los seres que más amaba salieron de entre la niebla.

Su Guardián, su padre y su hermano Donald, y muchos otros más.

Avanzaban hacia ellos en un torbellino de espadas, dagas y mazas que relumbraban en el aire, y la famosa hacha de guerra de su padre era la que más brillaba, con

una luz tan mortal como la de sus ojos cuando se clavaron en Ewan el Astuto.

Mariota estaba demasiado asombrada para gritar. Su padre estaba apuntando a Ewan, pero antes de que descargara su hacha sobre él, Kenneth alcanzó a Ewan con su espada.

—Tanto escándalo... por una mujerzuela —bramó Ewan todavía de pie, mientras miraba a su alrededor.

—Vengaré a la mujer que se convertirá en mi esposa —le

contestó Kenneth, mientras se soltaba el cinturón de la espada y se lo entregaba a Donald, que lo miraba asombrado—. Y...

—Y a Finlay —gritó Mariota, que se volvió a mirar con los ojos llenos de lágrimas el cuerpo ensangrentado del hombrecillo—. Él cortó las cuerdas con las que nos tenían atados —dijo, al tiempo que se limpiaba las lágrimas—. Luego Jamie, Jamie... —Mariota rompió en llanto, sin poder terminar la frase.

Pero Kenneth ya había oído suficiente, así que flexionó los

dedos y se remangó las mangas de la túnica.

—Ha llegado tu hora —le dijo Kenneth a Ewan y luego agregó—: ¿Qué prefieres: dagas o puños? Si es que eres lo suficientemente hombre para enfrentarte a mí sin tener un acero en la mano.

Ewan escupió y miró de reojo su espada, que estaba en el suelo... pero luego sacó rápidamente de su cinturón una daga incrustada con piedras preciosas y se abalanzó sobre Kenneth, con la intención de apuñalarlo. Sin embargo, Kenneth,

que había visto en los ojos de Ewan sus intenciones, sólo sonrió y le agarró la muñeca con tanta fuerza que el otro se dobló a causa del dolor.

—Una de las primeras cosas que se aprenden en las tabernas de los muelles —dijo Kenneth, al tiempo que agarraba la daga y la clavaba en el corazón de Ewan— es que siempre hay que estar preparado para un ataque a traición, en especial de bastardos como tú.

—El bastardo eres tú —jadeó Ewan, mientras que los ojos se le

ponían vidriosos y las rodillas se le doblaban—. Yo...

—Jamás volverás a hacerle daño a una mujer inocente —le dijo Kenneth, mientras el otro caía—. Y es justo que hayas encontrado tu fin con esta daga —añadió. Y cuando oyó el grito sofocado de Mariota, supo que estaba en lo correcto.

Kenneth esperaba que el hecho de que Ewan hubiese muerto de esa manera, apuñalado con la misma daga que había encontrado en el corazón de Hugh Alesone, ayudara a Mariota a enfrentarse a sus

fantasmas.

Entretanto, vio con el rabillo del ojo que Jamie la estaba ayudando a desmontar, y que su padre y su hermano la abrazaban, y oyó los sollozos contenidos y las exclamaciones de felicidad de una reunión que debía haberse celebrado hacía mucho tiempo.

—Muchacha, muchacha. —El viejo guerrero la apretó con fuerza y le acarició el cabello como si fuera una niña, su niña—. ¿Algún día podrás perdonar a este viejo obstinado?

—¿Perdonarte? Ni siquiera tienes que preguntarlo.

La voz de Mariota se quebró en un sollozo. Sentía tanta felicidad que no podía hablar y sólo podía mirar a sus seres más queridos a través de una cortina de lágrimas.

—¿Acaso no sabes que jamás dejé de quererte? Pero tú... — Incapaz de terminar la frase, Mariota simplemente acarició la cabeza canosa de su padre—. ¿Cómo sabías que estábamos aquí...? ¿Y cómo estás? Me dijeron que estabas muy enfermo...

—¿Enfermo? ¿Acaso parezco un enfermo? —Archibald dio un paso atrás y se puso las manos en las caderas.

—¿Pero...? —Mariota seguía sin entender.

—Lo único que me tenía enfermo era la idea de perderte —dijo y su semblante resplandeció—. Eso y, tal vez, la vida excesivamente apacible que he llevado últimamente.

Mientras los observaba, Kenneth sentía la garganta cerrada por la emoción y los pies

demasiado pesados para moverse.

Pero no, lo que le pesaba no eran los pies... eran las dudas.

Todas ellas se habían levantado como fantasmas del suelo ensangrentado y lo tenían agarrado por los pies para impedirle moverse.

La presencia de Archibald Macnicol era tan imponente que Kenneth se sentía intimidado. Era tan inmenso el poder de su autoridad, que todos los hombres que había a su alrededor parecían humillarse a sus pies y hasta el

mismo Pasaje del Diablo parecía haber perdido su ferocidad y parecía otra cañada más.

Con el ceño fruncido, Kenneth miró hacia la cima de una montaña que estaba del otro lado, en busca del apoyo de Ranald el Formidable y de Cormac, pero éstos ya habían desaparecido y su grito de batalla era sólo un eco en el corazón de Kenneth.

En cambio la potente voz de Archibald Macnicol era real y en ese momento le estaba pidiendo a Jamie que le entregara su hacha de

guerra.

—Para hacerle una muesca —
explicó, mientras miraba al joven
por debajo de sus cejas
desordenadas y canosas—. ¡Una
muesca por ayudar a salvar a mi
hija! —exclamó emocionado,
haciendo un corte con su hacha
legendaria en el mango del hacha
de Jamie—. ¡Que ésta sea la
primera de muchas! —añadió con
voz fuerte y enseguida los hombres
que estaban cerca estallaron en una
ovación.

Una ovación llena de vítores... y

murmullos.

Murmullos de especulación acerca del nombre de Kenneth.

Pero al oír las voces que hablaban en voz baja, Kenneth se enderezó y se quedó observando a ese anciano jefe guerrero que tenía una fama tan importante como la de su tío.

Al sentir la mirada de Kenneth, el viejo se volvió; Kenneth se quedó muy sorprendido al ver que tenía las mejillas mojadas y sus ojos de halcón brillaban con una expresión de bienvenida.

—Así que tú eres el hombre que por fin convertirá a mi hija en una mujer honesta —dijo con voz recia, mientras se acercaba a Kenneth y lo agarraba de los hombros—. ¡Bien, bien, hace mucho tiempo que espero verla casada y feliz!

Kenneth tragó saliva y sostuvo la mirada escrutadora del padre de Mariota.

—Pero Ewan el Astuto dijo la verdad, señor —se apresuró a decir Kenneth, sorprendido de que su lengua le permitiera articular palabras—. Soy un bastardo, señor.

Sin embargo... —siguió diciendo y se apartó de Archibald para abrazar a Mariota—, seré el bastardo más afortunado de estas montañas si puedo casarme con Mariota, con su bendición.

Archibald Macnicol echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Mi bendición? ¿Acaso no has oído lo que acabo de decir? Llevo mucho tiempo anhelando este día. ¡Ardo en deseos de tener nietos que jueguen en mis piernas! Ah, claro que tienes mi bendición, hijo.

Nunca pensé ver a mi muchacha casada, y saber que es feliz con un hombre bueno y que la merezca.

Al oír las palabras de su padre, Mariota se quedó helada entre los brazos de Kenneth y la felicidad que estaba sintiendo desapareció en un instante, reemplazada por un miedo punzante que le paralizó el corazón.

¡Qué ironía que su pasado saliera a la luz justo ahora, en el mismo momento en que su felicidad parecía tan grande como para iluminar el cielo!

Mariota se separó un poco de Kenneth y le tocó una mejilla.

—Tengo que decirte algo... Debí hacerlo hace tiempo, pero tenía miedo —comenzó; sentía una bilis amarga en la boca por causa de sus palabras—. Yo no soy viuda, nunca me casé. El Bastardo de Drumodyn era...

—Un hombre que no merecía a Mariota Macnicol —terminó de decir Kenneth, mientras la abrazaba y la besaba en la boca, con un beso apasionado.

Un beso que se volvió más

potente cuando Kenneth oyó el aplauso que despertó entre sus hombres... y entre los de Archibald Macnicol.

—Hace varias semanas que lo sé —le murmuró al oído—. Y no tiene importancia, mujer. ¿Cómo podría importar, si yo te amo como te amo?

—¿Y tú...? ¿Tú sabes también cuánto te amo?

—Tu beso me lo reveló, mujer. El primero que me diste. —Kenneth le hizo un guiño, mientras le acariciaba el cabello—. ¡Eso y...

algunas otras cosas!

Mariota se sonrojó y lo abrazó, pues su mundo se había vuelto luminoso de un momento a otro... Se había llenado de dicha. Entonces se mordió el labio y miró a su alrededor.

—Entonces ¿éste es el fin? — preguntó, sin hacer ya el esfuerzo de detener las lágrimas—. ¿De verdad ha terminado todo?

—No, preciosa —le aseguró Kenneth, sin importarle que sus propios ojos estuvieran un poco más húmedos de lo que era

adecuado en un hombre—, está lejos de haber terminado. Nuestra vida juntos apenas acaba de comenzar.

Mariota respiró profundamente y se estremeció.

—Casi no puedo creerlo —dijo, con el corazón rebosante de dicha—. ¿De verdad quieres que sea tu mujer?

Kenneth sonrió y negó con la cabeza.

—Mi esposa —la corrigió.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado más seguro

de nada —le respondió.

Ella suspiró y se secó una lágrima que le escurría por la mejilla.

—¿Para siempre?

Y el Guardián de Cuidrach asintió con la cabeza.

—Ah, sí, preciosa. Por todos los tiempos por venir y más...



Epílogo

*Pocos meses después,
al otro lado de las murallas del
castillo de Cuidrach*

Fue un día mágico.

Particularmente bello y glorioso, un luminoso día de primavera, suavizado por pequeñas nubes como algodones. Las aguas del lago Hourn brillaban con el sol y la felicidad iluminaba los rostros de todos los invitados que caminaban por los pabellones preciosamente adornados, o buscaban un lugar

para sentarse en las mesas decoradas con lujo y repletas de manjares.

Hasta el centinela de Cuidrach, la Piedra del Bastardo, parecía satisfecha.

Complacida.

Para los invitados de ambos clanes, los amigos y familiares que se habían reunido para celebrar el matrimonio de Kenneth y Mariota con vítores y buenos deseos, era la fiesta de bodas más fastuosa que muchos habían visto y que, ciertamente, esperaban ver en las

verdes colinas que rodeaban el castillo de Cuidrach.

Ese castillo que alguna vez había sido sólo una ruina solitaria, pero que ahora se erguía plenamente restaurado, ostentando toda su antigua grandeza y todo su esplendor.

Pues sus fantasmas se habían reconciliado y estaban en paz.

Para los felices invitados al festín, el triste pasado de Cuidrach y los vientos fríos del invierno ya eran un recuerdo lejano. Vestigios de un ayer que era mejor olvidar y

que no tenía cabida en el futuro esplendoroso de todos sus habitantes.

Entre los regalos hubo uno que llamó la atención de todos: una enorme y espléndida galera que estaba anclada en el lago Hourn, cerca de la arena dorada de su orilla, y que atrajo especialmente la atención de los hombres, que no se cansaban de admirarla. La galera tenía un detalle magnífico, un mástil tallado en forma de potro, el emblema del clan MacKenzie, símbolo inconfundible del poderío

que el Potro Negro de Kintail les deseaba a los nuevos esposos. La galera era una advertencia para cualquier tonto al que se le ocurriera desafiar la autoridad del Guardián de Cuidrach. La de él y la de su esposa.

Y como si fuera poco, el padre de Mariota también había mandado construir otro galeón en el norte de Escocia para los nuevos esposos, lo cual era un símbolo de todas las bienaventuranzas que Archibald Macnicol y sus hijos deseaban a la nueva pareja.

Asimismo, la embarcación era una demostración del profundo amor que Archibald Macnicol sentía por su hija. Mariota sabía que el amor de su familia era un tesoro que iba a tener para siempre, aunque había tenido que pasar las últimas semanas tranquilizando a su padre y asegurándole que el amor que ella sentía por él jamás había disminuido, ni en los peores momentos. No disminuiría nunca, ni en miles de años.

Embargada por una felicidad absoluta, Mariota sintió la garganta

seca de la emoción y alisó una arruga del fino mantel de lino que cubría la mesa de los novios. En ese momento oyó las risas de Nessa y sir Lachlan, que se habían casado la noche anterior. Estaban un poco retirados de los otros invitados y era una dicha verlos pues desbordaban alegría y amor.

Mariota se sentía más afortunada de lo que jamás había imaginado y se dejó embargar por ese sentimiento, mientras miraba a todos los que amaba y pensaba que podía morir de tanta felicidad.

—Ay, milady, está bellísima, es la novia más linda que yo haya visto —dijo el nuevo mayordomo de Cuidrach, con una enorme sonrisa—. El Guardián no podría estar más orgulloso —añadió, al tiempo que ponía sobre la mesa una bandeja con quesos y carnes frías—, no podría haberse casado mejor.

—No, Finlay, soy yo la que jamás podría haberme casado mejor —le contestó Mariota al hombrecillo, muy complacida al ver que se había recuperado de la grave herida que, milagrosamente, no lo llevó a la

tumba.

Mariota estaba abriendo la boca para decírselo, pero antes de hacerlo, su padre soltó un silbido y dio un golpe en la mesa.

—Mira, tú, el zorro —exclamó, al tiempo que observaba a Colin y a su nuevo amigo, el zorro rojo de Devorgila—. ¡Yo he visto a ese zorro antes! —afirmó, mirando alrededor de la mesa con expresión incrédula—. ¡Ese animalillo nos acompañó en el viaje hasta aquí, todo el tiempo!

—Así es —contestó Devorgila,

que estaba a su lado, mientras agarraba un buen puñado de almendras con miel para dársela a su pequeño amigo y al perro—. *Somerled* jamás se cansa de vagabundear por estas tierras escocesas.

Con una expresión de escepticismo, Archibald refunfuñó y agarró su copa de vino.

—¿Y se supone que debo creer que a la pequeña criatura nunca se le olvida el camino a tu cabaña?

—Nunca, así es —contestó Devorgila y los ojos le brillaron.

Archibald frunció el ceño.

—¿Entonces me estás diciendo que este animalito nos guió hasta aquí? —dijo, mirando con incredulidad a la vieja.

—¿Acaso no crees que lo hizo? —dijo ella, respondiendo con otra pregunta—. Hay muchas cosas maravillosas en este mundo —afirmó, mientras miraba a Mariota y a Kenneth—. Nunca hay que dudar de ellas.

Entonces tocó con su mano nudosa el objeto que adornaba la mesa: el hermoso laúd de oro. Era

su regalo de bodas para los recién casados.

—Éste es un objeto muy especial —explicó, con un tono de satisfacción en la voz—. Este laúd les recordará a quienes necesiten consuelo que las alegrías más profundas sólo se pueden disfrutar después de noches muy oscuras.

Y como si quisiera subrayar lo dicho por Devorgila, el laúd resplandeció y comenzó a brillar con su luz dorada, iluminando aún más el día.

—Verás —dijo con una sonrisa

—, así es, por lo menos para aquellos que creen. Pero de toda la magia del mundo, la más maravillosa es la del corazón que ama de verdad.

Y Mariota no podía estar más de acuerdo.

Tenía los ojos húmedos y sentía que la dulzura y el bienestar le llenaban el corazón completamente, pues conocía el poder del amor verdadero y puro. Ese poder la rodeaba desde los rostros que le sonreían, muchos de los cuales también tenían los ojos

húmedos por la emoción del momento.

Aunque algunos, como Duncan MacKenzie y su padre, que conversaban alegremente con Devorgila y un hombre alto y con cicatrices en el rostro que se llamaba sir Marmaduke, trataran de disimularla con gruñidos y miradas ásperas.

Pero otros no disimulaban.

Al otro lado del jardín había un lugar dispuesto para bailar y allí Jamie y Donald se esforzaban por cortejar a la viuda de Glenelg.

Mientras hacían todo lo posible por ganarse el favor de la bella mujer, estaban buscando, claro, un amor distinto al que llenaba en este momento el corazón de Mariota, pero no menos agradable, sin duda.

Un amor de la misma clase del que ella esperaba disfrutar en pocas horas, después de la fiesta. Sólo de pensarlo, Mariota sintió que la sangre comenzaba a fluir con rapidez por sus venas y casi deseó que la fiesta se acabara pronto. Pero luego suspiró y sonrió, pues muchos amigos habían recorrido

grandes distancias para compartir con ellos ese día, de modo que, por ahora, tendría que contentarse con agarrar la mano de Kenneth y entrelazar sus dedos, nada más.

—¿Eres feliz? —le preguntó Kenneth, al tiempo que le apretaba la mano.

—Nunca he sido más feliz, nunca. —Mariota tragó saliva y sintió que los ojos le ardían otra vez—. Mi felicidad no podría ser más perfecta. Aunque...

—¿Aunque...?

Kenneth se quedó observándola

y se puso nervioso cuando vio que Mariota fijaba la mirada en su tío y en el amigo de su tío. Por la manera en que movió las cejas, se dio cuenta de que Mariota sabía algo.

—Debo decir —dijo ella con gesto melancólico y un tono que lo puso todavía más nervioso— que el día sería más completo si hubieras invitado a tu gran amigo, el virtuoso sir Duncan Strongbow.

Al oír ese nombre, los dos hombres, Duncan MacKenzie y Marmaduke Strongbow, se volvieron con una expresión

inquisitiva.

Mariota sonrió y alzó la copa de vino que tenía en la mano, a manera de saludo.

Kenneth se sonrojó.

—Lo sabías.

—Acabo de darme cuenta al verlos juntos —admitió Mariota y sintió que el corazón se le había acelerado con ese descubrimiento —. Pero me gustaría saber por qué lo hiciste.

Algo avergonzado, Kenneth se sentó en un banco.

—¿De verdad no lo sabes?

Mariota retiró la mano y alisó otra arruga del mantel.

—Me gustaría que tú me lo dijeras...

Kenneth respiró profundamente y frunció el ceño, al tiempo que le tomaba la cara entre las manos y la besaba suavemente.

—Ya te lo he dicho, mujer, porque te amo.

Luego miró a las personas que estaban a su alrededor y notó que los estaban mirando con la boca abierta. No todos los días se veía a un hombre rudo como Kenneth,

derretido de amor. Sin embargo, él podía soportar las sonrisas, las lágrimas y los gritos de emoción, pero no que lo miraran con la boca abierta. Eso era excesivo.

—¡Por la Cruz! ¡Sí, lo has oído bien, te amo, mujer! —dijo bruscamente y la atrajo hacia él para darle otro beso, esta vez uno muy apasionado.

Más profundo y sensual de lo que los invitados esperaban ver.

—Y para que no haya futuras dudas —declaró con ojos ardientes —, te confesaré que me inventé el

nombre de Duncan Strongbow porque no podía perderte. Habría hecho cualquier cosa para retenerte. ¡Todos los presentes pueden dar fe de que un hombre con un nombre así no puede ser una amenaza!

Kenneth miró a Mariota con ojos llenos de pasión.

—No estás disgustada, ¿verdad?

—Ay, no, todo menos molesta — contestó ella, mientras se preguntaba cómo era posible que él no viera lo enamorada que estaba. Entonces Mariota miró hacia la

torre principal de Cuidrach, hacia la ventana de la habitación que compartirían para siempre, y agregó—: Pero, ya que me lo preguntas, creo que se me ocurren un par de cosas que puedes hacer para compensarme.

Kenneth levantó una ceja.

—¿Vas a decirme de qué se trata?

—Claro, siempre y cuando no te moleste... —dijo con una mirada insinuadora.

—¿Molestarme?

El Guardián de Cuidrach sonrió.

—Mujer dulce y adorada, será todo un placer —dijo y volvió a besarla—. Todo un placer.

Fin

-
1. Un kelpie o caballo de agua (*each uisge* en gaélico) es una criatura fantástica perteneciente a la mitología celta. Según las leyendas, estas criaturas serían espíritus del agua, esencialmente malignos, que vivirían en los lagos. Supuestamente, los kelpies se aparecen ante los seres humanos tomando forma de caballo. (*N. de la T.*)